

Un mensaje prohibido A MIS DADDIES

FORBIDDEN ♦ FANTASIES

Una romance Age Gap con embarazo secreto en San Valentín

SOFIA T SUMMERS

UN MENSAJE PROHIBIDO A MIS DADDIES

UNA ROMANCE AGE GAP CON EMBARAZO SECRETO EN SAN VALENTÍN

SOFIA T SUMMERS

ÍNDICE

Descripción
1. Harper
2. Harper
3. Julian
4. Alexander
5. Harper
6. Dante
7. Harper
8. Alexander
9. Harper
10. Dante
11. Julian
12. Harper
13. Alexander
14. Dante
15. Harper
16. Julian
17. Harper
18. Harper
19. Alexander
20. Harper
21. Dante
22. Harper
23. Julian
24. Harper
25. Alexander
26. Harper
27. Dante
28. Julian
29. Harper
30. Alexander
31. Harper

32. Dante
33. Harper
34. Julian
35. Dante
36. Alexander
37. Harper
38. Harper
39. Harper
40. Epílogo: Harper

Copyright © 2026 por Sofia T Summers
Todos los derechos reservados.
La siguiente historia contiene temática adulta, lenguaje explícito y situaciones de contenido sexual. Está dirigida a un público adulto.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, a excepción del uso de breves citas en una reseña literaria.

 Formateado con Vellum

DESCRIPCIÓN

Nunca debí haber enviado mensajes eróticos a mis jefes.
¿Enviárselos a **los tres**?
Ese ha sido el tipo de error que arruina vidas.

Son poderosos.
Intocables.
Los mejores amigos de mi difunto padre... y los hombres que firman mis nóminas.

Un mensaje de San Valentín enviado bajo los efectos del alcohol lo cambia todo.

Ahora me observan como si fuera de su propiedad.
Como si siempre hubiera sido suya.

Dante es pura autoridad: frío, dominante, imposible de desafiar.
Julian sonríe como quien busca problemas y besa como un pecado.
Alexander es quien más se resiste... lo que solo hace que caiga más hondo.

Juran que es un secreto.
Juran que me protegerán.
Juran que estoy a salvo.

Hasta que alguien empieza a vigilar.
Hasta que las fotos se filtran.
Hasta que los susurros se vuelven crueles.

Y entonces, mi cuerpo me traiciona.

Dos rayas rosas.
Un secreto antes de nacer.
Y ninguna forma de saber cuál de los tres hombres es el padre.

1

HARPER

¿Primer mes de mi nuevo trabajo? *Superado con creces.* Una amplia sonrisa me tiraba de las mejillas y luché por reprimir una risita ridícula cuando asomó. ¿Quién iba a decir que el marketing para una de las empresas de la lista Fortune 500 más importantes de Nueva York sería tan increíble?

Bueno, a decir verdad, desde el momento en que vi la vacante en Elevate supe que era el tipo de puesto por el que mataría.

Por suerte, no ha hecho falta llegar a tanto.

—¿Harper?

El corazón se me ha subido a la garganta ante el sonido sugerente de la voz de Dante. He hecho todo lo posible por componer la figura, pero el director ejecutivo de Elevate me lo ponía terriblemente difícil.

Incluso después de verlo casi todos los días durante el último mes, su pelo oscuro, su piel olivácea y esos ojos azules penetrantes me robaban el aliento. Si a eso le sumaba la anchura de hombros bajo un traje azul marino hecho a medida para realzar su delicioso físico, estaba perdida.

Perdida del tipo «derretirse en un charco sobre el suelo». Nunca alzaba la voz, pero se las apañaba para dominar una sala, y todo el negocio, con su silenciosa autoridad.

Me he levantado y he cruzado la espesa alfombra gris. Mis pantalones de vestir producían un suave rozamiento que me ha encendido las mejillas al notar el contacto de mis muslos.

Dante me esperaba fuera de su despacho y me ha hecho un gesto para que pasara antes que él mientras cerraba la puerta. —Por favor, toma asiento.

Tan educado. Tan contenido. He hecho lo que me ordenaba porque, incluso con el «por favor», Dante nunca convertía nada en una petición.

Dante ha rodeado el amplio escritorio negro pero se ha quedado de pie, convirtiendo lo que yo creía que sería una conversación informal en una demostración de poder. —Llevas ya un mes con nosotros. Dime, ¿qué te parece el trabajo?

—Es increíble. —No veía razón alguna para fingir entusiasmo cuando me salía de forma tan natural. Me he inclinado hacia delante, entrelazando las manos sobre las rodillas. —Estoy muy agradecida por tener la oportunidad de trabajar aquí. Sé que solo me contrataste por mi padre. —Se me ha cerrado la garganta.

Un pequeño músculo ha dado un respingo en la mandíbula de Dante.

He obligado a mis lágrimas a retroceder. No habría tenido ni la más mínima oportunidad de conseguir este puesto sin papá.

Recién graduada en la universidad, me faltaba la experiencia —aunque técnicamente tuviera las cualificaciones— para que me contrataran. Mi padre había sido amigo de Dante en la universidad.

Esa relación y el reciente fallecimiento de mi padre hicieron que Dante y los demás sintieran la suficiente lástima por mí como para

darme una oportunidad.

La puerta se ha abierto y Alexander y Julian han entrado tranquilamente.

Maldita sea. Mi pulso no podía soportar la dosis adicional de belleza de los tres hombres juntos. Julian me ha lanzado una sonrisa que rozaba el flirteo pecaminoso. —Hola, Harper. Un pajarito me ha dicho que hoy cumples tu primer mes de aniversario laboral. ¿Cómo lo llevas?

—Bien. —Mi voz ha soltado un gallo y casi me desmorono cuando la sonrisa de Julian se ha ensanchado. Sus ojos castaños bailaban con absoluto caos y regocijo mientras daba un paso hacia mí.

Un mechón de pelo rubio oscuro le caía sobre la frente en una onda estilizada, y de pronto he comprendido por qué en las películas le daban tanta importancia a que la mujer le apartara el pelo de la cara a un hombre.

Alexander estaba detrás de Julian, con sus intensos ojos grises entrecerrados y completamente concentrados.

Algunas canas brillaban entre las hebras negras, dándole un aire maduro y distinguido que me recordaba que bien podría tener un muro a prueba de balas a su alrededor. Nadie se acercaba a Alexander. Jamás.

Julian se ha hecho a un lado y Alexander ha caminado tras el escritorio para situarse junto a Dante. Ha paseado la mirada por la habitación antes de que esa pesada atención recayera sobre mí. —Me he tomado la libertad de revisar tus informes. Has hecho un buen trabajo, Harper.

El elogio se me ha filtrado bajo la piel y me ha calentado las entrañas. Una sonrisa ha amenazado con aparecer, pero no me he atrevido a dejar que vieran cuánto me importaba. —Siento que debería disculparme de nuevo por llamar de la nada y pedir este trabajo. Normalmente no soy tan lanzada. —He hecho todo lo

posible por sonar lo más formal y autoritaria posible, con la esperanza de impresionarlos o, al menos, de no parecer una completa estúpida.

—Nos encantó tener noticias suyas, aunque nos desoló enterarnos del fallecimiento de Peter. —Dante ha tomado la palabra cuando Alexander se ha metido las manos en los bolsillos y se ha quedado mudo. —Has demostrado que puedes desempeñar el cargo y simplemente queríamos comprobar que te estabas adaptando bien.

—Oh, desde luego. —Me he levantado antes de tener tiempo de cuestionarme por qué necesitaba hacerlo y he agitado una mano hacia ellos en un saludo nervioso. —Todos han sido muy acogedores. Todo el personal es estupendo. Estoy ansiosa por ver qué nos depara el próximo trimestre.

—Nosotros también. —Los ojos de Julian se han entrecerrado al mostrar esa sonrisa devastadora.

Se ha hecho un silencio lento y la tensión en mi estómago ha espiralado hasta convertirse en algo ardiente y apretado.

No había conocido a estos hombres hasta mi primer día de trabajo.

Oír a papá contar historias sobre ellos en la universidad no era nada comparado con verlos en la vida real.

Si la definición de «pecaminosamente guapo» estuviera en el diccionario, ellos tres serían el motivo. —Bueno. Supongo que debería marcharme. ¿Ya casi han terminado por hoy? —La curiosidad genuina ha impulsado la pregunta, junto con una necesidad repentina de mantener la conversación para poder quedarme más tiempo y deleitarme con su esplendor.

—No del todo. —Los labios de Alexander se han apretado en una línea fina. —Los negocios nunca terminan para hombres como nosotros.

—Claro. Entiendo. —He dado un paso atrás, con el corazón tamborileando tan fuerte en mi garganta que probablemente podrían ver mi pulso desde el otro lado de la habitación.

La mirada de Julian ha recorrido mi cuerpo, deteniéndose de una forma deliciosa que ha hecho que cerrara los puños. Ha captado el movimiento y una pequeña mueca de suficiencia ha alzado un lado de su boca. —Aún eres joven, Harper. Deberías salir. Disfrutar del tiempo con tus amigos. Diviértete por nosotros, ya que estaremos atrapados aquí la mayor parte de la noche.

Tal vez me he vuelto loca, pero parecía haber un matiz sugerente en sus palabras. Si le sumamos la forma en que me miraba y... no.

He desechado la idea. Los hombres como ellos nunca se interesaban por una mujer como yo.

Demasiadas curvas redondeaban mi cuerpo dándole una forma rolliza que hacía que la mayoría de los hombres no volvieran a dedicarme una segunda mirada una vez que bajaban de la línea de mi mandíbula.

Puede que tenga un delicioso cabello castaño miel que cae en preciosas ondas por mi espalda y unos ojos azules que papá siempre decía que eran los más expresivos que había visto jamás. Puede que sea inteligente y trabajadora, pero los hombres echaban un vistazo a mi cuerpo y decidían que no era lo bastante buena.

—Cierra la puerta al salir. —Alexander ha permanecido inmóvil, pero su voz tenía el peso suficiente para que me diera la vuelta asintiendo.

Me han despachado, y no tenía intención de ponerme en evidencia quedándome más tiempo. He salido apresuradamente por la puerta, cerrándola suavemente tras de mí, y he recorrido el pasillo hasta el mostrador de recepción, cerca del ascensor.

Bethany me miraba con los ojos muy abiertos. —¿Harper, qué ha pasado? Parece que has visto un fantasma. —El pelo rubio ondulado

enmarcaba el rostro clásicamente bello de Bethany. Ha mirado más allá de mí, hacia el despacho de Dante. —¿Estás bien?

—Bien. —Le he restado importancia a su preocupación con un gesto. —Puede que nunca me acostumbre a hablar con ellos. Son tan intimidantes.

—Oh, Dante no es tan malo. —Un rubor rojo le ha subido por el cuello pero, en lugar de dejarle la piel manchada y fea, acentuaba su nariz respingona y sus labios carnosos. Se ha pasado una mano por el pelo. —¿Van a salir esta noche?

—No. Se quedan trabajando hasta tarde. —He recuperado la compostura y me he alisado la chaqueta del traje sobre mis anchas caderas.

Bethany me observaba sin ningún tipo de juicio. A pesar de ser delgada y hermosa, era una de las personas más amables que había conocido desde que empecé a trabajar aquí. Vaya. Realmente tenía que dejar de ser tan prejuiciosa. No todas las mujeres guapas son unas brujas.

Es que simplemente había tenido la mala suerte de conocer a más de las que me correspondían.

Bethany se ha levantado y ha cogido su bolso del borde del escritorio. —Yo también me iré a casa de una vez. —Ha caminado conmigo hacia el ascensor. ——¿Vas a venir a la gala de San Valentín este fin de semana?

—Todavía me lo estoy pensando. —He puesto una mueca que ha hecho sonreír a Bethany. —Todo el mundo me dice que es el mejor evento del año.

—Lo es. Es la fiesta donde aparece *todo* el mundo. Incluso Alexander, quiero decir, el señor Frost, va. Nunca habla con nadie, pero los tres se dejan ver.

La idea de arreglarme con un vestido elegante y bailar delante de todo el mundo era a partes iguales emocionante y horrorosa.

Nunca había ido a un baile en el que no acabara humillada de alguna manera. O bien nadie quería bailar conmigo, o me sentía tan incómoda conmigo misma que no salía del baño.

Tenía la esperanza de tener una cita para San Valentín, sobre todo si asistía a la gala, pero mi ligue online seguía molestamente callado.

Qué demonios, quizá debería ir a la gala sola. Podría ser divertido.

Bethany y yo nos hemos despedido en el vestíbulo, agitando la mano y deseándonos buenas noches.

Lila me esperaba fuera, toda emoción y energía. Las luces de la ciudad brillaban en su pelo rubio ceniza, con unas ondas surferas rizadas a la perfección.

Chateaba con el aparcacoches, que la miraba con ojos de enamorado mientras Lila le daba una palmadita en el hombro y se alejaba. Me ha rodeado con sus brazos y sus cálidos ojos castaños han buscado los míos. —Cariño, ¿estás lista para esto?

—¿No? —He arrugado la nariz de esa forma que sabía que la irritaba y me he reído cuando ha puesto morritos. —¿Adónde vamos?

—He encontrado un bar estupendo. Te va a encantar. —Lila me ha llevado hasta su coche, hablando efusivamente durante todo el camino sobre el lugar que había encontrado.

Una hora más tarde, estábamos sentadas en un reservado decadente con copas de vino y una tabla de quesos, galletas y uvas entre nosotras.

He navegado por la aplicación de citas y he dado un largo trago al vino. Ya me había terminado dos copas y una deliciosa sensación de aturdimiento me quitaba la timidez que me perseguía cada maldito día.

—Envíala. —Lila se ha metido una uva en la boca y ha fruncido los labios. —Envía la foto, Harper, o la enviaré yo por ti.

He mirado mi teléfono, que había puesto boca abajo sobre la mesa después de enseñarle a Lila el mensaje de bienvenida que me habían enviado Dante, Julian y Alexander.

El chat de grupo privado era uno de los privilegios en Elevate.

No había tenido el valor de responder nada más que un «gracias», pero no pude resistirme a dejar que Lila leyera el mensaje.

He cogido el teléfono, he desbloqueado la pantalla y me lo he puesto en el regazo. He acabado el vino y he cogido una loncha de queso y una galleta. —No quiero parecer desesperada.

—Maldita sea, Harper. —Lila me ha señalado con el dedo. Sus ojos bailaban mientras intentaba enfocar. —Te digo que envíes la foto. Envía el mensaje. No es estar desesperada, se llama ser proactiva. Sé audaz. Intrépida. Coge la vida por los huevos y date una vuelta. Es una web de citas. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

—Oh, no lo sé. Podría reírse de mí. —Preferiría que me hicieran el vacío de nuevo, cosa que había pasado más veces de las que quería recordar.

El entusiasmo de Lila ha menguado y ha soltado un lento suspiro. —Le estás dando demasiado crédito a un tío. Invítalo a que haga especial tu noche de San Valentín. Si dice que no, entonces pasas de él. Pero no te *atrevas* a dejar que nadie te haga sentir menos de lo que eres. Eres una mujer hermosa. Eres inteligente y divertida, y te mereces lo mejor de lo mejor. —Una sonrisa afilada como una daga ha aparecido en su rostro. —Y si es un gilipollas, me daría un placer extremo arrancarle las pelotas.

—Qué asco. —He puesto los ojos en blanco ante su dramatismo, pero su feroz lealtad ha surtido el efecto deseado de aumentar mi confianza. He vuelto a desbloquear el teléfono. —¿Qué debería decir?

—Toma, deja que lo escriba yo. —Lila ha tendido la mano.

Me he recostado y me he llevado la copa a los labios, dejando que Lila hiciera de las suyas. Ha entrecerrado los ojos frente a la pantalla. —Ya está. Todo lo que tienes que hacer es darle a enviar. —Me ha pasado el teléfono y ha sonreído mientras se terminaba su ración de queso.

Había adjuntado una foto mía que me había hecho la semana pasada.

No era arriesgada en absoluto, pero era mucho más reveladora que cualquier cosa que hubiera hecho antes.

Me había sentado al borde de la cama con mi lencería más bonita y me había inclinado hacia delante con el codo en la rodilla y la barbilla en la mano.

Miraba más allá de la cámara, con los labios ligeramente entreabiertos. No mostraba casi nada de mi cuerpo excepto la cara, los brazos, las piernas y un poco de escote, pero hasta yo tenía que admitir que la expresión de mi cara era sexy a más no poder.

Estaba pensando en Dante cuando me hice la foto. El calor me ha subido por la nuca mientras leía el mensaje de Lila. El aire de «estoy dispuesta a un revolcón» se percibía sin ser explícito. Provocativo pero no exigente.

En otras palabras, perfecto para Lila. ¿Funcionaría para mí? Lila me ha rellenado el vino y me ha dado un empujoncito en la mano. —En-ví-a-lo.

He cerrado los ojos y he tocado la pantalla. Cuando los he vuelto a abrir, los nombres en la parte superior de la pantalla se desenfocaban.

El vino que había consumido se ha revuelto en un torbellino nauseabundo. —Oh, mierda.

—¿Qué? ¿Ya ha dicho que sí? Sabía que lo haría. Esa foto es la hostia. Vamos, que si yo fuera bi, te daría lo tuyo solo por esa foto. —Lila se ha inclinado sobre la mesa, con la boca torcida cuando he soltado un medio sollozo roncante.

Me he tragado el acceso de bilis. —Me he equivocado de chat. Se lo he enviado a mis jefes.

2

HARPER

No había suficientes tacos en todos los idiomas del mundo combinados para expresar el caos que bullía en mi cabeza. Me dolía por la presión que necesitaba liberar.

—Es que... —le puse el móvil a Lila delante de la cara—. Arréglalo. Arréglalo ahora mismo. Acabo de enviarles un mensaje sexy a mis jefes. —Oh, maldita sea. Imaginé la cara que pondría Alexander.

Y luego la de Dante.

Julian quizá se riera, pero yo estaba metida en un marrón monumental.

—¿Cómo que lo arregle? No puedo arreglarlo. No se puede deshacer el envío de un mensaje. —Lila me devolvió el teléfono—. No pasará nada. Envía otro mensaje. Diles que ha sido un accidente.

—Vale. Vale. Puedo hacerlo. —El pánico hacía que mis dedos se movieran torpes sobre la pantalla. Deslicé el dedo dos veces antes de lograr escribir una sola palabra—. Son los mejores amigos de mi difunto padre. —No le había contado todo a Lila sobre ellos, pero tampoco podía callarme. Hablar me ayudaba a procesar las cosas, y

necesitaba soltar aquellas palabras—. Van a despedirme. Estoy muerta. Me sacan veinte años. No puedo creer que haya hecho esto.

La música del bar pasó de un dúo animado a un número de jazz melancólico.

Era como si el mundo entero estuviera de luto por la muerte de mi carrera profesional.

—Respira, Harper. Todo irá bien. Seguro que entienden que ha sido un accidente. —Lila me dio una palmadita en la mano, pero su ceño fruncido de preocupación contradecía sus palabras.

Mi móvil emitió un pitido y apareció un nuevo mensaje en el chat privado.

—Oh, Dios. Allá vamos. —Me froté los ojos con la mano para despejar la vista.

Julian: *¿Qué es esto? Harper, ¿estás haciéndoles proposiciones a tus jefes?*

Lila soltó un bufido mientras leía el mensaje inclinándose sobre la mesa. —No parece que esté muy disgustado.

—Es Julian. Nunca se toma nada en serio. Son mis jefes. —Demasiado mayores para mí según las convenciones sociales. Fuera de mi alcance con ese físico tan impresionante que tenían. Los mejores amigos de mi difunto padre.

Había mil razones por las que no debería sentirme atraída por ellos, pero ese único mensaje de Julian hizo que me lo replanteara todo.

Apareció un segundo mensaje.

Dante: *¿Recuerdas que somos tus jefes y que esto es un comportamiento sumamente inapropiado?*

Julian: *Yo prefiero lo inapropiado. Y lo escandaloso. Y me gustaría quitarte esa lencería con los dientes.*

Me atraganté con mi propia saliva al intentar tragar. El calor se acumuló en mi vientre y se extendió tan rápido que apreté los muslos para no mojar todo el reservado.

Alexander: *Un movimiento audaz, Harper. No esperaba esto de ti.*

La decepción impregnaba cada palabra.

Temblaba demasiado como para ser capaz de responder nada. Mi disculpa se quedó a medias en el cuadro de texto, pero antes de que pudiera enviarla, aparecieron otros mensajes uno tras otro.

Julian: *Creo que tenemos que discutir esto en persona.*

Dante: *De acuerdo. Los romances de oficina están prohibidos en nuestra empresa.*

Alexander: *Vuelve a la oficina de inmediato.*

—Oh, mierda. —Lila se terminó su vino y se deslizó hacia mi lado del reservado—. Harper, lo siento mucho. Toma. Deja que les diga que ha sido culpa mía.

Aparté el teléfono, apretándolo contra mi pecho. —No. Tengo que irme. Hablaré con ellos en persona. No puedo... no puedo explicarlo por mensaje. Y Alexander me ha dado una orden. —Desobedecerle no era una opción. Envié un único mensaje. Dos palabras.

En camino.

El chat se quedó en silencio. Mi corazón no. Si hubiera podido, se habría arrancado del pecho para huir hacia cualquier parte.

—He arruinado mi vida. —Me limpié las lágrimas que caían libremente por mis mejillas y salí del reservado. Todavía llevaba puesto el traje de ejecutiva, lo que facilitó el deslizarme por el vinilo resbaladizo. Me temblaban las piernas al ponerme en pie, pero levanté el mentón.

Lila me pasó el brazo por la espalda. —Iré contigo. Ha sido culpa mía. Todo. Yo te dije que enviaras el mensaje.

—Debería haber prestado atención y haberme asegurado de que se lo enviaba a la persona correcta. Ha sido culpa mía por no salir del chat privado. —Había mantenido ese hilo abierto con demasiada frecuencia, esperando un mensaje de ellos. Era patético lo mucho que pensaba en ellos, en los tres. Cada mensaje me daba un pequeño subidón.

Dios, era patética. Y afrontaría las consecuencias yo misma. —Gracias, Lila, pero de verdad quiero hacer esto sola.

Me miró fijamente a la cara antes de asentir. —Vale. ¿Quieres que te lleve?

—Claro. —Ella había bebido menos que yo y seguía por debajo del límite. Yo tal vez estaba un poco demasiado achispada para que fuera seguro conducir. Mis pasos se estabilizaron mientras salíamos al aire de la noche.

Nueva York brillaba con fuerza y determinación a nuestro alrededor. Los edificios se alzaban para ocultar el cielo, y las luces de las ventanas de las oficinas eran como pequeñas balizas que me encantaban desde que era niña.

Todo en la ciudad me fascinaba. Papá solía llamarme su exploradora urbana porque le exigía visitar cada edificio que estuviera a mi alcance.

Él me ayudó a entrar en muchos a los que nunca habría tenido acceso sola.

El silencio en el coche no era nada comparado con el vacío de Elevate cuando usé mi tarjeta para abrir una puerta lateral y deslizarme por el pasillo que llevaba a mi oficina. El hielo llenó mis venas y entumeció mi cuerpo.

Cada paso resonaba contra el suelo de mármol y me enviaba un escalofrío por la columna.

No me habían dicho dónde reunirme con ellos, pero lo sabía. Pulsé el botón del ascensor con un dedo trémulo y me metí las manos en los bolsillos.

El aire acondicionado del ascensor me sopló en las mejillas cuando se abrieron las puertas. Intenté respirar, pero cada vez que inhalaba, mis pulmones se agarrotaban.

Nadie me detuvo cuando llegué a la planta superior y las puertas se abrieron. Ni guardias de seguridad, ni recepcionistas. Ningún otro empleado.

Me sequé las manos sudorosas en los muslos e hice lo posible por echar los hombros hacia atrás y levantar el mentón mientras me dirigía a la puerta del despacho de Dante.

El único haz de luz bajo la puerta me guio hacia su despacho. La oscuridad envolvía el espacio abierto donde se encontraba el escritorio de Bethany. Incluso las luces del pasillo que solían mantener a raya la penumbra estaban apagadas.

Me detuve ante la puerta de Dante y levanté el puño. Mi tímido golpe hizo que apretara los dientes, y me obligué a llamar con más fuerza.

—Adelante. —La voz de Alexander sonó calmada a través de la gruesa puerta.

¿Estaba calmado o es que su autocontrol absoluto le permitía sonar sereno a pesar de lo que debía de ser una furia interna por mi incapacidad de cumplir las reglas?

Giré el pomo y empujé la puerta. Entre un suspiro y el siguiente, pasé de estar completamente sola a enfrentarme a mis tres jefes.

Alexander estaba de pie junto a la ventana, con las manos en los bolsillos en su postura habitual y la cara tan inexpresiva como una hoja de papel.

Julian estaba sentado en la esquina del escritorio de Dante. Durante un breve segundo me pregunté cómo tenía el valor de repantingarse con tanta pereza antes de recordar que Julian era el único que podría verle la gracia a la situación.

Dante estaba detrás de su escritorio, con los brazos cruzados.

Una tensión colérica me aferró la garganta, pero entré en la guarida de los leones, sin atreverme a parar hasta estar lo bastante cerca para captar el destello de ardor en los ojos de Julian.

—Siento haberles enviado ese mensaje. No iba dirigido a ustedes. —Entrelacé las manos detrás de la espalda para ocultar el temblor.

El impulso de explicarme —de divagar para romper el silencio— crecía con cada latido. Apreté la lengua contra la parte posterior de los dientes para no soltar toda la historia de golpe.

Julian se puso en pie con un movimiento lento y lánguido. Inclinó la cabeza hacia un lado y me examinó de arriba abajo. —¿No pretendías provocarnos con esa foto? ¿Es que no quieres nuestra atención?

—Sí. Es decir, no. —Me mordí la lengua y me concentré.

Julian me lo puso difícil al dar otro paso, acercándose lo suficiente para que un aroma a whisky y cuero me acariciara la nariz.

Dios, hasta olía a pecado. —Entiendo que tengan que despedirme. He infringido la política de la empresa al enviar ese mensaje. Ha sido un accidente, pero debería haber tenido más cuidado.

Los ojos de Dante se entornaron de esa forma suya que me tensaba la columna vertebral.

Un parpadeo lento ocultó sus pensamientos, pero cuando se alejó de la ventana y entró en el resplandor de una lámpara cercana, ahogué un grito.

Un tipo de ardor hambriento llenaba sus ojos. Puede que su rostro no revelara nada, pero sus ojos... maldita sea.

El azul de sus pupilas se volvió líquido, tan volátil como el océano e igual de profundo.

Alexander se alisó la corbata con una mano, atrayendo mi atención hacia su pecho y su abdomen. Se desabrochó la americana y se puso las manos en las caderas. —Tienes razón. Te has saltado las normas.

Mierda.

—Está en nuestra mano decidir tu castigo. —Dante permanecía en el borde de mi visión, con el cuerpo perfilado por la luz de la lámpara. El poder de su presencia enviaba ondas de choque de calor en espiral. Me estremecí a pesar del fuego abrasador de mi vientre.

—Aceptaré cualquier castigo que crean conveniente.

—¿Ah, sí? —La mirada de Julian se deslizó más allá de mí hacia Dante. Una extraña sonrisa que nunca antes le había visto transformó su expresión en una de deseo absoluto.

Asentí, muda por la necesidad inexplicable de dejar que me consumieran. Comprendía lo que quería, pero no la forma en que ansiaba a los tres.

La forma en que me miraban, con todo el ardor y el sexo a plena vista, disipó la sensación de hielo de mis manos y las volvió abrasadoras.

3

JULIAN

Alex y Dante habían aceptado dejarme llevar la voz cantante, y lo hice con mi encanto y carisma habituales. Harper se sentía más cómoda conmigo. La mayoría de las mujeres lo estaban. Dante las asustaba de muerte, y Alexander era demasiado malditamente huraño para ser coqueto.

Harper me sostuvo la mirada y su lengua asomó para humedecerse los labios.

La imagen me bajó directa a la entrepierna, y casi solté un gemido ante la necesidad punzante de poner a Harper a cuatro patas sobre el escritorio y hundirme en ella. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Seguí el movimiento con la mirada mientras daba otro paso hacia ella. —No tenías intención de enviarnos una foto sexy tuya, y has venido aquí cuando se te ordenó. Eso suena a una contradicción muy fuerte. Dime, Harper —alargué su nombre en un susurro bajo que la hizo estremecer de nuevo—. ¿Qué considerarías un castigo justo por tus actos?

—Yo... —volvió a humedecerse los labios—. No lo sé.

—Julian —el tono cortante en la voz de Dante me indicó que me dejara de rodeos y fuera al grano de una puta vez.

Le resté importancia con un gesto y una sonrisa de suficiencia. Sabía lo que hacía. —Lo que necesito saber es si nos consideras atractivos.

Ella abrió mucho los ojos. —Me está tomando el pelo. Sabe perfectamente que son atractivos —sus mejillas se sonrojaron y se cubrió la cara con ambas manos—. Lo siento. No quería decirlo así. Es que... Ustedes —un sonido entrecortado escapó de su garganta —. Joder, estoy perdida.

—Solo si quieres estarlo —me aseguré de que me oyera, encantado cuando levantó la cabeza de golpe y bajó las manos.

—¿Qué? —La confusión y lo que parecía ser esperanza luchaban en su expresión.

Esta vez, cuando me moví, no me detuve hasta que estuvimos cara a cara. —No estás perdida a menos que quieras estarlo —levanté un dedo—. Considera esto una transacción única. Sin juegos de poder. Sin consecuencias. No dirás que sí porque seamos tus jefes y te sientas obligada a aceptar por tu trabajo. Si dices que sí, será porque nos deseas. Si dices que no, no pasará nada más. No perderás tu trabajo elijas lo que elijas. Esas son nuestras condiciones.

Me miró fijamente, con sus ojos azules tan inocentes que apenas pude resistir la tentación de besarla allí mismo. —¿Sin consecuencias?

—Ninguna —le acuné la cara con una mano y acaricié su mandíbula con el pulgar—. Verte en esa foto hizo que se me pusiera durísima, Harper. Te deseo. Todos te deseamos, pero solo si estás de acuerdo. Di que no y todo esto desaparecerá. No volveremos a mencionarlo jamás.

Harper emitió un quejido bajo en el fondo de su garganta.

¿Cómo se sentiría si hiciera eso con mi polla en su boca? Maldición. Iba a ser una noche de locos. Si esta era mi única oportunidad con Harper, lo quería todo.

—¿Me están ofreciendo tener sexo conmigo? —Harper sacudió la cabeza, desviando la mirada de mí para posarla en Alexander y luego en Dante—. ¿Por qué? —dio un paso atrás, obligándome a seguirla o a dejar caer la mano—. No soy el tipo de mujer que ninguno de ustedes querría.

¿Perdón? —Las aletas de la nariz de Dante vibraron.

—Oh, mierda —le dije a Harper con un chasquido de lengua—. Has despertado al dragón.

—¿Qué? Es la verdad. Mírenme —señaló su cuerpo, sus hermosas curvas que me hacían la boca agua—. No quieren esto.

—No me digas lo que quiero —Dante sacó las manos de los bolsillos con parsimonia y las dejó caer a los lados.

Incliné la cabeza hacia Harper. —Eres exactamente lo que quiero. Me gustan las mujeres sanas. Me gustan las curvas —le guiñé un ojo—. Me gustan las tetas y el culo y poder agarrarme bien cuando hundo mi polla lo suficiente como para hacerte cantar una canción celestial.

La boca de Harper se movió, pero lo que fuera que iba a decir se evaporó cuando Dante le apretó la barbilla entre el pulgar y el índice.

Le obligó a levantar la barbilla y la miró a los ojos. —No vuelvas a decir eso de ti misma jamás. Eres preciosa. Si la perfección tuviera un cuerpo, sería el tuyo. No vas a menospreciarte. ¿Entendido?

Esperó su respuesta, y cuando ella intentó asentir, la sujetó con más fuerza. —Usa las palabras, Harper. Usa esa boca increíble tuya y dime si lo has entendido.

—Lo entiendo —fue apenas un susurro, pero bastó.

Dante la soltó. —Bien. Ahora puedes decidir si aceptas nuestra propuesta.

—Sí —la fuerza de su respuesta me dijo todo lo que necesitaba saber.

Había sentido su atracción cuando nos conocimos, pero como a Alexander le encantaba señalar, esto rompía las reglas.

Reglas que nosotros mismos habíamos escrito y aplicado.

Nunca me había gustado seguir las reglas, especialmente cuando deseaba algo tanto como deseaba a Harper.

Me hice hueco entre ella y Dante y deslicé mis manos por sus hombros. —Esta noche no hay reglas excepto una —esperé a que sus ojos se clavaran en los míos antes de continuar—. Si quieres parar, dilo. El «no» es aceptable. Se obedecerá al «para». Si cualquier cosa que hagamos te incomoda, pararemos.

—No estoy segura de entenderlo —la honestidad en sus palabras me cautivó de una forma que nada más podría haber hecho.

Besé la comisura de su boca, saboreando toques de vino y su fragancia de peonía. —Somos tres, y tú eres una. Nos gusta compartir.

Se le cortó la respiración con una inhalación deliciosa que empujó sus pechos contra mi pecho.

Gemí y volví a besarla. —Podemos turnarnos, si eso es lo que quieres.

—Nunca he... quiero decir... No estoy segura de lo que quiero —sus manos revolotearon a sus costados como si ni siquiera ellas supieran qué hacer o adónde ir.

Yo podía solucionar ese problema. Agarré sus muñecas y llevé sus brazos alrededor de mi cuello. Cuando la solté, enredó sus dedos en mi pelo.

—Hay demasiada ropa entre nosotros, ¿no crees? —desabroché el botón de su chaqueta y la abrí. La camisa blanca de debajo dejaba ver el contorno de su cuerpo, las curvas flexibles de sus pechos y caderas. Pasé la mano por su espalda y le saqué la camisa del pantalón.

Nos separamos lo suficiente para que ella se quitara la chaqueta. Yo hice lo mismo, al igual que Dante y Alexander. Lo siguiente fueron las camisas, pero detuve a Harper antes de que se quitara los pantalones, inmovilizando sus manos al agarrar de nuevo sus muñecas y hacerla retroceder hacia el sofá.

Ella se quedó mirando mi pecho y yo seguí su mirada, curioso por saber qué había captado toda su atención. Mis tatuajes. —Son muchísimos.

Me arrodillé para quitarle los zapatos y los calcetines, luego bajé sus pantalones y sus bragas por sus caderas y los dejé amontonados en el suelo.

Sonreí al ponerme en pie. —Puedes tocarlos —no era la primera en quedar fascinada por los tatuajes que recorrían mi torso y costillas.

Llevaba los dos brazos completamente tatuados, terminando en las muñecas para que los puños de la camisa los ocultaran de los empresarios entrometidos que intentarían sabotear nuestro negocio por mi aire salvaje.

Harper levantó una mano y la puso en el centro de mi pecho; su palma suave cubría el pequeño tatuaje en forma de corazón envuelto en espinas.

Había sido la primera pieza que me había tatuado y, a pesar del cliché que representaba, marcó un punto de inflexión en mi vida.

Con los ojos fijos en mi pecho, Harper se inclinó hacia delante y me besó justo encima de la punta de sus dedos.

Un sentimiento cálido creció en mi pecho. Pero ahora no era el momento. Lo aparté de una patada y me concentré en Harper.

La ayudé a tumbarse en el sofá y me incliné sobre ella, con una mano en el respaldo junto a su cabeza y la otra sopesando toda la turgencia de su pecho.

Rozé el pezón erguido con el pulgar y ella jadeó. Lo hice de nuevo, estampando mis labios contra los suyos para tragar el sonido de su placer.

Completamente desnuda y expuesta ante Dante y Alexander, y a mi merced. Las caricias vacilantes de sus manos subiendo y bajando por mi pecho avivaron mi deseo. La quería rogando por el orgasmo, y la quería tan caliente por nosotros tres que perdiera la capacidad de pensar.

Todo empezaba aquí. Ahora. Conmigo.

Le pellizqué el pezón, rodándolo entre el pulgar y el índice. Cuando se arqueó y jadeó contra mi boca, bajé la otra mano entre sus piernas. Se tensó y luego se relajó, recordándome que debía ir despacio. Le estábamos pidiendo mucho, sobre todo si era tan inocente como creíamos.

Esa maldita foto que nos había enviado ardía en el fondo de mi mente. No era nada comparada con la belleza de su cuerpo desnudo. Interrumpí el beso para observar su rostro mientras deslizaba un dedo en su interior. Mi miembro tuvo un espasmo cuando sus paredes vibraron.

—Qué sensible —curvé el dedo y lo saqué en una caricia lenta.

Harper sacudió las caderas y me agarró de los hombros. —¿Qué estás haciendo?

Dante apareció a mi lado. —¿Nadie te ha tocado antes?

Una mirada de pura vergüenza hizo que bajara los ojos. —Sí. No soy virgen.

—Eso no es lo que he preguntado —Dante tiró de la tela de sus pantalones a la altura de las rodillas para ajustárselos mientras se sentaba junto a Harper—. ¿Alguien te ha hecho correrte usando la boca o los dedos? ¿O has tenido la mala suerte de sufrir los treinta segundos de un hombre buscando su placer mientras te dejaba insatisfecha?

Su silencio respondió por ella.

—Joder —Dante sacudió la cabeza—. Eso es criminal, Harper. Nosotros no somos así. Tu placer importa más que el nuestro.

—Lo que quiere decir es que vamos a hacer que te corras tantas veces que vas a perder la cuenta. Solo cuando estés tan completamente satisfecha que olvides quién eres nos permitiremos unirnos a ti —añadí otro dedo a su coño, que ya temblaba, y empujé profundamente—. Empezamos así —bombeé con más fuerza, llenándola con mis dedos y usando el pulgar para presionar su clítoris, masajeándolo en círculos lentos.

—Oh, Dios —echó la cabeza hacia atrás y su cuerpo encontró un ritmo para acompasarse a mis movimientos mientras ascendía hacia su primer orgasmo.

—Eso es —la animé mientras bajaba la cabeza y soplaba suavemente sobre su clítoris expuesto.

Dante frotó sus palmas sobre sus pechos y luego se metió un pezón en la boca.

Alexander se mantenía al margen. Se uniría cuando estuviera listo, pero por ahora tenía que lidiar con la ética de nuestra decisión. Su polla dura como una piedra era un argumento de peso sobre hacia qué lado se inclinaba, pero sabíamos que era mejor no forzarlo.

Me puse de rodillas y separé las piernas de Harper. Se incorporó de golpe al primer contacto de mi lengua.

Dante gruñó y le besó un lado del cuello. Le agarró la pierna por la rodilla y se la subió al regazo. —Mírame —Harper giró la cabeza hacia él—. Buena chica. Ahora. Mira a Julian. Mira lo que te está haciendo. Mira cómo respondes ante él. Te desea. Todos lo hacemos. Me duele la polla de las ganas que tengo de estar dentro de ese coño. ¿Me quieres dentro de ti?

—Sí —apenas respiró mientras yo presionaba la lengua con fuerza contra su clítoris, rodeándolo y acariciándolo a medida que aumentaba la presión de mis dedos y profundizaba mis embestidas —. Ohhh.

—Eso es —venció la resistencia de Alexander al oír sus gritos—. Joder, necesito oírlo otra vez.

Añadí un tercer dedo y los curvé, golpeando ese punto dulce al mismo tiempo que pasaba la lengua por su clítoris y pulsaba contra él.

Me agarró el pelo a manos llenas, agitando la cabeza de lado a lado. —No sé qué hacer. Oh, Dios. Me corro.

—Eso es todo lo que tienes que hacer —Dante le subió más la pierna, dándome mejor acceso—. Mira a Alexander. Necesita verte.

Harper obedeció a Dante, levantando la cabeza del respaldo del sofá. Me miró a mí primero, abriendo mucho los ojos al ver mi cara enterrada entre sus piernas.

Antes de que tuviera oportunidad de sentirse avergonzada o preocupada, miró a Alexander.

Él estaba de pie, rígido como un poste al lado del escritorio. Nada en Alexander era fácil, pero moriría antes de hacerle daño.

Yo también, pero preferiría morir a no tener esta noche con ella. Si esta era nuestra única oportunidad, pensaba aprovecharla al máximo.

Con un jadeo, Harper se deshizo alrededor de mis dedos.

Su cuerpo se tensó, sus paredes me apretaron y sus caderas oscilaron para cabalgar mi rostro, buscando hasta la última gota de placer.

4

ALEXANDER

Observar a Julian y a Dante con Harper era un infierno. También era increíblemente erótico, y estaba erosionando mi autocontrol poco a poco. Seguir las reglas me mantenía a salvo.

Eso me aseguraba no cruzar ninguna línea que pudiera pasarme factura más adelante. Esto, tener sexo con una empleada, era buscarse problemas a pulso.

Me cago en todo. No he podido evitar bajar del estrado donde había visto a Julian follar a Harper con los dedos hasta llevarla a un orgasmo tan hermoso que me ha roto. No me he cansado de mirar todavía, pero he necesitado estar más cerca.

Dante me ha buscado con la mirada y lo ha entendido al instante. —Julian. —Le ha dado una palmadita en el hombro a Julian y ha señalado con la barbilla en mi dirección.

Julian ha levantado la cabeza de entre las piernas de Harper, con los labios y la barbilla relucientes por su flujo.

He entornado los ojos, con la voluntad quebrada. El padre de Harper había sido mi mejor amigo. Habíamos sido compañeros de habitación en la universidad. ¿Qué pensaría él de todo esto?

Esa pregunta debería haberme cortado la erección de golpe. Pensar en Peter debería haber puesto fin a todo esto.

Éramos demasiado mayores para ella. Y, sin embargo, Harper era una adulta y había tomado su decisión. Nos quería a nosotros. Sin juegos de poder, sin pamplinas de jefes y empleados. Habíamos expuesto nuestras condiciones y ella las había aceptado.

Pero he vacilado.

Dante y Julian se han quitado los pantalones y se han inclinado para susurrarle algo a Harper. Ella ha asentido con los ojos brillantes. Su reacción anterior se ha transformado en un deseo evidente mientras Dante se acomodaba en el sofá. Se ha dado una palmada en el regazo y Harper se ha subido sobre él, a horcajadas sobre sus piernas y de espaldas a su pecho.

Julian ha rodeado su polla con el puño mientras observaba a Harper. —Nos gusta hablar sucio, Harper. ¿Te molesta?

—No —ha respondido ella, negando con la cabeza.

—Bien. —Julian ha dado un paso hacia ella—. ¿Sabes lo que quiero?

—No. —Otro gesto negativo.

Dante le ha acariciado la espalda de arriba abajo, y luego ha cambiado de postura para que su polla descansara entre sus piernas. Ella ha cerrado los ojos y Dante le ha mordido el hombro con la fuerza suficiente para arrancarle un jadeo. —Quiero mi polla dentro de ti, Harper. Ponte de rodillas.

Ella ha hecho lo que se le ordenaba, y todo mi cuerpo ha reaccionado al ver cómo se deslizaba sobre la polla de Dante. Ha abierto la boca formando esa hermosa «O» de placer.

—Joder, Dante. Está preciosa sobre tu polla. La quiero en su boca —Julian se ha masturbado de nuevo—. ¿Quieres eso, Harper? ¿Quieres chuparme la polla mientras Dante te folla?

Me cago en la leche. No podía aguantar mucho más, pero me harían caso si quería que el espectáculo terminara.

—¿Y qué hay de Alexander? —Julian le ha cogido la cara a Harper mientras ella abría la boca para recibir su miembro—. No queremos que Alexander se quede fuera, y está a punto de explotar ahí mismo. ¿Qué deberíamos hacer al respecto?

Harper se ha lamido los labios. Sus ojos han saltado de la polla de Julian a mí; su mirada ha bajado hasta mi miembro, que tensaba mis pantalones, y ha vuelto a subir por mi cuerpo hasta clavar sus ojos en los míos. —También podría chupársela a él. —Se ha ruborizado—. Si eso es lo que él quiere.

—Lo quiero todo. —Me he quitado la ropa mientras caminaba hacia ella.

Dante ha afianzado los talones en el suelo y ha empujado las caderas hacia arriba, hundiendo su polla profundamente y lanzando a Harper hacia delante. Ella ha envuelto la polla de Julian con sus labios y ha gemido con un placer tan desesperado que he rodeado mi polla con ambas manos y he empezado a pajearme. El líquido preseminal me perlaba en el glande y lo he usado para lubricar el tronco, dándome placer cada vez con más fuerza y rapidez mientras me acercaba.

Harper ha sacado la boca de la polla de Julian con un chasquido delicioso y ha inclinado la cabeza hacia mí. —Te quiero en mi boca, Alexander. Y cuando Dante… —Se ha callado cuando Dante ha aumentado el ritmo de las embestidas, haciendo que el azote de carne contra carne subiera de intensidad.

Él le ha agarrado un puñado de pelo y le ha echado la cabeza hacia atrás, arqueándole la espalda. —Cuando termine de follar este coño tan apretado, Alexander y Julian podrán tener su turno. Quizá quieras a uno de ellos en el culo mientras el otro te folla por aquí delante —ha aprovechado el impulso para sacarla casi por completo de su polla antes de volver a chocar contra ella—. ¿Quieres eso?

Solo tienes que decir que sí. O que no. Nos aseguraremos de que disfrutes elijas lo que elijas. —La ha empujado hacia delante, incitándola hacia mi polla.

Unos labios cálidos han rodeado el glande y han bajado por el tronco. No podía metérsela entera, pero vaya si lo ha intentado. Se me han encogido los dedos de los pies contra la alfombra cuando ha ensanchado la boca intentando tragarme más hondo. He llegado al fondo de su garganta y su reflejo de náusea me ha obligado a retirarme.

—Más. —Se ha limpiado el hilo de saliva de su labio inferior y ha sollozado—. Quiero más. No sé qué pedir.

—No pasa nada. Nosotros lo sabemos. —La he guiado sobre mi polla, con una mano en la nuca y la otra alrededor de la base de mi miembro para mantenérselo firme—. Vamos a darte todo lo que necesitas. —Me ha mirado a través de las pestañas—. Dios, eres preciosa. No he visto nada mejor que esto. Te gusta la polla de Dante en tu dulce coño. Y me recibes en esa boca tuya como si hubieras sido creada para mí. —He bombeado despacio, profundizando con cada embestida. He rozado su garganta y he seguido. Cada fibra de mi ser me suplicaba que me la follara por la boca hasta explotar. Sentía la presión subiendo por mi nuca, ese lento aumento que precedía a una liberación gloriosa.

Primero Harper. Lo que ella necesitara.

La he apartado de mi polla con suavidad. —Quiero ver cómo te folla Dante hasta que te corras. ¿Julian?

Él no se había movido de mi lado. Harper le ha lamido la polla desde la base hasta la punta, y luego lo ha hecho otra vez antes de que él respondiera: —De acuerdo.

Dante no ha dudado en pegarla contra su pecho. Le ha subido los brazos para que se entrelazaran tras su nuca. Su polla se ha hundido en ella y, en lugar de intentar taparla, ha ayudado a que se abriera

bien, mostrándonos cada centímetro de ella mientras le agarraba la parte superior de los muslos y le subía los talones al sofá a ambos lados de sus rodillas.

—Joder, qué maravilla. —Me he pasado la mano por la polla, tirando con fuerza mientras esperaba y miraba.

Dante ha usado los codos para mantener las piernas de ella en su sitio, luego le ha rodeado el coño con la mano y le ha frotado el clítoris mientras se hundía en ella con una serie de embestidas secas. —Ya casi estás. ¿Lo sientes?

Harper ha sollozado.

—Yo sí lo siento. Me estás apretando la polla con muchísima fuerza. Quiero correrme dentro de ti. Quiero que sientas cómo exploto. Pero todavía no. Todos vamos a hacer que te corras para nosotros. Uno a uno.

—Por favor. Por favor, correos dentro de mí. Todos. Lo quiero todo —su respiración era una sucesión de jadeos estremecidos—. Ya me estoy corriendo. Por favor. Oh, por favor. Ya estoy ahí.

—Te tengo. —Dante la ha follado con fuerza y rapidez, usando las manos y su polla para tensar el cuerpo de ella como un muelle.

Ella se ha arqueado contra su pecho. Su cuerpo ha sufrido espasmos, su interior se ha contraído con fuerza tratando de ordeñar a Dante. Un grito ahogado ha escapado de su garganta.

—Eso es lo que quiero. Así. Fóllate mi polla, nena. Cógela toda. Córrete encima de mí. Quiero que me pongas la polla perdida —Dante ha empujado con las caderas unas cuantas veces más, dándole apenas tiempo a recuperarse antes de retirarse—. Alexander. Tu turno.

Julian me ha dado una palmada en la espalda. —Cógela, Alex. Quédatela. Deja de pensar tanto de una puta vez y disfruta del momento.

Era el único que íbamos a tener.

Harper ha alargado la mano hacia mí justo cuando Dante se levantaba y la ayudaba a ponerse de pie. Él me conocía demasiado bien. Habíamos compartido suficientes mujeres como para conocer nuestras preferencias. Verla entregarse a Dante y Julian ha hecho que me resultara imposible resistirme. Yo no era dominante como Dante, pero sí tenía algunas posiciones favoritas. Si esta iba a ser mi única vez con Harper, por mis huevos que iba a tenerla a mi manera.

—Inclínate sobre el sofá —la he ayudado a colocarse en la parte trasera del sofá y la he inclinado, usando la palma de mi mano en el centro de su espalda para ponerla en posición.

Ella ha accedido de buena gana, apoyando los brazos sobre el respaldo y la barbilla en los antebrazos. He alineado mi polla con su entrada y me he introducido con cuidado. Dante la había ayudado a acostumbrarse a mi tamaño, que era mayor, pero estaba estrecha. —Joder. Estás apretadísima. —El sudor me ha perleado la frente mientras me contenía. Demasiado rápido y le haría daño.

—Alexander… —ha gemido mi nombre.

—¿Qué pasa? —Me he detenido, con solo los primeros centímetros de mi tronco dentro de ella. Le he besado los hombros y le he masajeado el clítoris, usando los dedos para aliviar parte de la presión.

Ella ha frotado su culo contra mi vientre. —Eres grande.

Mi polla ha dado un respingo ante aquel susurro de asombro. —Claro que lo soy. Y voy a usar cada puto centímetro. Puedes conmigo, ¿verdad? Me vas a recibir entero.

—Sí. —Se ha estremecido y ha movido las caderas, dándome mejor acceso—. Te quiero muy profundo. Hasta el fondo. Por favor.

—Me gusta cuando dices por favor. —He introducido otro centímetro de mi polla en ella y luego me he retirado—. Pídemelo. Me gusta que

hables sucio, Harper. Dime cómo quieres que te folle.

Otro escalofrío le ha recorrido la espalda. —No te vayas. —Un sollozo se ha quedado atrapado en su garganta—. No puedo soportarlo. Te necesito dentro. Lo quiero todo.

He avanzado poco a poco.

—Más fuerte.

Una sonrisa me ha desnudado los dientes y he embestido con la fuerza suficiente para hacer que sus tetas botaran, pero sin dárselo todo todavía. —No estás lista para recibirme entero. Lo estarás. —Le he pellizcado el clítoris, con la presión justa para hacerla retorcerse —. Antes de que acabe la noche, me vas a tener entero. Y nos vas a tener a todos. Vamos a echarte a perder para cualquier otro hombre, Harper. Me gustaría decir que lo siento, pero no es así. Cada vez que te vayas a la cama, vas a pensar en esto. En nosotros. —He entrado más a fondo. Más a fondo.

Ella me ha recibido y ha suplicado más.

Dante y Julian observaban, y saber lo que ellos veían ha traído una nueva oleada de deseo por Harper.

He hundido los últimos centímetros en una embestida constante que la ha puesto de puntillas y ha hecho que todo mi cuerpo temblara por el esfuerzo. —Tómate un segundo para acostumbrarte. Ya estoy dentro. Lo has hecho muy bien. Te mereces una recompensa. —Me he retirado hasta la punta y luego le he dado toda mi longitud. Lo he hecho una y otra vez, aumentando el ritmo poco a poco a medida que ella se adaptaba a mi tamaño y grosor. Tenía que tener cuidado. Siempre.

Dante era el dominante de nuestro grupo, pero yo era el que tenía más control. A Harper le gustaba que la controlaran. Cada vez que la alababa, su cuerpo reaccionaba. A veces con pequeños pulsos, a veces con espasmos en todo el cuerpo que la cerraban alrededor de mi polla y me tentaban.

Harper ha levantado la cabeza y me he encontrado con sus ojos en el espejo que había al otro lado de la habitación. Nuestros cuerpos desnudos llenaban el marco, y le he sonreído.

Si había una próxima vez, me aseguraría de que estuviéramos en mi despacho, con todos mis espejos. Le pondría uno entre las piernas para que viera mi polla entrando y saliendo.

Dentro. Fuera.

He acelerado el paso mientras ella abría mucho los ojos.

Su orgasmo ha nacido en la punta de sus pies para extenderse por todo su cuerpo.

Más rápido. Más profundo.

He leído la necesidad en sus ojos y he satisfecho cada una de sus peticiones. Mis caderas bombeaban, mi culo se tensaba mientras me hundía hasta el fondo y dejaba que ella se desmoronara.

5

HARPER

Si muriera en este preciso instante, haría repicar las campanas del cielo con mis orgasmos. Por todos los demonios, estos hombres sí que sabían cómo tratar a una mujer. La sonrisa de Alexander en el espejo era una belleza pecaminosa. Su polla, larga y gruesa, se deslizaba más hondo, dándome tiempo de sobra para sentir cada relieve y cada vena.

Ya me había corrido con tanta fuerza que todo mi cuerpo temblaba, y aún no había terminado. Julian esperaba en el borde de mi campo de visión.

Solo tenía que girar la cabeza, pero no podía.

Estaba ensimismada con la imagen de nosotros en el espejo. Las líneas suaves del cuerpo de Alexander contrastaban con mis curvas. Su abdomen se tensaba con cada embestida y, cuando me rodeó para acariciarme los pechos, ni siquiera me molesté en intentar apagar mis gritos.

—¡Qué boca tan bonita! —Julian se acercó acechante, con la mano envuelta alrededor de su polla. Se la masturbaba con movimientos lentos y sensuales que me hacían la boca agua.

Me habían dicho que les gustaba que hablara sucio, pero no estaba segura de saber cómo. Lo decía en serio cuando dije que no sabía qué pedir.

Pero sabía una cosa con certeza. Los quería dentro de mí. Quería sentirlos correrse.

Quería ver sus caras cuando encontraran el clímax. Y no quería que la noche terminara.

—Córrase dentro de mí. —Me balanceé sobre Alexander—. Por favor. Fólleme. Por favor.

Sus labios se curvaron mostrando los dientes en una sonrisa que me provocó deliciosos escalofríos por la espalda. —Qué educada. —Retiró la polla y luego la hundió de una estocada rápida.

—Más duro. —Gemí y apoyé las palmas en el respaldo del sofá—. Oh, dios, fóllame más duro.

—Si te doy lo que quieres, te voy a destrozar. —Alexander ya no era educado ni distante. El hombre que nunca me decía más de un puñado de palabras me dio un azote en el culo mientras me embestía el coñito. Me lo estaba dando todo, pero lo hacía con cuidado.

—Joder. —Julian se pasó una mano por el pelo—. Necesito entrar, Alex. Dale lo que quiere o deja que lo haga yo.

Alexander dio un paso atrás, dejándome completamente vacía.

—No. —Gimoteé y me giré hacia él—. Puedo aguantarlo.

Sus ojos centellearon. Fue la única advertencia que dio antes de rodearme con ambos brazos y empujarme contra el sofá. Mi espalda chocó contra el cuero frío y solté un jadeo. Sus labios se estrellaron contra los míos y entró en mí de una sola estocada.

Maldita sea. Pensaba que era grande cuando estaba detrás de mí, pero tener su peso encima mientras me subía una pierna sobre el

respaldo del sofá y sentir sus huevos golpeando mi culo con cada embestida le daba un significado totalmente nuevo a la frase «hasta el fondo».

Aferré mis manos a sus hombros y aguanté la tormenta. —Córrase dentro de mí. Yo también lo necesito. Necesito sentirlo. Tomo anticonceptivos. No pasa nada —balbuceé cuando rompió el beso, y su rostro se contrajo.

Me embistió el coño sin tregua y yo le devolví cada estocada con la misma fuerza. —Te sientes tan bien. Qué follada tan dulce. —Su cuerpo se puso rígido y la sensación de su polla hinchándose más me empujó al abismo de nuevo.

Joder. Me cago en... Nunca me había corrido tantas veces en mi vida. Entré aquí siendo un cascarón de mujer llena de complejos, pero me los han quitado a base de pollazos. Me sentía hermosa de una manera que nunca antes había experimentado.

Había puesto al mismísimo Julian Flynn de rodillas. Me había lamido el coño y ahora no veía la hora de meterme su polla. Incluso cabalgando las olas de mis orgasmos con Dante y Alexander, no podía esperar a que fuera el turno de Julian.

El aliento de Alexander salió en una exhalación caliente sobre mi cuello.

Su polla pulsó y se vació dentro de mí mientras surcábamos la euforia. Me besó de nuevo cuando terminó y me pellizcó un pezón mientras salía. —Es toda tuya, Julian.

—Gracias a Dios —Julian se acercó y me tendió una mano—. Vamos, cielo. Sé exactamente dónde te quiero.

Se habían turnado conmigo esta noche como si no fuera nada nuevo para ellos. Un pensamiento delicioso pero peligroso se filtró en mi mente. ¿Podrían follarme los tres a la vez? ¿Quería que lo hicieran?

Un sí inmediato rugió en mi interior. Me quedaría con los tres. A la vez.

Abrí la boca, pero no salieron palabras.

Los labios de Julian se curvaron. —Sé lo que estás pensando. La respuesta es sí.

—¿Lo haréis? —Apenas susurré la pregunta.

Julian lanzó una mirada hacia Dante, quien sacudió la cabeza. El movimiento fue mínimo, pero aun así me rompió el corazón.

El sonido áspero de su voz fue como terciopelo sobre mi piel. —No estás preparada para eso.

—Lo estoy —intenté discutir, pero Dante pasó por delante de Julian y me pellizcó la barbilla de la misma forma que antes.

—No. —Había una mezcla de pesar y desafío en esa única palabra—. Antes de esta noche, ni siquiera te habían follado como es debido. Aceptarás que este es un acuerdo de una sola vez, y te daremos tanto placer como podamos. Uno. A. La. Vez.

—Sí, Dante. —Nunca había entendido lo que era el fetiche por las alabanzas hasta esta noche. Tenía razón. No tenía ni idea de en qué me estaba metiendo de verdad con todos ellos. —Ojalá lo hicierais, de todos modos. —Mi voz bajó hasta ser un susurro, y solo porque Julian me apretó la mano tuve el valor de continuar—. Me gustaría saber qué se siente al teneros a los tres dentro de mí al mismo tiempo. —Mi cara se encendió pero le sostuve la mirada. Sus pupilas estaban dilatadas, su deseo ardía entre nosotros.

—Deja que Julian tenga su turno. Hemos terminado de discutir esto. —Dio un paso atrás e hizo un gesto con los dedos hacia el escritorio. Debía de saber lo que Julian tenía planeado.

Yo, por el contrario, no tenía ni idea.

Me guio hasta el escritorio y se colocó entre mis piernas. Con las rodillas dobladas y las piernas abiertas, entró en mí de una estocada rápida. Julian no era lento ni controlado. Ser follada por él era como intentar aferrarse a un huracán.

—Ojos abiertos. —Me agarró de los hombros y frotó su nariz con la mía—. Míranos. Mira qué hermosos estamos juntos.

No entendí sus palabras hasta que miró hacia abajo.

Seguí su mirada hasta la unión de mis muslos, donde su polla me embestía con fuerza.

Se me cortó la respiración y no pude apartar la vista.

Esta vez, mi orgasmo empezó lento, en lo más profundo de mi vientre. No tuve que pensar en ello ni concentrarme en dar con el ángulo adecuado.

Julian se encargó de todo.

Millones de pequeños hormigueos se convirtieron en una ola gigante y ondulante de placer.

Julian me siguió al abismo, con los labios fijos en mi oreja mientras se corría en una serie de estocadas estremecedoras.

Entre un aliento y el siguiente, Julian salió y Dante se colocó entre mis piernas.

Nuestras miradas se cruzaron, y la expresión de absoluta dominación en la suya disparó mi pulso.

Deslizó sus nudillos por el centro de mi pecho. —No estás preparada para todas las cosas que podríamos hacerte, pero deja que te dé una muestra. —Sin previo aviso, me rodeó la garganta con una mano y apretó. No lo suficiente como para cortarme el aire, pero lo justo para hacerme retorcer.

Abrí la boca para jadear y él me empujó hacia atrás sobre el escritorio.

Su pulgar descansaba sobre mi pulso, que latía salvajemente. Mi clítoris también. La doble sensación envió una conciencia abrasadora por todo mi cuerpo. Más. Enganché mis tobillos alrededor de las caderas de Dante y lo insté a avanzar.

Me apretó el cuello con más fuerza al entrar en mí, luego me soltó y me folló en un frenesí que sacudió todo el escritorio.

Justo cuando creía entender su ritmo e intentaba seguirlo, él aceleraba o frenaba.

Me llevaba hasta el borde del orgasmo y luego retrocedía, dejándome retorciéndome.

—Esto es lo que podemos hacerte. Durante horas. —Me apretó de nuevo el cuello, mientras bajaba una mano entre nosotros y me pellizcaba el clítoris. Su polla no se detuvo en ningún momento.

Me dejó sin aliento, jadeante y desesperada. Maldito sea. Yo quería esto. —Más —logré raspar esa única palabra cuando alivió la presión en mi garganta.

Julian y Alexander compartieron una mirada, pero yo estaba demasiado concentrada en Dante para comprenderla.

Me presionó el clítoris con la palma de la mano, luego bajó la cabeza y me mordió un pezón. Los arcos gemelos de dolor y placer desgarraron mi cuerpo, y me corrí con más fuerza que nunca.

Dante me besó la clavícula y se retiró. —¿Quieres más?

Asentí, incapaz de hablar por los ecos de mi orgasmo.

Sus fosas nasales se dilataron de una forma que empezaba a reconocer. —Ponte de rodillas. Termina conmigo con la boca como una buena chica.

Ahí estaba de nuevo. *Buena chica*. En mi vida pensé que me gustaría oírlo, pero viniendo de ellos, me encantaba. Rodé fuera del escritorio y me puse de rodillas, abriendo la boca para él.

Se deslizó sobre mi lengua y por mi garganta, empujando la gruesa cabeza más allá de mi reflejo de náusea. Me atraganté con él, pero me negué a parar.

Mis labios lo envolvieron y nos saboreé.

Una embriagadora combinación de satisfacción y codicia trajo una nueva ola de placer. Levanté los ojos y observé su rostro, anhelando de nuevo al sentir sus dedos en mi pelo.

Me agarró los lados de la cabeza y sonrió. —Voy a correrme en esa boca tan bonita. Y te vas a tragar hasta la última maldita gota.

Gemí mi aprobación y me sujeté a sus caderas mientras él bombeaba en mi boca. Más rápido y más fuerte de lo que creía posible. Su abdomen se contrajo y una sarta de maldiciones masculladas llenó el aire mientras se vaciaba en mi boca. Tragué y tragué, intentando seguir el ritmo del flujo constante.

Cuando terminó, permaneció dentro de mi boca, con sus pulgares acariciando mis pómulos. —Esa es mi buena chica.

Un arrebato de alegría por haberle complacido me calentó la piel. Salió de mi boca y me ayudó a ponerme en pie.

—Vamos a limpiarte y a que te vayas a casa. —Tardé un minuto en asimilar sus palabras, y cuando lo hice, la decepción me golpeó con fuerza.

Habían terminado conmigo. Pero eso era lo que habíamos acordado. Me lo recordé a mí misma mientras Dante me llevaba a su cuarto de baño privado y me ayudaban a asearme, siendo cada toque tierno y reconfortante.

Incluso me dieron algo de picar y agua, y se aseguraron de que me encontrara bien. Hizo que todo pareciera correcto, pero también confuso, porque se estaba acabando.

Pensé en ellos durante todo el camino a casa y el resto de la noche. ¿Cómo iba a enfrentarme a ellos en la oficina ahora que los había

visto a todos desnudos? ¿Ahora que los había tenido dentro de mí?

No debí preocuparme. Al día siguiente en el trabajo, estuvieron tan ocupados con reuniones en sus despachos que ni siquiera los vi.

Esa decepción dolorosa siguió creciendo y madurando a lo largo del día, de modo que cuando entré en el ascensor para irme a casa y casi me estrello contra el pecho de Alexander, casi olvido que era mi jefe y que se suponía que debía aceptar que nuestra única noche había terminado.

No lo aceptaba, pero no tenía otra opción. Había aceptado sus condiciones, así que levanté la barbilla y fingí una sonrisa. —Buenas tardes, señor.

Alexander apenas respiró y, desde luego, ni siquiera se dignó a mirarme. Con las manos en los bolsillos, mantuvo la vista al frente. —Buenas tardes, señorita Bloom.

¿Señorita Bloom? No me llamaba así desde el día en que me entrevistaron y me dieron el puesto.

El control que tanto me había gustado de él anoche se convirtió en el adversario de hoy. Cerré los puños, pero me obligué a relajarlos antes de que las uñas se me clavaran en las palmas.

Las puertas se abrieron y Alexander salió sin mirar atrás. Se dirigió hacia el despacho de Dante, dándome una vista de sus hombros anchos mientras las puertas se cerraban.

No tenía motivos para seguirlo. No tenía motivos para detenerlo ni para hacerle ninguna pregunta. Me mordí el lateral de la lengua y me recordé por millonésima vez que debía estar agradecida por nuestra noche juntos. Debería dejar de ser codiciosa y de querer más.

—Maldita sea. —El estallido de aire que acompañó a mi maldición se quedó atrapado en el ascensor conmigo. No tenía más remedio que irme a casa y aguantar otra noche solitaria.

6

DANTE

Mi despacho olía a Harper. Y a sexo. Había limpiado anoche, pero la fragancia persistía en mi nariz, en mi cabeza. He pasado media jornada con una erección a medias gracias a la marca emborronada de su culo en el borde de mi escritorio.

Cada vez que la veía, pensaba en Harper. Los sonidos que emitió anoche, la forma en que nos aceptó, joder, la forma en que me dejó estrangularla y me suplicó *más*, fueron un estímulo suficiente para ponerme duro.

Me he levantado y he estirado los brazos sobre la cabeza, girando el torso mientras me dirigía al gran ventanal. La noche había caído hacía media hora y los últimos empleados salían del edificio.

Harper caminaba entre ellos, con su cabello rubio miel balanceándose a cada paso. Se ha dirigido a un modesto sedán gris y se ha deslizado tras el volante. Me he quedado en la ventana, vigilándola hasta que ha salido del aparcamiento y ha desaparecido de mi vista.

—¿Buenas vistas? —Julian ha aparecido a mi lado; su amplia sonrisa y su risa estridente aportaban algo de alegría a un día, por lo demás, aburrido.

Alexander ha llamado una vez y ha entrado con zancadas largas y decididas. Ha caminado directo hacia el mueble bar y ha sacado mi whisky más antiguo. Se ha servido un vaso lleno, ante la diversión de Julian.

—¿Pero qué cojones, Alexander? —Me he acercado y le he quitado el decantador—. Esta es una botella de mil dólares y te la estás bebiendo como si fuera cerveza barata. ¿Es que *quieres* que te tumbe de espaldas? Porque esto pega una buena patada.

—Creo que nuestro amigo está teniendo una crisis mental —Julian ha cruzado los brazos, con una sonrisa que se ensanchaba por momentos—. ¿Pensando en lo de anoche?

Alexander le ha dedicado una peineta y se ha pimplado el whisky. Su garganta trabajaba con una serie de tragos que han acabado con medio vaso antes de bajarlo. —Tenemos que hablar de lo de anoche.

—¿Cuándo podemos repetirlo? —Julian ha arqueado una ceja cuando me he girado hacia él—. No me pongas esa puta cara. Nos lo pasamos mejor que nunca con Harper. Una noche no va a ser suficiente. Todos lo sabemos.

—Tiene que serlo. —Alexander me ha arrebatado el decantador de la mano y ha rellenado su vaso. En cuanto lo ha llenado hasta el borde, se lo ha bebido de un trago, ha vuelto a llenarlo y se ha dirigido al sofá. Se ha sentado en el borde, con la mirada recorriendo la estancia—. Está en *todas* partes.

—Fue una noche de locos. —Me he servido una copa y le he ofrecido el decantador a Julian.

Él ha asentido y se ha apartado de la ventana. —¿Entonces cuándo volvemos a verla?

—No lo haremos. —Alexander ha dejado de engullir whisky como si fuera a salvarlo y ha tomado un sorbo pausado. Se ha recostado en el sofá y ha rodeado el respaldo con el brazo, exactamente en el lugar donde había inclinado a Harper sobre el borde—. Tenemos que

ceñirnos a las reglas. Nada de relaciones en la oficina. Nosotros pusimos esas normas y debemos cumplirlas. Si no lo hacemos, ¿cómo vamos a obligar a los demás? —Ha negado con la cabeza lentamente—. Nunca debimos haberlas roto en primer lugar.

—A la mierda con eso. —Julian ha cogido el whisky que le había servido y se ha dejado caer en el sofá junto a Alexander—. ¿La viste anoche? ¿La *oíste*?

—Oí todo —ha gruñido Alexander entre dientes.

Nunca lo había visto así. Ni una sola vez en nuestra larga amistad.

—Se supone que debemos dar ejemplo a nuestros empleados. ¿Tenéis idea de las repercusiones, de cómo empañaría nuestra reputación si se corriera la voz de que nosotros —ha señalado con el dedo para incluirnos a todos—, los directores generales, nos estamos tirando al personal?

—Solo a una. —Julian ha levantado un dedo y ha chocado su vaso con el de Alexander—. Nos estamos tirando a una empleada. Y estás siendo un puto santurrón.

Me he mantenido al margen del intercambio para observar las reacciones de Alexander. Eran demasiado intensas, demasiado emocionales, y no encajaban con el hecho de que hubiéramos roto una norma que creamos precisamente para tener una excusa para rechazar a empleadas demasiado entusiastas que querían hacerse un nombre acostándose con nosotros.

—Alex. —El apodo ha roto el silencio y ha hecho que ambos hombres se giraran para mirarme.

Él ha hecho girar el vaso de cristal entre sus manos. —¿Qué?

—¿Qué te pasa de verdad? —He caminado por la habitación sin ver realmente nada. He pasado suficiente tiempo aquí como para conocer cada rincón, desde la estantería de la esquina ligeramente descentrada hasta la pequeña grieta en el cajón de mi escritorio del

día en que le propiné una patada tan fuerte que me rompí el dedo del pie. Esta habitación era más mi hogar que nuestro ático.

—Nada. —Ha tomado otro trago de whisky.

—Y una mierda. —He hecho girar mi bebida en el vaso y me he sentado en el alféizar de la ventana—. Nos conocemos desde la universidad. Hemos vivido juntos durante años. Te conozco. Hemos compartido mujeres antes, así que sé que ese no es el problema. Y todos sabemos que no nos tiembla el pulso al romper las reglas cuando nos sale de los cojones. Así que... ¿de qué se trata realmente?

Julian me ha lanzado una mirada confusa, pero se ha acomodado en el sofá, cruzando el tobillo sobre la rodilla mientras esperaba a que Alexander se derrumbara.

Porque lo haría. Alexander era muchas cosas, pero nunca nos guardaba secretos. Al mundo sí, pero no a Julian o a mí.

He bebido un sorbo de mi whisky y me he quedado perfectamente quieto. Imágenes de Harper bailaban en mi cabeza. He intentado apartarlas para centrarme en Alexander, pero se me había metido bajo la piel y me costaba lo mío no romper el vaso que tenía en la mano por la necesidad de volver a tocarla.

Alexander se ha tapado la boca con la mano y se ha recostado con un gemido de frustración. —Esto es más que un romance de oficina prohibido. —Se ha inclinado hacia delante y se ha golpeado las rodillas. Su repentina incapacidad para controlarse decía más que sus palabras. La frustración ha llegado a su punto de ebullición y se ha desbordado—. Es la hija de Peter. —Nos ha escupido la frase como si fuera la peor de las maldiciones.

El pie de Julian ha empezado a agitarse de arriba abajo, mientras la preocupación cavaba una zanja entre sus cejas.

Esos eran sus tics. La familiaridad con ellos tras años de amistad los delataba a ambos en cuestión de segundos. Julian se moría por decir

algo mordaz y sarcástico, pero se ha dado cuenta de que eso no iba a ayudar a Alexander.

He esperado, bebiendo pacientemente y dándole a Alexander la oportunidad de soltar el resto de su verdad.

Ha inhalado una pesada bocanada de aire y se ha levantado, pasándose una mano por el pelo canoso una y otra vez. Sus ojos grises se han vuelto distantes y oscuros. —¿Es un insulto a su memoria? ¿Lo que hicimos anoche? —Ha caminado hacia mí, luego ha girado sobre sus talones y se ha alejado—. Nos acostamos con su hija. Eso tiene que romper algún tipo de código.

—Harper es una mujer adulta. —Julian se ha unido a la conversación con una defensa sólida que Alexander tal vez no pudiera procesar en ese estado.

He cruzado los tobillos y he dejado que la ventana cargara con el peso de mi cuerpo. —¿Crees que hicimos mal al tener sexo con Harper?

—No. —Julian se ha levantado de un salto con un solo movimiento que ni siquiera ha alterado su bebida—. Ella tomó la decisión de acostarse con nosotros. No la coaccionamos. Tenía el control total.

—Somos veinte años mayores que ella y somos sus jefes —ha señalado Alexander lo obvio con un rictus en los labios—. Por mucho que la desee, no puedo quitarme la sensación de que hemos traicionado a Peter.

Julian y yo hemos notado el tiempo presente en ese *desee* al mismo tiempo y hemos asentido el uno al otro. Estábamos en la misma sintonía.

—Todos elegimos esto. —He escogido mis palabras con cuidado y las he pronunciado con suave claridad—. Nadie obligó a nadie. Harper nos eligió, y todos entramos en esto con los ojos bien abiertos. —He tomado aire para calmar mi pulso acelerado y he forzado el resto—: Fue cosa de una sola vez.

Mentira. Esas palabras estaban mal. Las odiaba todas y cada una de ellas. No había terminado con Harper. Ni de lejos.

—Pidió más a gritos. —Julian le ha dado una palmada en la espalda a Alexander con fuerza suficiente como para arrodillar a la mayoría de los hombres. Alexander apenas se ha tambaleado. La sonrisa de Julian ha florecido en una de pura emoción caótica—. Joder, Alex. Te aceptó entero y pidió *más*. Sabes lo excepcional que es eso. Incluso Dante pudo divertirse un poco y no la asustó.

Sí, y el recuerdo de su pulso bajo mi pulgar latía en mi sangre con un subidón embriagador que ha ido directo a mi polla. Había probado un poco de ella, había vislumbrado su deseo, y quería más. Mucho más. Tendría lo que quería. Al carajo las reglas.

Al carajo la reputación y la lealtad.

Alexander se ha pasado la mano por el pelo una y otra vez, hasta que se le ha quedado en punta y su pecho se agitaba por la indecisión. Yo me iría al infierno por mis deseos; tanto si mis amigos me seguían a ese abismo como si no, no tenía más opción que saciarme con Harper.

La próxima vez, habría más. De todo. Más juegos preliminares. Más exploración sexual.

Julian tenía razón. Había aceptado la polla de Alexander y suplicado. Me había permitido estrangularla y amordazarla con mi polla, y ansiaba más.

Se lo daría todo.

7

HARPER

Lila y yo nos acurrucamos en extremos opuestos del sofá con nuestro vino y cuencos de palomitas, con la mirada fija en la pantalla apagada del televisor. Ella bebió un sorbo y me miró de reojo. —Entonces, ¿vas a contarme lo que pasó anoche o no?

—¿O no? —me salió con una leve risita, y ella me lanzó un cojín a la cabeza. Lo aparté de un manotazo mientras una risa profunda me sacudía los hombros—. Vale. Te lo contaré.

Se inclinó hacia delante con los ojos como platos.

—Me acosté con ellos. —Se me escapó una sonrisa, y sentí unas burbujas de euforia estallando en mi piel y recorriéndome la columna vertebral.

Lila me agarró del brazo. —¿Cómo que con «ellos»? —Me clavó las uñas en la piel y me sacudió el brazo con tanta fuerza que casi se me vierte el vino—. Cuéntamelo todo.

Le di una explicación apta para todos los públicos de mi experiencia. Me negué a darle demasiados detalles. Aunque éramos mejores amigas y confiaba en ella, había partes de esa noche —de la persona en la que me había convertido— que no estaba lista para

revelar. Como que había deseado que los tres me embistieran con sus pollas y me hicieran cabalgar como un maldito cohete. O cómo había disfrutado de que Dante me asfixiara y cómo me había preguntado qué se sentiría si él llevara las cosas un poco más lejos.

—Qué zorra más mala eres. —Lila me dio un manotazo cariñoso en el brazo con el dorso de la mano—. Suena increíble. Te envidio.

—Ha sido el mejor sexo de mi vida. —Exhalé un suspiro sobre mi copa de vino—. Pero acordamos que sería cosa de una sola vez. —La decepción dejó un sabor amargo en mi lengua, pero me obligué a tragarlo—. No sé cómo se supone que voy a volver al panorama típico de las citas después de lo de anoche.

Lila me rellenó la copa y me dedicó una sonrisa triste. —Te entiendo. Los hombres de nuestra edad son unos gilipollas integrales. Daría lo que fuera por tener una noche como la tuya. Aunque fuera solo con un tío. Tener ese tipo de química y sexo explosivos. —Se estremeció mientras sonreía y se frotaba los brazos—. Lo más cerca que estoy yo de eso es con mi nuevo consolador. Lo he llamado Brad. Puede que tengas que invertir en uno. No es tan bueno como algo real, pero Brad es lo bastante grande como para cumplir con su cometido.

Lo bastante grande. Un recuerdo de la increíble polla de Alexander me vino a la cabeza. Se me encogió el estómago y empapé mis malditas bragas. —He visto a Alexander al salir del edificio esta noche. Me ha mirado como si no hubiera pasado nada.

Casi como si no le hubiera importado lo más mínimo. Eso me dolió más que nada. Había entendido y obedecido las reglas que establecimos, pero *dolía* que me mirara y no mostrara ni un ápice de emoción. ¿Qué haría falta para romper ese autocontrol? Incluso mientras me daba caña anoche, se mantenía rígido y con el control absoluto. ¿Qué se sentiría si se rompiera ese control, si el animal que vislumbré en su interior estallara hacia fuera?

—Seguro que no ha querido que pareciera eso. No es que pudiera estamparte contra la pared y decirte cuánto te deseaba allí mismo,

en el ascensor. —A Lila le bailaban los ojos, mostrando toda su picardía y energía sexual—. Es mejor haber vivido la experiencia, ¿verdad? —Me acercó la copa de vino a la boca con un empujoncito —. Y ahora ya sabes qué estándar ponerle al próximo hombre que te lleve a la cama.

—Tienes razón, pero no hay nadie más en el mundo que pueda compararse con ellos. —Suspiré y cerré los ojos, bloqueando la visión de mi soso apartamento. Me mudé aquí después de que mi padre falleciera, incapaz de soportar la visión de mi casa de la infancia vacía. Esto era casi peor. Me había traído algunos muebles, como el viejo escritorio de papá y el mueble de la televisión. Había comprado el sofá y las sillas en una tienda online y apenas me había molestado en buscar una decoración que combinara. El estilo ecléctico de lo viejo y lo nuevo me reconfortaba.

Lila se escurrió hacia abajo en su rincón y apoyó los pies en la mesa de centro. —¿Quién la tiene más grande?

—No voy a responder a eso. —Resoplé y me incorporé, bebiendo mi vino e intentando no recordar cada contacto de su piel con la mía. Lila puso los ojos en blanco y yo solté una risita—. No empieces.

—No estoy empezando nada. —Cogió su móvil y tecleó algo, luego me enseñó la pantalla—. Pero si alguna vez tienes la oportunidad, tienes que probar esta postura con ellos. Ya te han hecho tocar el cielo, pero esto los dejará a ellos por las nubes.

Cogí su móvil y lo puse de lado. —Ni siquiera entiendo qué está pasando ahí.

—Ay, tía. De verdad espero que cambien de opinión. Y sé que tú no has sacado el tema, pero lo voy a sacar yo: no tengas miedo de hablar con ellos. Diles lo que quieres. Hombres así, que te escuchan, son demasiado buenos para dejarlos pasar. Saben cómo complacerte, y parece que eso es lo que quieren. Así que déjalos.

Ellos habían dicho algo parecido anoche. —Es que resulta raro. Quiero decir, decir palabrotas o hablar de pollas contigo es una cosa, ¿pero con ellos?

—Con ellos, que saben perfectamente qué hacer con una polla, con un coño y con un culo.

—¡Lila!

—¡Ay, no me vengas con esas! —Lila se acercó más y me pasó el brazo por los hombros—. Puede que no tengas otra oportunidad, pero si la tienes, lánzate. ¿Qué daño puede hacer?

Tenía razón.

Mi móvil sonó y el nombre de Dante apareció en la pantalla.

—Uhhh. —Lila arqueó las cejas y me arrebató el móvil de la mesa de centro—. ¿Qué dice?

Desbloqueé la pantalla y busqué el mensaje mientras Lila se inclinaba para leer por encima de mi hombro. Se me secó la boca al leer y releer el texto.

Dante: *Todos acordamos que esto sería algo de una sola vez, pero tras discutirlo más a fondo, nos gustaría solicitar otra «reunión privada» contigo. ¿Quizás después de la gala de la empresa?*

Lila se tapó la boca con ambas manos y soltó un grito corto pero emocionado. —Quieren volver a acostarse contigo.

—No lo sabes con seguridad. —Ignoré el subtexto del mensaje e intenté tomarlo de forma literal. Mi corazón daba volteretas y se me revolvía el estómago. Lo deseaba demasiado. Ya lo sabía, y no sería justo por mi parte asumir que ellos querían más.

Lila me agarró del brazo y me sacudió fuerte. —Para ya. Lee el dichoso mensaje, Harper. Han pedido una reunión privada después de la gala. Eso solo puede significar una cosa. ¿Vas a ir?

Vacilé, sintiendo el calor de mis manos alrededor del móvil. —No tenía pensado ir puesto que no tengo acompañante.

—A la mierda eso. Tienes a tres hombres que quieren verte después. No necesitas llevar a nadie. —Mi mejor amiga del mundo entero me sacudió de nuevo—. Harper, te lo juro por Dios, si ignoras esto no volveré a hablarte en la vida.

Resoplé. —Sí que lo harás.

Ella soltó una carcajada. —Tienes razón. Pero me pillaría un cabreo monumental. Entiendo que no es lo ideal, pero joder, chica. Necesitas esto. Yo necesito esto para ti. Déjame vivirlo a través de ti. —Tocó la pantalla del móvil, haciendo que se iluminara—. Es Dante, ¿verdad? —Tocó la pantalla otra vez con una de sus largas uñas rojas—. Dante tiene la polla más grande. Se nota que tiene esa energía.

—No voy a hablar de eso contigo. —Se me calentaron las mejillas mientras los recuerdos me invadían. Dante no era el más grande de los tres, pero eso importaba tanto como el color del que decidiera pintarme las uñas. Sabían lo que hacían. ¿Ayudaba tener una polla más grande que la media? Claro.

Pero me habían hecho correrme con sus manos y sus bocas con un placer tan asombroso que me daba exactamente igual el tamaño. Bueno... puede que me importara un poco. Desde luego que se sentía muy bien cuando me estiraban hasta mi límite, llenando cada centímetro posible de mi ser.

Sonriendo, Lila se dejó caer hacia atrás en el sofá y cogió su vino. —Vale. Pero luego quiero los detalles.

—Qué asco. —Fingí una arcada—. Yo no te pido detalles de tu vida sexual.

—Porque no hace falta. Te cuento hasta el último detalle. *Con pelos y señales*.

—Y no porque yo quiera oírlo. He aceptado reunirme con ellos, así que no hace falta que me des la tabarra. —Puse los ojos en blanco cuando Lila chilló y empezó a saltar en el sofá, pero no pude evitar sonreír mientras escribía un mensaje corto para Dante.

Por mí está bien vernos después de la gala.

Lo dejé así. Me temblaban los dedos sobre la pantalla, con un millón de preguntas cruzándome la mente. Quería saber exactamente a qué se referían. ¿Tenía razón Lila y no podían dejarme marchar después de nuestro acuerdo? Parecía imposible. Ningún hombre había elegido nunca acostarse conmigo más de una vez. Si conseguía meter a alguno en la cama, pasaba exactamente lo que Dante había señalado. El tío en mi cama encontraba su propio alivio pero nunca parecía importarle un carajo el mío.

Me dejaban vacía, insatisfecha y lo bastante desesperada como para sacar los juguetes guardados en el cajón de la mesita de noche. Se suponía que ese era el sentido de invitar a un hombre a casa, tener conexión y satisfacción. Si quisiera correrme, era bastante fácil usando un consolador.

Un suspiro subió desde lo más profundo de mi ser. Lo contuve tras los dientes e intenté que mi cara no delatara mi frustración.

Lila me conocía demasiado bien y se lanzaría sobre cualquier inseguridad. Siempre había sido mi mayor apoyo y odiaba que me menospreciara a mí misma.

Pasamos el resto de la noche intentando yo no pensar en la gala y Lila no hablando de *nada más* que de la gala.

Para cuando se marchó y yo me desplomé en la cama, casi me había arrepentido de ir.

Me desperté con un mensaje de voz a la mañana siguiente. La voz alegre de Lila llenó mi habitación. —Ni se te ocurra intentar echarte atrás. Vas a esa gala.

Resoplé y me tapé la cabeza con la manta, totalmente dispuesta a llamar al trabajo para decir que estaba enferma y negarme a moverme de la cama. Si supiera que Lila me dejaría hacerlo, lo haría. Pero se presentaría aquí, me sacaría de la cama a rastras y me echaría por la puerta.

Así que luché contra las sábanas y fui a trabajar como cualquier otro día. De alguna manera conseguí terminar mi jornada sin cometer errores graves y conduje a casa para vestirme para la gala. Apenas había cruzado el umbral y cerrado la puerta cuando sonó el timbre. Una oleada de sorpresa me recorrió la espalda y abrí la puerta apenas una rendija para mirar.

Una caja negra alargada descansaba en el felpudo con una tarjeta blanca e impecable bajo un elegante lazo plateado. Miré a izquierda y derecha por la acera, pero no vi a nadie. Abrí la puerta un poco más y metí la caja, cogiendo la tarjeta y abriéndola de un tirón.

—Espero verte esta noche. Dante. —La caligrafía audaz hizo que mi corazón se acelerara, pero fue la intención tras las palabras lo que me hizo rebuscar en la caja con un fervor casi frenético.

La tapa negra cedió dejando ver montones de papel de seda blanco. Fui retirando las capas una a una, revelando un tramo de tela roja. —No puede ser. —Pasé la mano por la falda y por los hombros con volantes—. Ni de coña me ha mandado el maldito vestido rojo de *Pretty Woman*.

Sujeté los tirantes entre el pulgar y el índice e icé el vestido desde el fondo. No. Definitivamente no era el mismo vestido, pero la sensación de nudo en el estómago se negaba a remitir. Se mezcló con una descarga de placer porque él se hubiera preocupado lo suficiente como para enviarme un vestido impresionante, pero ¿estaba intentando comprarme de alguna forma?

No lograba entender sus intenciones. El vestido era algo salido de un sueño. La falda larga se estrechaba en la cintura con una forma de reloj de arena que abrazaría mis curvas. Miré la etiqueta. ¿Cómo

sabía mi talla exacta? No era precisamente fácil encontrar ropa que me quedara bien, pero este vestido parecía hecho a medida para mí, igual que uno de sus trajes.

Llevé el vestido a mi habitación, lo extendí a los pies de la cama y volví a por la tarjeta. La leí de nuevo antes de intentar meterla otra vez en el sobre. El borde se enganchó con algo, obligándome a detenerme y mirar dentro.

Una tarjeta-llave dorada brillaba en el fondo. El logotipo del hotel estaba grabado en la parte delantera, y la palabra «ático» en la trasera.

8

ALEXANDER

Me puse de espaldas a la barra y acepté la copa que el camarero deslizó hacia mí. Era uno de mis requisitos cada vez que celebrábamos una de estas fiestas. Una barra libre con todos los servicios ayudaba a que la noche fuera soportable.

Y saber que Harper cruzaría la puerta en cualquier momento ayudaba a mantener a raya la frustración. Estar al mando de una empresa era fácil comparado con noches como esta. Preferiría enfrentarme a una sala llena de miembros de la junta directiva enfadados que alternar con los invitados. No es que no supiera hacerlo. Simplemente prefería la emoción y el esfuerzo calculado que conllevan los negocios.

Dante se acercó a mí con un nuevo aire de confianza en su paso. Había echado el resto para el evento de San Valentín, optando por una banda en directo que tocaba en la esquina y contratando a un decorador que había convertido el ya de por sí elegante salón de baile en un espectáculo de rojo y dorado.

—¿Cuánto te has gastado en esta soplapollez? —Le di un sorbo al whisky e incliné la cabeza hacia los corazones rojos que caían en cascada como una catarata detrás de la banda. Una jodida cascada

de verdad ocupaba la esquina opuesta a los músicos, y el suave sonido del chapoteo contrastaba con los bajos profundos.

Julian apareció por detrás de Dante y le dio una palmada en la espalda. —No culpes a Dante. Me dio un presupuesto. Yo dije «que le den» e hice lo que quise.

Arqueé una ceja. —¿Has dejado que *Julian* planee esto? Dios mío. Por favor, dime que no habrá strippers.

—Nada de strippers. —Los ojos de Julian brillaron con un deleite maníaco—. Solo un concurso de lucha libre al desnudo y una tarta gigante con un hombre cantando dentro.

Se me desencajó la mandíbula con un sonido rasposo. —Serás cabrón.

—Es broma. —Julian puso los ojos en blanco y esta vez me dio una palmada en el hombro—. Estás jodidamente tenso. Vamos. No soy un idiota integral. Solo sé lo que le gusta a la gente y lo que esperan de nuestras galas. El tema de esta noche es «elegancia de medianoche». —Miró por encima de mi hombro y soltó un silbido—. Hablando de elegancia. —Me empujó el hombro, obligándome a darme la vuelta.

Tardé menos de un segundo en encontrar qué había captado su atención. O mejor dicho, *quién*.

Harper. Estaba de pie en el umbral de la puerta con las manos entrelazadas en un nudo. Un elegante vestido rojo capturaba cada curva y envolvía sus pechos de una manera deliciosa que me hizo la boca agua.

—Joder. —Julian sacudió la cabeza—. ¿Seguro que tenemos que mantenerlo en secreto?

Dante gruñó, con la mirada clavada en Harper. —Sí.

Chasqueé los dedos y el camarero asintió. Segundos después, una segunda copa aterrizó en la barra de caoba. Cogí la delicada copa de

martini y crucé la sala, tendiéndosela a Harper. —Es un placer verte, Harper.

Ella cogió la copa, rodeando la base con una mano y sosteniendo el tallo con la otra. Su mirada me recorrió de arriba abajo, y su lengua salió disparada para rozar su labio inferior. —Alexander.

Maldita sea, pero esa mirada ardiente y el deseo contenido en su voz me calentaron la sangre. Me giré y le ofrecí el brazo; ella deslizó la mano por mi antebrazo como si estuviéramos en alguna vieja película en blanco y negro. —Es costumbre que uno de nosotros acompañe a cualquier empleado nuevo en su primera gala. —Normalmente eso significaba dar una vuelta por la sala antes de abandonarlos con sus colegas.

No esta noche. Haría falta un puto terremoto y que el mundo se viniera abajo para apartarme de Harper más de unos pocos minutos seguidos. Solo permitía eso para mantener nuestra reputación y que todo siguiera siendo discreto, tal como habíamos acordado.

—Gracias por la copa. ¿Cómo has sabido que es mi favorita? —Bebió un sorbo del cóctel afrutado, y sus labios rojos dejaron una ligera marca.

Mi polla dio un respingo ante la necesidad de tener esos labios envueltos a mi alrededor. Me concentré en ella en lugar de en lo que deseaba. Nadie podía enterarse de nuestro romance secreto. —Me he arriesgado. Mencionaste en una de nuestras reuniones que no sueles disfrutar del alcohol fuerte. Perdóname, pero pareces el tipo de mujer que prefiere las bebidas afrutadas. De esas que piden un café con cinco ingredientes distintos que no son café.

Ella soltó esa risa baja, vibrante y sexy como el infierno. —Culpable.

Julian se acercó al otro lado de Harper y le tendió el brazo. —¿Me concedes este baile?

Los ojos de Harper se clavaron en los míos. —¿Baile? No sabía que habría baile.

—Por supuesto. Somos famosos por ello. —Se la cedí a Julian, cogiendo su copa en el proceso—. No hay nada más elegante en una gala formal que un baile de salón tradicional.

—No sé bailar. —Harper intentó apartarse de Julian, pero él le pasó un brazo por la cintura y la sujetó con fuerza.

Su sonrisa pícara hizo que se encendieran las alarmas en mi cabeza, pero confiaba en que no pusiera en juego nuestra reputación. —Julian sabe, y es un compañero fantástico. Todo lo que tienes que hacer es relajarte y dejar que él te guíe.

Julian se la llevó en un torbellino de faldas rojas.

Llevé la copa vacía de Harper a la barra y se la entregué al camarero. Dante me esperaba, con el cuerpo tenso mientras observaba a Harper y Julian.

La música subió de tono y luego bajó suavemente. Julian y Harper bailaron como si hubieran nacido para ello. Las manos de Harper descansaban sobre los hombros de Julian y, de vez en cuando, ella sonreía. Fue esa sonrisa la que me destrozó por la culpabilidad. Para cuando la canción terminó y Julian la sacó de la pista de baile para dejarla en mis brazos, casi había decidido cancelar todo el asunto.

Pero al sostenerla, al ver cómo su pulso se aceleraba y palpitaba cuando la estrechaba, se esfumó cualquier posibilidad de hacer lo correcto.

—¿Has cambiado de opinión? —Harper detectó mi confusión a los pocos segundos de empezar nuestro baile—. Seguro que te preocupa el riesgo que estamos corriendo. Entiendo que quieras echarte atrás.

Sacudí la cabeza, y el movimiento me ayudó a despejar mis pensamientos. —Estoy dispuesto a arriesgarlo todo. Me preocupa menos mi reputación y más si es correcto sentirme así por la hija de mi mejor amigo. —Casi dije la hija de mi mejor amigo *fallecido*, pero logré contenerme en el último segundo. No necesitaba recordárselo.

—Papá siempre me animaba a seguir mi corazón. Decía que, sin importar a dónde me llevara, sabía que yo estaría bien. —Su voz sonó acuosa, pero levantó la barbilla—. Decía que el amor no siempre sigue las reglas convencionales. Él lo descubrió cuando se enamoró de mi madre.

—La quería muchísimo. —Mi corazón se dolió por ella. Tanta pérdida para alguien tan joven. La edad no lo hacía más fácil, pero la experiencia de la vida me permitió manejar mejor mi duelo cuando perdí a mis padres hace unos años.

—Así fue. —Parpadeó varias veces y se aclaró la garganta—. No creo que le importara que estuviera con hombres mayores. Y no le importaría que estuviera con vosotros, sus amigos. Por extraño que suene, me gusta pensar que lo aprobaría *porque* erais sus amigos.

—Harper. —Bajé la cabeza, casi desesperado por aliviar el dolor de su expresión.

—No pasa nada, Alexander. —La forma en que pronunció mi nombre me desarmó. Nunca había sentido nada parecido. Y no había terminado. Las yemas de sus dedos recorrieron mis brazos y luego subieron hasta descansar en mis hombros—. Papá siempre hablaba de lo mucho que te respetaba. Nunca lo sabré con seguridad ya que él no está, pero eso es lo que me gusta pensar. Erais sus mejores amigos y me hacéis feliz. Eso lo haría feliz a él. —Su barbilla tembló y parpadeó de nuevo, pero no antes de que una sola lágrima cayera de sus pestañas y recorriera su mejilla.

—Ojalá pudiera traértelo de vuelta. —Le sequé la lágrima con el pulgar, con un toque ligero como una pluma. Me sacudió hasta la médula cuando sus ojos se clavaron en los míos.

¿Cómo me hacía esto? Apenas la conocía. La primera vez que la vi fue durante su entrevista, e incluso entonces, el solo hecho de verla, la forma en que hablaba y se movía, me puso en estado de alerta máxima. Harper era peligrosa para mí. Sería demasiado fácil enamorarme de ella, y si lo hacía, si le entregaba mi corazón, ese

sería mi fin. Jamás amaría a otra, e incendiaría el mundo para conservarla.

La música terminó y la saqué de la pista de baile hacia la barra, donde Dante y Julian esperaban.

—¿Ya ha pasado suficiente tiempo? —le preguntó Julian a Dante.

Dante suspiró de forma prolongada.

—¿De qué estáis hablando? —Harper aceptó otra copa del camarero y se la llevó a los labios.

Julian sonrió con picardía. —De si podemos largarnos de la gala e ir arriba. Contigo.

La mano de Harper se apretó contra el cristal. —¿Cuánto tiempo soléis quedaros en vuestra propia gala?

—Más o menos esto. —Julian se encogió de hombros—. Pero ya sabes cómo es cuando intentas ser discreto. Todo parece estar mal y le das demasiadas vueltas a cada acción. Nadie pensará nada raro si nos vamos.

—Cierto. —Dante se tiró de la chaqueta de su traje, su único signo de tensión del que nunca se había librado. Miró más allá de Harper, con expresión pensativa—. Hemos hablado con unas cuantas personas. Hemos estado en la barra como solemos hacer. Nadie se nos ha acercado y todo el mundo parece estar pasándoselo en grande.

Seguí su mirada hacia las parejas que bailaban en torbellinos de vestidos de colores brillantes y trajes y corbatas sobrios. Hombres y mujeres se miraban fijamente a los ojos, con las miradas cargadas de deseo y alcohol.

—¿Os iréis los tres juntos? —Harper dio otro sorbo y se abanicó la cara con la mano libre.

—Sí. Eso es lo que todo el mundo espera. —Luché contra el impulso de atraerla hacia mis brazos mientras bajaba la cabeza para susurrarle al oído—. Para cualquiera que nos mire, parecerá que te estoy dando las buenas noches. Deberías parecer decepcionada. Pero estoy lejos de haber terminado contigo. Espera un poco. Habla con unas cuantas personas más, luego usa la llave que te envió Dante y reúnete con nosotros arriba. —Mis labios rozaron el borde de su oreja y ella se estremeció, conteniendo el aliento.

Un flash saltó a mi izquierda. Giré la cabeza en esa dirección, con la furia recorriéndome. Las fotos estaban prohibidas en nuestras galas. Solo invitábamos a empleados por una razón. La única vez que permitimos que los paparazzi asistieran a nuestra primerísima gala, se convirtió en un desastre de relaciones públicas del que tardamos un año en recuperarnos. Escudriñé la sala, pero no hubo más flashes.

Quizá alguien simplemente había encendido su móvil para mirarlo. Tomé nota mental de solicitar que todos los teléfonos móviles se dejaran en el guardarropa durante nuestros eventos.

Un problema para otro día. Me erguí cuan largo era y le dediqué a Harper una sonrisa educada. —Buenas noches.

—Buenas noches. —Ella movió los dedos en mi dirección, con una sonrisa algo torpe mientras daba un paso atrás y se tambaleaba—. ¡Huy! Lo siento. Creo que he bebido un poco de más. Creo que yo también me iré a casa pronto. Solo quiero charlar un poco más antes.

Al bufido de Julian le siguió el temblor de sus hombros. Dante empujó a Julian delante de él, hacia la puerta principal y en dirección al ascensor de cristal y cromo. Los tres nos amontonamos dentro y Dante pasó su tarjeta.

La emoción se arremolinaba con fuerza por mis venas. Harper podría cambiar de opinión e irse sin venir a vernos.

Podría. Pero lo dudaba mucho. Sus reacciones hacia nosotros, la decepción que había visto en su rostro cuando nos dejó aquella primera noche y en el ascensor al día siguiente cuando la traté con frialdad, me decían que se uniría a nosotros.

Pronto.

9

HARPER

Contaba con que las mariposas de los nervios me revolotearan en el estómago mientras Dante y los demás se marchaban. Lo que no me esperaba, aunque debería haberlo hecho, fue el increíble arrebato de ansiedad que me mandó el corazón a la garganta, latiendo tan rápido que competía con las parejas que giraban y se desenfocaban ante mis ojos. Pensaba que sabía qué esperar, pero nunca antes había tenido un encuentro clandestino.

El de la oficina de Dante no contaba exactamente. No había nadie cerca para pillarnos.

Aquí, parecía que cada una de las personas de la sala me estuviera observando. No era así, por supuesto, e intenté no ser obvia mientras daba una vuelta lenta por la estancia. Me detuve a hablar con Bethany y con algunos otros que conocía del equipo de marketing. Entablamos una conversación casual sobre el trabajo que derivó en algo sobre la decoración y la cantidad de alcohol que se estaba consumiendo.

Aprovechando la oportunidad para escabullirme, fingí tropezar por segunda vez y me llevé una mano al corazón. —Cielo santo. Lo siento mucho —di un paso atrás y me palpé el pecho—. Me voy a ir

a casa. No me encuentro muy bien. Demasiado alcohol para mí. —Hice todo lo posible por mantener la fachada hasta llegar a las puertas, y luego hasta el ascensor.

Me temblaba la mano mientras sacaba la tarjeta del bolso de mano y la pasaba por el panel luminoso. El botón del ático se encendió y comencé mi ascenso al cielo.

Segundos después, las puertas se abrieron y un silencio absoluto me recibió desde el pasillo de moqueta gris acero. Una sola puerta interrumpía la larga extensión. Mi última oportunidad de cambiar de opinión acechaba en el límite de mi conciencia.

¿Qué clase de tonta daría la espalda a lo que Dante, Julian y Alexander me ofrecían? Me lamí los labios, repentinamente secos, y eché los hombros hacia atrás. La moqueta amortiguaba mis pasos y volví a pasar la tarjeta por el teclado junto a la puerta. Hizo clic y empujé la puerta, abriéndola apenas una rendija.

Se me disparó el pulso. Un poco más de esto y podría morir de curiosidad y emoción.

Una sola luz brillaba en la habitación, con un resplandor suave pero acogedor. Iluminaba el borde de una gran cama con dosel y perfilaba a los tres hombres que estaban de pie para recibirme.

Desnudos. Tres hombres desnudos. He tragado aire y he entrado atropelladamente, cerrando la puerta de un golpe tras de mí y apoyándome en ella con el pecho jadeante. —Madre mía.

—Y que lo digas —Julian se acariciaba la polla mientras se acercaba a mí como un depredador. Señaló con la mano hacia una mesa baja donde habían estado sentados—. Te estábamos esperando. Esperando y planeando.

—¿Planeando? —Mi boca seca me dificultaba el habla lo suficiente como para que la voz me saliera en un chillido.

Dante cogió algo de la mesa y lo sostuvo en la palma de su mano extendida. —Vamos a invitarte a una experiencia gastronómica en condiciones.

—Una donde *tú* eres la experiencia —dijo Alexander mientras cogía la fresa bañada en chocolate de manos de Dante y se acercaba a mí.

Julian me alcanzó primero y se inclinó para besarme el lateral del cuello. —Espero que estés preparada, cielo, porque tenemos planes suficientes para mantenerte ocupada toda la noche.

Toda la noche. Dios, me encantaba cómo sonaba aquello. He soltado un gemido y he hundido las manos en su pelo cuando ha bajado la cabeza para besar el valle entre mis pechos. Me he obligado a mantener los ojos abiertos y a asimilar toda la habitación. Mi cuerpo se ha encendido al ver a Dante todavía junto a la mesa. Su gruesa polla colgaba baja y pesada, y la acariciaba lentamente. Un destello de color rosa y rojo en la mesa, junto a las fresas, me ha llamado la atención. Esposas y una venda.

—¿Por dónde deberíamos empezar, Dante? —Julian ladeó la cabeza. Una sonrisa lenta asomó a sus labios cuando me levantó la barbilla —. A Dante le gusta tener el control. Puede que ya te hayas dado cuenta.

—Lo sé —ha salido en un susurro sin aliento que me ha dejado temblando. El calor se ha acumulado en mi vientre mientras el deseo entre mis piernas palpitaba.

—Quítale el vestido. Por mucho que quiera subírselo hasta la cintura y follártela hasta que pierdas el sentido mientras lo llevas puesto, tengo otros planes por ahora. —Dante dio un paso a un lado y señaló—. Fuera ropa y túmbate en la cama.

Alexander pasó la fresa por mi hombro. El chocolate frío rebotó sobre mi piel y una luz diabólica ardía en sus ojos. —¿Sabes qué voy a hacer con esto? —Pasó la fresa por mis labios y luego hacia abajo, entre mis pechos.

Julian me ha bajado la cremallera del vestido y lo ha empujado hacia abajo, dejando al descubierto mis pechos y caderas. Otro empujón y la tela se ha deslizado por mis piernas. Me he quedado frente a ellos sin nada más que mis bragas y mis tacones altos, y maldita sea si no me sentía sexy de morir cuando los tres se han tomado su tiempo para mirarme. El hambre en sus ojos me ha dado valor; he salido de entre el montón de tela y he movido las caderas mientras caminaba con contoneo hacia la cama. Me he subido a ella a gatas y luego he clavado la mirada en Alexander. —¿Qué vas a hacer con esas fresas?

—Voy a decorar tu cuerpo con ellas y luego me las comeré una a una. Voy a pasarlas por ese coño delicioso que tienes y a lamerlas hasta dejarlas limpias. —Dio una zancada potente en mi dirección, cogió el plato de fresas de la mesa y se hundió en la cama a mi lado.

Dante se ha sentado al otro lado. Me ha pasado la mano por la columna vertebral. —Túmbate boca arriba, Harper. Te voy a esposar a la cama y a taparte los ojos. Quiero que lo *sientas* todo.

He hecho lo que me ordenaba, estirando los brazos y las piernas antes de que me agarrara las muñecas y las levantara sobre mi cabeza. Ha pasado la cadena de las esposas alrededor de un barrote de la cama y me ha inmovilizado las muñecas. Su rostro ha sido lo último que he visto antes de que deslizara la venda sobre mis ojos, dejándome a oscuras.

Un toque ligero como una pluma me ha recorrido las costillas y el estómago. Uno de ellos me ha apretado un pecho y me ha dado un toque en el pezón.

El calor me ha invadido de golpe y he apretado las piernas.

—Abre las piernas, Harper. —La voz de Alexander me ha llegado suave como el plumón—. Abre esas piernas preciosas y deja que te devore.

He gemido de pura necesidad y he dejado que mis piernas se abrieran.

Dante me ha apartado el pelo de la cara y me ha besado la mejilla. Su aroma a cuero y whisky me rodeaba. —Vamos a disfrutar de cada centímetro de tu cuerpo. Para cuando acabemos contigo, habrás conocido tanto placer que comprenderás que mereces ser tratada así. Siempre. ¿Lo entiendes?

He asentido. —Sí, Dante.

—Buena chica. —Ha pasado los nudillos por mi mejilla y por la curva de mi pecho—. Me encanta verte así. Tan ardiente y entregada.

Daba igual cuántos años cumpliera o cuántas veces me lo dijera, oír a Dante llamarme buena chica me hacía sentir increíble. Fetiche de elogios o lo que coño fuera, no me importaba mientras siguiera haciéndome sentir la mujer más hermosa del mundo.

El frío de una fresa me ha rozado la cara interna del muslo. Los labios de Alexander han seguido un rastro suave que ha cruzado el hueso de mi cadera y ha viajado hasta mi clítoris. Ha pasado la lengua por mi clítoris y luego ha deslizado la fresa entre mis labios vaginales y más profundo, hasta el borde mismo de mi sexo.

He gemido y he arqueado la espalda. —Más.

La risa baja de Dante ha retumbado en mis oídos. —No te preocupes. Lo tendrás todo. A todos nosotros. Esta vez no vamos a contenernos.

—Menos mal, joder. —He apretado los dientes cuando la primera ola lenta de placer ha aumentado con la presión de la boca de Alexander. Me ha succionado el clítoris, luego ha presionado lo plano de su lengua contra mí antes de apartarse.

—Deja que me vea, Dante.

Un segundo después, Dante me ha subido la venda y me ha levantado la cabeza. —Mírale.

Los ojos de Alexander se han cruzado con los míos. Ha pasado la fresa por mi clítoris, luego se la ha llevado a los labios y se la ha

comido de un bocado hasta las hojas verdes.

Mi coño se ha contraído, y el vacío me ha horadado el estómago mientras mis jugos empapaban las sábanas bajo mi cuerpo.

—Vamos a jugar a algo. —La sonrisa de Dante tenía un toque perverso—. ¿Te gustaría, Harper?

He asentido. —Sí. Por favor. —Cualquier cosa con tal de terminar con esta dulce tortura.

—Puede que te arrepientas de suplicar tan pronto. —Dante ha bajado la venda y ha dejado caer la cabeza sobre mi pecho—. Vamos a ver cuánto podemos acercarte al orgasmo. Una y otra vez. Vamos a elevar el placer hasta lo más alto y luego te lo quitaremos todo. Solo para empezar de nuevo. Para cuando te corras, será tan fuerte que podrías perder el conocimiento.

—Hacedlo. —Me encantaba el desafío que me presentaban y la emoción del placer que prometían.

Un aliento cálido me acarició la cara interna del muslo, y de repente Alexander estaba entre mis piernas. Endureció la lengua y me la metió; el roce y el deslizamiento mandaron mi cuerpo a la estratosfera.

—Quiero esa boca otra vez. —Dante besó un rastro subiendo por mi cuello y cruzando mi mejilla. Me pellizcó la barbilla de una manera que ya se me hacía familiar y me besó con fuerza y rapidez. Su polla palpitaba contra mi costado e hice sonar las esposas en mi desesperada necesidad de agarrarlo.

Julian ha soltado una carcajada cerca, y luego sus manos se han posado en mis caderas, inclinando mi cuerpo al elevarlas. —Vamos a divertirnos un poco con ese culo.

Oh, joder. Alexander me comía el coño con una serie de lametones y caricias firmes. —Tan mojada y deliciosa. Estás empapada, Harper. Tengo la polla tan dura por ti.

—Os quiero dentro de mí. —He movido las caderas, pero Julian me ha detenido con una mano en el estómago.

—Todavía no. Llegaremos a eso, pero todavía no. Estamos jugando a algo, ¿recuerdas? —Algo cálido y sólido se presionó contra mi culo y solté un siseo entre los dientes.

—Vamos a darle un buen uso a esa boca. —Dante se ha puesto a horcajadas sobre mi pecho y me ha apretado los senos entre sí—. ¿Alguna vez le has hecho una paja rusa a un hombre?

He negado con la cabeza. —No.

—Bien. Me gusta saber que somos tus primeros. Para tantas cosas. —Dante me ha acariciado los pezones, apretándolos y retorciéndolos varias veces mientras yo me agitaba contra la presión en mi culo.

Alexander no había dejado sus lametones y besos perversos en mi clítoris, y se me abrió la boca cuando Julian introdujo un objeto firme en mi culo.

—Eso es. Dame tu boca y tus tetas. —Dante ha deslizado su polla entre mis pechos—. Baja la cabeza y coge mi polla. —Ha empujado entre mis tetas y la punta de su polla me ha rozado la barbilla.

He bajado la cabeza y he abierto la boca, dándole acceso. Ha empujado más profundo, deslizándose más allá de mis dientes y sobre mi lengua.

—No me voy a correr en tu boca esta vez, pero maldita sea si no te la voy a follar mientras Julian y Alexander trabajan ese coño dulce y ese culo apretado.

—Qué culo más apretado. —Julian ha entrado más profundo—. Joder. Deberías ver esto, Alexander. Le está encantando cada segundo.

Alexander soltó un aliento caliente sobre mi clítoris. —Preciosa. Solo necesitas un poco de... —Deslizó dos dedos en mi coño y los arqueó.

Me atraganté con la polla de Dante mientras el placer me desgarraba el cuerpo. Él aprovechó la oportunidad y se abrió paso venciendo mi reflejo de náusea.

Oh, dios. Iba a reventar por las costuras. Mi cuerpo convulsionaba, mi coño intentando cerrarse sobre los dedos de Alexander. Él los ha retirado y la presión en mi culo ha cesado.

No. He intentado decirlo, pero la polla de Dante en mi garganta ha impedido algo más que un gorgoteo desesperado.

Se ha apartado, pero ha seguido deslizándose entre mis pechos con embestidas lentas y profundas. Le he buscado con la boca muy abierta y él me ha provocado con un roce de su polla en mis labios antes de retirarse.

En cuanto la amenaza de clímax ha remitido, Alexander ha vuelto a meter los dedos. Su pulgar ha presionado con fuerza contra mi clítoris y el objeto en mi culo ha vibrado.

Maldito infierno. —Folladme. Oh, dios. Quiero correrme. Por favor — me retorcía y me agitaba pero, una vez más, en cuanto llegaba a la cima, se echaban atrás.

10

DANTE

Joder, se sentía tan bien. Podría follarme su boca y sus tetas por el resto de mi vida y ser feliz. Pero todavía quería probar su coño y su culo. Todo de ella. Quería cada maldito centímetro. De todas las formas posibles.

Sus hermosos labios se fruncieron y no pude resistirme a deslizarme en sus profundidades. Sus dientes rasparon a lo largo de mi miembro, y pasó su lengua por el grueso glande con un suspiro de felicidad. Sus mejillas se hundieron cuando succionó con la fuerza suficiente para hacer que mis ojos se pusieran en blanco.

—Joder, Harper. Haz eso otra vez. Chúpame la polla tan fuerte como puedas. —La venda me impedía ver sus ojos, pero aceptó la orden con una inhalación aguda.

Un latido después, empujó la cabeza hacia delante y succionó mientras se alejaba.

—Joooder. —Mis huevos se tensaron, y apreté sus tetas con más fuerza sobre mi miembro, aumentando mis embestidas para entrar y salir de su boca mientras ella succionaba como si le fuera la vida en ello.

Alexander y Julian jugaban entre sus piernas, trabajando los dos en sincronía. Las vibraciones que venían de su culo recorrían su cuerpo, y le di a Julian un breve asentimiento con la cabeza. Él había sido quien pidió el vibrador anal, y yo había estado encantado de complacerlo.

Habíamos compartido mujeres antes. Yo conocía sus gustos y ellos comprendían los míos. Pero había algo en Harper que nos tenía a todos asombrados. La ansiaba de una forma que nunca había experimentado. Era algo más que dominio o posesión, pero no tenía idea de lo que significaba. Me descubría buscándola en una habitación llena de gente. Y verla bailar con Julian y Alexander despertaba un lado posesivo que no sabía que tenía. Había querido arrancarla de sus brazos y tomarla para mí solo.

Todo eso desaparecía mientras la adorábamos juntos. Aunque una parte de mí aullaba por apartar a Alexander y a Julian de un empujón para poder follarla sin descanso yo solo, me encantaba verla disfrutar con todos nosotros a la vez.

—Alexander, creo que ha llegado el momento. —He bombeado dentro de la garganta de Harper una última vez, gimiendo mientras sacaba mi polla de su deliciosa boca.

Alexander se bajó de la cama, dejando a Harper jadeando.

Le he quitado la venda y las esposas.

—Vas a ser una buena chica para Alexander. —La he besado en los labios hinchados y me he sentado a su lado.

—Por favor, Dante. —Ha temblado, y todo su cuerpo se ha erizado.

—No te preocupes. Haremos que te corras. Pronto. —He pasado mis dedos por su pelo y por el valle entre sus pechos—. Julian va a seguir jugando con tu culo, gracias a la aplicación de su móvil que está conectada al vibrador. —He alargado la mano entre sus piernas y le he dado una pulsación que la ha hecho chocar contra el colchón con los ojos como platos.

Jadeaba y se retorcía, y sus manos cayeron hacia sus muslos.

Se las he agarrado antes de que pudiera tocarse y he chasqueado la lengua. —Niña mala. ¿Quieres tocarte?

—Quiero que lo hagas tú. —Su espalda se ha arqueado—. Necesito que estés dentro de mí. Necesito correrme. Me estoy volviendo loca. Se siente tan bien. —La última parte ha terminado en un largo gemido cuando Julian ha subido la potencia del vibrador.

—Pronto. —He envuelto sus manos alrededor de mi polla y las he deslizado hacia abajo—. Vamos a tenerte de todas las formas imaginables. Nos perteneces, Harper. —He usado sus manos para acariciar mi polla una segunda vez, y luego me he puesto de pie cuando Alexander me ha hecho un gesto con la cabeza desde el otro lado de la habitación.

Nos hemos encontrado a los pies de la cama. Julian y yo nos hemos acomodado en las dos sillas de la mesita mientras Alexander se subía a la cama. Se ha sentado en el borde y se ha dado palmaditas en el regazo. —Ven aquí, Harper.

Ella se ha acercado tan rápido que casi se cae de bruces.

Julian ha dejado el teléfono entre nosotros con una sonrisa. —¿Quieres probar tú?

He mirado el dispositivo, y luego a Alexander y a Harper. Él la ha guiado hacia su regazo con la espalda apoyada en su pecho y le ha abierto las piernas de par en par. —Mira. —Ha señalado al otro lado de la habitación.

La mirada de Harper ha aterrizado en el espejo y sus ojos se han agrandado.

He usado el dial del mando para subir las vibraciones al nivel máximo.

Harper ha flaqueado, con su cuerpo contrayéndose ante la repentina ráfaga de placer. Alexander le ha rodeado el cuello con una mano

para mantenerla contra su pecho y ha deslizado su polla entre sus piernas.

Era una visión increíble. La mayoría de los hombres no soportarían la visión de la polla de otro hombre, pero para nosotros era tan normal como ver la nuestra. Y la expresión de la cara de Harper era demasiado deliciosa como para sentir otra cosa que no fuera puro placer.

Alexander ha colocado las piernas de Harper a cada lado de las suyas y la ha penetrado. Su coño brillaba incluso desde el otro lado de la habitación y, aunque me encantaba verla disfrutar de Alexander, yo estaba prácticamente fuera de mí por que me llegara el turno. O por el momento en que supiéramos que estaba lista para recibirnos a los tres a la vez. He vuelto a bajar el dial al mínimo, y el gemido inmediato de Harper me ha provocado una sonrisa. Me he acariciado el miembro mientras Alexander profundizaba. —Eso es, Harper. Recibe la polla grande de Alexander y apriétala fuerte.

Nuestras miradas se han cruzado un breve instante; sus ojos han brillado con sorpresa antes de que la curiosidad los devolviera al espejo. A Alexander siempre le había gustado mirar. No podía culparlo.

—Estás espectacular —he susurrado, y he vuelto a subir la vibración.

Ella se ha arqueado y se ha hundido sobre Alexander con un gemido. —Qué bien. Te sientes... tan bien. —Ha apoyado las palmas de las manos en los muslos de él y ha movido las caderas.

—Joder. Puedo sentir el vibrador. —Alexander ha dejado caer la cabeza sobre el hombro de Harper y ha mordisqueado la piel a lo largo de su clavícula. Ha rodeado su coño con la mano, usando los dedos para abrirla—. Míranos, Harper. Mira qué bien me recibes. Eres tan malditamente preciosa. Perfecta para mí. Para nosotros.

Estaba muy tensa alrededor de la polla de Alexander, con el sexo rosado y empapado. Él la ha levantado unos centímetros y luego la

ha dejado caer sobre él. Lo ha hecho una y otra vez, y cada vez Julian y yo nos turnábamos para cambiar las vibraciones. Podría seguir así durante horas. Todos podríamos. Observar cómo cambiaban sus expresiones, disfrutar de cómo reaccionaba su cuerpo a cada contacto, aumentaba mi deseo y hacía que mi inminente liberación fuera más poderosa. El chasquido de la piel contra la piel se mezclaba con los gemidos de Harper y los gruñidos de Alexander.

La cara de Harper se ha torcido en un puchero cuando él se ha salido y se ha puesto de pie, girándola hacia mí.

—Dante es el jefe, Harper. Me ha dejado tener mi turno, pero él es quien manda. Solo él puede decir cuándo hemos terminado de jugar y cuándo puedes ser follada del todo. —Ha buscado mi mirada por encima de la cabeza de Harper y ha asentido.

Respeto. Eso era lo que todos compartíamos.

—Así es. Es mi turno. —He empujado el mando hacia Julian y me he acercado a Harper. Por mucho que la quisiera de rodillas con mi polla en su boca otra vez, tenía planes más ambiciosos para esta noche. Respondía tan bien a mis órdenes que he dejado de preocuparme por presionarla demasiado—. Ponte a cuatro patas en la cama. Quiero ese culo en el aire. —He señalado la cama y la he seguido.

Ella me ha lanzado una mirada curiosa, pero ha hecho lo que le he dicho.

Me he subido detrás de ella y he pasado mis manos por su culo y por su espalda. Ha temblado y ha presionado su culo contra mi estómago. —Estoy tan cerca. Todo se siente tan bien. Quiero tu polla dentro de mí. Os quiero a todos dentro de mí. Julian dijo que era posible. Necesito... —Un sollozo, seguido de un jadeo cuando Julian ha puesto el juguete a tope, la ha empujado contra mí—. Oh, Dios. Necesito más. ¿Cómo es posible?

—Te daré más. Te daré todo lo que necesites. —Su culo llenaba mis manos, y le he dado otro apretón antes de echarme hacia atrás y asestarle un azote en su suave nalga.

Ella ha gritado y ha respingado de placer. —Otra vez. Fóllame. Hazlo otra vez, Dante.

Una gloriosa marca roja ha aparecido en su culo. La he azotado de nuevo, esta vez en el otro lado. Mi miembro tironeaba mientras las vibraciones me recorrían.

La risa oscura de Julian delataba que sabía exactamente lo que estaba haciendo cuando lo subió al máximo.

He deslizado una mano entre las piernas de Harper y he acariciado su coño. —¿Me quieres dentro de ti?

—Sí. —Su cabeza ha caído hacia delante sobre sus manos entrelazadas.

He golpeado su coño con la firmeza justa para que le escociera, y luego he deslizado mi polla entre sus piernas y dentro de ella.

Se ha cerrado sobre mí de inmediato. Sus dulces gritos han llenado mis oídos, y el maldito vibrador presionaba junto a mi miembro. Un solo desliz de mi control y todo esto terminaría. No había terminado con ella ni de lejos. Ni por asomo.

Pero podía darle alivio.

—De acuerdo, dulzura. Te lo has ganado. —Me he retirado lo suficiente como para ponerla boca arriba.

Me ha mirado, y la esperanza y el deseo han cargado el aire de la habitación hasta el punto de que casi no podía respirar.

He deslizado mi polla por su vientre, luego la he alineado con su entrada y me he introducido con cuidado. He seguido adelante, empujando cada vez más profundo hasta que ha aceptado cada

maldito centímetro. Me he retirado del todo y luego lo he hecho de nuevo.

Sus jadeos se han vuelto roncos, sus ojos se han velado, así que le he pellizcado los pezones. Los dos. Sus ojos se han abierto de par en par, y sus caderas se han alzado para recibir mis largas embestidas. Cuando estaba a punto de desmoronarse, le he pellizcado los pezones de nuevo, retorciéndolos y haciéndolos rodar entre mis pulgares e índices.

—Alexander, toma mi relevo. —He soltado sus pechos cuando Alexander se ha sentado a su lado. Él ha tomado un pezón entre sus dientes y ha succionado mientras pellizcaba el otro como yo había hecho—. Yo necesito mis manos también. —Las he levantado a modo de advertencia, con mis glúteos flexionándose mientras seguía embistiéndola—. Julian, ven a bombearle el culo con tu bonito vibrador.

Julian ha tardado menos de un minuto en unirse a nosotros. Si podía aguantar todo esto, entonces la próxima vez... la próxima vez la follaríamos al mismo tiempo. Usaríamos nuestras pollas y la rellenaríamos tanto que nunca sería capaz de mirar a otro hombre. Lo quería ahora, pero a pesar de lo mucho que hablaba, no estaba lista.

Apenas cabíamos el vibrador y yo. Solo podía imaginar lo estrecha que estaría con los tres dentro de ella.

Lo averiguaría. Pronto. Pero por ahora, he alargado la mano entre nosotros y he añadido la presión de mi mano a su clítoris. Cuanto más presionaba mi pulgar ese tierno haz de nervios, más fuerte se frotaba ella contra mí.

—Ya casi... —Su cabeza se agitaba de un lado a otro—. ¿Cómo puede sentirse así de bien y que todavía no me haya corrido? Mi cuerpo se va a romper. No puedo soportarlo. Se siente tan bien... Puedo sentir cada vena de tu polla, Dante.

Se ha apretado a mi alrededor, succionando tan fuerte que he jadeado. Al carajo mi control. Tenía que correrme. En cuanto ella lo hiciera. He pellizcado su clítoris, luego lo he golpeado de nuevo, envolviéndola al ritmo de mis embestidas.

—¡Dante! —El grito extático ha arrancado el orgasmo desde la punta de mis pies. Mi abdomen y mis glúteos se han tensado, y he bombeado más rápido mientras ella se desmoronaba bajo nuestras atenciones.

—Este coño... Dios, este coño ha sido hecho para mí. Me estás apretando a muerte, Harper, y voy a llenarte con mi leche hasta que gotees por todas las sábanas. Luego Alexander y Julian van a hacer lo mismo. —He levantado una de sus piernas sobre mi hombro y he pegado una estocada más profunda que nunca. Mi miembro ha estallado dentro de ella.

—No puedo parar. Sientas tan condenadamente bien. —He tardado varios segundos en terminar, e incluso entonces he seguido acariciándola, disfrutando de los suaves temblores de las réplicas de su cuerpo. Completamente agotado, he dejado su pierna sobre el colchón y me he echado hacia atrás—. Vuestro turno. Vosotros dos terminad con ella como queráis.

11

JULIAN

Lo que yo quería terminó siendo sustituir el vibrador en el culo de Harper por mi polla y correrme con más fuerza que nunca en mi vida mientras ella me animaba. Sus gemidos de —más fuerte— y —más rápido— se quedaron grabados en lo más profundo de mi psique, persiguiéndome en mis sueños y ofreciéndome destellos de fantasías que tenía toda la intención de cumplir. No habíamos llegado a más acuerdos sobre terminar las cosas después de la gala. Y si por mí fuera, nunca terminaríamos con Harper.

La idea se grabó a fuego en mi cabeza al despertar con Harper en mis brazos. Me quedé quieto, temiendo despertarla. Aunque tenía una erección de espanto y no deseaba nada más que volver a llenar su dulzura, me recreé en el abrazo. Tenía una pierna echada sobre la mía, dándome acceso si me movía con precisión. Ajusté las caderas lo más mínimo y mi polla la rozó.

Ella gimió y sus pestañas aletearon, pero siguió dormida.

Dante y Alexander estaban despatarrados al otro lado de la cama, con los cuerpos en jarras y unos ronquidos suaves escapando de la boca de Alexander.

—Quiero quedarme contigo —susurré, demasiado bajo para que nadie lo oyera, pero la necesidad de decir las palabras en voz alta me obligó a lanzarlas al vacío. La de anoche fue una de las mejores noches de mi vida. Despertar juntos en la suite del ático vaticinaba una mañana hermosa llena de un sexo aún más glorioso. Podría pasarme todo el día aquí. Joder, me pasaría la semana entera en la cama con Harper.

Había respondido tan bien a nuestra primera incursión en el bondage y la exploración que me picaba la curiosidad por saber dónde ponía el límite. ¿Había algún límite?

Acurruqué a Harper contra mi pecho y le alisé el mechón de pelo revuelto en la coronilla. Incluso dormida, estaba adorable. Despeinada e increíble. Nunca dejo que las mujeres se queden toda la noche. Jamás.

Con Harper las cosas eran distintas. Despertar con ella en mis brazos me satisfacía de una forma que nunca creí posible.

La sensación de plenitud relajó mis brazos y me hizo envolver a Harper. Ella se acurrucó más cerca de mi pecho, con el pelo desparramado sobre mi brazo. Otro cambio de posición y mi polla se deslizó más cerca de su entrada.

Sonriendo, moví las caderas mientras le provocaba el lóbulo de la oreja con pequeños mordiscos.

—¿Julian? —Sus pestañas temblaron y apareció una sonrisa adorable. Una marca de la almohada le cruzaba la mejilla cuando levantó la cabeza—. ¿Qué estás haciendo?

—Si tengo que responder a eso, es que lo estoy haciendo mal —besé la comisura de su boca y sostuve su pesado pecho en mi palma —. Nunca me cansaré de esto. —Me llevé el pezón a la boca y lo lamí con la lengua.

Su vientre se tensó y envolvió mi miembro con la mano—: Yo tampoco.

Alexander resopló y se dio la vuelta, dejando caer la mano sobre el costado de Harper. Abrió los ojos y levantó la cabeza para mirar a su alrededor—. Vaya. Así que no ha sido un sueño.

—Ni de lejos —froté mi barbilla de un lado a otro sobre el pezón de Harper mientras se endurecía.

Dante se incorporó y se pasó las manos por el pelo.

Se oyó un crujido en la puerta y el pomo giró.

Antes de que pudiera hacer otra cosa que maldecir, se abrió y un hombre joven y delgado con el uniforme del hotel entró empujando un carrito plateado—. Buenos días. Gracias por... —Levantó la vista mientras retiraba las campanas plateadas de una de las bandejas. Se quedó con la boca abierta, y la expresión de su cara habría sido cómica de no ser por las posibles repercusiones.

Salté de la cama para ponerme entre él y Harper. Alexander y Dante maldijeron y se levantaron, pero estaban al otro lado de la cama. No necesitaba darme la vuelta para saber lo que el hombre veía. Tres hombres en la cama con una mujer. Éramos reconocibles. Nuestros nombres constaban en el registro de esta habitación. Este hombre había visto más de lo que nadie debería ver. Estábamos todos desnudos y excitados hasta que se abrió la puerta. Agarré el albornoz más cercano y me lo eché sobre los hombros.

—Mis disculpas —agachó la cabeza, con todo el rostro volviéndose carmesí.

Lo empujé hacia la puerta—. ¿Qué hace usted aquí? —La pregunta salió baja y gutural.

Tragando saliva con dificultad, apartó la mirada de la cama donde sabía que Harper yacía desnuda. Tropezó con la nada, moviendo los brazos como aspas de molino para mantenerse en pie—. Yo... Ustedes... —Recuperó el equilibrio y chocó contra la puerta—. Como huéspedes del hotel, se les ofrece un desayuno de cortesía. Como no cancelaron este servicio, me han enviado con el carrito.

—¿En qué parte de la puta letra pequeña dice que *alguien* tiene permiso para entrar en nuestra habitación sin nuestro consentimiento? —Agarré un puñado de su chaqueta, giré el pomo de la puerta y lo empujé al pasillo—. Elegimos este hotel porque se nos prometió discreción y ausencia de interrupciones. Eso significa que no quiero servicio de cobertura. Ni limpieza. Y, desde luego, joder, significa que se supone que nadie debe entrar en nuestra habitación sin avisar. Ni siquiera por un puto desayuno de cortesía —le solté la camisa y él se tambaleó alejándose de mí.

La gente solía pensar que Alexander y Dante eran los más intimidantes, y Dante, desde luego, era más dominante, pero yo mato de miedo a más gente que ellos dos juntos.

Nadie se lo espera de mí. No sé muy bien por qué. Estar en el pasillo sin nada más que un albornoz, con el cuerpo lleno de tatuajes a la vista, era suficiente para asustar a la mayoría de la población.

Este chaval no era una excepción. Tragó saliva varias veces y se alisó la parte delantera de la chaqueta—. Lo siento. Es la política del hotel. Solo hacía mi trabajo.

—Lo comprendo —me costó un esfuerzo considerable controlar el torrente de instintos protectores que me pedían a gritos despedazar a este hombre. Tenía razón. No era culpa suya. Pero había visto cosas que queríamos mantener ocultas. Me pellizqué el puente de la nariz y respiré hondo—. ¿Cómo te llamas, chaval?

—A... Arthur. Mis amigos me llaman Archie. —Mantuvo la mirada clavada en el suelo—. No quiero que me despidan. Necesito este trabajo.

—Está bien, chaval —le di una palmada en el hombro, haciendo una mueca cuando se echó hacia atrás—. Siento haberme puesto así contigo. Es solo que... —Vacilé y eché un segundo vistazo a Arthur. Pulcro y vestido con el uniforme del hotel, parecía demasiado joven e inocente para esta mierda—. Mira, necesitamos que mantengas la boca cerrada —le mostré las palmas de las manos—. ¿Me entiendes?

—¿En plan..., si no lo hago, me matará?

—Jesús. No —sacudí la cabeza—. No somos la puta mafia. No estamos haciendo nada ilegal ni inmoral, solo no queremos que se lo cuentes a tus amigos. Estoy dispuesto a darte dinero si eso ayuda a que te calles. —Pero si se lo soltaba a sus colegas y yo me enteraba, tenía unos cuantos amigos que podían asegurarse de que no volviera a ocurrir.

Odiaba pensar así, pero proteger a Harper me importaba más que cualquier otra cosa.

—¿Quiere sobornarme para que guarde silencio? —Arthur frunció el ceño—. Nunca me han sobornado antes.

—Considera que es tu día de suerte —levanté un dedo—. Quédate donde estás. Y a partir de ahora, llama a las puertas de la gente antes de entrar. Nada de usar la tarjeta de empleado para entrar a hurtadillas. Vas a acabar entrando en mitad de alguna mierda que te va a meter en graves problemas. —No éramos la mafia, pero se sabía que solían frecuentar este hotel y masacrarían a Arthur sin pensárselo dos veces. Retrocedí a la habitación, me puse los pantalones y me puse una camisa en lugar del albornoz.

Alexander y Dante tenían a Harper en la mesa; los tres estaban inclinados, manteniendo una conversación en voz baja, pero entonces ella se levantó y empezó a caminar de un lado a otro.

Dante me lanzó una mirada y yo incliné la cabeza en un gesto que le indicaba que lo tenía todo bajo control. Me reuní con Arthur en el pasillo; el chaval apenas había respirado—. Toma. —Saqué un fajo de billetes de cien dólares y se los tendí—. Júrame que mantendrás la boca cerrada.

—Lo juro. —Asintió con tanta fuerza que se le saltaron los ojos.

Hizo amago de coger el dinero, pero se lo quité de un tirón—. Si *alguien* te pregunta qué has visto aquí arriba, tengo que saberlo. Diles que no sabes ni una mierda y luego me llamas. —Le entregué

una de mis tarjetas de visita que solo tenía mi nombre de pila y mi número de teléfono. El número correspondía a un teléfono desechable que utilizaba para situaciones como esta, por si la tarjeta caía en manos equivocadas.

—Sí, señor. Por supuesto. —Cogió la tarjeta y el dinero, y ambos desaparecieron en su bolsillo. Se dio la vuelta y agitó una mano por encima del hombro—. No he visto nada, señor. Tiene mi palabra.

—Joder. —Me pasé una mano por el pelo y entré en la habitación, cerrando la puerta tras de mí.

—El hotel es conocido por su discreción. Por eso hacemos negocios aquí. —Dante estaba sentado a la mesa con los tobillos cruzados y las manos tras la nuca.

Para un observador casual, parecía completamente relajado.

Por eso Dante era el mejor hombre de negocios de todos nosotros.

Harper dejó de caminar y se cruzó de brazos sobre el vientre. Llevaba uno de los albornoces del hotel, pero el cinturón no estaba bien atado y se abría revelando una franja de piel suave entre sus pechos. Se rodeó las costillas con los brazos y se agachó para recoger su vestido, apretándolo contra el pecho—. Menos mal. Eh... creo que debería irme a casa ya. Tengo..., tengo que prepararme para el trabajo de mañana.

—Podrías quedarte. —Apoyé la cadera contra el escritorio junto a la puerta e imité su postura de brazos cruzados—. Hay tiempo de sobra para lo de mañana.

—No. Creo que es mejor que me vaya. Mejor si me voy antes de que nos vea alguien más. —Su voz hizo ese temblor que la hacía sonar al borde de las lágrimas.

Me fijé en su cara, intentando leerla. Había sido fácil anoche, pero hoy, con la amenaza de que nos descubrieran de por medio, mantuvo su expresión cerrada y me sostuvo la mirada. ¿Ya no quería

estar con nosotros o era solo vergüenza y bochorno por haber sido pillada? Fuera como fuese, nuestra burbuja de felicidad había estallado y no nos quedaba más remedio que volver a nuestras vidas normales.

Harper se apresuró a entrar en el baño y cerró la puerta, dejándonos fuera y haciéndome sentir desolado. Por primera vez en mi vida, no sabía qué hacer conmigo mismo.

12

HARPER

A la mañana siguiente, todavía no había terminado de asimilar lo que había pasado en el hotel. Es decir, la noche se repetía en bucle en mi cabeza. No podía quitarme eso de encima... ni el hecho de que nos hubieran pillado.

Julian me aseguró que se había encargado de ello. No tuve el valor de preguntar *cómo* se había encargado. Dante y Alexander también me tranquilizaron. No dejaban de decir que el hotel era discreto. Eso estaba muy bien, ¡pero un crío nos había interrumpido! De aquello no había vuelta atrás.

Gimí y me detuve en la acera antes de entrar en el edificio. ¿Qué iba a decir? ¿Cómo iba a actuar? Debería ser sencillo. Actuar como si no hubiera pasado nada.

Ese era el problema. Había pasado de todo y estaba entrando en una espiral de pánico absoluto. Lila no servía de ayuda. Se había limitado a encogerse de hombros y a decir que no quedaba otra que seguir adelante.

Luego me había pedido más detalles sobre mi noche con tres hombres. No había palabras para describirla.

«Increíble» ni siquiera rozaba la superficie de cómo me habían hecho sentir.

Basta ya, me regañé mentalmente y pasé mi tarjeta de empleada para desbloquear la puerta. El pitido y el clic me provocaron un escalofrío por la espalda que casi me deja clavada en el sitio. Logré agarrar el pomo y abrir la puerta al mismo tiempo que otros dos empleados llegaban detrás de mí.

—Buenos días —les sonreí mientras sujetaba la puerta y luego me dirigí a la zona del café que había tras ellos.

Se pusieron frente a la bollería y cogieron los dos últimos pasteles de arándanos. Mis favoritos.

Suspiré decepcionada y me serví una taza de café de avellana recién hecho del termo central. Bethany era la encargada de asegurarse de que el café estuviera listo cada mañana antes de subir a su mesa junto al despacho de Dante. Tendría que subir y darle las gracias de nuevo por preparar el café de avellana con mis granos preferidos.

Eché un chorrito de crema en el café y lo removí de camino al ascensor. Otras tres mujeres esperaban delante de mí. Sus risas y voces animadas me hicieron sonreír. Me encantaba trabajar en un lugar donde todo el mundo estaba siempre tan contento.

—Fue increíble. No os creeríais las cosas que vi —una mujer se llevó una mano a la garganta y levantó la cabeza hacia el techo—. Este año han tirado la casa por la ventana. He estado en galas preciosas, pero esta me pareció especial.

Me llevé el café a los labios y di un sorbo pausado. —No llevo aquí el tiempo suficiente como para haber visto más de una gala —¿dije—. ¿Cómo suelen ser?

Las tres mujeres se giraron ante mi pregunta. Sus expresiones curiosas se relajaron y abrieron los ojos de par en par.

—Espera, tú eres Harper, ¿verdad? —La mujer de la izquierda, una mujer menuda de pelo negro y gafas de montura metálica que se ajustó en la nariz al hablar, me examinó de arriba abajo.

Asentí, sin saber qué tenía que ver la pregunta con la mía. —Sí, soy Harper. Soy nueva en la empresa. Trabajo en marketing. Lo siento, no sé vuestros nombres.

—Ah. Esto... —La mujer de pelo negro me tendió la mano—. Soy Marg. Estas son Denise y Sara. —Señaló a cada una y les estreché la mano.

—Encantada de conoceros. —Las puertas del ascensor se abrieron y nos apretamos las cuatro dentro. Pulsé el botón de mi planta y esperé a que ellas hicieran lo mismo. Un silencio tenso descendió mientras el ascensor subía—. Así que... ¿decíais que la gala ha sido especial este año? —Intenté reanimar la conversación, pero nadie me respondió.

En su lugar, intercambiaron una mirada. Las puertas se abrieron en su planta y las tres mujeres se marcharon sin decirme ni una palabra más.

El dolor brotó en mi interior. Lo reprimí como debía, pero, sinceramente, ¿qué demonios costaba responder a mi pregunta?

—Estoy gorda, no tengo la lepra —murmuré entre dientes.

El calor me abrasó las mejillas, poniéndomelas rojas sin duda alguna. Genial. Hoy no me había molestado en maquillarme del todo, lo que significaba que el poco que me había puesto no bastaría para ocultar mi incomodidad. Había crecido con gente que pensaba que estaba bien ignorarme o burlarse de mí por mi peso. Lila solía reírse de lo que yo llamaba el «privilegio de las delgadas», hasta que lo vio por sí misma y llegó a entender a qué me refería.

Rodeé la taza de café con ambas manos y contuve las lágrimas mientras las puertas se abrían en mi planta. Varios hombres y mujeres con los que había trabajado desde que me uní a Elevate

estaban amontonados alrededor de la mesa principal en el centro de la sala. Todas las cabezas se giraron cuando entré y todos se quedaron en silencio.

¿Estaban hablando de mí? ¿Por qué? ¿Y qué estaban diciendo? El calor me subió por la nuca. —Buenos días. ¿Alguna novedad de la que deba enterarme hoy? —era mi saludo habitual.

Normalmente recibía una ráfaga de información, pero hoy un silencio espeso me rodeó la garganta y apretó.

Estaban hablando de mí. Sabía lo que se sentía al entrar en una habitación donde la gente estaba cotilleando sobre una. Lo había sentido demasiadas veces en mi vida. La prueba definitiva era cómo todo el mundo dejaba de hablar al verme entrar. Luego estaba esa vergüenza que obligaba a varios a bajar la mirada porque sabían que lo que decían estaba mal o que ni siquiera deberían estar hablando.

¿Sabían lo que pasó después de la gala? ¿Cómo?

No. Me estaba volviendo paranoica. Estaba dejando que me afectara. Nadie lo sabía. Pasé junto a ellos hacia mi despacho y me puse a trabajar.

Tres horas después, ya no aguantaba más silencio y subí a hablar con Bethany. El silencio del ascensor se vio sustituido por la voz emocionada de Bethany en cuanto se abrieron las puertas. —Harper, me alegro mucho de que hayas subido hoy. Quería hablar contigo.

La tensión que había acumulado durante la mañana desapareció y le di un abrazo por encima del escritorio. —Hola, Bethany. Quería subir a darte las gracias por el café. El de avellana estaba increíble esta mañana —dije y me senté en la silla frente a ella mientras restaba importancia a mis agradecimientos con un gesto de la mano.

La mesa de Bethany estaba en la esquina junto al ascensor, justo al final del pasillo donde se encontraban los despachos de Dante, Alexander y Julian. La sala de juntas principal estaba frente a

nosotras, con las puertas abiertas y las persianas subidas del todo, revelando elegantes sillas de cuero y una mesa de cristal.

—Has traído un perfil de sabor totalmente nuevo al rincón del café. Todo el mundo está encantado de que sugirieras cambiar un poco —Bethany se sentó y apoyó los codos en su escritorio. Era más pequeño de lo que yo creía que merecía, pero la única vez que lo mencioné, hizo un ruido de ahogo y me dijo que estaba bien.

Recorrí la mesa con la mirada, pero seguía igual que siempre. Sin fotos personales de ningún tipo. Sin adornos ni siquiera un clip. Su portátil y un teléfono estaban a la misma distancia del borde de la mesa, y un solo bolígrafo y un bloc de notas amarillo estaban al alcance de su mano derecha. Nada más. Incluso su móvil permanecía guardado en uno de los cajones del escritorio.

—¿Disfrutaste de la gala? —Bethany se inclinó hacia delante con el rostro iluminado por la curiosidad.

Asentí. —Totalmente. No me podía creer lo bonito que estaba todo. Y no sabía que habría baile. —Se me volvió a calentar la cara al recordar cómo me guiaron por la pista de baile en brazos de Julian y Alexander. Había sentido a Dante observando desde la barra, pero no se acercó hasta que estuvimos a solas.

—¿A que sí? Fue completamente mágico. —Bethany miró a izquierda y derecha antes de bajar la voz a un susurro—. ¿Hiciste algo después?

—¿Después? —respondí sin pensar, antes de darme cuenta de lo fácil que sería delatar mi secreto.

—Sí, ¿después? ¡Hola! ¿San Valentín? ¿Tuviste alguna cita sexy? —Apoyó la barbilla en las palmas de las manos e hizo ruiditos de besos.

—Eh... No. Nada de citas sexys para mí. —Maldita sea. Debería haber traído café para las dos para tener algo que hacer con las manos. La necesidad de juguetear con los dedos cuando mentía

siempre me delataba. Tenía que hacer que se lo creyera. Bethany era astuta. Sabría si mentía a menos que lo hiciera bien. Agaché la cabeza y me acerqué más—. La verdad es que no tengo novio ni nada por el estilo. Así que la gala fue mi única oportunidad para vestirme elegante y bailar.

Eso tendría que bastar.

—¿Y tú? —Inyecté una energía animada a mi voz y moví las cejas—. ¿No dijiste algo de salir con Brad el de contabilidad?

—¡Puaj, ni hablar! —Bethany se sonrojó hasta la raíz del pelo. Se dio golpecitos con las uñas en las mejillas y se quedó mirando el ascensor—. Yo también estoy soltera. Y no por elección, que conste. Le tengo echado el ojo a alguien muy suculento. Lamentablemente, ni sabe que existo.

—Chica, tienes que estar bromeando. Eres guapísima y eres un encanto. No hay mejor combinación. —Le di un codazo amistoso—. ¿Cómo es posible que no sepa que existes?

—Créeme, lo he intentado. —Bethany suspiró de nuevo.

El ascensor sonó y las puertas se abrieron.

Bethany se irguió tan rápido que su columna debía de ser de goma. Cogió su bolígrafo y el papel y se mantuvo alerta mientras Dante salía del ascensor. El pelo oscuro le caía sobre la frente y vestía mi traje a medida favorito. La raya diplomática negra y gris le sentaba de maravilla a sus anchos hombros y muslos fornidos y, ahora que sabía lo que ocultaba debajo, todo mi cuerpo vibró con tensión sexual. Miró hacia nosotras y su mirada pasó por encima de Bethany para posarse en mí.

—Buenos días, señoras. —Inclinó la cabeza y el tono grave de su voz provocó todo tipo de efectos perversos en mi pulso.

—Buenos días, señor Campari. ¿Tiene alguna nota para hoy? —Bethany se inclinó aún más sobre el escritorio, pareciendo casi

desesperada por que la mirada de Dante volviera a ella.

—Nada por hoy —dijo. Siguió caminando, con zancadas largas y tranquilas que lo alejaron de allí.

Bethany silbó por lo bajo. —No me importaría encontrar a un hombre así, si sabes a lo que me refiero.

Todo el calor que había intentado mantener a raya me inundó. Mi cara debía de estar a mil grados. Me levanté y me ajusté la chaqueta. —Debería volver al trabajo —dije—. Solo quería pasar a darte las gracias por el café.

—Ah, sí. De nada. —Bethany movió los dedos a modo de despedida, pero todo su cuerpo estaba girado hacia el despacho de Dante.

No tenía derecho a sentir celos, pero me invadieron de todos modos. Cerré los puños con fuerza, clavándome las uñas en las palmas, antes de conseguir abrirlos a la fuerza. Mantuve la cabeza baja y me concentré en mi trabajo el resto del día. Eso no impidió la sensación persistente de que todo el mundo sabía que me había acostado con mis jefes. No impidió la sensación de que me estaban juzgando por ello. Siempre se me había dado bien la gente. Se me daba bien leer a las personas. Se me daba bien decirles lo que querían oír. Se me daba bien hacerlas reír. Todo formaba parte de ser una mujer de mi tamaño. Aprendíamos a movernos por el mundo de forma distinta a nuestras semejantes delgadas. Teníamos que ganarnos la simpatía y la comprensión allí donde a ellas se les daba de forma natural.

Pero con Alexander, Dante y Julian, no había fingimientos. Habían amado cada centímetro de mi cuerpo. Y a mí me había encantado la atención.

Incluso mientras me levantaba para marcharme al final de la jornada, un dolor constante en los muslos y el abdomen me recordaba todas las cosas maravillosas, pervertidas y deliciosas que me habían hecho.

Odiaba que se acabara, pero no podía arriesgarme a que nos descubrieran. Había trabajado demasiado duro para encontrar mi lugar en este mundo como para que me lo quitaran todo.

Aunque se me rompiera el corazón porque ya estaba medio enamorada de ellos, elegí dejarlos ir.

13

ALEXANDER

El segundero de mi reloj avanzaba con un tictac que sonaba más fuerte con cada latido. He trabajado todo el puto día con ese sonido en la cabeza. Tictac. Tictac. Tictac.

Nunca me había molestado antes, pero hoy lo único en lo que he podido pensar es en Harper y en cuánto tiempo pasaría antes de tener la oportunidad de tocarla de nuevo.

He deslizado una mano por el escritorio y he abierto la carpeta con los informes del próximo trimestre. Los números se desenfocaban, obligándome a parpadear varias veces hasta que se han vuelto nítidos. Un suave golpe ha sonado en la puerta.

—Adelante —ha sonado brusco después de haber estado sentado en silencio todo el día, y me he aclarado la garganta mientras Harper abría la puerta y entraba en mi despacho.

Llevaba uno de sus trajes de chaqueta habituales, con una americana entallada en la cintura que se ensanchaba sobre las caderas. La visión de sus tacones altos me ha recordado a la gala, y mis labios se han curvado en una sonrisa socarrona.

—Siento molestarte —dijo, y la docilidad de la frase hizo que mi mirada se clavara en su rostro.

Se negaba a mirarme a los ojos.

¿Pero qué cojones? Me he levantado lentamente y he apoyado las manos en el escritorio. —¿Me gustan tus interrupciones? ¿Qué puedo hacer por ti?

Harper ha entrelazado las manos a la altura de la cintura y ha inclinado la cabeza hacia el suelo, evitando mi mirada. Mi escritorio no estaba sobre una tarima como el de Dante, pero mi estatura la ponía en cierta desventaja. Me había acostumbrado a su seguridad en el dormitorio después de la gala. ¿Qué la había empujado a volver a ser la ratoncita mansa que tenía delante?

—¿Harper? —he esperado a que levantara la barbilla antes de continuar—. ¿Va todo bien?

Una inhalación temblorosa ha sacudido sus hombros. —Tenemos que hablar.

—Tres de las palabras más odiadas del idioma cuando se juntan así —le he hecho un gesto hacia la silla más cercana y he rodeado mi escritorio para sentarme en la de al lado—. ¿Qué pasa?

Se ha hundido en la silla y ha cruzado los tobillos, recogiéndolos bajo el asiento. El movimiento parecía casi defensivo, especialmente cuando ha apoyado las manos entrelazadas en el regazo y ha tragado saliva con dificultad. —Solo quiero dejar claro que lo que pasó después de la gala fue cosa de una vez. No puede volver a ocurrir.

Recibir una patada en los huevos de un luchador de sumo habría dolido menos que el impacto de sus palabras y la forma en que seguía evitando mirarme. Me he tomado un segundo para recomponerme, sabiendo que si hablaba de inmediato, saldría demasiado dolor y rabia. Una rabia que la espantaría en lugar de convencerla para que hablara conmigo. Había sido abierta y sincera

conmigo en la gala cuando hablamos de su padre. Necesitaba que volviera a serlo. —¿Qué ha cambiado?

Harper se movía inquieta, retorciéndose los dedos y soltándolos, solo para volver a enredarlos. Finalmente, ha levantado los hombros en un encogimiento que le ha ladeado la cabeza. —Es complicado.

—Sí, la mayoría de las cosas lo son. Pero estabas muy segura de que a tu padre no le importaría, y has disfrutado de nuestro tiempo juntos. No entiendo por qué quieres que termine. Respetaré tus deseos, por supuesto, pero me merezco una respuesta de verdad — he mantenido las manos sobre los muslos. Si la tocaba, nunca sería capaz de soltarla, y me negaba a coaccionarla o intentar manipular sus emociones. Si quería dejarlo, la dejaría ir. Una vez que entendiera por qué.

Ha bajado la barbilla mientras desviaba la mirada. Se ha levantado y ha caminado hacia los ventanales que daban a la ciudad, poniendo de forma eficaz unos cuantos metros de distancia entre nosotros. — Me preocupa que alguien nos haya visto.

He estirado las piernas y he cruzado los tobillos, adoptando una de las posturas informales de Dante. —El chico no hablará.

—Él no. —Harper se ha cruzado de brazos sobre el estómago y se ha balanceado de lado a lado. Autoconsuelo.

Aprendí sobre eso en uno de nuestros seminarios para directivos. Verla tan incómoda en mi presencia ha activado todos mis instintos protectores y me ha obligado a ponerme de pie. —¿A qué te refieres?

El balanceo ha cesado y se ha girado para mirarme. —Creo que la gente de la oficina está hablando de nosotros. No tengo pruebas, pero he sido el blanco de cotilleos lo suficiente como para saber qué se siente. La gente deja de hablar cuando entro en una habitación. Me miran de forma diferente. Si alguien nos vio en la gala y está

difundiendo rumores, estaré acabada. Y tú también —sus ojos se han vuelto suaves y vidriosos, y verla así me ha destrozado.

He pasado los nudillos por el borde de su mandíbula antes de obligarme a bajar las manos. —Nunca esperaría que hicieras nada que te hiciera sentir incómoda. Hemos sido cuidadosos y yo no he oído ningún rumor —he intentado sonreír, pero el lento dolor de la pérdida que crecía en mi cuerpo ha impedido que mis labios hicieran algo más que un leve amago—. Y yo sería el primero en enterarme —he dado un paso atrás para darnos espacio a ambos—. Respeto tus deseos, Harper. Si no quieres que nos sigamos viendo, no insistiré.

Se ha inclinado hacia mí antes de retroceder otro paso bruscamente.

Así que su cabeza y su cuerpo estaban en guerra. Podría usar eso a mi favor, pero quería mujeres dispuestas en mi cama, no a una mujer a la que hubiera tenido que convencer.

—Te respeto como mujer, como empleada nuestra y como hija de mi mejor amigo. Te trataré con respeto independientemente de la decisión que tomes. Esa fue la promesa que te hicimos esa primera noche y nada ha cambiado —he caminado hacia atrás hasta la puerta—. ¿Hay algo más?

Ha negado con la cabeza. O bien le faltaban las palabras porque yo había cedido, o bien no podía confiar en sí misma para hablar. De cualquier forma, yo ya había dicho lo que tenía que decir. Como siempre, la decisión final estaba en su poder.

He abierto la puerta del despacho ante un silencio absoluto. El escritorio vacío de Bethany junto al ascensor anunciaba el fin oficial de la jornada laboral. Harper debía de haber esperado hasta el último momento para subir a hablar conmigo. ¿Por qué me había elegido a mí antes que a Dante y Julian? Quizás por mi relación con su padre.

Casi deseaba que hubiera ido a ver a uno de ellos. Así no tendría que ser yo quien diera las malas noticias en la reunión de esta noche. —¿Quieres que te acompañe al coche? Es tarde y todo el mundo se ha ido a casa.

—No —se ha tirado de la chaqueta, un movimiento que había llegado a reconocer como un gesto de timidez, y se ha detenido a mi lado—. Gracias, pero si da la casualidad de que alguien se ha quedado por aquí, preferiría que no nos vieran juntos. Solo empeoraría las cosas. Nunca has acompañado a nadie a su coche. No quiero ser la primera.

—Supongo que entonces esto es un hasta mañana —he dicho, y un adiós.

Su pelo ha caído alrededor de su cara en suaves ondas cuando ha levantado la cabeza para encontrar mi mirada. —Buenas noches, Alex.

El apodo ha quedado flotando entre nosotros, cargado de recuerdos y deseo. He estirado la mano sin pensar y he apartado un mechón de pelo de su mejilla. Mis nudillos han rozado su piel, y el calor ha prendido en mi mano y se ha extendido por mi brazo.

Se le ha entrecortado la respiración y se ha quedado paralizada, con los ojos muy abiertos. Un parpadeo después, me ha agarrado la muñeca, inmovilizando mi mano contra su mejilla. No recordaba haber apoyado la palma allí, pero ella se negaba a dejarme apartarla.

—No quiero parar.

Su confesión ha sido todo lo que necesitaba para acorralarla contra la puerta y bajar mis labios hasta los suyos. Ha respondido al roce de mis labios con un jadeo y ha apretado el agarre de mi muñeca. Sus labios se han abierto para mí y he deslizado mi lengua en su boca. El calor ha subido entre nosotros con fuerza y rapidez.

Nunca había sentido nada parecido excepto con ella. Antes de Harper, el sexo estaba bien. Era una liberación agradable de los rigores del trabajo y me daba la oportunidad de escapar del mundo.

Con Harper, se convertía en algo más. Más intenso. Más placentero. Me importaba ella y hacerla feliz más que cualquier otra cosa. Habría dejado que se marchara, pero ahora que había dicho la verdad sobre lo que quería, iba a por todas.

La puerta ha golpeado contra la pared con un estruendo y la he empujado contra ella, pegándonos más con cada segundo que pasaba. He deslizado la mano por su cuello y la he apoyado contra su pulso acelerado.

—Alex… —El sonido ronco de mi nombre ha ido directo a mi corazón, y luego a mi polla.

He colocado mi rodilla entre sus piernas y ella ha restregado sus caderas sobre mi muslo. —Te deseo, Harper. Aquí mismo, en mi despacho.

—Y yo a ti. Yo también te deseo —ha pasado las manos por mi pecho, curvando las uñas de modo que se hundían en mi traje.

—Quiero sentir esas uñas en mi piel. Márcame como tuyo. Porque te aseguro que pienso reclamarte como mía. —La he atraído hacia mí y he cerrado la puerta de una patada, llevándola de espaldas hacia el escritorio. Me he detenido lo justo para barrer cada puta cosa de la mesa con un brazo antes de subirla a ella y desabrocharle la blusa.

Se ha quitado la chaqueta y la ha tirado a un lado mientras yo le abría la camisa y se la bajaba por los hombros para revelar el suave encaje de un sujetador blanco. He besado la línea del encaje y he acariciado sus pechos. —Necesito que te quites los pantalones. Ahora.

Se ha contoneado y ha movido las caderas hasta bajarse los pantalones hasta los tobillos. Se los he quitado de un tirón, sacándole los tacones en el proceso.

—Túmbate —la he guiado hacia atrás y le he levantado una pierna para apoyarla sobre mi codo. La visión de ella ansiosa y esperándome nunca dejaba de asombrarme. He reprimido mi autocontrol y he deslizado un dedo por el borde de sus bragas—. ¿Estás mojada por mí?

—Sí —sus ojos se han cerrado con fuerza, sus manos se abrían y cerraban hasta que han encontrado los bordes del escritorio y se han aferrado a él.

He frotado mi nudillo sobre su clítoris y he soltado un gemido bajo. —Tan mojada y tan dispuesta. Podría meterte mi polla ahora mismo y te tragarías cada centímetro. Gritarías mi nombre mientras te corres y me apretarías con ese coño tan estrecho. Y yo seguiría —le he introducido un dedo y he presionado el pulgar contra su clítoris de la forma que a ella le gustaba. Su gemido ha acompasado el subir y bajar de sus caderas mientras cabalgaba mi mano—. Qué zorrita más necesitada.

Una risa de sorpresa ha escapado de sus labios. —Nunca pensé que me gustaría oír un lenguaje así, pero cuanto más hablas, más me calientas.

He añadido otro dedo y he bombeado más rápido. —Nunca he entendido por qué la gente necesita etiquetarlo como hablar sucio. No hay nada sucio en el sexo. Nada de malo en decir que me gusta follarme tu precioso coño. No hay nada sucio ni malo en esto —he añadido un tercer dedo y he sonreído cuando su espalda se ha arqueado. Su otra pierna se ha enganchado alrededor de mi cintura.

—Te quiero dentro de mí —sus aletas de la nariz se han dilatado y una sonrisa deliciosa ha arrugado sus ojos—. Quiero tu puta polla en mi coño apretado, Alex. Quiero que te entierres tan profundo que lo sienta en todo el cuerpo —ha pasado una mano entre sus pechos y ha bajado hasta el estómago.

—Esa es mi chica. Sigue hablando y te daré exactamente lo que quieres —le he levantado más la pierna, apoyándola sobre mi

hombro—. Te voy a follar así, abierta de piernas sobre mi escritorio.

La puerta se ha abierto de golpe y ha golpeado contra la pared con un estruendo sordo. Me he quedado paralizado, con los dedos todavía dentro de Harper.

Ella ha ahogado un grito y ha intentado cubrirse. Demasiado tarde. Era demasiado tarde para siquiera pensar en salir de esta hablando. Nos habían pillado con las manos en la masa. Me he girado, dispuesto a afrontar las consecuencias.

14

DANTE

La sangre me rugió en los oídos durante un latido antes de que cada maldita célula de mi cuerpo se volviera salvaje por Harper. Alexander estaba entre sus piernas, con los dedos profundamente dentro de ella. Se puso rígido cuando Julian y yo entramos y se giró para mirarnos.

Se relajó en cuanto nos vio y una sonrisa pícara iluminó su expresión. —Habéis llegado justo a tiempo.

—Joder —se lamió los labios Julian—. Puedo olerla desde aquí. Ya la habéis puesto caliente para nosotros.

—¿Dante? —Harper bajó las manos de donde había intentado cubrirse. Levantó la cabeza del escritorio y me observó mientras Alexander seguía moviendo los dedos dentro de ella.

Estaba tumbada sobre el escritorio de Alexander, su cuerpo expuesto como una maldita exhibicionista. Empujé a Julian a un lado y cerré la puerta de una patada. —¿En qué estabas pensando, Alexander? —Agarré el cerrojo y lo giré con un movimiento de muñeca—. Cierra la maldita puerta. —Escupí las palabras entre dientes apretados y me acerqué al escritorio. Mi polla tensaba los pantalones, abultando

la tela y atrayendo la mirada de Harper hacia abajo cuando me ajusté para evitar que me apretara.

—Lo siento. —Alexander sonaba todo menos arrepentido mientras estiraba a Harper con un dedo adicional y los curvaba en esa C perfecta que le provocó un espasmo corporal completo.

Su cabeza cayó hacia atrás con un golpe sordo.

Rodé el escritorio para colocarme cerca de su cabeza. Apoyé las palmas a ambos lados de su cara y me incliné sobre ella. —¿Qué significa esto, Harper? ¿Estás intentando pasar tiempo a solas con Alexander?

—No. No. —Jadeó, con los dedos clavados en el escritorio de Alexander—. No era mi intención. —Sus pestañas se cerraron.

Alexander inclinó la cabeza y rodeó su ombligo con la lengua antes de bajar. Lamió su clítoris, manteniendo una pierna sobre su hombro para darle a Julian una vista perfecta de su sexo reluciente.

Podría pasar el resto de mi vida mirándola y siempre sería perfecta. Los celos rugieron cuando susurró el nombre de Alexander. —Para. —Golpeé la palma contra el escritorio.

Alexander se detuvo inmediatamente. Sus ojos brillaron de comprensión y retiró los dedos. Mirando fijamente a Harper, se los metió en la boca y los chupó limpiamente.

—¿Querías pasar tiempo a solas sin Julian y sin mí? —Me incliné sobre la cabeza de Harper, mi entrepierna tan cerca que el calor de su exhalación rozó mi polla.

Negó con la cabeza y se lamió los labios. —No. Fue un accidente. Yo... —Dejó la frase en el aire y evaluó la situación. ¿Lo entendería y seguiría el juego?

Me froté la palma a lo largo de mi erección y luego le pellizqué la barbilla. —Has sido una chica mala, Harper.

Sus pestañas volvieron a agitarse, el movimiento oscuro abaniqueándose sobre sus mejillas antes de asentir. —Lo he sido. He sido mala.

—Estar a solas con Alexander —chasqueé la lengua y la solté—. Me hace pensar que no quieres mi atención.

—Sí la quiero. —Se incorporó y giró para enfrentarse a mí. Sus piernas cayeron a ambos lados de las mías y se inclinó hacia mí, con las palmas extendidas sobre mi pecho—. Por favor, Dante.

—Eres tan hermosa cuando suplicas. Creo que necesito oírlo otra vez. Suplica que te preste atención. —La parte sádica y posesiva de mi cerebro tomó el control. Harper siempre sacaba ese lado a jugar. Yo era quien anhelaba su atención. Me encantaba compartirla con Julian y Alexander. Me encantaba ver su placer con ellos. Pero también quería poseerla. Quería que cada pensamiento en su cabeza fuera sobre mí y solo mí. La última vez que ocurrió algo así, esa mujer me rompió el corazón. Juré que nunca volvería a pasar.

Maldita sea Harper por hacerme sentir de nuevo. Di un paso atrás. —Ponte de rodillas y suplica por el derecho a tocarme. Suplica por mí.

Julian y Alexander intercambiaron una mirada preocupada detrás de Harper. Alexander avanzó, pero un gesto de mi dedo lo detuvo.

Observó de nuevo y dio una palmada en el pecho de Julian, inclinándose para susurrarle al oído.

Harper se deslizó del escritorio y cayó de rodillas. Deslizó sus manos por mis muslos y sobre mi polla abultada. —Siento haberte decepcionado. Haré lo que me pidas. Lo que sea necesario para arreglarlo. Por favor, Dante.

El calor me abrasó de pies a cabeza. Solo quería enterrar mi polla en ella y empujar fuerte hasta que fuéramos un tembloroso desastre de placer. Pronto.

—Querías a Alexander —señalé hacia él con la barbilla—. Muéstrale cuánto lo deseas. Tócate, Harper.

Tragó saliva y deslizó una mano entre sus piernas. Su vacilación desapareció bajo mi mirada. Se lo habíamos enseñado. El orgullo me inundó y mi polla se endureció. Le habíamos dado valor y enseñado que estaba bien disfrutar del lado oscuro.

Se inclinó hacia adelante y apoyó su peso en una mano, usando la otra para acariciar su coño. —Por favor. Necesito más. Estoy tan vacía. Necesito tu polla, Dante. Necesito que me llenes. Fóllame fuerte. Por favor. Puedes doblarme sobre el escritorio de Alexander. Haz que mire mientras me reclamas en su propiedad.

La imagen que creó resultó demasiado perfecta para ignorar. Me quité el cinturón, dejando que el cuero saliera de los pasadores en una serie de chasquidos agudos que resonaron en la habitación. —¿Qué tal esto? —Enrollé el cinturón y chasqueé las piezas con otro crujido—. Has sido mala. ¿No mereces que te castiguen?

Su gemido y sus caderas balanceándose la delataron. Apartó la mano y la levantó. —Estoy mojada por ti. Azótame. Hazme gritar tu nombre, luego empújame tu polla dentro y hazme gritar de nuevo.

—Dóblate sobre el escritorio. —La guié hacia arriba con un dedo bajo su barbilla—. Vas a chupar las pollas de Alexander y Julian mientras te azoto. Voy a poner tu precioso culo al rojo vivo. —La besé fuerte y rápido, dejándola sentir todo el calor de mi deseo.

Alexander y Julian se desnudaron mientras Harper se giraba y se inclinaba sobre el escritorio.

—Voy a reclamar tu culo mientras Julian y Alexander toman tu coño. Vas a tomarnos a los tres. Si no puedes hacerlo, entonces no tendrás a ninguno. —Dejé que la amenaza flotara en el aire.

Tres pares de ojos se clavaron en mi rostro.

Nunca me había sentido más poderoso que en ese momento. Su placer dependía de mi decisión.

Podría soportarlo. La última vez había dudado y habíamos ido más despacio por su inexperiencia.

Ya no tenía dudas. Pasé mis manos sobre su suave culo, pellizcando y acariciando alternativamente. Alexander y Julian se acercaron al otro lado del escritorio y exhibieron sus pollas.

Harper abrió la boca y envolvió sus labios alrededor de Julian.

Azoté su culo con el cinturón. Se arqueó y apareció una marca roja en su piel cremosa. Alivié el escozor con una caricia y un beso. Movió el culo, pidiendo más.

Y *así* fue como supe que estaba hecha para mí. Le toqué los tobillos, obligándola a abrir más las piernas. Otro chasquido del cinturón y ella jadeó. Alex aprovechó para embestirle la garganta.

—Esa es mi chica. Tómala entera. —Murmuró mientras balanceaba las caderas.

Y Harper, joder, *tarareó* y se movió de nuevo.

Julian aspiró aire entre los dientes y me lanzó una mirada tan llena de orgullo desesperado que sonreí y me quité la chaqueta. —Hora de un nuevo castigo. —Rodé el escritorio y usé el cinturón para atar las muñecas de Harper—. Boca arriba. —Levanté sus brazos sobre su cabeza y los até a la pata del escritorio. Al volver, deslicé una mano por su pecho, deteniéndome para pellizcar sus pezones. Se habían endurecido antes y se pusieron como botones duros con mi atención—. No has terminado de chupar pollas. Voy a tomar mi turno con tu coño. —Caminé entre sus piernas y me incliné para lamerla.

Sus caderas se elevaron, ese vacío que había suplicado llenar la llevaba a la distracción. Me bajé la cremallera de los pantalones y la tenté con la punta de mi polla. Julian le metió su polla en la boca

mientras la cabeza de ella colgaba del borde del escritorio. Bombeé mis caderas, dándole solo un poco de polla. Suficiente para tentar, pero no para satisfacer. Gemía en lo profundo de la garganta y la hebilla de mi cinturón tintineó contra la pata de metal donde le había sujetado los brazos.

Levanté ambas piernas sobre mis brazos, manteniéndola bien abierta y expuesta. —Me encanta verte así, Harper. Suplicaste nuestra atención. ¿Todavía la quieres?

Alexander se retiró lo suficiente para que ella pudiera soltar un «sí» ahogado antes de hundirse en su boca con un empuje poderoso que le hundió el coño sobre mi polla.

Julian ocupó el lugar de Alexander, y se turnaron para empujar dentro de la boca de Harper. Ella chupaba, se atragantaba y suplicaba más cada vez que uno la dejaba más de un segundo. Su pasión creciente la apretó alrededor de mi miembro, y salí por completo, inclinándome de nuevo para pasarle la lengua por el clítoris. —Venid a sujetarle las piernas. —Me quité la camisa y los pantalones, doblándolos y colocándolos sobre el respaldo de la silla de Alexander.

—No. Por favor. Vuelve. —Harper intentó girarse.

—Todavía no. No hemos terminado de castigarte. —Asentí hacia cada uno.

Alexander tomó una pierna, Julian la otra, y la sostuvieron para mí, girando sus caderas para exponerla completamente.

—Tan hermosa. —Alexander le acarició el pecho y mordisqueó su pezón.

Julian hizo lo mismo en su lado, y me deslicé dentro de ella de nuevo, moviendo las caderas para darle ese mismo placer diminuto sin dejarla llegar al límite. La piel de gallina le cubrió los brazos y levantó la cabeza para mirarnos.

—Tan bueno. —Se mordió el labio inferior—. Tu polla se siente tan jodidamente bien, Dante. Te quiero en mi culo. Nunca... —Hizo una pausa para respirar—. Nunca he tenido a nadie en mi culo antes.

—Bien. Porque eres mía. Te estamos reclamando. Todos nosotros. —Quería ser su primero. Ya le habíamos dado tantas primeras veces, pero ser a quien confiaba para esa experiencia infló mi ego ya hinchado.

—No puedo soportar mucho más. Por favor, Dante. Me estoy volviendo loca. Los necesito a todos dentro de mí. Puedo soportarlo. Puedo tomaros a todos.

Con una mirada mía, bajaron sus piernas y desataron sus manos. La ayudé a levantarla y la guié al sofá. —Primero tomarás a Alexander y Julian. Luego será mi turno. —Le di una palmada en el culo y la ayudé a subir al sofá una vez que Julian y Alexander estuvieron en posición. No fue fácil encontrar espacio, pero lo logramos.

Alexander la guió sobre su polla, una vena en su cuello sobresaliendo mientras intentaba ir despacio y dejarla adaptarse a él.

—No despacio. Puedo hacerlo. —Harper empujó su cuerpo hacia abajo, tomando a Alexander por completo con un grito de placer—. Julian. Tienes que unirte. Tengo que tomaros a todos.

Julian se deslizó en su lugar centímetro a centímetro. No hubo empalme rápido para él. La tensión de encajar dos pollas, especialmente una de Alex, en su coño apretado la estiraría al máximo.

Le di otra palmada en el culo cuando se levantó sobre sus rodillas. —Tómalos, Harper. Sé nuestra buena chica y déjanos follarte juntos.

—Dios, deberías sentir esto. Está tan jodidamente mojada por nosotros. Azótala otra vez. —Julian apretó los dientes y empujó más profundo.

Le di una serie de palmadas en el culo que la hicieron rebotar fuerte sobre sus pollas. Le chuparon los pezones, luego los pellizcaron y rodaron hasta que se retorció y gritó.

—Dame tu culo, Harper. —Agarré sus caderas y la moví a posición. Un roce de mi mano entre sus piernas donde se unía con Alex y Julian y tenía suficiente humedad para cubrir mi polla. Presioné mi pulgar contra su culo, masajeando y tentando hasta que se relajó lo suficiente para mí. La presión de mi polla la arqueó hacia adelante y me deslicé más profundo—. Dios, estás tan jodidamente apretada. Nunca serás la misma después de esta noche. Eres nuestra. —Me hundí completamente, mis huevos se tensaron con la presión de su culo y las dos pollas en su coño. La follamos juntos. Cuando ellos salían, yo entraba. Alternamos movimientos después de unos empujones, sin dejar que encontrara el ritmo. Aceleramos, empujando dentro de ella rápido y fuerte, llenándola hasta su capacidad.

—Me corro. Por favor. Oh dios por favor no paréis. Es tan bueno. —Su cuerpo se arqueó hacia adelante, el espasmo comenzando en su espina dorsal y extendiéndose hacia afuera. Agarró los hombros de Alex y Julian, su cuerpo ondulando con nuestros movimientos—. Tan. Jodidamente. Bueno. Nunca volveré a ser la misma. Soy vuestra. Os pertenezco.

—Bien. Eres tan buena. —Enredé una mano en su pelo y tiré, arqueando su cuello hacia atrás. Le di otra palmada en el culo—. Córrete para nosotros. Córrete sobre nuestras pollas. Haz un desastre para que sepamos lo bien que te sientes.

—Sí. Sí. —Sus gritos se volvieron agudos.

—Joder. —Alexander se alzó hacia arriba, su grosor presionando fuerte contra la fina membrana que nos separaba.

Harper se deshizo con sonidos tan hermosos en sus labios.

Le acaricié el culo y los arqueé a ambos hacia atrás con mi agarre en su pelo. Clavando los talones en el suelo, empujé más profundo que nunca y me corrí al mismo tiempo. Mi polla pulsó espesa y caliente, y el placer me atravesó el cuerpo en un torbellino.

Los cuatro jadeamos y colapsamos en un montón.

Harper rió entre dientes, su cabeza apoyada en el pecho de Alexander. —Si hubiera sabido que venir a decirle a Alexander que no podíamos seguir con esto llevaría a esto, habría venido antes.

Salí de su culo y cogí lo necesario del baño adjunto de la oficina para limpiarnos.

—¿Por qué le dirías a Alexander que teníamos que parar? —El dolor en la voz de Julian me quemó.

Harper se apartó de Alexander y extendió una mano hacia el trapo que sostenía. Negué con la cabeza, y los tres la limpiamos antes de ocuparnos de nosotros mismos.

Permaneció sin fuerzas varios minutos, su cuerpo recuperándose después de ser usado y complacido tan intensamente. —Creo que la gente sabe lo nuestro.

Fruncí el ceño y me puse los pantalones. —Aplastaré cualquier rumor que se atreva a surgir. Y eliminaré a *cualquiera* que intente decir una maldita palabra sobre esto. —Me abroché los pantalones y atraje a Harper lo suficiente para besarla—. Seremos más cuidadosos si eso te hace sentir mejor, pero no quiero renunciar a ti. No lo haré. Eres mía.

15

HARPER

Ni en mis sueños más locos me habría imaginado que oír a un hombre sonar tan posesivo conmigo me resultaría excitante. Pero lo era. Especialmente viniendo de Dante. Me observaba con los ojos entrecerrados. Tenía el pelo alborotado y, aunque había tenido cuidado al quitarse el traje, varias arrugas marcaron la chaqueta cuando se la puso sobre sus anchos hombros.

Me había hecho cosas que no sabía que fueran posibles, me había dado un placer cuya existencia desconocía. Y me reclamó de una forma que me hacía sentir protegida en lugar de oprimida.

Terminé de abotonarme la camisa y me saqué el pelo por encima del cuello. —No quiero que esto acabe. Si estáis seguros de que queréis estar conmigo, incluso con la amenaza que supone para tu reputación, entonces acepto. —Odiaba la idea de ser objeto de cotilleos, pero tenerlos en mi vida valía el riesgo.

Querían estar conmigo. Nunca me había pasado algo así, y renunciar a ello significaba que bien podría renunciar a pedazos de mi corazón y de mi alma. Formaban parte de mí. Cada sensación de posesión, de protección y de seguridad que había sentido era gracias a ellos. Sería una estúpida si renunciara a tres hombres que me hacían

sentir especial y deseada. Podría vivir con los cotilleos siempre que ellos mantuvieran sus carreras y sus reputaciones. Siempre que la empresa no sufriera porque yo no fuera lo bastante fuerte para marcharme.

—Te queremos a ti. —Julian se remetió la camisa en los pantalones y se ajustó el cinturón. Al igual que los demás, estaba adorablemente desaliñado. Los tatuajes desaparecieron a medida que se abotonaba la camisa y se bajaba los puños hasta las muñecas.

—¿Por qué los ocultas? —Había querido preguntárselo, pero nunca parecía el momento oportuno. Había descubierto que tenía que forzar los momentos o no ocurriría nada más que sexo.

Julian se abotonó los puños y cogió su chaqueta. —Hacen que la gente se lo piense dos veces antes de trabajar conmigo. Se supone que debo tener una imagen impecable. Estar por encima de cualquier reproche. Hay idiotas de mierda que piensan que unos cuantos tatuajes me hacen poco fiable o una mala influencia. Un hombre me dijo durante nuestro primer año como empresa que nunca trabajaría con nosotros porque los tatuajes eran un signo de degenerado. Me preguntó a qué banda pertenecía.

—Eso es ridículo —me dolió por él y por el dolor que asomó a sus ojos cuando habló de ocultar una parte de sí mismo—. La gente es idiota.

—No seré yo quien te diga lo contrario. —Sonrió y me besó en la comisura de los labios—. Pero también resultan útiles cuando necesito intimidar. Te sorprendería saber cuántos peces gordos se vienen abajo en cuanto me quito la chaqueta y me arremango.

—Cielo, solo de pensarlo ya estoy lista para caer de rodillas. —Le guiñé un ojo—. ¿Alguna vez te he dicho que ver a un hombre arremangarse es sexy de cojones?

—No, no me lo habías dicho. —Casi ronroneó mientras miraba a Dante y luego a Alexander—. Tendremos que recordarlo.

—Sí, lo haremos. —Los ojos de Dante destellaron con un brillo pícaro que volvió a prender fuego a mi cuerpo.

Daba igual cuántas veces estuviéramos juntos o cuánto placer me dieran, siempre quería repetir. —Más os vale portaros bien o no podré hacerme responsable de mis actos. Estamos intentando ser discretos. Si empezáis a arremangaros con gente alrededor, no podré evitar que se me caiga la baba con vosotros.

—Puedes babear por mí todo lo que quieras. —Julian me besó de nuevo y luego me dio una palmadita en el culo—. Pero por ahora, será mejor que te vayas a casa a descansar.

—Por mucho que nos gustaría tenerte aquí toda la noche, te dejaremos ir a casa. —La sonrisa de Alexander tenía matices de dulzura y pasión.

Una hora después, abrí la puerta principal de la casa que compartía con Lila y me quité los tacones con un suspiro de felicidad. —No te vas a creer lo que ha pasado hoy.

Lila levantó la vista de su ordenador con una sonrisa. —¿Tiene algo que ver con tres tíos macizos y sexo delicioso?

—¿Cómo lo has sabido?

Su risa resonó por toda la casa mientras se levantaba y cerraba el portátil. —Hija, ¿es que no te has mirado al espejo antes de venir a casa?

—Eh... —Me pasé una mano por el pelo, haciendo una mueca cuando mis dedos se engancharon en un enredo—. No.

—Estás genial. Con toda la cara de haber tenido una sesión de sexo increíble. —Lila se acercó y me abrazó—. Me alegro mucho por ti.

Dichas por cualquier otra persona, esas palabras podrían hacerme pensar que no eran sinceras. Pero no por parte de Lila. Llevaba demasiado tiempo siendo mi mejor amiga y siempre me decía la verdad. —¿Sigues pensando que lo que estoy haciendo está bien?

—Nena, te estás acostando con tres hombres maravillosos que han prometido no dejar que eso se interponga entre tú y tu trabajo. Puedes decirles que no y seguir trabajando si eso es lo que quieres. Mataría por una relación tan transparente y asombrosa. —Se dejó caer en su asiento con un suspiro dramático.

Abrí el frigorífico y metí la cabeza dentro, buscando los ingredientes que había comprado hacía unos días. —¿Todavía te apetece el pollo con pimientos rojos asados para cenar?

—Claro. —El tono de Lila volvió a su modo de trabajo.

Miré por encima del hombro para asegurarme de que no se había puesto en plan sombrío y melancólico. A veces le pasaba cuando se ensimismaba en sus tareas. Se le formó una línea de tensión entre los ojos mientras navegaba por una página en su portátil. —¿Alguna novedad interesante por tu parte?

Negó rápidamente con la cabeza y cerró la página web. —Nada nuevo ni emocionante. El mismo trabajo aburrido de siempre.

—Te encanta tu trabajo. —Resoplé y llevé los pimientos rojos a la tabla de cortar.

—Me encanta. —Lila se reunió conmigo en la cocina, cogió el pollo de la encimera y sacó la tabla de madera que usaba para la carne—. Supongo que solo es un momento de bajón. Cuéntame más sobre tus chicos. —Contoneó las caderas—. ¿Algún detalle jugoso que estés dispuesta a compartir?

Me puse tan roja y tan rápido que se echó a reír y me agitó un paño de cocina delante de la cara. —Son increíbles. No dejan de decirme que no me preocupe por los rumores, pero me sigue reconcomiendo. —Corté con un poco más de fuerza de la necesaria, haciendo que un trozo de pimiento saliera volando, golpeara el azulejo blanco de la cocina y rebotara dos veces antes de que lo atrapara.

Lila me observó durante unos segundos, con el cuchillo suspendido sobre el pollo. —Te diría que ignores a los que critican, pero eso siempre ha sido más difícil para ti que para mí. Ojalá pudiera decirte que no importa, pero tampoco te lo creerías.

—¿Vas a decirme otra vez que tengo un corazón demasiado blando y que dejo que la opinión de la gente me afecte demasiado? —Me concentré en los pimientos para intentar ignorar el escozor tras mis ojos.

Lila me dio un abrazo lateral. —Parece que no hace falta que te lo recuerde. Quieres a todo el mundo y quieres que tú también les gustes a ellos. Eso me encanta de ti, aunque me hace preocuparme porque sé cuántas veces se han aprovechado de ti por tener ese corazón tan grande.

Dejé de picar y le devolví el abrazo. —Eres una mejor amiga estupenda. Siento ser tan aguafiestas. Tienes razón. Me han dado una oportunidad increíble y la estoy arruinando por preocuparme de lo que podría pasar en lugar de centrarme en lo bueno.

—¿A quién no le gusta la emoción de un romance prohibido? —Su sonrisa y su risa disiparon lo que quedaba de mi preocupación.

Mi teléfono emitió el sonido de una notificación. La esperanza brotó cálida y rápida, naciendo en mi pecho y extendiéndose hacia fuera en un instante. Me lavé y sequé las manos antes de sacar el móvil del bolsillo.

—¡Oh! ¿Son ellos? —Lila se inclinó, manteniendo las manos y el cuchillo bien alejados de mí.

Deslicé el dedo para ver el mensaje y fruncí el ceño. —Es un número desconocido. ¿Debería abrirlo?

—Quizá sea uno de sus números privados. Solo tienes el hilo de grupo del trabajo. —Cortó otro trozo de pollo y empezó a trocearlo —. No pasa nada por comprobarlo. Simplemente, no pinches en ningún enlace ni nada parecido.

Eso ya lo sabía, pero apreté los labios para no decir nada. Solo estaba repitiendo la misma información que ella daba cada día. Con el labio inferior entre los dientes, abrí el mensaje y lo leí. —Lila. —Me temblaban las manos mientras le ponía el teléfono delante de la cara—. Mira.

Ella entrecerró los ojos y se echó hacia atrás, moviendo los labios al leer las palabras. —Sé lo que has hecho. Si sabes lo que te conviene, no volverás a cometer el mismo error. —Bajó el cuchillo y volvió a leer el mensaje.

—Lo sabía. —Retiré el teléfono y escribí una respuesta.

¿Quién es y qué es lo que crees que he hecho?

Se lo enseñé a Lila, que asintió dándome su aprobación antes de que le diera a enviar. No era tan tonta como para seguirle el juego a nadie. No pensaba hundirme en la culpa por un mensaje aleatorio que podría referirse a cualquier cosa.

Podría ser pura coincidencia que hubiera recibido ese mensaje tan poco tiempo después de estar con Julian, Alexander y Dante.

O bien había tenido razón todo el tiempo, alguien había visto algo que no debía y todo esto estaba a punto de desmoronarse.

16

JULIAN

Algo iba mal con Harper. Tras lo ocurrido anoche en el despacho de Alexander, había vuelto a casa de un humor inmejorable, convencido de que, por fin, todo estaba saliendo bien.

Pero ahora Harper no quería ni mirarme.

Me detuve en la puerta de mi despacho y apoyé el hombro en el marco. Ella estaba junto al ascensor, charlando con Bethany. Esperé a que mirara en mi dirección y me desabroché el puño de una manga, manteniendo la mirada fija en ella mientras me la remangaba una vez. Dos veces.

La sonrisa de Harper apareció un instante y luego se borró. Se dio la vuelta, dejándome ver solo su espalda.

¿Qué demonios estaba pasando? Un lento y furioso hervor se revolvió en mi estómago. Me separé de la puerta y crucé la estancia, terminando de remangarme. Había dicho que le parecía sexy, pero se negaba a girarse hacia mí a pesar de que el sonido de mis pasos anunciaba mi llegada.

—Entiendo lo que dices. Esa última campaña quedó increíble. No puedo creer que no tuviera más repercusión. —Harper sacudió la

cabeza, dejando que sus rizos cayeran sobre sus hombros.

Bethany miró por encima de la cabeza de Harper. Abrió la boca formando una O y sonrió—. Hola, señor. Siento bloquear el ascensor. —Dio un paso atrás.

—No es problema, Bethany. En realidad, tenía una pregunta para Harper. —Esbocé una sonrisa genérica.

Harper giró su cuerpo hacia mí, pero evitó mi mirada de modo que se quedó observando el nudo de mi corbata—. ¿En qué puedo ayudarle, señor?

¿Señor? ¿Qué *cojones* le pasaba? El enfado se transformó en un hervor constante—. Me gustaría revisar los informes de marketing del próximo trimestre lo antes posible.

—Por supuesto. Haré que se los envíen antes de que acabe el día. —Se dio la vuelta rápidamente—. Mejor vuelvo a mi despacho.

El impulso de agarrarla me hizo avanzar medio paso antes de contenerme. Se me tensó la mandíbula mientras me daba la vuelta y regresaba furioso a mi oficina.

Una hora después, había caminado tanto de un lado a otro que me daba vueltas la cabeza y odiaba la vista de mi despacho. Bajé en el ascensor hasta el vestíbulo y me dirigí al rincón del café. Rara vez visitaba ese espacio tan estrecho, ya que prefería traer mi propio café molido y usar la prensa francesa de mi oficina. Pero había oído a Harper mencionar que le gustaba el café de avellana de allí abajo y existía la posibilidad de tropezarme con ella durante la hora del almuerzo.

Estaba de pie junto a la hilera de tazas y jarras, vertiendo una infusión intensa en un vaso de papel. Su agarre en el asa se tensó y miró en mi dirección.

Ah, así que sentía mi presencia. Bien. No podía negar que ver su reacción física alimentaba mi ego. Terminó de servirse el café y dejó

la jarra con un estrépito que resonó en todo el vestíbulo. Sus mejillas se sonrojaron y se apartó el pelo sobre el hombro con un bufido.

—Harper —susurré su nombre una vez que estuve lo bastante cerca para que me oyera.

Sus hombros se tensaron—. Lo siento, señor. Aún no tengo esos informes. Vuelvo a mi despacho para terminarlos ahora mismo. —Se escabulló de nuevo, con sus tacones marcando una rápida retirada sobre el mármol pulido.

Esto era ridículo. Me serví una taza de café de la misma jarra y eché un vistazo rápido a mi alrededor. Varios empleados estaban sentados en las mesas redondas que llenaban el espacio. Algunos miraron hacia mí, pero nadie parecía más interesado en mi persona de lo que lo estaban en el surtido de bollería de la vitrina. Si alguien notó que hablaba con Harper, no dio muestras de ello. Añadí un chorrito de crema al café, lo removí y subí al despacho de Dante.

Estaba sentado tras su pesado escritorio, con el cuerpo inclinado hacia delante y la cabeza apoyada en una mano. Su postura derrotada me hizo detenerme en seco.

Alexander estaba sentado en uno de los sofás, con sus largas piernas estiradas y los brazos cruzados. Unas líneas marcadas partían de sus ojos y su boca; la fuerza de su ceño fruncido le daba un aire ominoso.

Me senté frente a él y tomé un sorbo del café de avellana. Un toque amargo me golpeó el fondo de la garganta y casi lo escupo. ¿De verdad a Harper le gustaba esta porquería? Los granos se habían cosechado demasiado pronto y luego los habían quemado para ocultarlo. El resultado era un sabor a ceniza en la boca. Dejé la taza con un golpe seco que resonó en la habitación—. Tenemos que hablar de Harper.

Dante murmuró entre dientes—: ¿Por qué?

—Porque me está evitando. —Me crují los nudillos, me di cuenta de que me había dejado las mangas remangadas y empecé a bajármelas. Me detuve tras la primera vuelta y luego me subí ambas mangas por encima de los codos. A nadie aquí le importaba que enseñara mis tatuajes—. ¿Habéis notado vosotros lo mismo?

—Sí. —Una expresión de dolor cruzó el rostro de Alexander.

Dante soltó una serie de tacos y se frotó la frente—. Estoy harto de esta mierda.

—¿A qué te refieres? —El tono cortante de Alexander hizo que Dante levantara la cabeza de golpe.

Dante se puso en pie, irguiéndose con la precisión de una serpiente que se enrosca para atacar—. Estoy harto de andarme con rodeos y de fingir. Hace años que no confío en una mujer. Harper se está convirtiendo rápidamente en la persona más importante de mi vida. O la saco de mi vida o acepto que esto es lo que hay.

—Joder. —Su confesión me dejó tan desconcertado que cogí el café y bebí sin saborear.

Dante, nuestro intrépido y perfeccionista maniático del control, había caído bajo el hechizo de Harper. Ya lo sospechaba por cómo actuó ayer, pero esto lo confirmaba. Su vena posesiva rara vez se manifestaba con tanta fuerza.

—No me gusta cómo se está comportando hoy. Ha estado prácticamente invisible todo el día. —Alexander se pasó las manos por los muslos y volvió a cruzarse de brazos. Segundos después, cruzó los tobillos y dejó caer las manos de nuevo sobre el regazo. Su incapacidad para estarse quieto también lo delataba.

Harper lo había trastocado. Nos había alterado a todos.

Dante se dirigió al mueble bar, pero se detuvo antes de abrir la puerta de cristal—. Quizá siga ansiosa por la posibilidad de que haya rumores y no quiera fomentar las habladurías. Sería inusual que

estuviera en nuestra presencia más de lo habitual. La hemos visto lo mismo que aquellas primeras semanas.

—¿Quieres decir que podríamos estar dándole demasiadas vueltas a su repentina desaparición? —resoplé, aunque tenía sentido—. Puede que sea cierto, pero eso no explica cómo se ha comportado las dos veces que he intentado hablar con ella hoy.

—¿Había más gente delante? —Alexander se inclinó hacia delante y apoyó los codos en los muslos.

—Bueno, sí. Pero es porque de repente se rodea de gente todo el tiempo. Antes solía venir a nuestra planta a menudo. Hoy solo ha venido una vez y se ha pasado todo el tiempo con Bethany. —Todo este misterio me ponía nervioso. Y me daba picor. Me rasqué la nuca e intenté concentrarme en los hechos—. Creo que es algo más que los rumores. Me preocupa que se dejara llevar por el momento y que ahora se arrepienta.

—Explícate. —Dante se hundió en el sofá junto a Alexander y se reclinó. Entrelazó los dedos detrás de la cabeza.

Consideré los pensamientos hirientes que me rondaban la cabeza. No me servía de nada que ocuparan espacio, así que los solté para que ellos los oyeran—. Quizá se haya dado cuenta de que somos demasiado viejos para ella. Somos los amigos de su padre. Tal vez ahora que se ha divertido...

—Harper no es así. —Alexander saltó en su defensa tan rápido que Dante se quedó boquiabierto. Yo cerré la boca de golpe y Alexander me señaló. Inspiró, contuvo el aliento y luego lo soltó de golpe—. No vuelvas a decir nada parecido.

—Vale. Explícame qué demonios ha sido eso, porque nunca te había visto tan protector —extendí las manos con las palmas hacia él—. Quiero creérmelo. Dime por qué debería hacerlo.

Se echó hacia atrás con un gruñido y apoyó el tobillo en la rodilla—. Hablamos en la gala. Mientras bailábamos. Le planteé exactamente

esas mismas objeciones. Me dijo que Peter siempre había puesto la felicidad de ella por encima de todo lo demás. Me juró que, si ella era feliz, Peter se habría alegrado por ella. Esa es la razón por la que he podido superar mis dudas.

Ah. Bueno, eso lo explicaba—. Entonces volvemos a lo de los rumores. O nos estamos volviendo locos los tres, o Harper está preocupada por algo y se está distanciando.

La rodilla de Dante empezó a rebotar, un tic nervioso totalmente impropio de él—. Volví al hotel y hablé con aquel camarero. Arthur. —Se pasó la palma de la mano por la mejilla—. Jura que no ha dicho una palabra a nadie. Le pregunté si alguien había intentado hablar con él sobre nuestra estancia allí y también lo niega.

Interesante. Había esperado que Arthur fuera sincero. Parecía que iba a portarse bien con nosotros—. Bueno, lo que está claro es que no podemos quedarnos de brazos cruzados sin hacer nada. Tenemos que llegar al fondo de esto.

—De acuerdo. —El pie de Alexander rebotó al mismo ritmo que la rodilla de Dante.

Oculté una sonrisa y tosí para tapar una risa ronca a su costa. No era una situación para reírse, pero verlos a ambos tan afectados por Harper demostraba de una vez por todas que habíamos hecho bien en pasar tiempo con ella. Nos había hecho bien a todos.

Me puse en pie y nos serví a cada uno un dedo de whisky. Llevando los tres vasos en una mano, se los ofrecí—. Voy a enviarle un mensaje a Harper. Creo que es hora de una reunión de estrategia en la cabaña.

Dante cogió su bebida; luego, Alexander. Intercambiaron una mirada y ambos asintieron—. Suena como la escapada de fin de semana perfecta. Si le preocupan los rumores, sacar nuestra relación fuera de la oficina es la mejor opción. Pero que me condenen si dejo de

hablarle en el trabajo. —Choqué mi vaso contra los suyos y me bebí el trago de un sorbo.

Segundos después, redacté un mensaje en nuestro chat de grupo y se lo enseñé para que me dieran el visto bueno.

La lenta sonrisa de Dante apareció. Se pasó la lengua por los dientes y cerró los ojos—. Un fin de semana en la cabaña es exactamente lo que necesitamos.

Joder, sí.

Leí el mensaje una última vez. Instrucciones claras y concisas. Le informaba a Harper de que teníamos programada una reunión de estrategia para este fin de semana y que esperábamos que asistiera. Le envié la dirección y la hora a la que esperábamos su llegada.

Una lenta sonrisa ayudó a aliviar lo que quedaba de tensión. Si Harper necesitaba evitarnos en el trabajo para ayudar a mantener a raya los rumores, podíamos aceptar esa petición. Ojalá hubiera tenido el valor de planteárnoslo primero en lugar de lanzarse a darnos la espalda.

Tomé nota mentalmente para hablar con ella sobre el tema una vez que hubiéramos establecido nuestras prioridades para el fin de semana.

17

HARPER

Dos días sin más mensajes amenazantes. Dos días de ir a la oficina y evitar a los tres hombres que me hacían sentir plena. Nunca he sido de lágrima fácil, excepto cuando falleció mi padre, pero estos dos últimos días he tenido el llanto a flor de piel ante la más mínima provocación.

No dejaba de mirar el mensaje de Julian como si fuera a cambiar. Percibía la orden que encerraba y un sentimiento de esperanza asomó por los bordes de mi maltrecha conciencia. Consulté el móvil una última vez. Después de responder al remitente anónimo exigiendo saber quién era y qué creía que yo había hecho, se había sumido en el silencio.

Quizá, después de todo, no sabía nada. ¿Podía correr ese riesgo? No. Era mejor para todos que siguiera pasando desapercibida y esperar a que se centrara en otra persona. Si no le daba una historia, acabaría encontrando otra cosa con la que obsesionarse.

Diablos, a lo mejor todo había sido una broma pesada al azar. Me froté las sienes e intenté concentrarme en los papeles esparcidos por mi escritorio.

La reunión sobre la estrategia de marketing de Julian me brindaba la oportunidad de hablar con ellos en calidad de profesional. Solo tenía que mantener la compostura.

Jarrad y otros cuantos del equipo de marketing se agruparon alrededor de mi mesa con sus propios informes. —Las cosas van por buen camino —dijo, dando un golpecito con su uña chata sobre la hoja de cálculo que yo había impreso.

Asentí y pasé a las estadísticas de los años anteriores. —Estamos, sin duda, por encima de donde estábamos por estas fechas el año pasado. ¿Qué más? Tenemos que asegurarnos de que todo esté a punto.

Esperaba que me respaldaran en esta reunión. Todos debíamos presentar un frente unido y, hasta ahora, a pesar de mi falta de experiencia, nadie había cuestionado mis estrategias.

Jarrad recitó una serie de números que proyectaban un crecimiento del diez por ciento para finales de mes.

—Bien. Bien. —Apilé las hojas de cálculo y mis notas por fechas y las metí en una carpeta de cartulina. Llevaba revisando estas cifras desde que recibí el mensaje de Julian.

Si querían ponerme a prueba, había hecho todo lo posible por prepararme y daría lo mejor de mí. —Con nuestras proyecciones y estrategias actuales, estamos potenciando la marca sin dejar de ser fieles a la empresa y a sus valores. Buen trabajo. —Cerré la carpeta y la metí en mi maletín. Por un momento, vacilé. ¿Debía ofrecerme a llevarlos en coche a la reunión? Ayudaría a dar esa imagen de unidad, pero ¿realmente me apetecía pasarme la próxima hora en el coche escuchando más charlas de negocios?

En absoluto.

Alargué la mano hacia atrás para coger mi chaqueta y me la puse. —Buen trabajo, a todos. Me marcho ya a la reunión. Os veré luego.

Se produjo un intercambio de miradas confusas en la sala, pero todos se retiraron y se dispersaron hacia sus escritorios.

Debería estar más dispuesta a mostrar un frente unido en la reunión, pero por mucho que lo intentara, no podía quitarme de encima la sensación de que hablaban de mí a mis espaldas. La situación había mejorado un poco durante el último día, pero eso de que se hiciera el silencio y me miraran al pasar continuaba. Lo odiaba. Una parte de mí quería enfrentarse a ellos. La otra recordaba lo que pasó la última vez que lo intenté. La gente que yo creía que eran mis amigos se rieron de mí hasta que me echaron del aula. No volvería a pasar por eso.

Consulté el móvil y luego la aplicación de mapas. Tenía el tiempo justo para parar a por un café. Café y tiempo para pensar. Eso era lo que necesitaba.

Diez minutos más tarde, con el café enfriándose en el posavasos, puse mi lista de reproducción favorita y me incorporé al tráfico. La próxima reunión y el trato de mis compañeros consumieron mis pensamientos durante el largo trayecto.

Finalmente, el GPS me avisó de una salida próxima justo cuando mi móvil sonó y el nombre de Lila apareció en la pantalla. Utilicé el Bluetooth del coche para responder. —Dime, Lila. Estoy en el coche. ¿Qué pasa?

—No estoy segura. Puede que no sea nada. —La preocupación teñía su tono de voz, acentuándose con cada palabra—. Un periodista ha estado en casa.

—¿Ah, sí? —Puse el intermitente para coger la salida y me uní a una larga cola de coches que se dirigían al sur—. ¿Qué tipo de periodista? ¿Quería hacer un reportaje sobre tu investigación?

—No. Ha preguntado por ti.

Mis nudillos se pusieron blancos sobre el volante. Solté una mano y estiré los dedos para aliviar el repentino dolor. —¿Qué?

—Eso mismo he dicho yo. He preguntado por qué quería hacer un reportaje sobre alguien que trabaja en marketing. Quiero decir, sí, trabajas en una de las empresas de la lista Fortune 500 de la ciudad, pero no tenía ningún sentido.

Intenté hablar, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. Me enorgullecía de mi profesionalidad. Era lo único en este mundo que me hacía ganarme algún respeto. Sacrifiqué eso cuando decidí acostarme con Dante y los demás. Si perdía eso a ojos del mundo, no me quedaría nada. Se me cerraron los pulmones. El cinturón de seguridad se me clavaba en la piel y me presionaba el cuello, dificultándome la respiración. Me costaba concentrarme.

Otro aviso del GPS me hizo desviarme por una carretera secundaria y me llevó a través de una zona degradada de la ciudad que me obligó a pisar con más fuerza el acelerador. ¿Primero mis compañeros juzgándome a mis espaldas y ahora se presentan reporteros en casa a menos de una semana de aquel mensaje? Nunca me han gustado las coincidencias, y me gustan aún menos cuando se acumulan de esta manera.

—¿Qué les has dicho?

—Les he dado tu perfil biográfico. Les he hablado de tus notas brillantes en la universidad.

—¿Qué más? —Apenas logré contener un grito—. Lila, por favor. Dime *exactamente* lo que has dicho.

—Eso es todo. —Lila sonaba tan sincera que el pánico disminuyó. No del todo, pero lo suficiente como para que respirar fuera más fácil—. Ha sido rarísimo. No dejaban de preguntar por tu vida personal. Sabían lo de tu padre. Que, supongo, no es realmente inusual. No es que fuera un secreto ni nada. Pero odio que gente así intente rebuscar basura. Les he dicho que se largaran de nuestra propiedad y que si volvían llamaría a la policía.

—Bien. Gracias. Es muy extraño. Si alguien quisiera entrevistarme, lo lógico es que concertaran algo con la empresa. ¿Y por qué a mí? No soy nadie en Elevate. Quizá pensaron que podrían sacar trapos sucios de la empresa al ser yo la empleada más nueva y joven. —Cuanto más hablaba, más sentido cobraba.

No podían saber lo de mi relación. Todo esto no era más que una serie de coincidencias muy extrañas.

Papá se habría reído y me habría dicho que debería escribir novelas de misterio porque mi cabeza siempre se iba a las conspiraciones en lugar de pensar lo mejor de la gente.

Porque la gente siempre me había fallado.

A excepción de mi padre y de Lila, nunca nadie había sido digno de confianza.

—Gracias por llamar para avisarme. —El GPS me guio a través de otra serie de giros. Me concentré en eso mientras el terreno cambiaba. Subí por una colina rocosa y pisé el freno a fondo—. Lila, tengo que colgar. Estoy en el lugar de la reunión y necesito prepararme. Te llamo luego.

—Vale. Buena suerte. Siento haber llamado y haberte distraído. Habría esperado, pero sabía que querrías saberlo.

—Sí, desde luego. —Terminé la llamada, casi sin escuchar su respuesta, y silencié el GPS. Una cabaña de troncos se extendía ante mí. Estiré el cuello a izquierda y derecha, oteando por las ventanillas e intentando encontrarle sentido a los bosques a ambos lados de mi coche.

Había estado tan absorta en mis pensamientos y luego en la conversación con Lila que no me había percatado de que la ciudad se había transformado en un bosque denso. ¿Cuándo había sido la última vez que había pasado por delante de una casa? ¿Qué tipo de sesión de intercambio de ideas tenían planeada aquí, en medio de la nada?

El mensaje de Julian daba a entender que buscaban una nueva visión para Elevate. Había pasado cada segundo desde aquel mensaje recopilando información y dándole forma en una presentación cohesionada.

Abrí la puerta del coche y bajé a un bosque con olor a pino que me recordaba más a un cuento de hadas de lo que estaba dispuesta a admitir.

18

HARPER

Nada de esto tenía sentido. Me puse la carpeta bajo el brazo y me acerqué a la cabaña con paso lento. La puerta principal se abrió y aparecieron tres figuras oscuras.

—Harper. Llegas justo a tiempo —la sonrisa de Julian era una maravilla. Llevaba un polo de manga corta, vaqueros y un par de botas de motorista, con sus tatuajes a la vista.

Me quedé boquiabierta mirándolo, y luego a Dante y a Alexander. Al igual que Julian, ellos también vestían de manera informal, aunque Dante no había renunciado a sus pantalones de vestir. Sonreí un poco ante eso antes de forzar mi expresión para que pareciera de curiosidad. —¿He llegado pronto? Esperaba que los demás se reunieran conmigo aquí.

—¿Demás? —Alexander se metió las manos en los bolsillos y me hizo un gesto para que pasara por su lado.

Crucé el umbral y casi me detuve en seco. Para ser una cabaña remota en el bosque, definitivamente encajaba con su elevado estatus social. Una gran lámpara de araña colgaba del techo, con el cristal y el cromo atenuados por la luz de la tarde que se filtraba desde un ventanal en la segunda planta.

Unas escaleras de madera subían a mi izquierda y a mi derecha, conduciendo a un gran balcón que daba al vestíbulo. Mi corazón dio un vuelco y luego se estabilizó en un ritmo demasiado rápido.

—¿Dónde está todo el mundo? —El sonido hueco de los pasos resonaba y nadie más salió a recibirme.

Dante cerró la puerta con un golpe seco—. No hay nadie más.

—¿Qué? —me giré para enfrentarme a ellos. Mal movimiento. Debería haberme quedado de espaldas. Mirarlos a los ojos me devolvía cada recuerdo, cada momento que habíamos pasado juntos —. ¿Me habéis traído aquí con falsas pretensiones, fingiendo que esto era una reunión de marketing, cuando lo único que queríais era esperar en las sombras para tenderme una emboscada? —un escalofrío me recorrió la espalda y apreté la carpeta con más fuerza.

—¿Tenderte una emboscada? —Julian se acercó a mí con pasos felinos—. ¿De qué estás hablando? Te pedí que vinieras para una reunión de estrategia. Supuse que sabías lo que eso significaba.

—Pensé que sí —levanté la barbilla y dejé que la rabia me recorriera en una bruma caliente que me tensó la espalda—. Había decidido poner cierta distancia entre nosotros. Necesitaba espacio, pero no habéis podido soportarlo, ¿verdad? Está claro que habéis ignorado mis deseos, incluso después de todas vuestras promesas de que no volveríais a hacerlo.

El ceño de Alexander se frunció más. Levantó una mano en un gesto de que me detuviera—. ¿De qué cojones estás hablando? Nos has excluido por completo. La última vez que hablamos, estabas de acuerdo con esto. Querías ser discreta, pero estabas totalmente implicada —señaló el espacio a nuestro alrededor—. Esto es ser discretos. Exactamente como pediste.

Oh… bueno, joder. Retrocedí mentalmente. Tenía razón.

—Nos ignoraste por completo —dijo Alexander mientras se metía las manos en los bolsillos con calma. Era un gesto inofensivo, pero sentí

la tensión en él. Tensión y algo en sus ojos que casi parecía dolor—. ¿Por qué? ¿Por qué prometiste una cosa y luego hiciste lo contrario? ¿Qué más se suponía que debíamos hacer?

Bajé los brazos y dejé caer la carpeta sobre la mesa que tenía al lado. Se me nubló la vista, pero obligué a que esa sensación desapareciera. El silencio de la cabaña nos envolvió mientras los tres esperaban mi respuesta. Era una de sus cualidades más singulares.

—Tenéis razón. Os dije que eso era lo que quería. Debería haber ido a deciros que había cambiado de opinión en lugar de esconderme —el impulso de explicarme brotó de mí. Al cuerno con mi confianza y con intentar demostrarles que no siempre estaba asustada e insegura—. No se me dan bien las confrontaciones. Pensé que si os ignoraba, pillaríais la indirecta.

—Nosotros no funcionamos así, y pensábamos que confiabas en nosotros lo suficiente como para decirnos la verdad, por difícil que fuera —dijo Dante, que era el que permanecía más alejado de mí. A diferencia de Julian y Alexander, él parecía el menos propenso a perdonarme por haberlos tomado desprevenidos—. Nosotros cumplimos nuestras promesas, Harper.

—Lo sé —apenas susurré las palabras, pero se extendieron por la habitación. La amenaza del mensaje de texto planeaba sobre mí, secándome la garganta y cerrando mis manos en puños. Los había evitado sin dar explicaciones porque temía que me culparan por el mensaje. Debería haberlo sabido, pero años de cargar con la culpa por ser un blanco fácil no desaparecían solo porque me hubieran colmado de atenciones. Debería hablarles del mensaje ahora, aprovechando que lo estábamos aclarando todo.

Abrí la boca, dispuesta a hacerlo, pero las palabras murieron en mi garganta. Mi ansiedad por el mensaje ya casi había arruinado lo que teníamos. No me atrevía a molestarlos cuando podía no significar nada. —Pero eso no significa que quiera seguir con esto —cada palabra me desgarraba. Me dolía el pecho, mi corazón protestaba contra la crueldad que yo misma provocaba con nada más que mi

voz—. Estamos aquí. Estamos hablando. Y os estoy diciendo que ya no quiero estar con vosotros —mi voz se quebró y apreté los labios formando una línea dura.

La habitación se quedó inmóvil. En silencio.

Me obligué a no reaccionar, a no rendirme ante el dolor desesperado que me destrozaba el corazón y hacía que el aire me quemara en la garganta. Me encontré con la mirada de Julian, luego con la de Alexander. Dejé a Dante para el final. Él era a quien tenía que convencer. Los demás harían lo que él ordenara.

No tenía elección. Tenía que enterrar lo sucedido y seguir adelante. Me habían enseñado más sobre mí misma en cuestión de semanas —mis anhelos, sueños y deseos— de lo que yo había descubierto en toda mi vida. Se lo debía, y la mejor forma que conocía de compensarlos era liberarlos de alguien que solo les traería desastres.

Decid algo. Apenas pude resistir el impulso de gritárselo, pero el control que tan desesperadamente necesitaba se mantuvo firme.

Dante dio un paso hacia mí. Julian y Alexander se echaron a un lado y se colocaron detrás de él. Unos ojos azul hielo se fijaron en mi rostro y me mantuvieron cautiva. Nada podía apartar mi mirada de esa expresión oscura y lánguida que yo había llegado a comprender que significaba devastación.

Todos mis miedos se tensaron. ¿Pero mi cuerpo? Mi cuerpo se deshacía. Mi corazón martilleaba. Un paso en falso y me rompería en un millón de pedazos, demasiado diminutos y afilados para volver a recomponerse. Me lo habían ofrecido todo y yo se lo arrojé a la cara. Por su protección. Pero ellos no lo sabían.

Dante me destruyó con nada más que una mirada, pero aguanté, recordándome una y otra vez que esto era lo mejor.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —levantó la mano y me acarició la mejilla, pasando el pulgar por la piel suave bajo mi ojo—. Porque me parece que estás llorando solo de pensarlo —bajó

la cabeza, deteniéndose a un suspiro de distancia—. Dinos la verdad, Harper. Aceptaremos que has terminado con nosotros si puedes decirlo sin echarte a llorar.

—Yo… —cerré los ojos con fuerza. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando. Me había esforzado tanto por mantener mis emociones bajo control, pero estas se negaban a permanecer enterradas cuando ponía en riesgo mi felicidad futura. ¿Y qué pasaba con el riesgo para ellos? El círculo vicioso continuaba en un bucle sin fin.

El pulgar de Dante acarició mi mejilla por segunda vez—. Sigues llorando. Dime qué tienes en la cabeza. ¿De verdad quieres que te dejemos en paz? —el timbre bajo y ronco convirtió lo que debería haber sido una orden en una súplica.

—No. No es eso lo que quiero —apoyé la mejilla en su mano y me rendí. Me rendí ante mí misma y ante lo que ellos me habían dado.

Dante me atrajo contra su pecho y pegó sus labios a los míos antes de que pudiera darle explicaciones. Debería contarles lo del mensaje de texto y dejar que tomaran una decisión una vez que tuvieran toda la información.

Debería, pero Dante emitió un sonido ronco que aniquiló todas mis buenas intenciones.

Con ese sonido, mi cerebro dejó de funcionar y mi cuerpo tomó el mando. Unas manos anchas se hundieron en mi cabello y me sujetaron la cabeza. Dante me hizo retroceder, rompiendo el beso apenas el tiempo suficiente para guiarme escaleras arriba y hacia la habitación más cercana.

Julian y Alexander lo siguieron, pero una vez que la puerta se cerró tras nosotros, me rodearon. Unas manos acariciaron mi cuerpo. Unos labios recorrieron mis hombros y bajaron por el centro de mi espalda. Me desnudaron lentamente, besando cada centímetro de piel.

La noche se extendió a nuestro alrededor, con el barrido de la luz de la luna bañando la habitación en un halo de luz estelar aguada. Me consumieron y yo disfruté de cada momento. Hicimos el amor en cada habitación. En cada superficie disponible. E incluso cuando fue rudo y Dante dio sus oscuras órdenes que me hicieron gatear de rodillas y ahogarme en su polla, no podría haber sido más feliz. Me hicieron sentir viva. Alimentaron los deseos oscuros que no sabía que ansiaba y me dieron libertad para ser yo misma. Nunca tenía que dudar de nada con ellos. Desde la sonrisa engreída de Julian hasta la personalidad reservada de Alexander, pasando por la necesidad de mando de Dante, eran dueños de mi corazón, mi cuerpo y mi alma.

Quizá eso era lo que me había dado miedo todo el tiempo, que me enamoraría de ellos y ellos —como todos los demás que habían pasado por mi cama— se cansarían de mí y me desecharían.

Durante tres días disfruté de un éxtasis sexual. Ninguna necesidad quedó sin respuesta, y pasamos tanto tiempo entrelazados que no tenía ni idea de cómo funcionaría sola en la oficina una vez que volviéramos al trabajo.

Tarde en la noche del domingo, estábamos en medio del vestíbulo en un abrazo que nunca quería que terminara. Julian me besó la mejilla—. Ve con cuidado a casa. Mándanos un mensaje cuando llegues para que sepamos que estás bien.

—Lo haré —abracé a cada uno de ellos por última vez—. Os veré mañana. Y volveremos a fingir que nada de esto ha pasado.

—Si eso es lo que quieres —Dante había dicho eso más de una vez este fin de semana. Su presencia autoritaria permanecía, pero había una suavidad en él que yo no esperaba. Se le formaron arruguitas en los ojos al sonreír y me enmarcó la cara con sus manos grandes —. Eres nuestra, Harper. Y nosotros somos tuyos.

Las palabras me hicieron estremecer y se alojaron en mi corazón. ¿Cómo era posible que hubiera logrado reclamar a estos tres

hombres? Dejé de cuestionarlo y me incliné ante su contacto—. Este fin de semana ha sido increíble. Ojalá no tuviera que terminar, pero nunca me perdonaría que el hecho de estar juntos arruinara la empresa. Habéis trabajado muy duro.

—Las empresas van y vienen —Alexander me besó la coronilla y me apartó un mechón de pelo detrás de la oreja. Sus ojos grises se suavizaron al mirarme, y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no lanzarme a sus brazos y decirle que lo amaba.

En lugar de hacer lo que quería, hice lo que tenía que hacer y di un paso atrás. Luego otro. Salí y fui directa a mi coche sin mirar atrás. Si lo hacía, perdería la capacidad de marcharme.

Necesitábamos distancia y unas horas para descansar antes de enfrentarnos al mundo y fingir que no éramos más que jefe y empleada.

Lila me recibió en la puerta con una copa de vino y una sonrisa—. Cuéntamelo todo.

Me dejé caer en el sofá y reviví cada momento, contándole lo que podía, pero guardándome muchas cosas para mí. La quería, pero algunas de las cosas que había hecho con Dante, Julian y Alexander eran para nosotros cuatro y para nadie más.

Lila me rellenó el vino a mitad del relato y se acurrucó en la esquina del sofá. Para cuando terminé, sus ojos estaban como platos y su sonrisa era igual de grande—. Me alegro muchísimo por ti. Tengo una envidia que te mueres, pero me alegro también. Te lo mereces, Harper —me dio una palmadita en la rodilla y se terminó su vino.

Me guardé mi objeción. Yo no los merecía. Les había mentido. Una mentira por omisión, pero una mentira al fin y al cabo.

19

ALEXANDER

Nunca me había sentido más satisfecho sexualmente en toda mi vida. Y, aun así, volvería a poseer a Harper en un instante si tuviera la oportunidad. No podía cansarme de ella. Había perdido la cuenta de cuántas veces habíamos follado durante el fin de semana. Y todavía no era suficiente.

Todo el día.

Cada día.

Por el resto de mi vida.

Quizá después de unos cincuenta años, por fin sería capaz de pasar un día sin desearla.

Lo dudaba. Pero para entonces probablemente estaría muerto y esperándola en el más allá.

Había reclamado a Harper de todas las formas posibles, y volvería a hacerlo todo de nuevo.

Aparté mis pensamientos de nuestro fin de semana juntos a la fuerza y me serví una taza de café. El intenso aroma me recordó que debía echar un vistazo al rincón del café en la planta de abajo. Julian

me había mencionado que estaban usando granos baratos, cuando yo sabía de buena tinta que había ordenado expresamente que compraran lo mejor.

Solo lo mejor para nuestros empleados. Esa era la promesa sobre la que habíamos construido Elevate, y era la garantía que me había comprometido a mantener.

Abrí las persianas de camino a mi escritorio y me detuve a admirar las vistas. Nueva York a primera hora de la mañana creaba un telón de fondo único para la jornada laboral. Los coches transitaban por la calle mucho más abajo. Sin duda sonarían los cláxones y la gente gritaría, pero yo estaba lo suficientemente alto como para estar alejado de los ruidos y los olores. En su lugar, disfrutaba de una calma que se me instalaba en los huesos.

Un suspiro de satisfacción aflojó los músculos tensos de mi espalda y mis hombros. Habíamos necesitado ese fin de semana fuera, una oportunidad para ser nosotros mismos por completo, sin consecuencias ni ojos indiscretos.

Apartándome de la ventana, eché un vistazo a mi oficina de camino al escritorio. Los recuerdos me asaltaron la mente, con imágenes afiladas como una cuchilla. Harper sobre mi mesa. Harper en el sofá con los tres dentro de ella. Era suficiente para provocarme una sonrisa de oreja a oreja y el impulso de ir a buscarla e invitarla a subir para otra «reunión».

Solo que habíamos prometido mantener la profesionalidad en el trabajo, lo que significaba que tenía que calmarme de una puta vez y hacer mi labor.

El café me escaldó la lengua al primer sorbo, pero lo bebí de todos modos mientras me hundía en el grueso sillón de cuero y encendía el ordenador. Una alerta pitó en cuanto inicié sesión.

¿Qué demonios? Había configurado mi propio sistema para rastrear cualquier medio de comunicación y red social que nos mencionara.

Las alertas eran lo suficientemente poco frecuentes como para provocarme siempre un vuelco en el estómago. Dejé la taza a un lado y hice clic para abrir la alerta. Una docena de imágenes llenaron la pantalla de mi ordenador, junto con titulares que no eran aptos para el público.

—Joder —golpeé el escritorio con el puño cerrado. Aparecieron más imágenes, y Harper estaba en todas ellas.

Harper en el dormitorio con nosotros, su cuerpo extendido sobre la cama y Dante entre sus piernas.

Harper de rodillas con mi polla en su boca y Julian en su culo.

Imagen tras imagen de Harper en la cabaña con nosotros. No terminaban nunca. Esto era más que comprometedor. Era condenatorio. Marqué el número de Julian y luego el de Dante en mi móvil. Ambos respondieron al primer tono. —Venid a mi oficina. Ahora. —Colgué antes de que tuvieran oportunidad de hacer una sola pregunta.

Minutos después, la puerta se abrió de golpe y Dante entró a grandes zancadas. Me recordaba a un ángel oscuro cuando hacía eso. Todo furia justiciera e intensidad sombría.

En contraste, Julian sería el ángel celestial con su pelo dorado y su paso alegre. Hoy no tenía nada de alegre. Entró con la misma energía decidida de Dante.

—¿Qué pasa? —Dante avanzó con ímpetu hasta llegar a mi mesa. Se detuvo en la esquina y miró a su alrededor—. ¿Para qué nos has hecho venir?

Señalé la pantalla del ordenador, demasiado furioso para articular palabra al principio. —Tenemos un problema.

Julian fue el primero en rodear el escritorio y se inclinó sobre mi hombro. —¿Supongo que no habrás instalado una cámara oculta

para grabar nuestro fin de semana? —El tono gélido recalcaba cada palabra.

Dante frunció el ceño con tal intensidad que hasta yo temí por mi seguridad. —Esto no se va a publicar.

Si tan solo esas palabras pudieran oírse en todo el mundo. Pasé las imágenes, mostrándoles hasta dónde había llegado alguien para asegurarse de que los cuatro fuéramos visibles en muchas de ellas. —Quieren que el mundo conozca todos nuestros secretos.

—No. Va. A. Pasar. —Dante clavó su dedo índice en el escritorio con cada palabra—. Haré unas llamadas. Necesito un nombre.

Activé mi programa de búsqueda y analicé las imágenes. Los segundos pasaban, y cada uno parecía robar el aire de la habitación.

—Harper no puede ver esto. —La mirada de Dante se posó en mí—. Estará destrozada.

—Lo sé. —Fue la única respuesta que pude dar. La búsqueda terminó y apareció un nombre en la pantalla. Le arrebaté el móvil a Dante de la mano—. Déjame llamarles a mí primero.

—No. —Su mandíbula se tensó.

Miré a Julian. —Échame una mano aquí —me guardé el móvil de Dante en el bolsillo y saqué el mío—. Si llamas tú, vas a aterrorizar a cualquiera que coja el teléfono. Es más probable que cuelguen y llamen a la policía antes que hablar contigo.

—Tal vez debería ir a hacerles una visita. En persona —su mirada se desvió a la pantalla, donde parpadeaba una dirección particular.

—Ni se te ocurra. —Julian le dio una palmada en la espalda a Dante. No sirvió de mucho para disuadirlo, pero el contacto hizo que relajara la mandíbula.

Marqué el número y me llevé el teléfono a la oreja. —Mantén la boca cerrada.

—Tú no me das órdenes. —Sus ojos se volvieron inexpresivos y fríos.

—No me asustas, Dante. Ve a mirar por la ventana o algo. Te he traído aquí para ayudar a mitigar el daño, no para empeorarlo.

Dante siguió mirándome fijamente, pero se apartó del escritorio en un acuerdo silencioso.

El teléfono sonó. Y sonó.

Justo antes de que saltara el buzón de voz, una voz masculina respondió. —¿Diga?

—Buenos días, Bradley. —Ronroneé las palabras en una dulce sinfonía—. Parece que has sido un chico malo.

Una carcajada brusca se oyó a través del teléfono. ¿Quién coño es? ¿Sabes qué? Da igual. Voy a colgar. Pervertido.

—Oh, yo no haría eso. Verás, en este momento estoy mirando unas fotos tuyas. Fotos de una señorita con tres hombres maduros. ¿Sabes de qué te hablo? Esas que intentas filtrar a la revista *Business Weekly*, junto con otras cuantas.

Silencio.

Oh, cómo me encantaba ese momento de pánico cuando todo se iba a la mierda.

Se escuchó a alguien tragar saliva ruidosamente. —¿Cómo... cómo sabes eso? Aún no se han publicado.

—Y no se publicarán si yo tengo algo que decir al respecto. —Me eché hacia atrás en mi silla, asegurándome de que cada sonido pareciera tranquilo y completamente imperturbable—. Verás, me dedico a hacer que cosas como esta desaparezcan. Cómo suceda eso depende enteramente de ti. Pero debo informarte de que tengo un presupuesto considerable cuando se trata de mantener el silencio. Mucho más interesante que los escasos cientos que te ofrecerán en cualquier revista.

—¿Cuánto más? —La pregunta jadeante me dijo todo lo que necesitaba saber.

Por una vez nos enfrentábamos a un fotógrafo pesetero y no a un despiadado que realmente quisiera arruinarnos.

—¿Por qué no me das una cifra? Empezaremos por ahí y llegaremos a algo que nos satisfaga a ambos. Necesitaré que se retiren todas las fotos, por supuesto. Quiero que se destruyan las copias físicas. Que se borren todos los archivos digitales. Estoy seguro de que ya conoces el procedimiento. —Me balanceé hacia adelante y hacia atrás, y el suave chirrido de la silla puntuaba mis palabras.

Bradley permaneció en silencio varios segundos.

Le dejé pensar. Dejé que se cociera en las posibilidades.

Dante se cruzó de brazos pero me dejó interpretar mi papel. Si hubiera sido él, las exigencias y amenazas habrían empezado desde el primer segundo. Su intimidación funcionaba la mayoría de las veces, pero yo había aprendido a manejar estas situaciones con delicadeza.

Julian pasaba las imágenes con la mirada hambrienta. Sabía cómo se sentía. Yo quería quedarme con las fotos. Las enmarcaría y las colgaría en mi dormitorio. Ninguna otra obra de arte en el mundo se comparaba con la visión de Harper en pleno clímax.

Las imágenes tendrían que vivir en mi cabeza, porque cualquier otra cosa era demasiado arriesgada.

—¿Cómo sé que pagarás? —preguntó Bradley.

Mi sonrisa se ensanchó y tamborileé los dedos sobre la mesa. —Supongo que podría hacer un depósito de buena fe. Digamos un diez por ciento del precio final una vez que acordemos una cifra. Tú me das los detalles, yo el dinero. Una vez que todo desaparezca, recibirás el resto del pago.

—Necesito tiempo para pensarlo. —Una nota de astucia entró en la voz de Bradley, una que me decía que esperaba sacar lo mejor de ambos mundos y apuñalarme por la espalda.

Le seguí el juego porque me convenía por el momento. —Tienes quince minutos. Deberías alegrarte de que soy paciente. Mi colega está bastante menos impresionado con tu intento de publicar las fotos. También debería advertirte que si decides coger nuestro dinero y las fotos acaban en internet o en cualquier formato público, habrá consecuencias. —Corté la llamada y puse mi teléfono sobre el escritorio—. Deberíamos ir a verle. Pero eso conlleva el riesgo de un mayor chantaje si se da cuenta de que somos nosotros los hombres de las fotos.

Julian se sentó en el borde de mi escritorio y pasó las imágenes a un ritmo más lento. —Parece que todas fueron tomadas con la misma cámara. Mismo ángulo. Misma toma del dormitorio. No creo que fuera una transmisión en directo. Lo más probable es que la cámara se configurara para grabar y sacaran capturas de ahí.

—¿Lo que significa que hay una puta grabación por ahí en alguna parte? —Las manos de Dante cayeron a sus costados.

La puerta de mi oficina se abrió y entró Harper.

Julian soltó una maldición en voz baja y giró el ordenador hacia mí.

Demasiado tarde. La cara de Harper lo decía todo. —¿Qué ha sido eso?

—Nada —respondió Julian al mismo tiempo que Dante decía—: Nos estamos encargando de ello.

Harper cruzó la habitación corriendo y se lanzó frente a la pantalla antes de que yo pudiera cerrar más de dos fotos.

Se quedó boquiabierta, con todo el cuerpo temblando. —Supongo que no las habéis hecho vosotros. Si lo hubierais hecho, estaría cabreada por un motivo muy distinto. Pero habríais preguntado. Me

habríais dado la opción de decir que no. —Dio un paso atrás—. Lo que significa que no lo sabíais. Y ahora hay fotos nuestras por ahí.

—Todavía no —si Julian pretendía calmarla, fracasó—. Nos estamos encargando.

Harper giró sobre sus talones y huyó. Sus sollozos nos hicieron saltar a los tres a la acción.

20

HARPER

No podía correr lo suficientemente rápido para escapar de la culpa y la vergüenza. No por lo que había hecho en aquella habitación, sino porque les había fallado. El horror imprimió velocidad a mis pasos, pero ni siquiera el corredor más rápido del mundo podría dejar atrás este dolor.

Había pasado. Sabía que pasaría. Nada permanecía en secreto para siempre, especialmente cuando necesitabas que así fuera.

—Harper, espera —la voz de Alexander me siguió. Sus pasos resonaron por el pasillo.

Llegué al ascensor y pulsé el botón.

Bethany no estaba tras su escritorio, así que no tuve que preocuparme de que me viera de aquella guisa y se preguntara qué iba mal.

Dante y Julian salieron corriendo junto con Alexander. Los tres vinieron tras de mí, suplicándome que esperara. Que lo tenían bajo control. Que se encargarían de ello. Sus promesas resonaban en mis oídos mientras entraba en el ascensor y aporreaba el botón para cerrar la puerta. —Por favor, no me sigáis.

Se detuvieron en seco a tres pasos de distancia. Ver su confusión me desgarraba. Querían que confiara en ellos, y lo hacía.

Era en mí en quien no se podía confiar. Las lágrimas me caían por las mejillas. Me las froté, intentando borrar la visión de mi corazón destrozado, pero no hacían más que brotar con más fuerza.

El ascensor bajó y pulsé el botón de la planta baja. No podía quedarme allí hoy. Era imposible trabajar y fingir que todo iba bien cuando ya habían estado hablando de mí.

Llamé a un taxi, no dispuesta a arriesgarme a conducir. El taxista intentó hablar, preguntándome qué me pasaba, pero negué con la cabeza y me acurruqué en el asiento con la cabeza entre las manos.

La puerta principal se abrió en cuanto el taxi se detuvo en la entrada de casa, y me arrojé a los brazos de Lila. Ella me estrechó contra sí y me acompañó al interior después de pagar al taxista.

Nos sentamos en el sofá, con sus brazos rodeándome y mis sollozos llenando el espacio con tanto dolor y desolación que nada más lograba penetrar.

—¿Qué ha pasado? —Lila me acarició la espalda y nos balanceó de un lado a otro—. Habla conmigo, Harper. Dime qué ha pasado.

—Alguien nos hizo fotos en la cabaña. Las han filtrado en internet. —Solo pude llegar hasta ahí antes de derrumbarme de nuevo.

Lila me tendió un fajo de pañuelos y esperó a que pasara mi siguiente ataque de llanto.

Una vez que pude hablar sin que las lágrimas me asfixiaran, se lo conté todo. —Han dicho que se encargan de ello. Pero eso no es posible. Una vez que una foto está ahí fuera, no hay forma de recuperarlas todas. Basta con que una sola persona haga una captura de pantalla para que pueda resurgir en cualquier momento. Podría ser mañana. O dentro de años. Pero siempre estará sobre mi cabeza.

—¿Confías en que harán todo lo posible para que esto desaparezca? —Lila me secó las mejillas y se levantó para ir a la cocina. Volvió un minuto después con un vaso de agua que me puso en la mano.

—Sí. —Di un sorbo, pero una oleada de náuseas hizo que el agua borboteara en mi garganta. Posé el vaso y me soné la nariz.

Lila intentó sonreír, pero el gesto no cuajó. —Entonces no tienes nada de qué preocuparte. Han prometido que están en ello. Si están trabajando en el control de daños, entonces va a salir bien. Hombres así tienen toda clase de secretos. Son maestros en encubrir cosas. Deja que ellos lo gestionen.

Negué con la cabeza, agitando el pelo que se me quedó pegado a las mejillas húmedas. —No lo entiendes. Voy a perder mi trabajo por esto. Sus reputaciones quedarán arruinadas. Incluso la empresa. —Hice un hipo con otro sollozo—. La empresa podría estar incluso en riesgo por el peligro en el que los he puesto. No supe mantener la línea. No fui lo bastante fuerte para decir que no, y ahora tendrán que despedirme porque alguien tiene que cargar con las culpas, y ten por seguro que no serán ninguno de ellos. —Me doblé por la cintura y me cubrí la cara con las manos. Confiaba en ellos. Aunque sabía que tendrían que despedirme, y lo entendía, odiaba saber que yo había provocado esta destrucción sobre ellos.

No había nada que pudiera decir o hacer para compensarlo.

Lila pasó la mano por mi espalda arriba y abajo, haciendo pequeños sonidos suaves en mi oído para calmarme. —Cariño, habría sido imposible mantener la línea ante hombres así. Son unos zorros plateados espectaculares. Tienen experiencia. Y te han tratado con más respeto que ningún hombre jamás. No son víctimas inocentes. Sabían exactamente en qué se estaban metiendo. Ellos también eligieron acostarse contigo.

Ni un cubo de agua fría sobre mi cabeza me habría causado tal impacto como la realidad que se me vino encima de golpe. Nunca les hablé del mensaje de texto.

Eran víctimas. No *conocían* todos los riesgos. —Esto es culpa mía. Debería habérselo dicho.

—Si es culpa tuya, entonces también es culpa mía. Yo te animé. —Lila suspiró—. Harper, soy yo quien te dijo que te acostaras con ellos. Te dije que no pasaría nada.

—Pero aun así fue mi elección. Me dijeron desde el principio que era mi elección. —Yo había intentado alejarme. Bueno, les había dado plantón y había desaparecido, provocando que me llevaran a la cabaña el fin de semana.

Hubo un único momento en el que pensé que uno de ellos había puesto la cámara y me sentí traicionada. Pero eso venía de la antigua yo, la que había sido maltratada y mal juzgada por cada hombre con el que había estado. Dante nunca permitiría que algo así sucediera, y Julian y Alexander nunca cruzarían esa línea sin mi permiso.

El pensamiento de que hubiera fotos nuestras no me molestaba de la forma en que debería haberlo hecho. Era el cómo se habían obtenido y la amenaza que representaban lo que hacía que me hiperventilara. Mis respiraciones eran cortas y rápidas, y la vista me daba vueltas. —Creo que me voy a poner enferma.

—Iré a por un cubo. —Lila corrió hacia la cocina. Intenté ponerme de pie, pero mis piernas se negaron a sostener mi peso. Mis rodillas temblaron y me obligaron a permanecer sentada. Sujetarme la cabeza entre las manos ayudó un poco, pero unas motas negras bailaban en mi visión y mis oídos zumbaban.

—Algo no va bien. —Cada respiración era más corta. Más rápida.

—Cálmate, Harper. —Lila me sacudió los hombros—. Una bolsa de papel. Necesito una bolsa de papel. No tenemos ninguna. Harper, escúchame. Tienes que respirar más despacio. Estás respirando demasiado rápido. Haz una respiración profunda y mantén el aire.

—No puedo. —No podía hacer nada excepto perder el control. —Egoísta. —Había sido tan egoísta. Dejé que corrieran riesgos por mí sin darles toda la información necesaria. Mi cobardía lo arruinó para todos nosotros. Si se lo hubiera dicho, habríamos podido tomar una decisión informada juntos.

Si se lo hubiera dicho, quizá no habríamos ido a la cabaña.

Si no hubiéramos ido a la cabaña, no habría fotos.

Me tambaleé hacia un lado, intenté corregir la posición y me fui hacia el otro.

—No tienes buena cara. Esto no me gusta. Harper, ¿me oyes? —Lila se sentó frente a mí, apoyada en el borde de la mesa de centro. Me sujetó las rodillas e intenté centrarme en su cara.

Su rostro aparecía y desaparecía de foco en un torbellino nauseabundo. —Todo es culpa mía. Debería habérselo dicho. Necesito mi teléfono. Tengo que decírselo. —Metí la mano en mi bolsillo, me di cuenta de que no podía sacar el teléfono desde ese ángulo y me puse de pie.

La habitación dio vueltas a mi alrededor y extendí los brazos para intentar encontrar el equilibrio. No tuve suerte.

Una ráfaga de oscuridad irrumpió y me arrastró con ella.

21

DANTE

He gastado dinero en muchísimas cosas en mi vida. Cosas que significaban algo. Cosas que no significaban nada.

Gastar dinero para que retiraran aquellas fotos ha sido dinero bien invertido. Me planté en el umbral abierto del angosto apartamento de Bradley, con una sonrisa torcida tan marcada y cruel que el hombre palideció. —Recuerda lo que hemos dicho. Si esas fotos vuelven a salir a la luz, vendremos a por ti.

—No lo harán. Lo juro. —Bradley, un hombre delgado de pelo grasiento y ojos demasiado grandes para su rostro estrecho, temblaba sentado frente a su ordenador—. Lo he borrado todo. Todo.

—Bien. —Retrocedí un paso y cerré la puerta con un suave clic.

Julian y Alexander estaban en el pasillo observándome.

Julian sacudió la cabeza con una risa sombría que encajaba con aquel pasillo húmedo donde sus tatuajes se mimetizaban con el entorno. —¿Sabes que eres un cabrón aterrador?

—De eso se trata. —Pasé a su lado a grandes zancadas—. Vámonos. Quiero quitarme el hedor de este sitio de la nariz.

—Ya te digo. —Julian se puso a mi altura.

Alexander tardó más en unirse a nosotros, pero mantuvo un paso firme tras nuestras espaldas. —Cuando todo lo demás falla, el dinero y la intimidación siguen ganando la partida.

—El dinero habla cuando nada más puede hacerlo. —Y le habíamos ofrecido una fortuna. Sería un estúpido si intentara vender las fotos ahora. En el caso de que hubiera mentido sobre haberlas destruido todas.

Alexander había hecho un rastreo con uno de sus programas informáticos y todo parecía estar en orden cuando la pantalla no mostró nada.

—¿Y ahora qué? —Julian se frotó las manos—. Las fotos han desaparecido. Ya no hay riesgo de que se vuelvan virales y arruinen nuestra reputación o hagan daño a Harper.

—Ahora hablamos con Harper. —Temía el enfrentamiento, pero había que hacerlo. Se merecía que le dijéramos nosotros que el problema estaba solucionado.

Alexander rodeó el coche para deslizarse en el asiento del conductor. Podríamos haber pedido a uno de nuestros hombres que nos trajera, pero cuantos menos supieran de esta aventura, menos probabilidades habría de que alguien se fuera de la lengua.

Julian esperó hasta que las puertas del coche se cerraron y Alex se incorporó al tráfico para hablar. —¿Alguna idea de cómo nos descubrieron en la cabaña?

—Hay muchas posibilidades de que esa cámara estuviera allí mucho antes de que reserváramos. —Alex miró por el retrovisor lateral y luego tomó la salida que nos llevaba a la oficina—. Me gustaría pensar que es solo una coincidencia, pero es poco probable.

—Reservé con un nombre falso y pagué en efectivo. Nadie debería haber sabido que estaríamos allí. *Si*, y ese es un gran «si», la cámara ha estado siempre ahí, parece una coincidencia de lo más conveniente. —Julian cerró los puños sobre su regazo y se inclinó hacia el espacio entre los asientos—. Le fallamos a Harper. Debería haber hecho un barrido de la cabaña antes de que ella llegara.

—Pecamos de confiados. Sabíamos de sobra que no debíamos dar por sentado que un lugar estaba limpio solo por usar un alias. —Alexander se ha estado castigando por esto desde que Harper salió huyendo de su despacho.

Todos lo hacíamos.

Un taxi amarillo pasó a nuestro lado a toda velocidad, tocando el claxon.

Alexander soltó un juramento, pero mantuvo la calma y dirigió el coche hacia el garaje subterráneo.

—Convencimos a Harper de que nos diera otra oportunidad. —Me detuve cuando la emoción amenazó con abrumarme. Ella había confiado en nosotros. Años siendo tan cuidadosos que apenas dábamos un paso fuera sin ser perfectos, y nos habíamos vuelto engreídos justo en el momento en que necesitábamos mantener la cabeza fría—. Juramos que podríamos mantenerlo en secreto. Está claro que tenemos una filtración.

Julian se recostó con un gruñido. —¿Eso crees?

—No hay otra explicación. —Abrí la puerta cuando Alexander aparcó y me abotoné la chaqueta de camino al ascensor privado.

Julian y Alexander se situaron a cada uno de mis lados. El trío de ases. Así nos llamaron cuando abrimos Elevate. Salimos en los titulares nacionales. Esos titulares siguieron creciendo a medida que lo hacían nuestra riqueza y nuestra fama. Me había vuelto insensible a la emoción de todo aquello, y me había vuelto frío y distante con cualquiera que no fueran los hombres que tenía al lado.

Harper derribó esos muros, y yo no había sabido protegerla. Joder con mi vida. Nada de esto significaba nada sin ella.

Entramos en el ascensor al mismo tiempo y Alexander pulsó el botón. Escaneó su huella dactilar, luego las puertas se cerraron y ascendimos. —¿Quién sabía que estaríamos en la cabaña? — Alexander se quitó la chaqueta y se la echó sobre el brazo.

Julian empezó a bajarse las mangas para taparse los tatuajes. Se detuvo a mitad de los antebrazos, frunció el ceño y volvió a remangarse. —Estoy harto de estos juegos de mierda. Si la gente no quiere hacer negocios con nosotros por un poco de tinta, que les den por saco.

—Me preguntaba cuánto tardarías. —Le dediqué una mueca antes de volver a la pregunta de Alexander—. Yo nunca lo mencioné. No estaba en mi agenda y, aparte de la conversación que tuvimos en el despacho, no volvimos a hablar del tema.

Julian terminó de remangarse y se puso las manos en las caderas. — Usé mi teléfono para hacer la reserva, pero estaba con una VPN y bloqueé toda la información. Los datos que usé eran falsos.

—¿Alguien conoce nuestro alias y lo ha estado rastreando? — Alexander movió la cabeza de lado a lado—. Eso es posible. Pero significa que quienquiera que sea tiene paciencia. Llevan mucho tiempo esperando para sacar trapos sucios. No hemos usado ese nombre en más de un año.

—No había más cámaras en la casa. Si las hubiera habido, habríamos visto las fotos. No es que el dormitorio sea el único lugar donde estuvimos expuestos. —Julian estiró un brazo cuando las puertas se abrieron, asegurándose de que el camino estuviera despejado antes de que saliéramos de los confines seguros del ascensor.

Bethany estaba sentada a su mesa, con un auricular en una oreja y su cuaderno junto a la mano. Levantó la cabeza y esbozó una

sonrisa. —Buenas tardes, señores. ¿Hay algo que pueda hacer por ustedes?

Alexander hizo una pausa mientras nos indicaba que nos adelantáramos. —Os alcanzo en un minuto. Tengo que hablar con Bethany sobre el tema del café de abajo.

Arqueé una ceja, pero Julian se encogió de hombros. Entramos en mi despacho, cerramos la puerta y esperamos a Alexander.

Julian se puso a caminar de un lado a otro. Yo me quedé perfectamente quieto. El contraste en nuestras reacciones al estrés a menudo nos enfrentaba, pero yo también sabía pasear como el que más cuando me daba por ahí. Hoy, necesitaba la paz y la quietud de no moverme.

Me moría por entrar en acción, lo que significaba que debía estar quieto. Necesitaba evaluar la situación desde todos los ángulos y considerar todas las posibilidades. Mi mente daba vueltas mientras mi cuerpo permanecía bloqueado.

—Alguien nos estaba esperando. —Alexander retomó el último hilo de nuestra conversación al entrar en la sala—. Es lo único que tiene sentido. Alguien conocía nuestro alias y se enteró de la reserva. De alguna manera, entraron en la cabaña y pusieron una cámara en el dormitorio. Eso sugiere que sabían que algo pasaría allí.

—Quizá pensaban que los tres éramos amantes. —Julian se sirvió un vaso de whisky. Dio un sorbo mientras caminaba, deteniéndose ante los ventanales para mirar el edificio de enfrente.

—Eso tiene más sentido que alguien sospechara que estaríamos allí con Harper. —Ya me habían acusado de acostarme con Julian antes. Cuando empezamos a hacer negocios juntos. Por alguna razón, a la gente le costaba creer que los tres pudiéramos ser amigos, dirigir una empresa y no sentirnos atraídos sexualmente los unos por los otros. Sería aún más extraño si supieran la verdad. Si le dijéramos al

mundo que preferimos el poliamor, el mundo preferiría que fuéramos homosexuales.

Por mí, perfecto. No me importaba lo más mínimo la sexualidad de los demás.

Me importaba la mía y la persona con la que me acostaba.

—Eso podría ayudar a Harper. —Alexander se sentó en el borde del sofá, con los codos en las rodillas y la barbilla sobre los nudillos—. Si piensa que esto no va por ella, sino por alguien que va a por nosotros, puede que se sienta mejor.

—Esas fotos destruyeron la confianza que tenía en nosotros. —Señalé lo obvio porque Alexander necesitaba que lo hiciera—. Podríamos ir a su casa a intentar explicárselo. —Debería dejarlo estar de una maldita vez, pero estábamos hablando de Harper. La única mujer en el mundo que se había abierto camino hasta mi corazón. Preferiría morir antes que hacerle daño y, sin embargo, eso era exactamente lo que habíamos hecho con nuestro descuido.

Julian se bebió el whisky de un trago y dejó el vaso sobre mi mesa. —Hablar con ella en persona es la mejor manera de aclarar todo esto.

—Demasiado insistente. —Alexander permanecía sereno como una estatua, con expresión pensativa.

—Se me da bien ser insistente. —Me serví un vaso de scotch y moví el líquido en el interior.

La mirada de Alexander se deslizó hacia mí y luego hacia Julian. Un lado de su boca se curvó en una mínima sonrisa. —Lo sabemos. Pero ser insistente no siempre es la respuesta correcta. Si nos presentamos allí y la convencemos de que nos perdone, siempre me preguntaré si la presionamos para que hiciera algo que no quería.

—Harper sabe decirnos que no. —Bebí un sorbo de scotch y me dije que era la verdad.

Julian suspiró. —Todos sabemos que somos capaces de conseguir de ella la respuesta que queremos. Tenemos que hacerle saber que la amenaza ha terminado y dejar que lo procese. Por mucho que quiera salir disparado hacia allí y abrazarla, Alexander tiene razón.

—Eso lo necesito por escrito. —Alexander tendió una mano—. Firmado y personalizado.

—Calla. —Julian soltó una carcajada que resultó fuerte y molesta.

—Estaba claro que Harper no quería estar cerca de nosotros, si no se habría quedado en lugar de huir. —Terminé mi bebida y puse mi vaso junto al de Julian en mi mesa—. Voy a escribir al grupo de chat. Para decirle que todo está bien y preguntarle cómo se encuentra. —Hice exactamente eso, sin esperar permiso.

No necesitaba su permiso.

Segundos después, envié el mensaje. Julian y Alexander lo leyeron en el chat y luego añadieron los suyos propios al hilo. Le hemos pedido perdón, le hemos dicho que las fotos habían desaparecido y le hemos preguntado cómo se sentía.

Sin respuesta.

Julian volvió a caminar de un lado a otro.

Alexander permaneció en el sofá, con la cabeza baja.

Y yo fui incapaz de obligarme a moverme. Mi cuerpo seguía congelado en su sitio, bloqueado por el miedo a que nuestro tiempo con Harper hubiera llegado a su fin.

No.

Una negación vehemente hizo que mi pulso martilleara. Mi piel se cubrió de un sudor que me picaba bajo el traje.

No habíamos terminado.

No lo permitiría.

¿Y si era eso lo que Harper quería?

No lo era. Cada interacción demostraba que nos deseaba.

Sí, huyó cuando vio las fotos. Tenía todo el derecho.

Pero ya había pasado. Nos habíamos encargado de ello.

Me picaba la nuca, pero me negué a rascarme, me negué a romper la postura rígida que me mantenía unido.

Necesitaba a Harper en mi vida.

Ella aportaba alegría y risas. Puede que yo no me riera, pero eso no tenía nada que ver con ella y todo con el hecho de que era un capullo que no se había reído en veinte años.

Julian le envió otro mensaje a Harper.

Pasaron los minutos.

Alexander envió dos mensajes seguidos.

Le pedían que diera señales de vida, solo para saber que estaba bien.

Me quedé mirando la pantalla de mi móvil, con la visión nublándose al negarme a parpadear.

Aparecieron tres puntos y todos inspiramos. —Por fin.

Un aviso anunció el mensaje y Julian soltó un juramento. —¿Quién coño es Lila y por qué dice que Harper está en el hospital?

—Lila es su mejor amiga. Viven juntas. —Alexander se levantó y cogió la chaqueta—. Vámonos.

22

HARPER

El pitido de las alarmas y el pinchazo de una aguja entrando en el dorso de mi mano para que la enfermera pudiera ponerme una vía me mantuvieron despierta y con los nervios a flor de piel.

—No deberías haber llamado a una ambulancia —dije. Odiaba el alboroto que conllevaba que te metieran en una habitación en silla de ruedas y tener a médicos y enfermeras revoloteando a mi alrededor.

Lila se cruzó de brazos y me miró con severidad. —Te desmayaste y no conseguía que te despertaras.

Me removí en la incómoda cama de hospital e intenté ignorar el nudo en el estómago. La boca se me llenó de saliva mientras una náusea densa y caliente me subía por la garganta. —Ya estoy bien. Me gustaría irme a casa.

La enfermera que me ponía la vía sonrió con calidez y me dio unas palmaditas en el dorso de la mano, donde dos tiras de esparadrapo se cruzaban para sujetar la vía en su sitio. —Estoy segura de que saldrás de aquí en nada. Es mejor que te hagan una revisión.

—Pero me encuentro bien. Un poco de náuseas. Probablemente sea porque no he comido mucho hoy. —Capté la mirada que cruzaron en la habitación. Una de las enfermeras, que colgaba una bolsa de suero, me miró de reojo, y luego a la enfermera que estaba a mi otro lado.

Aquella mirada compartida hizo que el calor me subiera al rostro mientras examinaban mi cuerpo, sin duda haciendo juicios silenciosos sobre mi peso. Incluso las chicas grandes tenían que comer, y estaba en mi derecho de sentirme desfallecer si no había comido en todo el día. Podría decir todo eso. *Debería* decir todo eso. —¿Podéis dejar de mirarme como si pensarais que debería saltarme una comida o dos y quedarme tan pancha? No sabéis nada de mí. Me gustan mis curvas, y maldita sea si voy a dejar que me hagáis sentir avergonzada por mi aspecto.

—Eso no nos preocupa. —La enfermera que estaba detrás de mí negó con la cabeza y me apretó el hombro—. Pero no habías mencionado las náuseas como uno de tus síntomas.

Resoplé pero dejé de discutir. No llegaría a ninguna parte con la enfermera, y el médico ya había pasado por allí. Había hecho una lista de las pruebas que quería que me hicieran y las había recitado tan rápido que probablemente no escuché ni la mitad. Las palabras de la enfermera cortaron la niebla que se apoderaba de mi cerebro.

¿Que no les importaba mi peso? Mentira.

Conocía esa mirada con tanta intimidad que me oprimía el corazón como un tornillo de banco. Que les jodan.

Lo que dije iba en serio. Me gustaban mis curvas. Dante, Alexander y Julian me habían enseñado a no avergonzarme de quién era ni de cómo me veía. Disfrutaban de mi cuerpo exactamente como era, y me habían enseñado a amarme a mí misma. No tenía por qué estar tan delgada como Lila o Bethany para ser hermosa.

Levanté la barbilla y miré a la enfermera directamente a los ojos. Apreté la mandíbula y la desafié a que me dedicara esa mirada por segunda vez. Estaba sana y era feliz y, hasta hoy, nunca había tenido un susto de salud en toda mi vida.

La puerta se abrió y el médico entró con paso tranquilo. Su sonrisa se ensanchó al mirarme, y rompí el duelo de miradas con la enfermera. —Buenas noticias, señorita Harper, ya tengo la mayoría de los resultados de sus pruebas. —Agitó una tableta de lado a lado —. Está usted bastante sana.

No pude evitar arquear una ceja desafiante hacia la enfermera antes de incorporarme en la cama. —Estupendo. Eso significa que puedo irme a casa, ¿verdad?

—Sí, la sacaremos de aquí en un momento. —Deslizó el dedo por la tableta y se sentó a los pies de mi cama—. Parece que el catalizador de su desmayo ha sido una bajada de azúcar. Es algo que realmente debería intentar evitar ahora que está esperando. —Apoyó una mano en mi pantorrilla y me dio dos palmaditas.

Un silencio expectante cayó sobre la habitación. Lila se tapó la boca con ambas manos, con los ojos muy abiertos.

Mi cerebro dejó de funcionar. Sus palabras tenían sentido, pero al mismo tiempo pasaban por alto mi comprensión. Procesé cada una individualmente. Bajada de azúcar. Sí, entendía esa frase.

Ahora que está esperando.

¿Esperando? ¿Esperando qué?

Mi respiración se acortó, y el corazón me golpeó con fuerza contra las costillas.

Las dos enfermeras recogieron su material y se dirigieron a la puerta; la más amable me ofreció un silencioso «enhorabuena» al pasar por delante de los pies de mi cama.

Todo me golpeó de golpe y la boca se me abrió con un chasquido. —¿Está diciendo que estoy embarazada? —Mi voz subió de tono con cada palabra, hasta que casi chillé la última parte de forma ensordecedora.

El médico hizo una mueca, pero su sonrisa no flaqueó en ningún momento. —Enhorabuena, señorita Harper, está embarazada. —La puerta se abrió al mismo tiempo, y una serie de luces destellaron en el pasillo.

Oh, mierda. Giré la cabeza en esa dirección. —¿Alguien me está haciendo *fotos*? —Giré las piernas para bajar de la cama al mismo tiempo que el hombre del pasillo disparaba otra ráfaga de fotos.

El médico se puso de pie y le bloqueó la vista, pero el daño ya estaba hecho. —Quiero que saquen a ese hombre del hospital inmediatamente. ¡Y exijo saber quién le ha dejado subir! Esto es una violación de la privacidad del paciente. —Siguió despotricando mientras se dirigía hacia la puerta con paso firme.

Embarazada. Paparazzi. Era demasiado. Tal vez habría podido asimilar una cosa o la otra, pero enfrentarme a ambas al mismo tiempo provocó un apagón total de mi cuerpo y mi cerebro.

—Solo quiero irme a casa. —Me dejé caer de lado y me hice un ovillo—. ¿Cuándo puedo irme a casa?

El médico estaba demasiado ocupado discutiendo con el hombre del pasillo para oírme y responderme.

Lila se acercó al lateral de la cama y tomó mi mano entre las suyas. —Harper, tienes la mano helada. ¿Quieres otra manta?

Negué con la cabeza. Las lágrimas me ardían en la garganta y se deslizaban desde el rabillo del ojo hasta la almohada. —Quiero irme a casa. —En casa, podría enterrar la cabeza en la arena de manera metafórica y olvidar que nada de esto había sucedido. En casa, nada de esto sería real.

La puerta se cerró y unos pasos suaves se acercaron. —Siento mucho lo ocurrido. Nos encargaremos de todo. No tiene por qué preocuparse.

—¿Puedo irme a casa? —Crucé los brazos sobre el pecho y me abracé con fuerza.

Una palmadita en mi pantorrilla llegó acompañada de una risita. —Sí. Mientras ya no esté mareada, la dejaré irse a casa en cuanto termine esa bolsa de suero.

Miré la bolsa que colgaba sobre mi cabeza. —Gracias.

—Haré que las enfermeras preparen sus papeles de alta y le impriman algunos documentos. Por su reacción, creo que se trata de un embarazo inesperado, lo que me lleva a pensar que quizá aún no tenga ginecólogo. Puedo recomendarle a alguien, si eso ayuda.

—Sí. —Logré asentir.

Lila permaneció a mi lado y siguió sosteniéndome la mano. Una vez que el médico nos dejó en paz —con la promesa de que me sacaría pronto del hospital—, acercó una silla y se sentó directamente frente a mí. —Vaya.

Resoplé. —Y que lo digas. Esto no debería haber pasado, Lila. Tomo anticonceptivos.

—No siempre son efectivos. —Levantó una mano y me acarició la cabeza—. Lo sé. Eso no ayuda en tu situación actual. Pero no hay mucho más que pudieras haber hecho para evitarlo, excepto usar también condones, ¿y qué tiene eso de divertido?

Me ahogué con una carcajada. —Solo a ti se te ocurriría la forma de hacer que esto suene más sexual de lo necesario. —Pero la risa surtió efecto. Salí de la posición fetal y estiré las piernas—. Tengo que vestirme.

—No antes de que te quiten la vía. —Lila me dio un golpecito en el dorso de la mano. Una expresión pensativa le tensó los ojos—.

¿Sabes quién es el padre?

Mi visión se nubló con una nueva oleada de lágrimas. —No. Podría ser cualquiera de ellos. —Habíamos estado juntos tantas veces que sería imposible calcularlo. Mi risa de antes se desvaneció al asimilar la realidad. Estaba embarazada y no tenía ni idea de quién era el padre, salvo que, fuera quien fuese, eran intocables. Mi situación, ya de por sí complicada, se agravaba por momentos.

Una máquina detrás de mí pitó y entró una enfermera diferente. Me sonrió, y luego a Lila. —Bueno, veamos. Vamos a ver si quitamos esa vía para que pueda irse a casa. Me han dicho que tiene ganas de dejarnos. —Se rió para sus adentros—. No la culpo. Si no trabajara aquí, no me vería entrando por esas puertas a menos que fuera absolutamente necesario. —Se puso a retirarme la vía y a cubrirme el dorso de la mano con un apósito pequeño—. Bien, tengo unos papeles para usted. Firme aquí, y estos son para que se los lleve. —Le entregó a Lila un montón de papeles y retrocedió hacia la puerta—. Tenemos sillas de ruedas disponibles si las necesita.

—Estoy bien. —Desestimé su preocupación con un gesto y giré los pies hacia el borde de la cama.

Lila me acercó los zapatos para que pudiera alcanzarlos y metió los papeles en su bolso. —Llamaré a un Uber.

Me costó un esfuerzo concentrado agacharme y ponerme los zapatos sin dejar que vieran cómo el mareo regresaba con toda su fuerza. Me zumbaban los oídos lo suficiente como para bloquear cualquier otra cosa que Lila dijera.

Me até los cordones y me puse en pie, usando el borde de la cama para sostenerme.

Minutos después, recorríamos el pasillo vacío hacia la puerta lateral con letras rojas brillantes que anunciaban la salida de urgencias.

Las puertas automáticas se abrieron con un soplo de aire frío y el olor acre a hospital y al centro de Nueva York. Ambos olían fatal,

pero la combinación amenazaba con empeorar las náuseas que sentía.

Flashes de luz destellaron en mi visión periférica.

—Harper. Harper Bloom. —Una docena de personas gritaban mi nombre. Luego vinieron las preguntas, pero se enredaban en tantas voces que era imposible distinguir una de otra. Hasta que un hombre se adelantó a la fila y me plantó un micrófono en la cara—. Harper, tengo de buena tinta que mantienes relaciones sexuales con el director ejecutivo de Elevate.

Una mujer se unió al hombre. —Me han dicho que es con más de uno. ¿Puedes confirmar ese rumor, Harper?

Se me tensó la mandíbula. Las palabras me fallaron, lo cual fue algo bueno porque no tenía ni la más remota idea de cómo habría respondido si hubiera podido.

—¿Son ciertos los rumores?

—¿Te estás acostando con tus jefes?

—¿Por qué estabas en el hospital?

—¿Es verdad que estás embarazada?

—¿Saben ellos que estás aquí?

Las preguntas llegaban cada vez más rápido, sin final a la vista.

Me bloqueé. Mi cerebro simplemente se negaba a aceptar que este momento fuera real. Tenía que ser un sueño. No era posible que supieran lo de mi relación con Alex y los demás. Estaban haciendo suposiciones... basadas en hechos reales.

Pero ¿cómo habían conseguido esos datos?

Odiaba no tener una respuesta.

Lila me agarró del brazo y me arrastró a un lado. —Ignóralos. No pueden hacerte daño. Solo son un montón de preguntas estúpidas. Mira al frente e ignora todo lo demás.

¿Cómo? ¿Cómo iba a ignorar la verdad que me miraba a la cara?

Nuestro secreto había saltado por los aires.

23

JULIAN

—Ahí está. —Me agarré al respaldo de los asientos con una mano y señalé el espacio entre Dante y Alexander—. Está fuera, esperando. ¿Por qué está esperando fuera?

Se me encogió el estómago al ver las mejillas pálidas de Harper y su expresión de pánico. Los paparazzi intentaban rodearla. Se arremolinaban cada vez más cerca de la entrada del hospital. Un poco más y le cortarían la vía de escape en cualquier dirección.

—Para delante de ella. Yo me ocupo. —Me eché hacia atrás desde los asientos y agarré la manilla de la puerta.

—Julian. —Un tono de advertencia en la voz de Alexander provocó que me castañetearan los dientes con ferocidad—. Ten cuidado. —Se giró hacia mí—. Estaré justo detrás de ti si me necesitas.

No tuve tiempo de asentir ni de agradecer su oferta. Dante frenó en seco frente a Harper con un chirrido de neumáticos.

Abrí la puerta de par en par. —¡Entra! —Mi voz tronó lo suficiente como para llamar su atención.

La mujer que estaba a su lado reaccionó primero y casi empujó a Harper dentro del coche antes de entrar tras ella.

Las cámaras dispararon y los reporteros intentaron abalanzarse lo suficiente para conseguir una foto del interior. Nuestros cristales tintados impedían que vieran a Alexander y a Dante, pero yo estaba expuesto.

¿A quién le importaba? Llevaba años harto de toda esa mierda. Si querían un chivo expiatorio, estaba dispuesto a inclinar el cuello para recibir el golpe.

Harper se dejó caer en el asiento y se hizo a un lado. —¿Qué estáis haciendo aquí?

—Lila nos mandó un mensaje desde tu móvil cuando no contestaste. Nos dijo que estabas aquí. —Tiré de ella por el asiento hasta que casi aterrizó en mi regazo.

La puerta se cerró y la mujer —Lila— dio unas palmadas en el asiento. —Venga. Sacadla de aquí antes de que rodeen el coche.

—Serán baches de velocidad si intentan cortarme el paso. —Dante aceleró el motor cuando dos hombres corrieron delante del coche. Uno se lanzó sobre el capó. Dante tocó el claxon con fuerza y avanzó.

El hombre que estaba delante del coche se apartó de un salto. El que intentaba subirse al capó se resbaló por un lateral y cayó al suelo rodando.

—Alex, informa a la policía. Diles que enviaré las imágenes de la cámara del salpicadero como prueba de intento de agresión. Conozco a ese gilipollas. Intentará demandarnos. —Dante viró el volante con otro chirrido de neumáticos y salimos del aparcamiento dando botes para incorporarnos a la carretera.

Alexander marcó y se puso el teléfono en la oreja.

—¿Adónde vais? —Harper se apoyó en mí, con las manos temblorosas y el cuerpo lánguido.

Le aparté el pelo de la cara con suavidad. —Vamos al ático de Dante.

—No. No podéis hacer eso. —Harper se incorporó con una brusca inspiración—. Quiero ir a casa.

—Estarás a salvo en casa de Dante. Tiene una seguridad excelente. —Intenté calmarla, pero ella se alejó más.

—No se trata de la seguridad. Quiero ir a casa. Es mejor que no nos vean juntos. —Escondió las manos en su regazo, con la mirada esquivándome para fijarse en la calle que teníamos por delante.

—Estoy bastante seguro de que eso ya no importa. Me han visto. —Me señalé el pecho con el pulgar—. No soy precisamente discreto.

Harper me escrutó, con el ceño fruncido mientras me recorría de arriba abajo. —Han visto a un hombre en vaqueros cubierto de tatuajes. Eso no es lo mismo que ver a Julian, el hombre de negocios. —Tragó saliva con dificultad y se puso una mano sobre el estómago—. Por favor, llevadme a casa.

—¿Por qué estabas en el hospital? —Dante apretó el volante, pero giró a la izquierda en lugar de a la derecha hacia su ático.

Harper suspiró. El sonido salió casi roto y lleno de dolor. —Me olvidé de comer y me dio una bajada de azúcar. Me desmayé y Lila entró en pánico.

Lila estaba sentada de espaldas a la puerta, observándonos a todos con una curiosidad que me puso nervioso. Era comprensible. ¿Sabía lo nuestro o todo esto era una sorpresa total?

Harper se abanicó la cara con una mano. —Siento que hayáis hecho todo este camino para nada, pero me alegro de que aparecierais cuando lo hicisteis. No tenía ni idea de qué hacer.

—Tengo que cancelar nuestro Uber. —Lila sacó su teléfono de un pequeño bolso que llevaba al lado. Un fajo de papeles crujió y ella los empujó hacia el fondo—. Probablemente nos estén esperando en el hospital.

—Si los reporteros siguen allí, acosarán al conductor para obtener detalles. ¿Pusiste tu dirección? —Alexander terminó su conversación con la policía y se giró hacia Harper y Lila.

Lila negó con la cabeza. —Nunca doy la dirección hasta que estoy en el coche.

No era exactamente la norma, pero jugaba a nuestro favor, así que agradecí su tacto.

—¿Supongo que tú eres Lila? —La pillé mirando a Dante y un rubor le subió por el cuello.

—Sí. Lo siento. Debería haberlo mencionado. —Harper se tambaleó en su asiento.

Dante volvió a girar a la izquierda y subió por una calle lateral. —¿Deberías haber salido del hospital? Pareces estar peor que cuando te hemos recogido.

—Mareo por el coche —restó importancia a su preocupación con un gesto—. Estaré bien en cuanto deje de moverme.

Quería creerla, pero había visto y oído suficientes mentiras como para detectarlas a un kilómetro de distancia. Puede que Harper no estuviera mintiendo descaradamente, pero algo en toda la situación me escamaba.

Los locales pasaban veloces por la ventanilla tras Lila. Harper permaneció callada y encogida sobre sí misma como si sufriera. Dejó de hablar y apretó los labios en una señal silenciosa de que no respondería a más preguntas.

—La dirección —dijo Dante con los dientes apretados—. No apruebo esto, pero haremos lo que pidas.

Porque la respetábamos y nunca querríamos hacer nada que pudiera herirla. Había momentos —como este— en los que preferiría mandar a la mierda el respeto y sus deseos y hacer lo que sabía que era correcto.

Pero entonces no seríamos hombres. Seríamos unos matones.

Lila recitó la dirección y Dante tomó la siguiente bocacalle.

Alexander y yo compartimos una mirada llena de entendimiento. Él odiaba la idea de dejarla allí tanto como yo.

Intenté entablar conversación con Harper, pero aquella expresión de labios apretados se mantuvo firme e inflexible.

Dante giró en una calle desconocida y Harper se enderezó. —Casi hemos llegado. Es la casa azul de la izquierda.

La curiosidad me tentó a examinar la casa con ojo crítico. —Es mona.

—A nosotras nos gusta. —Harper se encogió de hombros, pero un primer atisbo de ligereza iluminó sus ojos—. Gracias por recogernos y traernos a casa. Lo agradezco.

—¿Es tu forma de decirnos que nos vayamos a la mierda? —Dante entró en el camino de entrada y puso el coche en punto muerto.

Alexander soltó un suspiro brusco. —No le hagas caso. Se pone de mal humor cuando está preocupado.

—Pero tiene razón. —Me uní a la conversación tras notar cómo cambiaba la expresión de Harper con la brusquedad de Dante—. No quiere que entremos. No quiere que nos vean con ella.

—No es seguro —dijo Harper, apretando los puños en su regazo—. Tenéis que entenderlo. No pueden veros aquí. Bastaría con que uno de mis vecinos os reconociera o que uno de esos horribles reporteros buscara mi dirección y estaríais expuestos. Yo no tengo una seguridad de lujo.

Y así, sin más, estábamos descartados. —Prométenos que estás bien. —Me acerqué a su espacio.

Lila aún no había abierto su puerta, así que Harper seguía atrapada en el centro del asiento. Levantó la cabeza y me sostuvo la mirada. La suya se suavizó, el entendimiento empujándola hacia mí. —Estoy bien. Lo prometo.

No me quedó otra que creerla.

Lila abrió la puerta y bajó.

Harper fue la siguiente. Se detuvo antes de cerrar la puerta. —Gracias. Por todo.

Aquel momento de vacilación me dio un golpe directo al estómago. Cerró la puerta y siguió a Lila por el corto camino hacia una puerta de color blanco roto. Lila la abrió y se hizo a un lado, instando a Harper a entrar antes que ella.

—No hay nada más que podamos hacer. —Dante apretó las manos alrededor del volante, haciendo que el cuero crujiera—. Hablaremos con ella más tarde, cuando se haya recuperado.

No, no lo haríamos. Había pasado por suficientes despedidas como para reconocerlas también, y eso es exactamente lo que Harper nos había dado. Puede que ella no lo pretendiera a largo plazo, pero por ahora, habíamos terminado.

—Vámonos. —Alexander agarró la manilla de su puerta con el puño blanco por la fuerza—. Tiene razón sobre los paparazzi. Se volverán locos si nos pillan aquí.

—Tenemos que poner seguridad en esta calle. Será demasiado fácil para ellos conseguir su dirección y venir aquí a acosarla. La quiero con discreción. —Dante salió del camino de entrada marcha atrás mientras comprobaba los espejos.

Saqué el teléfono del bolsillo y escribí un mensaje. —Yo me encargo. Nadie sabrá que están por aquí, pero mi hombre se encargará de

cualquiera que intente molestar a Harper.

Mi teléfono pitó siete segundos después de darle a enviar; la respuesta de *«Dalo por hecho»* alivió parte de la tensión. —Está protegida.

Por ahora. Una cosa. Habíamos podido hacer una cosa por Harper. Dos si se contaba el mensaje de texto. La habíamos traído a casa sana y salva y nos habíamos asegurado de que siguiera así.

Dante maldijo y golpeó con el puño la columna de dirección. —Puta impotencia. Lo odio.

—Me has quitado las palabras de la boca. —Apoyé los omóplatos en el asiento y me froté los ojos con una mano. Estábamos jodidamente indefensos. Hiciéramos lo que hiciéramos o intentáramos lo que intentáramos, poníamos a Harper en peligro.

Y ahora ella nos había echado de su vida.

24

HARPER

A salvo. Nunca una sola palabra había significado tanto para mí. Era como el amor. Cálida, sana y totalizadora.

Lila cerró la puerta y echó la llave. —Ve a sentarte. Te prepararé algo de comer —dijo—. Se apresuró hacia la cocina, deteniéndose apenas para quitarse los zapatos de una patada y dejar el bolso sobre la estrecha mesa que había detrás del sofá.

Me hundí en los mullidos cojines y tiré de la manta del respaldo del sofá para envolverme los hombros. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, seguido de otro.

Dante, Julian y Alexander se alejaron en el coche hasta perderse de vista, llevándose mi corazón con ellos. Quizá debería haberles hablado del bebé, pero acababa de enterarme de la noticia y una parte de mí quería guardársela un momento más.

Me puse una mano en el vientre y cerré los ojos. Un bebé. Nunca me había planteado la maternidad como algo que me pudiera interesar.

Lila abrió un armario y el traqueteo de las ollas y sartenes llenó la casa vacía con un estruendo. Casi sonreí, pero la amenaza de las

lágrimas hizo que el gesto me temblara y desapareciera.

El aroma del jengibre y el limón me llegó a la nariz. —Toma. Intenta beber esto—.

Abrí un poco los ojos y me encontré a Lila de pie junto a mí con una taza en la mano. —¿Qué es?

—Té de limón y jengibre. Se supone que ayuda con las náuseas. Te has vuelto a poner pálida y necesito que comas algo sin que te siente mal —dijo. Me acercó la taza—. Bebe. Despacio.

—Gracias —dije. Mi voz tembló, pero cogí la taza con manos firmes y di un sorbo—. No está mal.

Lila asintió y se dirigió hacia la cocina, dejándome a solas con mis pensamientos. Eso era lo que había querido, pero estar aquí sentada mirando las paredes de color amarillo sol me daba demasiado espacio abierto y vacío. Mi mente se negaba a calmarse, salvo para seguir recordándome la nueva vida que crecía en mi interior.

Embarazada. Papá se habría emocionado. El pensamiento trajo una nueva oleada de dolor. ¿Cómo iba a hacerme a la idea de estar embarazada cuando apenas era capaz de pensar en ello?

Pasé la mano de arriba abajo por mi vientre y una oleada de puro amor me calentó de la cabeza a los pies. Puede que no me hubiera planteado la maternidad, pero ahora que me había caído en el regazo, estaba dispuesta a todo.

—Voy a tener al bebé —dije. Hablé lo bastante alto para que mis palabras llegaran a la cocina.

Lila asomó la cabeza por la pared donde se unían la cocina y el comedor. —Me imaginaba que lo harías. Serás una madre estupenda—.

—No sé yo, pero voy a protegerlo a él, o a ella, cueste lo que cueste —dije. Me froté el vientre de nuevo. Cueste lo que cueste. Otro sorbo de té y las náuseas remitieron. Me terminé la taza y la dejé en

la mesa de centro, luego subí los pies al sofá e incliné la cabeza para ver a Lila trajinar en nuestra pequeña cocina.

Nuestro acogedor hogar era perfecto para nosotras, pero ¿sería lo bastante grande para un bebé y luego para un niño pequeño? Difícilmente. Lila y yo ya nos tropezábamos la una con la otra en este espacio de dos dormitorios.

Lila removió algo en el fuego y luego lo vertió del cazo a dos cuencos iguales. Preparó una pequeña bandeja con sándwiches y los llevó al salón. —Sopa y sándwiches. Nada elegante, pero llena y es fácil de comer con el estómago revuelto—.

Tras dejar la comida, se acurrucó en el rincón más alejado del sofá y se llevó las rodillas al pecho. —¿Cómo vas a decirles lo del bebé?

Cogí un sándwich, pero no me atreví a darle un bocado. En lugar de eso, le di vueltas y vueltas en las manos. —No lo sé. Necesito pensarlo y trazar un plan.

—¿Crees que se enfadarán o algo así? —Lila se abrazó las pantorrillas y se acercó el cuenco de sopa a la barbilla. Sopló el líquido caliente, enviando espirales de vapor entre nosotras.

—No lo sé —dije—. Odiaba tener que decir eso una y otra vez, pero era la verdad. —Nunca hablamos de la posibilidad. Les dije que tomaba anticonceptivos, así que nunca... —Me encogí de hombros mientras mi voz se apagaba.

No teníamos una relación normal. Me había acostado con ellos. La responsabilidad de todo esto recaía sobre mí.

—Harper, tienes que decírselo. Pronto —dijo Lila. Dejó el cuenco sin haber probado bocado—. Tienen que saberlo. No es justo ocultarles esto. No te gustaría que ellos te guardaran secretos.

Estuve a punto de espetarle que no era asunto suyo, pero solo lo decía porque quería lo mejor para mí. —Siempre me ha encantado eso de ti. Nunca tienes miedo de decirme la verdad.

—Somos amigas desde hace demasiado tiempo como para quedarme de brazos cruzados viendo cómo lo reduces todo a cenizas. Los quieres, y ellos se preocupan por ti. Harán lo correcto —dijo. Sonaba tan convencida que mi corazón dio un salto ante la expectativa de un futuro brillante y hermoso.

Reprimí esa fantasía ridícula. —Lo máximo que espero de ellos es que me dejen tener al bebé sin armar jaleo. Dudo que a alguno de ellos le interese ser padre —dije. Se me contrajo el pecho y dejé de hablar para no romper a llorar.

—No puedes saberlo. Estás haciendo suposiciones y poniéndote en lo peor —dijo Lila. Me dio una palmadita en el pie por debajo de la manta y luego se levantó—. Me he olvidado mi bebida. ¿Quieres algo?

—Agua me vendría genial —dije. Me obligué a dar un bocado al sándwich. Me obligué a masticar y tragar, y luego tomé una cucharada de la rica sopa de tomate y dejé que los sabores calmaran mi ansiedad.

El móvil me vibró en el bolsillo y lo aparté todo para sacarlo. Vibró por segunda vez y un chispazo de esperanza surgió en lo profundo de mi pecho. Quizá me estaban escribiendo para decirme que no se daban por vencidos conmigo. Quería eso, a pesar de que les había dicho que se marcharan. Mis propios deseos y expectativas contradictorios me horrorizaban. Me negaba a sentirme decepcionada si el mensaje era de otra persona. Habían respetado mis deseos. ¿Cómo me atrevía a sentir algo que no fuera alivio porque habían cumplido su palabra?

Esa ridícula sensación de euforia se evaporó en un instante cuando el número desconocido apareció en mi pantalla. Miré por encima del hombro buscando a Lila, temerosa de dejar que viera los nuevos mensajes.

Se había ido al otro lado de la cocina y estaba de espaldas a mí. Se lo contaría más tarde, cuando supiera qué decían.

Deslicé el dedo para entrar en mis mensajes.

Esto es lo que pasa cuando sigues cometiendo errores. Los errores acaban en felices y pequeños accidentes. Deshazte del tuyo y lárgate. Ignora esta advertencia y haré algo más que filtrar fotos. Ignórame otra vez, y soltaré tu secreto a los cuatro vientos.

Habían tenido la desfachatez de terminar las amenazas con un emoji de una cara sonriente que me revolvió el estómago. Jamás volvería a ver los emojis de la misma forma.

Lárgate. La clara amenaza subyacente me hizo caer de espaldas contra el sofá con el móvil apretado contra el pecho.

La visión se me nubló y tomé una bocanada de aire. Los puntos negros desaparecieron. «Deshazte del tuyo». No. Jamás. Agarré el móvil con más fuerza y apreté los dientes.

¿Cómo podía acabar con esto?

Lo último que quería era alejarme de los hombres de los que me había enamorado perdidamente. Puede que Lila tuviera razón. Puede que incluso los quisiera. ¿No significaba eso que debería estar dispuesta a sacrificarme por ellos? Lo haría. Por mucho que me destruyera incluso el pensarlo, me alejaría de ellos si eso protegía sus reputaciones y salvaba mi carrera.

Pero, bajo ninguna circunstancia, abortaría a mi bebé para satisfacer a este hijo de puta enfermo que intentaba chantajearme. No sacrificaría a mi bebé por nada ni por nadie.

Lila llevó dos vasos al salón y me entregó uno. El agua con hielo tintineó en el cristal transparente, la condensación se acumulaba en los laterales y goteaba sobre sus dedos.

Se lo cogí y me bebí medio vaso antes de dejarlo sobre la mesa junto a mi comida.

—Come —dijo Lila, acercándome el plato—. Sea lo que sea eso, puede esperar cinco minutos. Necesitas comida o te llevo de vuelta

al hospital.

Entorné los ojos hacia ella. —No te atreverías.

—Voy a ser la mejor tía que este mundo haya visto jamás. Si eso tiene que empezar ahora mismo obligándote a comer para que no te desmayes de nuevo, que así sea —dijo. Se sentó en el borde del sofá y señaló con el dedo mi plato—. Come.

—Está bien —rezongué, pero di otro bocado. Mastiqué a través de mis emociones, comiéndome el sándwich y la mitad de la sopa antes de llegar a una resolución. No renunciaría a mi hijo, pero renunciaría a mi carrera en Elevate.

El pensamiento me dolió, pero sería lo mejor. Me envolví con más fuerza en la manta y escribí el mensaje.

Enviaré mi carta de dimisión esta noche.

Recibí una respuesta al instante.

Quiero pruebas.

No tenía ni idea de cómo gestionar eso sin revelar las direcciones de correo electrónico privadas. Haciendo una mueca, le enseñé los mensajes a Lila.

Arqueó las cejas y casi me arranca el móvil de las manos. —No puedes hacer esto, Harper. ¿Por qué vas a dejar que esta persona anónima tenga tanto control sobre tu vida? Dile que vas a ir a la policía.

—¿Y qué hará la policía? —recuperé mi móvil y escribí un mensaje que borré de inmediato—. No se ha hecho nada. Todo son amenazas.

—Pueden rastrear el número y ver quién está detrás —dijo Lila, golpeándose los muslos con las manos con un fuerte aplauso—. No dejes que te hagan esto.

—Me niego a dejar que mis actos arruinen sus carreras y sus reputaciones. ¿Tienes idea de por lo que han pasado? Fue mi decisión acostarme con ellos. Me corresponde a mí lidiar con las consecuencias —dije—. Escribí un segundo mensaje. —¿Cómo suena esto? —Se lo enseñé a Lila, y ella hizo una mueca antes de acabar suspirando.

—Ojalá te lo pensaras bien —dijo. Hizo girar su bebida entre sus manos, observándome por encima del borde del vaso—. Nunca te he visto tan feliz como hace una semana. No me gusta la idea de que todo eso desaparezca. Si no vas a decírselo a la policía, díselo a Dante. Parece el tipo de hombre que podría hacer que esto desapareciera.

—Sí, estoy segura de que podría —dije. Pero entonces tendría que enterarse de que no supe protegerlos y que necesitaba su ayuda. Con esa sola admisión, toda mi profesionalidad se iría al traste. Pulsé enviar en el mensaje y esperé. Había prometido enviar una foto como prueba de que había mandado el correo de mi dimisión. Lo enviaría a través de la dirección de correo electrónico principal vinculada a la web de Elevate, lo que protegía todas sus direcciones privadas. Jamás me perdonaría a mí misma si permitía que este psicópata se pusiera en contacto con ellos. Prometí que me marcharía y mantendría mi palabra.

Las lágrimas cayeron en una densa oleada que me hizo encoger los hombros. —Odio esto, Lila. El mismo día me entero de que voy a ser madre y pierdo a los hombres más importantes de mi vida. No es justo.

Ella se abstuvo de señalar que yo estaba siguiendo el plan del chantajista al renunciar a ellos. Podría arriesgarlo todo y luchar por conservarlos, pero ¿a qué precio?

25

ALEXANDER

Tres días. Tres putos días han pasado desde que recogimos a Harper en el hospital y la llevamos a casa. He vuelto a revisar los medios de comunicación para asegurarme de que no hayan aparecido fotos ni noticias desde que lo comprobé ayer.

Dante se encargó de las fotos con sus habituales tácticas de soborno e intimidación. Han funcionado, así que Julian y yo nos hemos mantenido al margen. He dejado de bajar por la pantalla al llegar a los titulares de ayer. Nadie habla de nosotros. La marea ha roto en nada cuando no han conseguido ninguna información jugosa.

Historias mediocres llenan las páginas y me provocan una punzada de satisfacción. —Malditos bastardos. Es todo lo que os merecéis. Historias de mierda sin alma. No vais a sacar nada de nosotros. —He cerrado el portátil y me he recostado con un gemido.

El silencio ha inundado la habitación. He pasado la yema de los dedos por el lugar donde Harper se sentó la última vez que la tuvimos aquí. He rememorado los sonidos que hacía, la forma en que nos respondía con tanto entusiasmo. Eso *sí* que causaría un escándalo en las noticias. Gracias a Dios que hemos eliminado todas las pruebas.

Una hoja de papel ha ondeado en la esquina de mi escritorio. Le he dedicado una mueca de desprecio, pero me he negado a tocarla. No he puesto ni un dedo encima de la carta de renuncia de Harper desde que Julian la dejó en mi mesa. La sacó del correo principal y la imprimió para mí antes de borrar el mensaje.

Yo era el responsable de encontrar a su sustituto. Pues mala suerte. No tengo intención de sustituirla. Si sigo ignorando la carta, no existe y Harper volverá con nosotros.

Nunca se me ha dado bien el rechazo. Racional. Disciplinado. Leal. Todas esas cosas encajan conmigo.

Rechazado, no. ¿Qué he hecho para que ella haya decidido dejarnos? He mirado el portátil cerrado y luego he tamborileado con los dedos sobre el escritorio. El ansia de autodisciplina me quemaba por dentro, tensándome los hombros. Solía castigarme de todas las formas creativas imaginables cuando sentía que perdía el control o pensaba que había hecho algo mal.

Dante y Julian me ayudaron a superar esa necesidad, pero perder a Harper lo ha hecho aflorar todo de nuevo. Prometí protegerla. Su padre esperaba que cuidara de ella. En lugar de eso, he permitido que fuera víctima de nuestros caprichos y, por la razón que sea, ha decidido dejarnos.

La carta ha vuelto a ondear; el borde arrugado ha quedado atrapado por una corriente de aire del aire acondicionado. He estampado la mano sobre el papel, lo he hecho una bola y luego lo he triturado en trozos minúsculos que he lanzado a la papelera. Han flotado por el aire como hadas borrachas antes de caer al suelo.

No se iba a ninguna parte. No hasta que lo oyera de sus propios labios, cara a cara. Respetaría sus deseos si quisiera terminar las cosas, incluso si yo deseara desesperadamente que lo nuestro funcionara.

¿Pero dimitir?

No. Eso la obligaba a ella a cargar con todo el peso de las consecuencias de nuestra indiscreción.

Un golpe corto y seco ha sonado en mi puerta un instante antes de que se abriera. He aprovechado ese único latido para relajar el puño.

Bethany ha entrado, con su cabello rubio cayendo en ondas alrededor de su rostro. Ha mirado a su alrededor con expresión abierta y curiosa. —Siento molestarle, señor. Estaba... —Se ha detenido a un par de metros y ha entrelazado las manos sobre el vientre. —¿Me preguntaba si sabía algo de Harper? No la he visto en unos días.

Así que Dante, Julian y yo no éramos los únicos que echábamos de menos su presencia. Es bueno saberlo.

—Me preguntaba si iba a volver a trabajar. —La mirada de Bethany se ha desviado hacia el suelo, probablemente curiosa por los trozos de papel triturados.

Me he levantado tan rápido que la cabeza me ha dado vueltas. —Yo no soy el guardián de los empleados. Ese es el trabajo de Recursos Humanos. —He hablado demasiado alto, demasiado rápido y con demasiada ira para una pregunta tan sencilla, y me he obligado a reprimir mi mal humor—. Pero me interesaré por ella.

Bethany se habalanceado sobre sus talones, abriendo los ojos tanto que me han recordado a dos platos. —Sí, señor. Por supuesto, señor. Solo estaba, bueno, preocupada por ella. Parecía tan fuera de sí durante nuestra última reunión.

—¿Has intentado llamarla? Habéis pasado algún tiempo juntas, supongo que intercambiasteis los números de teléfono. —La sangre me zumbaba en los oídos, casi bloqueando su respuesta.

—Sí. Es decir, tengo su número. Le envié un mensaje de texto, pero no ha respondido. —Ha dado un paso atrás—. Siento haberle molestado. Gracias. —Un asentimiento corto y seco ha hecho que su pelo cayera hacia adelante.

Joder. La he fastidiado. Mi intención era dar la impresión de ser demasiado importante como para preocuparme por Harper, pero oír su nombre amenazaba con exponer mis verdaderos sentimientos. He intimidado a Bethany con mi ira, y ella se ha escabullido por la puerta echando un rápido vistazo por encima del hombro. Esa mirada me ha recorrido de pies a cabeza, y una punzada de inquietud ha vuelto a cerrar mis puños.

—¿Hay algún problema? —he exigido saber.

—No. Por supuesto que no. Quería preguntarle si estaba bien. Parece enfadado.

—¿Ah, sí? —He soltado una carcajada y he apoyado las manos en las caderas—. Quizá no me gusta que me interrumpan con preguntas insignificantes que no tienen ninguna relevancia para mí. —Cada palabra dolía mientras una mentira se apilaba sobre otra.

Bethany me ha dejado solo, con el rostro volviéndose cuidadosamente inexpresivo. Bien. Su interrupción ha demostrado una cosa: no resultaba nada fácil pasar los días sin Harper.

He tardado menos de un segundo en tomar una decisión. He esperado a que Bethany tuviera tiempo de llegar a su mesa, luego he salido y he doblado la esquina para entrar en el despacho de Julian. —Tenemos que hablar. —Me he detenido en medio de la habitación—. Dios, Julian. ¿Qué demonios ha pasado aquí?

Su despacho, normalmente impoluto, parecía haber sido arrasado por un equipo de demolición. Todos los cuadros que solían colgar de las paredes estaban en el suelo. La mitad estaban triturados. La otra mitad tenía los marcos rotos y los bordes deshilachados. El sofá estaba volcado, con los cojines amontonados en una esquina.

Al igual que Dante, Julian tenía su propio mueble bar privado, y el intenso aroma a escocés hacía que toda la habitación oliera como un bar de lujo.

Julian estaba sentado en el alféizar de la ventana, con el pelo revuelto y los ojos inyectados en sangre. —No me gustaba cómo se veía. Decidí que me importaba una mierda. —Ha sacudido la cabeza —. No me he follado a los putos muebles. He dicho que a la mierda y he destrozado el lugar. Toda mi vida está en ruinas. ¿No debería el exterior verse tan destrozado como el interior?

Joder. Sabía que nos estaba afectando mucho lo de Harper, pero no tenía idea de que para Julian estuviera siendo tan malo.

Dante ha entrado hecho una furia, con los ojos echando chispas y las aletas de la nariz vibrando. —Bien, ya estás aquí. —Ha recorrido la habitación con la mirada y su cuerpo se ha tensado—. Creo que ya le hemos dado a Harper suficiente tiempo.

—Gracias a Dios. —He cogido la chaqueta arrugada de Julian del suelo y la he sacudido—. Vamos, tronco. Vamos a verla.

—¿En serio? —Sus ojos se han iluminado como los de un niño en Navidad al ver su primer árbol. El dolor en mi pecho se ha intensificado. Pobre tonto borracho. Si él era un tonto, todos lo éramos.

—Sí. —Dante ha hecho sonar sus llaves—. No ha respondido a nuestros mensajes. Es hora de ver cómo está. Si quiere que nos larguemos, que nos lo diga a la cara, pero necesito saber que está bien.

—Tenemos que esperar hasta más tarde. Si nos vamos todos ahora, levantaremos sospechas. —Lo he señalado porque ninguno de los dos parecía capaz de ver las posibles repercusiones. Aunque, por otra parte...—. Estoy hasta los putos huevos de andarme con rodeos. Quiero ver a Harper. Llevo días sintiéndome fatal por pensar que está en el hospital y nosotros sin saber nada.

—Lo sabríamos. —Dante ha hecho girar las llaves en su dedo—. Lila nos lo diría. O mi contacto en el hospital.

—Mierda, Dante. No puedes decirle a alguien del hospital que te llame si ingresan a Harper. —He levantado las manos al aire para no retorcerle el cuello.

—Claro que puedo. Me es leal. No hay dinero en el mundo que pueda comprarlo. —La sonrisa de suficiencia de Dante ha hecho aparecer hoyuelos en sus mejillas—. Y ahora, ¿vamos a ver a Harper o vamos a quedarnos aquí parados como unos capullos?

—Vamos. —Julian me ha quitado la chaqueta y se la ha echado al hombro. Con una sonrisa y un guiño, se ha remangado la camisa—. Veamos si es capaz de decir que no a esto.

He evitado poner los ojos en blanco, pero le he seguido hasta el ascensor privado y de allí al coche de Dante.

Apenas hemos hablado durante el trayecto, y un momento de vacilación nos ha mantenido a todos pegados al asiento cuando Dante ha entrado en el camino de entrada.

La casita azul de Harper tenía un aspecto exterior encantador y artístico. Unas pequeñas jardineras enmarcaban las ventanas delanteras, y las cortinas blancas impedían que cualquier vecino cotilla pudiera ver el interior de la casa.

Un perro ladraba en el jardín del vecino y una pareja caminaba por la acera de enfrente.

Ahora o nunca. He abierto la puerta y me he bajado. Julian le ha seguido desde el asiento trasero y luego me ha pasado de largo para llamar a la puerta principal. Los primeros indicios del crepúsculo rozaban el tejado de la casa; el día finalmente se deslizaba hacia la noche.

Julian ha vuelto a llamar. —Abre la puerta. Abre la puerta. Abre la puerta. —Lo murmuraba entre dientes mientras ponía las manos en copa alrededor de sus ojos para intentar mirar a través de la estrecha ventana ovalada en el centro de la puerta.

Nadie se movía dentro.

Julian ha llamado por tercera vez. —Harper, por favor. Tenemos que hablar contigo.

Se ha oído el crujido de unos pasos, luego el cierre ha hecho clic y la puerta se ha abierto.

He inhalado una bocanada de aire, intentando prepararme para el golpe de ver a Harper. Solo que no era ella quien estaba en el umbral.

Lila nos miraba, con una mano en la cadera y la otra en la puerta. —¿Qué hacéis aquí?

—Buscamos a Harper. No ha contestado al teléfono. —Dante se mantenía erguido y orgulloso, pero la pesadumbre marcaba su rostro—. ¿Está aquí?

Lila ha abierto mucho los ojos. —¿No habéis hablado con ella?

Hemos negado con la cabeza, pero yo me he adelantado para responder. —¿Pasa algo malo? Recibí su carta de renuncia, pero nada más. Hemos estado preocupados. —Si Lila sabía algo de nuestra relación con Harper, lo mantenía en secreto. Por otra parte, ver a los tres jefes de Harper aparecer en su puerta —y en el hospital— tenía que hacerla sospechar. ¿Sabía quiénes éramos y qué sentíamos por Harper? Las mejores amigas solían contárselo todo, pero Harper nunca hablaba mucho de su vida fuera del trabajo.

—No he visto a Harper en unos días, pero estoy segura de que está bien. —Lila ha empezado a cerrar la puerta—. Lo siento, tengo que volver al trabajo.

—Si está aquí y está intentando evitarnos, sería más fácil si saliera y lo dijera directamente. —Julian se ha cruzado de brazos y ha mirado fijamente a Lila.

—No puedo hablar con vosotros sobre Harper. Es mi mejor amiga. Estoy de su parte.

—¿Incluso si crees que se equivoca? —No tenía base para esa observación, aparte de años de leer a la gente durante las reuniones.

El constante cambio de peso de Lila y su negativa a sostenernos la mirada durante mucho tiempo significaban que estaba incómoda. ¿Por qué?

—Tenéis que hablar con Harper. Le diré que habéis estado aquí. No puedo prometer que sirva de nada, pero estoy segura de que querrá saber que estáis preocupados. —Su sonrisa se ha tensado y nos ha cerrado la puerta en la cara.

—Joder. —Julian se ha tirado del pelo y ha dado una patada a la pared.

Su alarido ha resonado en todos nosotros, pero Dante y yo hemos logrado mantener la compostura hasta que nos hemos subido al coche y nos hemos alejado.

26

HARPER

Sentarme en el porche delantero con los pies apoyados en la barandilla mientras las olas rompían se había convertido en mi actividad nocturna favorita. Cerré los ojos y aparté mis dudas y miedos. —Todo va a salir bien, pequeño —acaricié mi vientre y suspiré. Había pasado la última semana leyendo cada libro y página web sobre el embarazo que había podido encontrar. Quería saberlo todo sobre la gestación, el parto y qué esperar. Una cosa sabía con certeza: este bebé lo era todo para mí.

Unas risas resonaron desde la playa, seguidas por el sonido de pasos corriendo. Sonreí ante la imagen mental de los hijos de mi vecino persiguiéndose entre la espuma del mar y entrando en la casa. Lo habían hecho todas las noches desde mi llegada, creando el primero de los muchos patrones que he adoptado desde que vine aquí.

Mi teléfono sonó y lo cogí, esperando hasta el último momento para abrir los ojos y mirar la pantalla. Lila. El nudo inicial de miedo se relajó en una sonrisa y respondí con un alegre: —Hola, tú. ¿Cómo va todo?

—Buen intento —bufó Lila al otro lado de la línea—. Tienes un buen lío montado, Harper. Me mentiste. Me dijiste que te habías

encargado de todo en el trabajo.

—Y lo hice —me incorporé, y mis pies resbalaron de la barandilla golpeando los tablones de madera con un golpe seco.

—¿Lo hiciste? ¿Entonces por qué tres hombres muy grandes y muy alterados —los mismos hombres que te rescataron del hospital, añadiré— se han presentado hoy en casa preguntando si estabas bien?

¿¿Han preguntado por mí? Mi estúpido y frágil corazón se puso en marcha, revoloteando en mi pecho como un completo idiota.

—Están preocupados, Harper. Lo mínimo que puedes hacer es avisarles de que estás a salvo. Pensé que entrarían por la fuerza en casa y lo pondrían todo patas arriba buscándote —soltó una carcajada típica de Lila, que era parte fastidio y parte adoración—. Los estás destrozando y te quiero, pero no es justo tenerlos así en vilo. Aunque no les digas por qué te fuiste, diles que estás bien. Les debes al menos eso.

—Lo sé —me pasé una mano por la frente y bajé por la mejilla—. Me preocupaba no ser capaz de marcharme si hablaba con ellos antes.

—Han pasado tres días. Estás escondida. Mientras no les digas dónde, puedes seguir ocultándote.

Ese era el problema, sin embargo. No tenía ni idea de si podría mantener el secreto si me preguntaban. Tenía tantas ganas de verlos que me dolía físicamente ignorar sus mensajes. Debería haber respondido. Elegí el camino del cobarde al ignorarlos. Y ahora pensaban que podía estar herida.

Sí, me he portado fatal. —Les enviaré un mensaje. Para que sepan que estoy bien.

—¿Estás bien? ¿Has recibido más mensajes?

Puse la mecedora en movimiento; el crujido de la madera acompasaba el romper del agua contra la arena justo fuera de mi

vista. La vieja casa de verano de mi padre en Virginia Beach pasó a ser mía tras su muerte. No había vuelto en años, pero la paz y la soledad eran exactamente lo que mi corazón roto necesitaba.

—No. No más mensajes —rasqué una lasca de pintura azul de la silla y la arrojé al suelo—. ¿Qué les dijiste?

—Nada. Si quieres esconderte sola en la playa, ese es tu problema. Solo quería que supieras que no estoy segura de cuánto tiempo más podrán aguantar. Puede que se calmen si oyen que estás a salvo.

Puede. Tendría que arriesgarme. Siempre podría enviarles un mensaje y luego bloquear sus números. Eso me ayudaría a evitar cualquier tentación en el futuro.

Pero no quería bloquearlos de mi vida. Eran una experiencia que nunca olvidaría. Tenía que proteger eso. —Gracias, Lila. Siempre me cubres las espaldas.

—Hasta la muerte, hermana —Lila volvió a reír, y esta vez sonó más natural—. Llámame si necesitas algo.

—Eres la mejor. Te agradezco que me cubras las huellas. Les escribiré para que dejen de preocuparse.

—Bueno, no sé si *dejarán* de hacerlo, pero podría ayudar.

—Te echo de menos —continué meciéndome, y mi estómago rugió recordándome que necesitaba comer. Sentarme aquí fuera a contemplar mi vida y las decisiones que tenía que tomar mantenía mi mente agitada día tras día. Y todavía no lo tenía claro. ¿Cómo podía reconciliar la vida que había creado en Nueva York con un futuro que incluía un bebé y no a los hombres que habían engendrado a dicho niño?

—Yo también te echo de menos. Vuelve a casa cuando puedas. Que espero que sea pronto. La casa está insoportablemente silenciosa sin ti.

—Veré qué puedo hacer —terminé la llamada tras un rápido adiós y me quedé mirando el móvil, escribiendo y volviendo a escribir el mensaje que sabía que debía enviar. Esconderse en la casa de papá era una cosa.

Esconderse de Julian, Dante y Alexander era algo completamente distinto. Era la salida del cobarde. Necesaria en esta situación, pero lo suficientemente cobarde como para que me doliera cada vez que me permitía pensar en ello. ¿Qué podría decirles que les hiciera entender pero que no lo revelara todo?

Si se enteraran de las amenazas, se volverían locos de remate.

Cambié del mensaje a medio formar al número desconocido. Había guardado cada mensaje y los había leído con tanta frecuencia que se me habían quedado grabados en la memoria. Los leí de nuevo, solo por probar. ¿De quién podían ser? Aparte de Lila, no le había contado a nadie mis planes de dejar Nueva York. Mi correo electrónico con mi dimisión citaba unas vacaciones con una excedencia prolongada como motivo de mi partida, pero no había mencionado que me marchaba del estado.

Y, aun así, no he recibido ni un solo mensaje amenazante desde que envié mi renuncia. Quienquiera que enviara los mensajes misteriosos debía de estar vigilando sin que yo lo supiera.

Se me erizó la piel ante la repentina sensación de estar siendo observada. Me estremecí y me rodeé el vientre con los brazos. La sensación persistió, pasando de un hormigueo de inquietud a un escalofrío por todo el cuerpo que me puso los pelos de punta. Miré a izquierda y derecha, pero nada destacaba. No lo haría, y dejé que ese conocimiento me impulsara a ponerme de pie y entrar en la casa. Cerré la puerta con llave tras de mí y corrí todas las cortinas. Nadie me conocía aquí, y la pequeña casa de playa de paredes blanquecinas y decoración marinera se había alquilado tantas veces a través de Airbnb que los vecinos ni se inmutaron cuando llegué y descargué el coche.

Comprobé las cerraduras de las puertas y luego las ventanas, terminando de cerrar las últimas cortinas. Un repentino sentimiento de claustrofobia me asaltó. Ya me habían obligado a dejar mi trabajo y mi hogar. ¿Me habían seguido también hasta aquí con la intención de llevar a cabo alguna otra actividad nefasta?

¿Y si la persona que me vigilaba se diera cuenta de que nunca abortaría y decidiera arruinar la reputación de mis hombres por despecho? ¿Y si...? ¿Y si...?

Podría estar con los «y si» todo el día, todos los días, y aun así no llegaría a ninguna respuesta concreta. Nunca las tendría mientras la persona que manejaba mis hilos permaneciera en las sombras.

Quería que saliera a la luz, que fuese expuesta ante el mundo entero. Pero eso nos ponía en riesgo a todos, y ese era el objetivo de la maldita renuncia y de mi traslado a otro estado.

Saqué uno de los pollos asados de la nevera y añadí una guarnición de patatas y judías verdes, junto con un vaso de té. Comprobando las ventanas una última vez, llevé mi comida al rincón del desayuno escondido en la esquina trasera de la cocina y me acomodé en el banco. Solía comer aquí todos los días durante las vacaciones de verano. Papá siempre se tomaba el verano libre y veníamos aquí. No me di cuenta de lo extraño que era hasta que fui a la universidad y todos mis amigos hablaban de cuánto odiaban a sus padres. Hablaban de reglas y de cómo se habían rebelado, de cómo amaban la universidad porque significaba tener por fin libertad.

Yo no los entendía. Papá era maravilloso. Nunca, ni una sola vez, quise a nadie más como padre. —Eso es lo que voy a ser para ti —me toqué la barriga—. Muy pronto podré sentir cómo te mueves ahí dentro. Voy a enseñarte tantas cosas. Voy a quererte y a protegerte con todo mi corazón. Puede que solo tengas a uno de tus padres, pero seré la mejor madre del mundo.

Papá me enseñó cómo hacerlo y yo llevaré ese legado adelante con mi bebé.

Pero por ahora tenía que enfrentarme a los hombres que me habían ayudado a llegar a este punto. Dejé el móvil junto al plato y redacté un mensaje.

Siento no haberme puesto en contacto. Estoy bien. No hay necesidad de que os preocupéis. No volveré al trabajo y os deseo todo lo mejor.

Lo leí cinco veces, consideré añadir un toque de «os quiero», pero resistí por el margen más estrecho. Si admitía mis sentimientos, puede que ellos hicieran lo mismo.

Me preguntaría si realmente lo sentían, aunque mi cabeza me decía con frecuencia que estos hombres no hacían nada que no quisieran hacer. Y si me correspondían, me sentiría aún más tentada a decirles la verdad y dejar que el infierno devorara a la persona que me estaba chantajeando.

Lo cual podría ser lo mejor. Excepto que todo volvía a la razón por la que me fui en primer lugar. Yo no valía que ellos perdieran su reputación. No hundiría a toda la empresa porque me hubiera enamorado de mis tres jefes. Me comí la cena y aparté el plato para centrarme en el mensaje. Demasiado soso. Demasiado ensayado. Necesitaba algo más.

Añadí: *Estoy en un lugar seguro y tengo la intención de quedarme allí. No quiero que me busquéis.*

Se me amargó el gesto ante la mentira, pero pulsé enviar antes de que pudiera cambiar de opinión.

La comida se me revolvió en el estómago, obligándome a levantarme. Llevé los platos al fregadero y los lavé uno a uno, concentrándome en cada mota de suciedad para evitar cuestionar el mensaje que acababa de enviar.

¿Cuánto tiempo podría esconderme aquí realmente? Tendré que trabajar tarde o temprano. ¿Y qué pasará con el cuidado del bebé? ¿Qué tipo de trabajo encontraré en Virginia? Tendré que poner mi

empleo anterior, y cualquier empleador que se precie llamará a Elevate para preguntar por mí.

Esa sola llamada revelaría mi ubicación. Pero para entonces, puede que ya me hubieran olvidado.

Sinceramente, era bastante atrevido por mi parte pensar que tenía algún derecho sobre sus corazones. Una vez que leyeran mi mensaje, se rendirían y seguirían adelante.

Vaya mierda de vida. Odiaba la idea de ellos con cualquier otra persona. —Haz lo que tengas que hacer, Harper —revisé mi teléfono porque no pude evitarlo.

No había mensajes nuevos. Abrí el hilo y una pequeña palabra me desgarró el corazón. *Leído*. Habían visto el mensaje y no habían respondido.

Todo lo que había pedido, me lo habían concedido.

No me escribirían de nuevo.

Los había perdido para siempre.

Joder. ¿Por qué dolía tanto? Era lo correcto, y me odiaba por ser tan débil que me costaba todas mis fuerzas dejar el teléfono y retirarme a otra habitación antes de derrumbarme y decirles que no sentía ni una sola de mis palabras.

27

DANTE

Había pensado que unos días sin Harper me volverían loco. Tras dos meses sin una sola palabra de ella, mi vida no tenía sentido. El trabajo no me aportaba ninguna alegría. Mi ático no significaba nada para mí sin la esperanza de oír su risa filtrándose a través de las paredes.

Cada maldito día, el dolor de su ausencia empeoraba. Todos lo sentíamos. Julian prácticamente había dejado de comer y dormir.

Alexander hablaba a base de gruñidos, apenas logrando mantener un tono civilizado durante las reuniones. El peso de mantenernos unidos recaía sobre mis hombros, y me estaba desmoronando lentamente bajo la embestida.

No había forma de seguir adelante. Se nos había dado la oportunidad y el amor de nuestra vida, y nos las habíamos apañado para fastidiarlo.

Hacía casi una semana que no hablábamos de cómo encontrar a Harper. El primer mes sin ella, éramos como animales obsesionados con alcanzarla. Si tan solo pudiéramos encontrarla y hablar con ella en persona... pero eso no era lo que ella quería. Harper no quería

ser perseguida. Quería que la dejaran sola. Habíamos prometido obedecer sus deseos y respetar su distancia.

Lo habíamos intentado. Aguantamos apenas tres horas antes de que Alexander pusiera todos los motores de búsqueda a su disposición a rastrear el paradero de Harper.

Julian llamaba a Lila de forma obsesiva y sin éxito.

Día tras día, nuestra esperanza flaqueaba. Pronto, no quedaría nada de nosotros excepto el fino hilo de amistad al que lográbamos aferrarnos como nuestro único salvavidas.

Incluso había vuelto a la casita de Harper y Lila e intentado hablar con ella en persona. Pensé que podría averiguar algo más sobre el paradero de Harper si nos veíamos cara a cara. Si Lila sabía dónde se escondía Harper, se las arregló para mantenerlo bajo llave. Debía reconocerle el mérito: Lila era una caja fuerte de secretos en lo que a Harper se refería. No me importaría en cualquier otra situación.

Era honorable. Y estuve a punto de sentir la tentación de estrangularla por ello.

Aparté la mirada de la ventana y la forcé a volver a la pantalla del ordenador portátil, donde el informe de ganancias mensuales parpadeaba en largas filas de números. Elevate iba bien. Al menos eso no era motivo de preocupación.

Me pasé una mano por el pelo y me agarré la nuca.

La puerta se abrió con un suave deslizamiento de la madera sobre la alfombra. Bethany estaba en el umbral, con una ligera vacilación enmarcándola bajo la luz del pasillo. Llevaba una falda corta con un top ajustado que apenas le cubría el abdomen. Cada día de esta semana, sus atuendos eran más cortos y escandalosos.

Hoy *no* estaba de humor para estas gilipolleces.

—Tengo sus mensajes —. Incluso su voz había cambiado y adquirido un tono sensual que nunca le había oído usar. Balanceó las caderas

mientras avanzaba sobre unos tacones ridícululamente altos, con un fajo de papeles bajo el brazo.

—Puedes dejarlos sobre el escritorio —dije, y señalé el punto de la esquina donde siempre los ponía y seguí mirando la pantalla del ordenador—. Las cosas se habían complicado bastante desde la ausencia de Harper. Lo último que necesitaba era que Bethany se hiciera falsas ilusiones.

Caminó hasta el mismo borde del escritorio y se inclinó. ¿Quién narices necesitaba inclinarse para dejar unos mensajes en una mesa? Nadie. Lo que significaba que lo estaba haciendo deliberadamente para que su escote sobresaliera por la parte superior de la camiseta. La visión de sus descarados intentos de enseñarme los pechos alimentó un rapto de ira tan profundo que me palpitó en las entrañas.

—¿Aquí? —dejó los papeles y luego los deslizó hacia mí con un dedo. Su sonrisa se ensanchó y yo estaba seguro de que se creía hermosa.

Lo era, de una forma clásica, pero a mí no me decía nada.

Quería a Harper. A nadie más.

—Espero que no le importe, pero le he traído algo más —. Se irguió y sacó pecho antes de posarse en el borde del escritorio.

—Por favor, abstente de sentarte en mi escritorio. Es un lugar de trabajo, no una silla.

Saltó como si la hubieran pinchado con un hierro al rojo vivo.

—Oh, por supuesto. Nunca ha sido mi intención faltarle al respeto.

Arqueé una ceja y cogí mis mensajes, ojeándolos mientras ignoraba su postura sugerente.

—¿Has dicho que me has traído algo más? ¿Hay algún problema?

Si pretendía ser mona y coqueta, no le estaba funcionando.

—No. No, señor. Ningún problema —sus labios se curvaron en un ligero mohín—. Quería informarle de que hay una fiesta en el bar de la calle de abajo esta noche. Pensé que le gustaría venir. Ya sabe, ¿para soltar un poco de presión? —su mirada recorrió mi cuerpo.

Otra vez con las indirectas. Luché contra el impulso de poner los ojos en blanco. Era demasiado viejo para recurrir a tales dramas de adolescentes. Pero maldita sea si no tenía ganas de echarla de mi despacho y decirle que no volviera nunca.

—No —mi respuesta salió como un ladrido brusco que brotó del pozo de ira en el que llevaba cociéndome meses.

—Vaya —su sonrisa decayó—. Bueno. Ya sabe, si alguna vez hay algo que pueda hacer por usted... —inclinó la cabeza hacia un lado, dejando que el cabello le cayera sobre el hombro—. Siempre estoy disponible.

—Agradezco que formes parte de nuestra empresa. Has sido una empleada leal y trabajas duro —enseñé los dientes en un simulacro de sonrisa—. Si eso se está convirtiendo en un problema para ti, o si las líneas entre empleada y empleador se están desdibujando, puedo encargarme de dejarlas claras.

Tragó saliva con los ojos muy abiertos.

—Jamás pondría en peligro mi puesto aquí. Solo pretendía ser amable —el giro de ciento ochenta grados fue divertido de observar, y la dejé tartamudear un rato—. Podría ayudar con los rumores, ¿sabe? El resto de empleados están acostumbrados a verle más a menudo. Ha estado... ausente en muchas de las reuniones a las que solía asistir.

—Gracias por esa perspicaz recomendación sobre cómo debería dirigir *mi* empresa —escupí la respuesta educada, pero la idea de seguir siendo amable más de lo necesario se terminó—. Puedes marcharte. Si necesito algo, puedo encargarme yo mismo —que se tomara eso como quisiera.

La sonrisa radiante desapareció por completo mientras daba media vuelta y salía furiosa con un bufido. Su decepción se había convertido en ira tan rápido que casi no me di cuenta. Había pensado que entraría vestida como en una película porno y esperaba que yo mordiera el anzuelo como un buen chico que no puede controlar sus impulsos.

Eso *sí* que casi me hizo sonreír. Tenía más autocontrol que cualquier hombre con el que probablemente hubiera estado, y no estaba de humor para que me agitara las tetas pensando que eso era todo lo necesario para que yo le arrancara la ropa.

Harper era la única persona en el mundo que había amenazado mi autocontrol. Daba tanto como recibía, y me volvía loco con la necesidad de darle placer. Estar en la misma habitación que ella iluminaba mi vida de formas que no sabía explicar.

Haría cualquier cosa por ella. Excepto dejarla sola. Eso había resultado ser más difícil de lo que jamás esperé. Gruñí ante el creciente pozo de inquietud que se me aferraba a la nuca.

Bethany no era la única que tonteaba con la idea de un romance en la oficina. Ella había sido la más sutil, pero había recibido al menos tres proposiciones por semana desde que el nido de rumores empezó a girar en torno a Harper.

Su repentina desaparición había ayudado a apaciguar las habladurías en lo que respectaba a los tabloides, pero dentro de Elevate el cotilleo seguía al rojo vivo. Todas creían que tenían una oportunidad.

Incluso una mujer me había dicho que no tenía por qué sufrir teniendo sexo con una mujer como Harper cuando podía estar con alguien como ella, como si Harper estuviera por debajo de nosotros. Le pregunté quién coño se creía para juzgar con quién se acostaba nadie.

Se quedó blanca como el papel y, aunque básicamente había confirmado los rumores, eso la calló en seco; era una de las pocas

que no se había atrevido a acercarse a mí por segunda vez.

Los mensajes no eran más que un montón de tonterías. Solo uno era real, un aviso de uno de nuestros proveedores de que el pedido de café que habíamos solicitado se había retrasado. Se lo pasaría a Julian. Él prefería encargarse del café después de descubrir que Harper había estado bebiendo un brebaje mediocre en el rincón del café. Intenté de nuevo concentrarme en los informes de ganancias. Bailaban ante mis ojos desenfocados. Cuanto más intentaba concentrarme, más se me escapaba el pensamiento hacia Harper.

¿Qué estaría haciendo? ¿Dónde estaría? Todas nuestras búsquedas no daban resultado. Ni rastro de su ubicación.

La puerta se abrió de golpe y levanté la cabeza, con una réplica airada en la punta de la lengua, pero no era Bethany regresando para un segundo intento.

Julian cruzó la habitación a toda prisa, con el pelo y la mirada descontrolados. Había dejado de usar chaqueta y de taparse los tatuajes. Parecía en todo sentido el multimillonario rebelde y furioso que una vez fue el alma de la ciudad como uno de los solteros más codiciados de Nueva York.

Apoyé las manos en el borde del escritorio y me puse en pie. —¿Qué pasa? ¿Es Harper? —. Mis pensamientos siempre volaban directos a ella. Nada, excepto Harper o uno de nosotros, podía ponerle esa mirada salvaje, y yo estaba bien, así que solo podía significar Harper o Alexander.

Él asintió y se pasó la mano una y otra vez por el pecho como si le doliera el corazón. Si se sentía como el mío, se sentía roto en un millón de fragmentos que rozaban y pinchaban con cada respiración. Nada volvería a estar bien en nuestro mundo hasta que tuviéramos a Harper de nuevo.

—Lila ha llamado —. Se atragantó y soltó un suspiro estremecedor. —Harper está en problemas.

28

JULIAN

Harper nos necesitaba. El pulso constante de esa necesidad me golpeaba el pecho con tal fuerza y rapidez que apenas me dejaba espacio para respirar. Había estado suspendido en este estado constante de incertidumbre, temiendo que no volveríamos a verla nunca, que no volveríamos a oír su voz. Me había destrozado. Me había hundido. Dante estaba preocupado por mí. Qué demonios, yo estaba preocupado por mí mismo.

¿Cómo explicaba que perder a Harper era como perderlo todo? No media parte de mi corazón, sino mi corazón y mi alma enteros.

De pie en el despacho de Dante, con las palabras de Lila martilleándome la cabeza, sabía una cosa con seguridad: no me iba a quedar en Nueva York bajo ninguna circunstancia.

—¿A qué te refieres con que Harper está en apuros? —Dante se alzó tras el escritorio con el semblante ensombrecido.

—Vuelvo enseguida. —Me di la vuelta y salí de la habitación de un salto, deteniéndome en seco ante el escritorio de Bethany—. Llama a nuestro piloto y dile que prepare el helicóptero. —No esperé a su respuesta, sino que volví corriendo al despacho de Dante y le

expliqué lo que sabía—. Me ha llamado Lila. Harper está en un hospital en Virginia.

Dante levantó ambas manos con un rictus en la boca.

—¿En Virginia?

—Sí. Estaba muerta de miedo, Dante. Nunca había oído a nadie sonar así. Ha dicho que necesitaba que la ayudáramos a llegar a Virginia lo antes posible.

—¿Bethany está preparando nuestro helicóptero? —Se inclinó hacia delante y miró más allá de mí. Se veía el borde del escritorio de Bethany; la mujer estaba sentada con el teléfono en la oreja y hablaba por los codos.

—Más le vale. Si está haciendo cualquier otra cosa, la despido ahora mismo. —No tenía reparos en echarla. Llevaba semanas poniéndome de los nervios. Saqué el móvil del bolsillo y llamé a nuestro chófer personal. Respondió al primer tono—. Oye, Brad, necesito que recojas a alguien por mí. —Le solté el nombre y la dirección de Lila, y colgué después de que Brad lo confirmara—. Estará aquí en menos de una hora.

—He contactado con Anthony. Ha dicho que estará listo en una hora. —Bethany asomó la cabeza por la puerta, pasando la mirada de mí a Dante, donde se detuvo—. ¿Alguna cosa más?

—No. —Respondimos al unísono, y ella se retiró con una mueca.

—Busca a Alexander. —Dante señaló hacia la puerta abierta.

—Ya estoy aquí. —Alexander entró corriendo, con los puños cerrados y el rostro tenso—. Ponme al día. Solo he oído algo de un helicóptero.

Le hice el mismo resumen antes de que nos dirigiéramos al ascensor. Teníamos tiempo que perder, pero ninguno de nosotros sería capaz de quedarse quieto mientras esperábamos. Necesitaba movimiento.

El caos en mi cabeza y en mi corazón exigía más de lo que ya habíamos hecho, pero no quedaba nada excepto esperar.

Media hora después, Brad escoltó a Lila hasta la azotea, donde todos nos encontrábamos en diversas etapas de un miedo esperanzador. Había caminado de un lado a otro hasta que me dolieron las piernas, pero no podía parar.

Dante permanecía tan inmóvil que parecía haberse convertido en piedra. Alexander alternaba entre caminar, soltar tacos y quedarse en el borde de la azotea mientras acribillaba a Anthony con preguntas sobre cuánto tardaríamos en ponernos en marcha.

Solo cuando Anthony le espetó que cuantas más preguntas hiciera, más tardaríamos, Alexander le dejó por fin en paz.

Lila se acercó deprisa, con una mochila colgada de un hombro. Se apartó el pelo de la cara y señaló el helicóptero.

—¿Estamos listos?

—Casi. —Me subí las mangas por encima de los codos cuando el viento intentó bajármelas.

Anthony nos hizo una señal.

—Subid.

Nos amontonamos en los asientos y le pasé unos auriculares a Lila. Minutos después, estábamos en el aire con todo Nueva York bajo nosotros.

—Cuéntanos qué ha pasado. —Señalé a Lila y luego me toqué los auriculares para indicarle que podríamos oírla.

Ella negó con la cabeza y su voz salió carrasposa a través del intercomunicador.

—No me corresponde a mí hablar de ello. Harper os contará lo que quiera que sepáis.

—¿Sabe que vamos? —Dante se inclinó hacia delante.

Lila hizo una mueca.

—No. Me llamó y me pidió que bajara. Me di cuenta de que algo iba mal, y al final admitió que la habían ingresado en el hospital. Tardaría demasiado en coche y no puedo permitirme un vuelo. —Se encogió de hombros—. Os llamé porque sospechaba que estaríais dispuestos a llevarme.

—Me alegro de que no intentaras decirnos que no podíamos acompañarte. —La mirada sombría de Alexander chocó con la risa de Lila.

Ella hizo un gesto con la mano que nos incluía a todos.

—Sabía que eso nunca pasaría. —Hizo una pausa y bajó la vista—. Por lo que valga, me siento mal por no poder deciros nada. No va a cambiar mi decisión, pero quería que lo supierais.

—Agradezco tu lealtad hacia ella. Todo el mundo debería tener al menos una amiga así. —Intenté sonreír, aunque me salió una mueca —. Es una faena para nosotros porque queremos estar con ella y entender por qué nos alejó. Pero valoramos que seas fiel a vuestra amistad. —Su terquedad me volvía loco, pero aun así la admiraba. No mucha gente era capaz de mirarnos a la cara y decir que no. Lila lo hizo varias veces. Los auriculares mantenían a raya el estruendo de las palas, pero la ráfaga de viento que azotó el helicóptero cuando Anthony inclinó el morro hacia delante hizo que se me revolviera el estómago.

La conversación decayó; los cuatro estábamos perdidos en nuestros propios pensamientos, que probablemente giraban en torno a Harper. Nuestra preocupación llenaba la cabina con un hedor a miedo, y para cuando Anthony aterrizó y desembarcamos en el hospital, yo tenía suficiente energía nerviosa como para alimentar el vuelo de vuelta.

Dos guardias de seguridad nos recibieron en el helipuerto y le ordenaron a Anthony que se marchara. Habíamos llamado con antelación para obtener permiso para aterrizar, pero cada minuto contaba y no podíamos ocupar demasiado tiempo por si el hospital necesitaba la pista.

Un guardia nos condujo al interior del hospital y hacia una sala de seguridad.

—¿Sabes dónde está Harper? —Dante le tocó el hombro a Lila.

Ella consultó su teléfono.

—Tercera planta. Habitación 769.

Dante acompasó el paso al del guardia.

—¿Puede llevarnos allí?

El guardia consultó una carpeta y nos miró a cada uno de nosotros.

—Puedo indicarles dónde está el control de enfermería más cercano. Ellas se encargarán a partir de ahí.

Las paredes blancas y deslucidas pasaron volando mientras nos movíamos a un trote rápido.

Nuestro guardia nos guio hasta una batería de ascensores y pulsó el botón. Los cinco nos apretujamos en el estrecho espacio y esperamos una última vez.

Cuando las puertas se abrieron, Dante encabezó la carga hacia el control de enfermería, donde cuatro mujeres observaron nuestra llegada con los ojos muy abiertos.

Una se puso en pie; era una mujer mayor, de pelo canoso y gafas de pasta que habían vuelto a ponerse de moda.

—¿Puedo ayudarles?

—Harper Bloom. —Dante soltó su nombre con el mismo tono autoritario que usaba en la sala de juntas—. Necesitamos verla.

—¿Y quiénes son ustedes? —Se puso las manos en sus anchas caderas y miró a Dante con severidad.

Él dijo nuestros nombres, señalándonos uno a uno.

Joder. No nos iba a dejar entrar. Me di cuenta en el mismo momento en que todos los demás contenían el aliento a la vez.

La enfermera —Rose, según la tarjeta que le colgaba del cuello— tecleó en el ordenador y recorrió la pantalla con la vista, haciendo un sonido de duda.

—Me temo que no veo ninguno de sus nombres, excepto el de Lila. —Le sonrió a Lila—. Tú puedes pasar, cielo.

Lila nos dedicó una sonrisa triste y se apresuró hacia las puertas cerradas con un teclado numérico, que una de las enfermeras tuvo que desbloquear pasando su tarjeta. Las puertas se abrieron y Lila se coló dentro. Me eché hacia atrás, con la esperanza de vislumbrar al menos la habitación en la que estaba Harper. Nada más que más paredes blancas vacías y puertas cerradas.

La expresión de la enfermera se endureció al volverse hacia Dante.

—El resto de ustedes pueden esperar allí. —Señaló la sala de espera.

Un peso que me aplastaba el alma aterrizó en mi pecho. Me lo froté con una mano.

—Por favor. No lo entiende. Necesitamos verla.

—Cuando ella diga que pueden pasar, estaré encantada de dejarles entrar. —Las duras líneas de su rostro permanecían tensas y frías—. Aquí creemos en la privacidad, y la señorita Bloom no ha puesto a nadie más que a Lila en su lista de contactos de emergencia.

—¿Ha revisado todo su papeleo? —Si Harper había estado en Virginia todo este tiempo, podría tener documentos que nos dieran

acceso—. ¿Entró por urgencias?

—Joven, estoy perdiendo la paciencia. Esto es un hospital y estamos obligados a seguir ciertas normas y leyes. No puedo dar información sobre ningún paciente a ninguna persona sin su consentimiento. Es una violación de la ley de protección de datos y perdería mi licencia. Ahora bien, si no se retiran de este mostrador y esperan allí, me veré obligada a que alguien los desaloje.

Di un paso atrás, agarrando los brazos de Dante y Alexander cuando ambos permanecieron clavados en el sitio.

—No conseguiremos nada así. Vamos. —Lo odiaba. Odiaba cada puto segundo que estábamos separados de Harper, especialmente sabiendo que estaba al otro lado de esas puertas cerradas. A pocos metros, pero inaccesible. Solo una enfermera podía dejarnos pasar, y eso solo si Harper lo permitía.

Ni siquiera sabía que estábamos aquí.

—Mierda, deberíamos habernos asegurado de que Lila le dijera que veníamos. —Arrastré a los tres hacia la sala de espera y empujé a Dante a la silla más cercana.

Alexander se sentó solo, inclinándose hacia delante para apoyar la cabeza en las manos. Los hospitales siempre eran tan fríos y sin vida. Este no era diferente. Una caja de cartón vacía tenía más personalidad que la sala de espera donde yo caminaba de un lado a otro. Sillas de plástico duro bordeaban todas las paredes, y un televisor en lo alto de una esquina emitía un programa de cocina. Bufé. Como si a alguien que estuviera aquí sentado esperando ver a un ser querido le importara un bledo la comida.

Las sonrisas en las caras de los jueces del programa me hicieron dar un paso al frente.

Dante me agarró del codo y me detuvo.

—Darle un puñetazo a la televisión no ayudará.

—Usted qué sabrá, si no lo ha hecho nunca. —En mi experiencia, destrozar un sitio ayudaba muchísimo.

—Propiedad pública —dijo Alexander sin levantar la cabeza. En algún momento, había apoyado los codos en las rodillas y se había tapado la cara con ambas manos. Cuando las bajó, comprendí por qué. Tenía los ojos inyectados en sangre y sorbió por la nariz mientras se aclaraba la garganta—. Te arrestarán, y entonces estaremos fastidiados por partida doble, sin ninguna posibilidad de volver ahí dentro para ver a Harper.

—No vamos a volver ahí mientras esa dragona esté en el mostrador. —Caminé hacia la máquina expendedora, miré las chocolatinas y lo que llamaban café, y me di la vuelta con un bufido.

—No podemos sobornarla ni convencerla con encanto, pero quizá podamos persuadir a una de ellas para que le diga a Harper que estamos aquí. —Dante estiró las piernas y cruzó los tobillos. Tenía líneas de tensión marcadas alrededor de los ojos y la boca, y miraba las puertas que nos separaban de Harper como si pudiera desarrollar visión de rayos X en cualquier momento.

—Odio estar así, a oscuras. —Me pasé ambas manos por el pelo.

Una de las enfermeras se levantó en el control. Miró hacia nosotros y luego caminó en la otra dirección. No estábamos causando una gran primera impresión, pero qué demonios, no podía contener mi preocupación solo porque les resultara incómodo. No éramos unos tipos arrogantes... bueno, no todo el tiempo. En realidad, nunca intentábamos usar nuestro poder para mangonear a la gente. Puede que ellas no lo vieran así. Puede que nos vieran como matones, o como tres hombres que suponían una amenaza para Harper. Hacían bien en protegerla, pero eso no nos lo ponía más fácil.

Una vez más, estábamos fuera mirando hacia dentro, sin saber qué le había pasado a Harper ni si estaba bien.

29

HARPER

Me desperté sobresaltada por el sonido de la puerta al abrirse de par en par. —Debo de estar soñando. —Me incorporé en la incómoda cama y me coloqué la sábana blanca que se había subido dejando mis piernas al aire—. ¿Sigue siendo miércoles? Debo de haber dormido un día entero.

—Es miércoles. —Lila cruzó la habitación y me rodeó el cuello con los brazos—. Me has dado un susto de muerte.

—Estoy bien. —Mi voz sonó amortiguada contra su hombro y se me llenaron los ojos de lágrimas cuando apretó su agarre—. ¿Cómo has llegado tan rápido? —Miré el móvil. Sí. Miércoles. Solo habían pasado unas pocas horas desde que llamé a Lila—. ¿Estás segura de que no has viajado en el tiempo o algo así?

—Por favor, tía. —Lila me dio un golpecito en el hombro con el dorso de la mano. Su risa temblorosa delataba su tensión, al igual que el brillo de las lágrimas en sus ojos—. No me vuelvas a hacer esto. La próxima vez que decidas huir, me voy contigo.

Me reí y le tendí la mano. —Trato hecho.

Me estrechó la mano y arrastró una silla hasta el lado de la cama. Sin soltarme, se dejó caer en ella. —Habla conmigo. ¿Qué ha pasado? Por teléfono no quisiste decirme nada y estoy cabreada por eso. No sabía lo mal que podías estar. —Me apretó la mano—. ¿Cómo está el bebé?

—Todo ha pasado muy rápido. —Se me formó un nudo en la garganta—. Fui a mi revisión mensual y me hicieron las pruebas habituales. —Empecé a juguetear con el borde de la manta—. Mi ginecóloga me llamó con los resultados y me pidió que fuera para hacerme más pruebas. Me sentí mareada de camino a la consulta, así que se lo conté.

Lila apoyó el codo en la cama y se inclinó hacia delante. No me presionó cuando tuve que detenerme para tomar aire.

Me ardían los ojos, pero parpadeé para contener las lágrimas. No era exactamente motivo de llanto, salvo por el hecho de que el miedo casi me había hecho perder los papeles. —Tengo diabetes gestacional. Es algo bastante común, sobre todo para alguien de mi peso. —Hice una mueca ante eso—. Mi nivel de azúcar ha estado descontrolado desde el principio. Por eso me desmayé delante de ti. Pero tiene tratamiento. —Me apresuré a decírselo cuando abrió mucho los ojos. Había hecho un millón de preguntas y la mayoría de las respuestas eran exactamente lo que esperaba.

Lila encogió los hombros. Me rodeó la mano con las suyas y no me soltó. Todo su cuerpo se estremeció y un sollozo desgarrador rompió el silencio de la habitación. —¿Pero tú estás bien? ¿Tú y el bebé estaréis bien? Júramelo, Harper. No quiero excusas de mierda. Dame hasta el último detalle o iré a buscar a tu médico y le exigiré respuestas yo misma.

—Tiene tratamiento. Tengo que vigilar lo que como, algo que ya estaba haciendo, pero esto es diferente. Tendré que ir a la ginecóloga más a menudo. Controlar mi nivel de azúcar con regularidad. —Le di unas palmaditas en el hombro e hice un esfuerzo por mantener mis propias emociones a raya. El mundo no

necesitaba que las dos nos viniéramos abajo al mismo tiempo. Tragué saliva con dificultad para deshacer el nudo—. Ahora, explícame cómo demonios has llegado hasta aquí en un par de horas. —La señalé e intenté mirarla con severidad—. ¿Viajes en el tiempo? ¿Un giratiempo como el de Hermione?

—Ni de lejos. —Lila se quedó fascinada con el borde de mi manta. Lo frotó entre el pulgar y el índice y se quedó mirando por encima de mi cabeza a las máquinas que pitaban tan a menudo que era un milagro que hubiera podido dormir algo. ¿Cómo se suponía que alguien iba a descansar con todo ese ruido? Pero mantenían a la gente con vida, así que me abstuve de quejarme.

—¿Lila? Vamos. No puede ser tan malo. A menos que vayas a decirme que eres una vampiresa y te has transformado en murciélago para venir volando.

—Es de día. Me convertiría en cenizas si fuera una vampiresa volando a plena luz del sol. —Puso los ojos en blanco—. Conocimientos básicos de vampiros, Harper.

—Ya, pero a aquel tío no le afectaba. Solo se ponía todo brillante.

—Ese no cuenta. —Lila dio un manotazo en la cama y resopló—. No me tires de la lengua.

Levanté una mano en señal de rendición. Ella seguía sosteniendo la otra. —Vale, vale. Me rindo. ¿Cómo lo has hecho entonces?

—Prométeme que no te enfadarás.

Casi me río, pero la seriedad de su expresión me detuvo. —Eres mi mejor amiga y has venido cuando te necesitaba. No hay forma de que pudiera enfadarme contigo.

—Llamé a Julian. —Lila encogió los hombros hasta las orejas—. Me dejó su número e insistió en que llamara si sabía algo de ti. Nunca lo llamé. Vinieron a casa buscándote. Nunca les dije nada, pero cuando

me llamaste y me dijiste que estabas en el hospital, supe que ellos podrían traerme aquí más rápido.

—¿Lo saben? —Mi corazón dio un vuelco, una repentina sensación de desgarro amenazó con destruirme—. ¿Qué es lo que saben exactamente?

—Saben que estás aquí. Eso es todo. —Lila hizo una mueca—. Bueno, saben que estás aquí y han venido en el helicóptero conmigo. La enfermera no les ha dejado pasar, así que están ahí fuera esperando. —Señaló hacia la puerta—. Creo que están en la sala de espera.

No podía respirar. El monitor cardíaco pitaba cada vez más rápido a medida que mi pulso subía. —¿A qué te refieres con lo del helicóptero? —Me zumbaban los oídos y sacudí la cabeza para despejar el ruido.

Lila torció la boca en una mueca de culpabilidad. —Bueno... esto... Cuando llamé a Julian, dijo que él se encargaría. Poco después, un conductor apareció en la entrada y me dijo que Julian lo había enviado a recogerme. Me llevó a Elevate y cogimos el helicóptero de la empresa hasta el hospital. Hasta aquí. Aterrizamos en la azotea.

—Oh, Dios mío. —Me pellizqué el puente de la nariz. ¿Tenía ella idea de la que se había montado con esa sola llamada? No podía culparla exactamente por llamar a Julian. Él era muy persuasivo, y la lealtad de ella la impulsaría a tomar el camino más directo para llegar a mí, incluso si eso significaba hablar con mis hombres a mis espaldas.

No podía estar enfadada ni decir que había ido en contra de mis deseos cuando todo lo que quería era estar aquí conmigo. —¿Están aquí? —El nudo regresó a mi garganta y tuve que esforzarme al máximo para ralentizar el ritmo cardíaco antes de que una de las enfermeras entrara corriendo para ver qué pasaba.

—Sí, Harper. Están aquí. Estás muy preocupados. Tienes tus razones para haberte ido y para negarte a hablar con ellos, pero eso no los

ha detenido. Están destrozados.

Sus palabras me golpearon. Mi desdichado y traicionero corazón me exigía verlos. Había pasado tanto tiempo sin ver sus rostros... Había pasado días largos y noches aún más largas deseando poder tomar una decisión diferente.

¿Podría verlos y renunciar a ellos de nuevo? Tenía que hacerlo. Una vez que supieran lo que les había ocultado, las amenazas y el bebé, habrían terminado conmigo para siempre.

El horror me recorrió las venas. —¿Alguien los vio salir?

—No lo sé. No pasé por el edificio. El conductor me llevó directamente a la azotea.

Mierda. Esto podría ser malo. —Gracias por hacer todo lo posible por llegar pronto. No podría pasar por esto sin ti. —Y solo podía esperar y rezar para que nadie supiera a dónde iba el helicóptero ni por qué. Haría falta una investigación profunda para atar cabos, pero quienquiera que me acechara y me amenazara se las había apañado para conocer todos mis movimientos hasta ahora. Probablemente solo era cuestión de tiempo que descubrieran el resto.

Habían volado todo este camino sin saber si yo quería verlos siquiera. Los había rechazado una y otra vez, y ellos seguían presentándose para apoyarme. ¿Cómo iba a negarles el paso de nuevo? No era lo bastante fuerte. Mi voluntad se desmoronó. —Necesito verlos.

Lila levantó la vista. —¿De verdad?

—Sí. Yo... —Traté de encontrar las palabras. Las había pensado cien veces, pero decirlas en voz alta me quemaba—. Tengo que hacerlo. Va a doler como un demonio. Aún no me he curado del dolor de perderlos la primera vez y voy a tener que soportarlo todo de nuevo. —Pero tenía que verlos.

Era una reacción visceral, una desesperación que me revolvía por dentro cada vez que pensaba en alejarlos.

—Iré a decírselo. —Lila se puso en pie de un salto.

—Tendrás que hablar con las enfermeras primero. Tendré que rellenar papeleo para que los dejen pasar. —Inspiré profundamente y contuve el aliento—. ¿Puedes llamarme a una enfermera?

30

ALEXANDER

Si los paseos de Julian no acababan conmigo, el puto silencio absoluto de Dante lo haría. Tamborileé los dedos sobre mis muslos, agité la rodilla y luego empecé a mover el pie con nerviosismo. La televisión de la esquina soltó un zumbido molesto y el programa cambió de uno de cocina a lo que me pareció un estúpido concurso de compras en el supermercado. ¿Qué sentido tenían esos programas tan ridículos? Entendía su posible valor como entretenimiento, ¿pero por qué ponerlos aquí? Aparté la vista y me concentré en las puertas cerradas que nos separaban de Harper.

Una pareja pasó por delante de la puerta, nos echó un vistazo y siguió de largo. La mujer le susurró algo al hombre al oído, y este miró por encima del hombro con expresión de preocupación.

—Estamos asustando a la gente —dijo Julian, que parecía encantado con la idea—. ¿Hay alguna posibilidad de que podamos acercarnos al mostrador, mangar una tarjeta y salir pitando?

—Yo estaría dispuesto a intentarlo. De lo contrario, voy a unirme a ti y a destrozar este sitio, y al carajo las consecuencias. Podemos aprovechar la distracción para escabullirnos de las enfermeras. — Fruncí el ceño y me puse de pie, acompañándole en sus paseos de

un lado a otro de la sala. Odiaba los hospitales. Odiaba el olor, su aspecto, el miedo que se extendía por cada pasillo y me quemaba la garganta. Quería salir de aquí *ya* mismo, joder.

—Ninguno de los dos va a hacer nada que no sea ser perfectamente educado. —Dante no se movió, pero su presencia dominante dictaba que obedeciéramos.

Las maldiciones se sucedieron en mi cabeza una tras otra. Metí las manos en mi pelo y me clavé las uñas en el cuero cabelludo. —Estoy que me subo por las paredes. No puedo aguantar mucho más de esto. —A estas alturas casi prefería arriesgarme a que me arrestaran. Harper estaba justo ahí, a pocos metros, y una estúpida norma decía que no podíamos verla.

Menuda gilipollez.

Entendía la necesidad de privacidad, pero nuestra situación excepcional ponía el decoro patas arriba.

—La puerta se abre. —Julian dejó de caminar y se quedó mirando.

Lila salió y se dirigió directamente al control de enfermería. Habló con Rose y luego nos hizo una señal con la mano.

Salimos de la sala de espera en un tropel de pasos, casi tropezando unos con otros por las prisas. Madre mía, si alguien que nos conociera viera este espectáculo, no nos lo perdonarían nunca. Pero tampoco me importaba lo más mínimo.

—¿Cómo está? —Cerré los puños para evitar agarrar a Lila por el brazo.

—Quiere veros. —Lila miró a Rose—. ¿Está todo listo?

Rose frunció el ceño y pulsó algo en el ordenador. Su suspiro dijo más que las palabras sobre lo que pensaba de la situación, pero asintió. —Os dejaré pasar.

Corrí hacia la puerta como si pudiera abrirla a la fuerza. Demonios, probablemente podría. Tenía suficiente adrenalina y desesperación para arrancar las puertas de sus goznes.

Sonó un pitido y las puertas se abrieron de par en par. Me colé y corrí hacia la habitación que Lila había mencionado cuando llegamos. Entré de golpe un instante después y me detuve en seco.

Dante y Julian se colocaron a mis flancos; los tres formábamos un frente unido, como siempre.

Harper estaba tumbada en la cama, y la blancura de las sábanas y las mantas le restaba color al rostro.

Viva. A salvo. Casi se me doblan las rodillas cuando el alivio me invadió. Se me nubló la vista. Joder. No podía *llorar* delante de ella. Reprimí las emociones y crucé la habitación.

—¿Qué ha pasado? —Había tanto que analizar en esa sola pregunta que Harper debió de comprender su profundidad, pues señaló las sillas alineadas junto a la cama.

—Será mejor que os sentéis. Aún no me dejan levantarme, aunque estoy perfectamente —se apresuró a decir para tranquilizarnos—. Quiero que estéis cómodos, y no me gusta que estéis ahí de pie, cerniéndoos sobre mí con cara de preocupación y enfado.

—No estamos enfadados —soltó Dante con un gruñido que demostraba exactamente lo contrario. Se pellizcó el puente de la nariz, se puso la otra mano en la cadera y respiró hondo, llenando el pecho—. Nos has pegado un susto de muerte, Harper. No solo por esto, sino por todo.

—Lo siento. —Sus ojos brillaron y dio unas palmaditas en el borde de la cama—. Por favor, sentaos. Me gustaría hablar con vosotros, pero entenderé que tengáis que marcharos. Siento haberos asustado y haberos causado tantas molestias. Os estoy más agradecida de lo que imagináis por haber traído a Lila.

—Sí, sí, todo eso está muy bien —le restó importancia Julian con un gesto de la mano—. Queremos una conversación de verdad.

Los labios de Harper temblaron ligeramente.

Tenía que ser Julian quien le cantara las cuarenta. Una conversación tensa no nos llevaría a ninguna parte. Todos lo sabíamos, pero Harper tenía que estar dispuesta a hablarnos, a contarnos la verdad en lugar de darnos largas.

—Nunca has sido, ni podrías ser jamás, una molestia. —Me senté en la silla del medio y entrelacé los dedos sobre la cama.

Sus mejillas se sonrojaron. El color le sentaba bien; eliminaba parte de ese tono cerúleo.

Separé mis manos y le tendí una. —Siempre haremos lo que sea necesario. Pase lo que pase. Traerte a Lila ha sido un ejemplo de ello. No hay nada que no haríamos por ti.

Su garganta se movió y soltó un sonido ahogado. —¿Por qué tenéis que ser tan jodidamente caballerosos? Lo estáis haciendo demasiado difícil.

—¿Qué? —Seguí las venas de su mano y le di la vuelta para recorrer la línea desde el centro de su muñeca hasta la parte interna del antebrazo.

Julian se sentó y balanceó la silla sobre las dos patas traseras. Flexionó los brazos y entrelazó los dedos detrás de la cabeza, imitando la postura de Dante.

—¿Te hemos dado alguna vez motivos para pensar que no haríamos cualquier cosa por ti?

Dante ocupó el último asiento, tomándose su tiempo para unirse a nosotros.

Lo comprendía. A todos nos había afectado la ausencia de Harper, pero a Dante ya le habían abandonado antes, y su partida habría

activado todas esas viejas emociones, levantando todas sus antiguas defensas. El hecho de que fuera capaz de hablar con ella me asombraba.

—¿Qué necesitas de nosotros, Harper? —Un músculo palpitó en la mandíbula de Dante—. Si quieres que nos vayamos, puede que sea lo único que no podamos concederte. Hemos sufrido tu ausencia durante dos meses. No he estado más desquiciado en toda mi vida. Así que pide lo que quieras. Cuéntanos por qué decidiste que tenías que mudarte a varios estados de distancia.

—Déjanos entrar, Harper. —Julian balanceó la silla hacia delante y hacia atrás; su agitación se notaba en cada movimiento.

Sostuve su mano y me llevé los nudillos a los labios. —Somos tuyos, Harper. Por favor, habla con nosotros.

Ella cerró los ojos y movió la mano libre frente a su cara. —Vale. Dadme un minuto. Me gustaría mucho hacer esto sin llorar.

Esperamos. Ella respiró hondo varias veces y su rostro se relajó. Sus dedos temblaban entre los míos y me aferré con más fuerza. Le daríamos todo el tiempo del mundo, sobre todo si eso significaba que estábamos aquí, con ella, en cada momento posible.

—Hay muchas cosas que no sabéis. —Harper miró a su izquierda, hacia donde Lila estaba sentada al otro lado de la cama.

Lila le acarició la rodilla e inclinó la cabeza en un leve asentimiento. —Deberías decirles la verdad.

Ni siquiera me había dado cuenta de que Lila nos había seguido a la habitación. Ella sabía lo nuestro, así que no me preocupaba compartir información que tal vez ya supiera. Y, por supuesto, Harper ya le habría confiado sus secretos.

Probablemente lo había sabido todo este tiempo. El hecho de que nos lo hubiera ocultado me enfurecía, al mismo tiempo que aumentaba mi respeto por ella.

—Está bien. Allá va —se acomodó Harper en una posición más confortable—. Alguien me ha estado enviando mensajes de texto amenazadores. Empezaron al principio de lo nuestro.

Dante se puso en pie de un salto soltando una maldición.

—Mierda, Harper. ¿Quién es? ¿Dónde están los mensajes?

—Siéntate, Dante —le agarré por la espalda de la chaqueta y tiré de él.

Cayó sobre la silla con un chirrido de protesta del cojín. La mirada asesina que me lanzó podría haberme derretido la piel.

—No ha terminado. Deja que nos lo cuente todo y luego decidiremos qué hacer. —El modo de resolución de problemas nos resultaba natural a todos, pero primero necesitábamos la historia completa. Nunca salía nada bueno de que alguno de nosotros sacara conclusiones precipitadas o tomara el control de una situación sin tener todos los detalles.

—Gracias, Alex. —Harper volvió a cambiar de postura en la cama—. Estoy deseando salir de esta cama. Solo han pasado unas horas y ya me estoy subiendo por las paredes.

—Lo sentimos por ti, pero, por favor, continúa —dijo Julian, que apoyó la silla en el suelo con tal lentitud y cuidado que le eché una segunda mirada. Su rostro permanecía inexpresivo. Demasiado inexpresivo. Miré más allá y vi el fuego de la furia ardiendo en el fondo de sus ojos. Estaba absolutamente furioso, pero se estaba conteniendo por Harper.

—Me fui porque pensaba que era la única forma de protegeros. Casi cada vez que estábamos juntos, recibía un mensaje. Seguían amenazando con desenmascararnos, con arruinaros. —Me sostuvo la mirada—. Pero todo eso, aunque sea una locura y parezca inventado, no es lo único que os he estado ocultando. Me fui para protegeros, pero también porque entré en pánico.

Se quedó callada. Todos seguimos esperando.

Lo que fuera que le quedara por compartir —los movimientos espasmódicos de sus pies bajo las mantas y la forma en que rompía el contacto visual para luego retomarlo y volverlo a romper— advertía que lo que venía a continuación podría ser realmente terrible.

Dante recuperó su postura de estatua. —Cualquier cosa que tengas que decirnos no puede ser tan mala como lo que está pasando por mi cabeza ahora mismo. Por el amor de Dios, dínoslo ya y sácanos de esta incertidumbre.

—Estoy embarazada. Uno de vosotros es el padre. —Un temblor le recorrió los brazos y su mano sufrió un espasmo.

Me di cuenta de que le estaba apretando tanto los dedos que se estaban poniendo morados y relajé el agarre. Me negaba a soltarla. Su confesión cayó entre nosotros con la efectividad de una mina terrestre. Nadie se movió. Apenas respiraba.

¿Embarazada? Me habría preguntado cómo, pero todos sabíamos *cómo* había ocurrido.

Iba a ser padre. Uno de nosotros era el padre.

¿Era por eso por lo que había dudado en decírnoslo? ¿Quería que el verdadero padre diera un paso al frente y cumpliera con su deber? No veía a Harper como el tipo de mujer que usaría algo así contra nosotros.

Había dejado atrás toda su vida porque pensaba que así nos protegería. Esa no era la clase de mujer que utilizaba un embarazo para su propio beneficio.

Un silencio sepulcral me erizó la piel. Mantuve la mirada de Harper, temiendo apartar la vista. Si lo desviaba, puede que todo esto desapareciera. Podría ser un sueño. Tenía que aguantar. Tenía que seguir mirándola hasta estar seguro de que no se desvanecería.

31

HARPER

Me costó hasta el último gramo de valor admitirlo todo. Esperé las consecuencias. El momento en que la ira se apoderara de ellos y todos se marcharan furiosos. Se quedaron mirándome. Tres pares de ojos. Marrones. Grises. Azules. Todos rivalizaban entre sí en intensidad, y yo no podía apartar la vista.

Como un insecto atrapado en la trampa de una araña, sabía que era mejor no agitarse ni retorcerse. Me quedé quieta, temiendo hacer algo más que respirar superficialmente para no desmayarme.

Siguieron mirándome como si me hubiera salido una segunda cabeza, y maldita sea si podía seguir callada más tiempo. —¿Estáis enfadados?

Dante se puso en pie de un salto por segunda vez en veinte minutos. —¿Enfadados? Estoy *furioso*, joder.

El corazón se me cayó a los pies y el estómago se me encogió. Lo esperaba, pero oírlo de su boca era más de lo que podía soportar.

Dante se sentó en el borde de la cama y me sujetó por los hombros. —Harper, estoy furioso porque nos ocultaras esto. Todos deberíamos haber participado en la toma de decisiones. Has estado cargando

con toda la responsabilidad sola. Podríamos haber ayudado. Eso es todo lo que he querido hacer siempre y, en lugar de confiar en nosotros, decidiste asumirlo por tu cuenta.

El dolor llenó sus ojos, volviendo el azul de un tono gélido.

¿Querían ayudar? Me faltaron las palabras. Debería haberme dado cuenta. Había dejado que el miedo se impusiera a mi sentido común y a todo lo que me habían demostrado sobre quiénes eran.

Julian y Alexander se acercaron a la cama y me rodearon con sus brazos por ambos lados. Perdí de vista a Lila hasta que apareció a los pies de mi cama con una mirada de deleite en el rostro. Articuló un «te lo dije» y yo puse los ojos en blanco.

Me lo había dicho, pero yo había decidido que sabía qué era lo mejor. Mira a dónde me había llevado eso.

Tres pares de brazos me abrazaban, con voces murmurando en mis oídos, cada una distinta y asegurándome que nunca más querían volver a estar separados de mí.

—Vamos a ser padres. —Julian sonrió y me besó en la mejilla—. ¿Tienes idea de lo feliz que me hace eso?

—No. —Negué con la cabeza porque, sinceramente, no tenía ni idea —. Nunca hablamos de tener hijos. Os dije que tomaba anticonceptivos. Supuse que estaríais enfadados, como si hubiera intentado engañaros o algo parecido.

—Tú nunca harías eso. —Alexander negó con la cabeza, entornando los ojos mientras un suspiro de exasperación salía de sus labios y rozaba mi mejilla—. Deberías habernos preguntado. O nosotros deberíamos haberlo mencionado. Todos sabemos que los anticonceptivos no siempre son eficaces. Nunca se me pasó por la cabeza que pudieras considerarlo un problema.

Una mezcla de emociones llenó la habitación, calentándome la piel y eliminando el último resto de mi preocupación por cómo

reaccionarían, por qué pensarían de mí.

—Nuestro amor por ti lo consume todo. —Alexander me apartó un mechón de pelo de la mejilla y lo colocó tras mi oreja. El corazón se me derritió, y menos mal que ya estaba tumbada, porque las rodillas me habrían fallado ante tan cálida confesión—. Nuestro hijo es fruto de ese amor, y haremos cualquier cosa por él, igual que la haríamos por ti.

Dante me acarició la parte superior del muslo y asintió. —Alex tiene razón. Te quiero, Harper. Perderte fue la experiencia más dolorosa de mi vida. No dejaremos que eso vuelva a suceder, y nuestro hijo es amado. Mucho más de lo que podrías imaginar. —Se le quebró la voz y torció la boca hacia un lado con una mueca de vergüenza que me pareció totalmente adorable.

—¿Y vuestras reputaciones? —Tuve que preguntarlo. Era la cuestión más importante, la que me había impulsado a dejarlos en primer lugar.

—A la mierda con eso. —Julian bufó y se pasó una mano por el pelo, dejándolo alborotado. Sus tatuajes brillaron bajo la luz fluorescente, haciendo que los colores bailaran cuando giraba los brazos—. No nos importa, Harper. Todo lo que importa es que tú estés bien, que estemos juntos y que tengas un bebé sano.

Alex se inclinó hacia mí. —Lo que nos lleva a la pregunta: ¿por qué estás en el hospital?

Les conté mi diagnóstico con la explicación más corta y sucinta posible. Expuse todos los problemas potenciales y lo que tendría que hacer para seguir manteniendo mi salud y cuidar del bebé.

Alexander frunció el ceño. Julian se golpeó la barbilla con un dedo y Dante sacó su teléfono, con una arruga formándose entre sus cejas. Nos mostró la pantalla, revelando una recopilación de información. —Quiero que te vengas a casa con nosotros.

—De acuerdo. —Alex me enmarcó la cara con las manos. Parecía que no podía dejar de tocarme, y yo no tenía motivos para pedirle que parara—. Deja que te cuidemos. Deja que te ayudemos a mantenerte sana y te protejamos. Estás más segura con nosotros.

Segura. Dios, cuánto deseaba estar a salvo. La tensión constante de no saber cuándo aparecería otro mensaje o qué podría pasarnos me había pasado factura. El estrés no era bueno ni para mí ni para el bebé. Mi ginecóloga había sido muy clara al respecto. El estrés continuado corría el riesgo de agravar la situación y, dado que yo comía por ansiedad, eso complicaba las cosas aún más.

—No tienes permiso para pasar por esto sola. —Julian me lanzó su mejor mirada de enfado, pero sus ojos marrones eran demasiado suaves y cálidos para que surtiera efecto.

Quería irme con ellos, pero tenía que objetar al menos una vez. —Es demasiado peligroso. Alguien me verá y la persona que me chantajea se lo contará a la prensa.

—Eso no va a pasar. —Julian me besó la mejilla y pasó los nudillos por mi mandíbula—. Puedes quedarte en el ático de Dante. Contrataré a un investigador privado y descubriremos quién te ha estado espiando.

¿Quería tensar más la cuerda? En realidad no había motivo. Todos queríamos lo mismo. —Odio la idea de poneros en peligro.

—Qué pena. —Julian se rió, pero el sonido no fue ni mezquino ni cruel—. Ya has estado sola bastante tiempo. Te queremos y vamos a protegerte. Fin de la historia.

—De acuerdo. —Dante le dio un golpe amistoso a Julian en el hombro con el puño cerrado—. Nunca más tendrás que hacer nada sola. Esto es lo que se nos da bien, Harper. Llevamos décadas en el ojo público. Conocemos los riesgos y estamos todos dispuestos a afrontarlos si llega el caso.

—Aunque no creemos que llegue a eso. —Alexander miró primero a Dante y luego a Julian—. Julian tiene un detective privado estupendo. Ya ha trabajado para nosotros antes. Si alguien puede encontrar a esa persona que te amenaza, es Greg.

—Sabéis que no voy a poder dejar de preocuparme sin más. Una foto más, una palabra equivocada a un reportero y estaréis arruinados —les advertí, incluso mientras me entusiasmaba con la idea. Quiero decir, estaría loca si no me hiciera ilusión pasar mis días en el ático de Dante. Nunca había estado allí, pero era *Dante*. El lugar sería increíble.

Y sexy.

Todos nuestros momentos juntos prometían que su espacio privado, el único lugar donde no tenía que esconderse, sería su viva imagen. ¿Tendría una habitación para el sexo?

Lila me miró desde los pies de la cama y puso los ojos en blanco. Mi pregunta debía de ser bastante evidente en mi cara, porque fingió tener arcadas, o puede que fuera una imitación de una felación. Fuera lo que fuera, me hizo perder la concentración.

—No me importa —dijo Julian despacio, con las manos recorriéndome la cabeza y bajando por mis hombros—. Si nuestro negocio puede arruinarse porque nos hayamos enamorado de la misma mujer, entonces que les den por culo.

—No podéis mandarlo todo al traste —intenté protestar.

Dante me silenció con un beso que me alejó del horror de vivir sola con mi preocupación y mi estrés, y me plantó firmemente en su espacio. Terminó el beso y apoyó su frente contra la mía. —No me molestaré en decirte que no te preocupes. Tienes razón, es un riesgo. Y todos estamos dispuestos a correrlo. Te queremos demasiado como para dejarte marchar otra vez.

—Yo también os quiero. —Me derrumbé ante la mirada de sus ojos. Me quería. Todos me querían. Desperdiciar eso era peor que la

muerte.

—Mientras tú y el bebé estéis a salvo, tenemos todo lo que necesitamos. —La nuez de Alexander se movió al tragar—. Siempre que quieras dejarnos seguir en tu vida.

—Te quiero, Alex. A ti, a Julian y a Dante. Siento haberme ido y haberos hecho preocupar. Siento no habéroslo dicho antes. —Se me cortó la voz y tuve que intentarlo de nuevo—. Si lo hubiera hecho, puede que ya hubiéramos superado esto. Cometí un error, pero os quiero en mi vida. Solo necesitaba asegurarme de que todos comprendíamos los riesgos y no huíamos de las posibles consecuencias.

Abracé a Julian, luego a Alex y luego a Dante. Las piernas me hormigueaban por haber estado en la misma posición tanto tiempo, y me moría de ganas de caminar por la habitación, pero me quedé quieta por la seguridad del bebé. Al igual que mis hombres, haría cualquier cosa por proteger al pequeño milagro que había llegado a amar más con cada día que pasaba. —Me encantaría volver a Nueva York con vosotros.

Sus sonrisas hicieron que todo valiera la pena. Lucharíamos contra esto. Los tenía a mi lado y, pasara lo que pasara en nuestro camino, no intentaría afrontarlo sin ellos. Los amaba y, por primera vez en mi vida, eso significaba permitirles formar parte de mi existencia.

32

DANTE

Entrar con Harper en mi ático resultó ser tan interesante como había sospechado.

Se detuvo en medio del salón, se puso las manos en las caderas y dio una vuelta lenta sobre sí misma. — ¿Eso es un Van Gogh original? —Se le entreabrió la boca con un suspiro delicioso cuando asentí—. No es lo que esperaba.

—¿Qué esperabas? —Su mente me intrigaba. Qué pensaba de mí cuando me miraba.

Una sonrisa pícara curvó sus labios hacia arriba. —Oh, ya sabes. Paredes negras. Cortinas rojas. Quizá una habitación oculta llena de... juguetes interesantes.

Julian se rio con tantas ganas que tuvo que agarrarse al respaldo del sofá de cuero para no caerse de bruces. —Oh, créeme, tiene todas esas cosas. Esta es solo la versión atenuada de Dante que considera aceptable para el mundo exterior.

—Y no es que deje entrar a mucha gente aquí —bufó Alexander desde la cocina, donde abrió cuatro botellas de agua con gas y las trajo hacia nosotros. Le entregó la primera a Harper.

Harper dio un largo trago y deambuló por la habitación en calcetines. El cansancio marcaba su rostro, pero me las arreglé para no decirle que debería descansar.

Dejar que explorara mi espacio —aunque estuviera decorado para el consumo público— me dio una extraña sensación de paz.

Se encontró con mis ojos en el espejo colgado al otro lado de la estancia. — ¿Podré ver todas las habitaciones?

—Sí. —Asentí y esbocé una sonrisa—. Nada está fuera de tu alcance, Harper.

—Bien. —Continuó su evaluación pausada, pero sus ojos se volvían más pesados por momentos.

Una vez que hubo explorado el salón diáfano, el comedor y la cocina, incliné la cabeza hacia el pasillo. — ¿Te gustaría ver tu dormitorio?

—¿*Mi* dormitorio? —El énfasis en la palabra vino acompañado de un tono ascendente en su voz.

Solté una risita y le indiqué el camino. —Tengo cuatro dormitorios aquí. Eres libre de dormir en cualquiera de ellos, pero me preocupaba que os despertáramos. Depende de ti si quieres dormir en tu propia habitación esta noche o en una de las nuestras. Repito, este ahora también es tu hogar. Elige a tu gusto.

—Me encantaría dormir en la misma cama con los tres. No creo que tengáis que preocuparos por despertarme, e incluso si lo hacéis, será un cambio bienvenido después de los últimos meses. —Bostezó, tapándose la boca con una mano y dejando lo que quedaba de su agua con gas en la encimera.

Había dejado la mayoría de las luces apagadas esta mañana al irme a trabajar, y el resplandor tenue acentuaba sus curvas mientras caminaba hacia mí. La acompañé a los dormitorios, abriendo cada puerta para que pudiera ver el interior.

La habitación de Julian era un baño de azules y verdes. La de Alexander presumía de granate y dorado. La mía... bueno, tenía razón sobre la mía. Negro y rojo, como si fuera una especie de vampiro escondido en un ataúd dorado.

Lanzó un gritito y dio saltitos sobre las puntas de los pies cuando abrí mi puerta. —Lo sabía. —Riendo, entró girando sobre sí misma en la habitación y extendió los brazos—. Me encanta este sitio. —Su giro la llevó a quedar pegada contra mi pecho—. Os he echado de menos.

—Nosotros también te hemos echado de menos. Y te enseñaremos exactamente cuánto una vez que hayas descansado —acaricié con el pulgar las sombras oscuras que amorataban sus ojos—. Es bueno tenerte de nuevo en mis brazos, Harper.

Nos preparamos para dormir y caímos en un montón de brazos y piernas. El alivio de tenerla de nuevo con nosotros me arrastró a un sueño profundo y sin sueños.

Me desperté al amanecer y me escabullí de la cama, dando unos golpecitos en las piernas de Alexander y Julian para despertarlos. Me siguieron a la cocina y los tres cocinamos un desayuno completo y saludable para compartir los cuatro una vez que Harper se despertara.

Julian sonrió cuando empezó a sonar la ducha. — ¿Crees que ha encontrado la ropa?

—¿Estás de broma? Harper es demasiado curiosa como para no haber explorado cada rincón de esa habitación, y probablemente de todas las demás. —Alexander dio la vuelta a los huevos y los apiló en un plato.

—Menos mal que tienes un comprador personal. —Julian terminó el bacon y lo apartó—. Mejor aún que sea un tipo que ni se inmuta ante peticiones extrañas.

Harper salió del dormitorio con unos pantalones grises y una blusa blanca, con su pelo recién lavado rizándose alrededor de su cara y una sonrisa brillante que iluminaba todo su rostro. —Esa ducha es increíble.

Había dormido más de lo que esperaba, lo que me hizo preguntarme si habría dormido bien desde que se fue de Nueva York.

Hoy me había propuesto como misión asegurar que tuviera todas las comodidades a su disposición. Puede que ella no sospechara esto de nosotros, pero colmarla de cuidados, afecto y cualquier cosa que pudiera hacerle la vida más fácil estaba a punto de convertirse en parte de su día a día.

Julian le tendió un vaso de agua y le guiñó un ojo. —Espera a ver la habitación oculta.

—¿Ah, sí? —Me lanzó una mirada, una mirada tan llena de deseo puro que mi polla respondió al instante.

Reprimí mi necesidad y me concentré en Harper.

—Hemos hecho el desayuno. ¿Nos acompañas? —Señalé hacia la pesada mesa de roble que ocupaba gran parte del comedor. Prefería los muebles pesados y antiguos a pesar de que la mayor parte de mi diseño consistía en líneas elegantes. Había un poder en las cosas viejas que la gente solía pasar por alto.

Harper sorbió un poco de agua y se deslizó en una silla a un lado de la mesa.

Alexander lo había traído todo y le entregó un plato mientras se sentaba frente a ella. —Nos hemos dado cuenta de que no conocíamos tus favoritos. Si no te importa hacernos una lista, nos aseguraremos de que tengas a mano todo lo que quieras.

—Gracias. —Un ligero temblor le sacudió la barbilla—. Esto es... nunca esperé todo esto.

—Esto es solo el principio. Nunca hemos tenido la oportunidad de mimarte. Ahora la tenemos y pensamos aprovecharla al máximo. — Me senté a su lado y me serví huevos en el plato.

Harper se preparó un plato con un poco de todo y todos nos pusimos con la comida con nuestro entusiasmo habitual.

A mitad de sus huevos, Harper levantó la vista hacia el intrincado reloj de pared del vestíbulo y se quedó sin aliento. — ¿No vais a trabajar hoy? Son más de las nueve.

—Hoy no. —Dejé el tenedor en el borde del plato y me giré hacia ella—. Nos quedamos contigo. Hemos pasado dos meses agónicos sin ti.

—No vamos a ir a ninguna parte hasta que hayamos compensado el tiempo perdido y nos hayamos asegurado de que tienes todo lo que necesitas. —Julian apoyó los antebrazos en el borde de la mesa e inclinó su peso hacia delante—. No vamos a dejar que te pierdas de vista. Espero que hayas disfrutado de tus pocos minutos a solas en la ducha, porque he echado de menos verte y no pienso salir de la habitación en la que estés.

Sus mejillas se tiñeron de ese delicado tono rosado que yo había aprendido que significaba que podía estar un poco avergonzada, pero también excitada. Se removió en su asiento y se limpió la boca con la servilleta de lino que yo había sacado del fondo de un cajón. —Ya habéis hecho mucho por mí. No tenéis obligación de quedaros conmigo ni de prepararme el desayuno.

—Queremos hacerlo. —El tono firme en la voz de Alexander y el entusiasmo en su expresión impidieron que Harper dijera nada más.

Se lo pensó. Esa pequeña arruga entre sus ojos la delató, pero, tras un momento de vacilación, cedió con un asentimiento. —Es agradable que te cuiden, pero yo también quiero poder corresponderos. Siento que ya me dais mucho más que yo a vosotros. ¿Qué puedo ofreceros yo?

—A ti misma. —Julian sostuvo su mirada, y su sonrisa juguetona desapareció—. Te queremos, Harper. A ti y solo a ti. No hay mayor regalo que oírte decir que tú también nos quieres. Nadie más nos ha dado eso jamás. Ni individualmente ni, mucho menos, como grupo.

—Ya nos lo has dado todo. Todo esto, la comida, el ático, es el envoltorio. Un espectáculo que hemos montado para darte una representación visual de lo que sentimos. El amor que compartimos por ti es más profundo. No hay objeto físico ni cosa que pudiéramos hacer por ti para demostrártelo. —Alexander tiró su servilleta al lado del plato.

—Pero podemos intentarlo —pasé mi brazo por el respaldo de la silla de Harper—. Hemos tenido sexo contigo varias veces, Harper, pero nunca hemos hecho el amor. Nunca nos permitimos considerar la posibilidad de que pudieras corresponder a nuestros sentimientos, así que hicimos todo lo posible por mantener las cosas en un plano básico y carnal. Me gustaría cambiar eso.

—Entonces... ¿nada de látigos, esposas y vendas? —Se retorció las manos en el regazo.

Julian sonrió. —Casi pareces decepcionada. ¿Crees que no podemos complacerte igual de bien, o incluso mejor, cuando abrimos nuestros corazones y dejamos que el amor guíe?

—No. No es eso. Es solo que… —Se interrumpió de nuevo de esa forma adorablemente avergonzada.

Le aparté el pelo sobre el hombro y le besé el lateral del cuello. —Dilo con palabras, cariño. Puedes decirnos cualquier cosa. No habrá juicios ni risas.

Sus labios se entreabrieron cuando besé la zona suave bajo su oreja. —Me gusta cuando usáis todas esas cosas.

—Y lo haremos de nuevo. Lo prometo. Pero hoy no. Déjanos amarte de una forma diferente —me levanté y le tendí la mano—. ¿Confías en mí?

—Siempre. —Su mano suave se deslizó en la mía y la puse en pie.

—No olvides eso la próxima vez.

Nos dirigimos a mi dormitorio y los tres trabajamos para quitarle la ropa a Harper, deteniéndonos para besar cada centímetro de piel expuesta. Ella se estremeció y se aferró a nosotros, agarrando mi hombro cuando me arrodillé para quitarle los calcetines y los pantalones, y hundiendo las manos en el pelo de Julian cuando él besó el valle entre sus pechos. Nos movimos despacio, con cuidado, adorándola de una forma que habíamos evitado.

Ella fue a por mis pantalones y yo negué con la cabeza. —Todavía no. Esto es todo para ti. Queremos enseñarte cuánto te hemos echado de menos.

—Yo también os he echado de menos. Quiero compensarlo. —Intentó desabrochar mis pantalones por segunda vez y le rodeé las muñecas con las manos, desviándoselas hacia los lados. Sus labios se curvaron—. ¿Seguro que quieres mantener las cosas para todos los públicos? Me vendría bien un poco de juego duro.

Dios, esta mujer iba a desmoronar cada parte de mí. Le besé la comisura de la boca y le mordisqueé el lóbulo de la oreja mientras rozaba mi polla contra su bajo vientre. —Confía en mí, esto será igual de bueno. Seguirás gritando mi nombre.

Su respiración se entrecortó y arqueó la espalda, presionándose contra mi cuerpo hasta que cualquier atisbo de espacio desapareció.

La llevé de espaldas hacia la cama, empujándola suavemente hasta que se sentó y luego se reclinó sobre los codos.

Julian y Alexander se sentaron a cada lado de ella, prestando mucha atención mientras acariciaban y provocaban su cuerpo con besos suaves.

Recorrí sus muslos y su estómago con las manos. —Eres tan hermosa. La idea de que lleves a nuestro hijo es el regalo más

increíble. No quiero que pienses nunca que tienes que ocultarnos nada. —Su mirada se encontró con la mía—. Te pertenecemos.

—Soy vuestra. —Se mordió el labio inferior cuando acaricié la cara interna de sus muslos y separé sus piernas poco a poco.

Podría pasarme el resto de mi vida de rodillas ante ella y no me importaría. Este era mi lugar, adorándola y viviendo con ella y con la familia que habíamos esculpido del tejido de la sociedad, arrancando las expectativas y tomando lo que nos funcionaba.

La primera pasada de mi lengua por su clítoris hizo que su cabeza cayera hacia atrás con un suave gemido. Movió las caderas, frotando su clítoris contra mi boca en un grito desesperado por más. Se lo daría todo. Por el resto de mi vida.

Julian y Alexander le acariciaban los pechos y la besaban hasta quedarse sin aliento.

Lamí su clítoris y deslicé un dedo en su interior, añadiendo lentamente un segundo y bombeando con un movimiento deliciosamente pausado que hizo que todo su cuerpo vibrara con una energía excitada.

La quería toda, y la tendría, pero solo después de haber demostrado que podíamos darle lo que necesitaba con todo nuestro corazón.

Presionando mi lengua contra su clítoris, roté los dedos y añadí un tercero. Flexionarlos provocó exactamente la reacción que esperaba mientras ella jadeaba y su coño se cerraba con fuerza sobre mis dedos. La trabajé de esa misma manera lenta. Acariciando profundo. Retirándome. Luego flexionando los dedos. Con cada toque, sus respiraciones se volvían más cortas y rápidas.

Gimió desde el fondo de su garganta. —Quiero a uno de vosotros dentro de mí. En mi boca. En mis manos. En mi coño. Os quiero en todas partes. Se siente tan bien. Tan malditamente bien. —Cerró los puños en las sábanas y Julian la guio hacia abajo hasta que quedó tumbada sobre la espalda.

Continué jugando con ella, ni de lejos preparado para ceder mi puesto ni usar mi polla para complacerla. Todavía no.

33

HARPER

Estaban decididos a volverme loca. Por muy llena que me hiciera sentir Dante con su boca y sus dedos, anhelaba la plenitud que me habían dado antes. Pollas en cada parte de mí, llenándome hasta el punto del dolor. Mi cuerpo reaccionaba a Dante, el calor de mi orgasmo aumentando, enroscándose más y más en mi vientre hasta que era lo único en lo que podía pensar.

Eso y el placer que sabía que vendría después. Nunca me dejaban correrme solo una vez. Serían múltiples, cada uno tan potente —o más potente— que el anterior.

Dante volvió a curvar los dedos y ni siquiera intenté contener el orgasmo que salió disparado a través de mí. Grité su nombre, con el cuerpo convulsionando mientras ola tras ola de placer me recorría. No era suficiente. Debería serlo, pero ellos me habían enseñado que era capaz de mucho más.

Dante levantó la cabeza de entre mis piernas y me besó la parte interna del muslo. —Ese es uno. Veamos cuántas veces podemos hacer que te corras antes de que te quedes sin huesos.

—Casi estoy así ya. —Julian soltó una risita mientras me provocaba un pezón con los dedos pulgar e índice. Tiró de él y lo retorció,

luego me dio una hilera de besos por el hombro y subiendo por el lateral del cuello.

—Métete la polla en mi boca y veremos cuánto tiempo tardas tú en quedarte sin huesos. —Sonreí con picardía y él soltó una carcajada de deleite.

—¿Veis lo que hemos hecho? Hemos creado a nuestra propia fiera sexual —me besó Julian el cuello otra vez—. Me encanta. Te quiero. Y acepto esa oferta. Tengo un montón de autocontrol. —Se deslizó de la cama y se quitó la ropa, dejando a la vista sus tatuajes.

—Uno de estos días voy a recorrer cada línea de tus tatuajes con la lengua. —Me puse boca abajo y di palmaditas en la cama—. Aquí mismo, grandullón. Enchúfame esa polla directamente en la boca.

Hablarles así ya no me resultaba extraño. Me encantaba oírlos hablarme, y sus ojos siempre se oscurecían con un deseo embriagador cuando yo les devolvía el favor.

Julian se deslizó en la cama con una mano rodeando la base de su polla. —Sabes, si nos lo montamos bien, Alexander y Dante pueden divertirse contigo al mismo tiempo.

Tarareé y miré por encima del hombro, hacia donde Alexander y Dante estaban sentados a los pies de la cama, dándome un momento a solas con Julian. —Quiero una experiencia completa de tres contra una. Me habéis prometido hacer el amor, y esto es lo que es. No hace falta ser delicado para hacer el amor. Puede ser rudo y sucio y equivaler a lo mismo.

—Sí. —Dante asintió demasiado deprisa y me dio una palmadita en el culo. Pasó una mano áspera por una nalga y luego por la otra—. Tendrás todo lo que quieras. Te lo prometo. Con el tiempo.

La frase añadida al final hizo que el calor se acumulara entre mis piernas. Me había quitado el ansia inicial, pero no estaba ni mucho menos satisfecha. —Mi vida ha estado vacía sin vosotros. Os he echado mucho de menos. Creo que por eso os quiero a todos dentro

de mí otra vez. Es como si no pudiera creer que es real hasta que os siento a todos. Anhelo la conexión que hemos creado.

—Pues ese es un argumento condenadamente bueno. —Julian se acarició la polla, apretando y soltando sus largos dedos—. Yo, por mi parte, haré lo que haga falta para darte lo que necesitas.

Abrí la boca para él, acogiendo su polla hasta el fondo de mi garganta.

Dante me apretó el culo y me obligó a ponerme a gatas. Se acomodó detrás de mí, y sentí el peso pesado de su polla presionando contra mi trasero.

Gemí sobre el glande de la polla de Julian y balanceé las caderas sobre Dante, que soltó un siseo entre dientes. —Aun así voy a tomarme mi tiempo contigo. Todos vamos a hacerlo. Pero entiendo lo que dices. No intento negártelo. —Me abrió las piernas y empujó hacia dentro, llenándome con una larga estocada que me balanceó sobre la polla de Julian.

Sí. Esto era lo que quería. Lo que necesitaba. Se retiró hasta el grueso glande de su polla y luego se hundió profundamente por segunda vez.

Le había perdido la pista a Alexander, pero no tardé mucho en volver a encontrarle cuando deslizó una mano entre nuestros cuerpos y me acarició el clítoris mientras Dante bombeaba con más fuerza.

Esas estocadas largas y lentas creaban un nuevo tipo de agonía mientras el orgasmo inminente se acercaba más y más. Intenté alcanzarlo, tratando de animar a Dante a ir más rápido.

Me agarró las caderas con ambas manos, manteniéndome en el sitio y controlando cada movimiento. —Quiero sentirlo. Te estás tensando muy despacio, Harper. ¿Puedes sentirlo? Estás cerca, pero no lo suficiente para caer por el borde. Si me muevo de la forma adecuada —ralentizó sus embestidas aún más—, te quedas ahí flotando, satisfecha pero incapaz de encontrar el clímax. Es un tipo

de poder delicioso, saber que tu placer depende enteramente de nosotros.

No podía librarse por completo de ese control posesivo que tanto me gustaba. Me intrigaba y me deleitaba oír esa voz sugerente hablándome de mi placer. Con la polla de Julian llenándome la boca, no tenía forma de responder, excepto usando mi cuerpo de todas las formas posibles.

Alexander presionó su nudillo contra mi clítoris mientras Dante aumentaba el ritmo. Me metí a Julian más a fondo en la garganta, haciendo que apretara los dientes mientras intentaba contenerse.

Dádmelo. Dádmelo todo. Lamí y succioné, con mi núcleo tensándose y ese zumbido agradable empezando en la base de mi cuello. Se extendió en una ola de hormigueo, chispeando por mi cuero cabelludo y haciendo que mi coño palpitara alrededor de Dante.

—Ahí está. Eso es lo que queríamos. —Él arremetió dentro de mí, penetrando más rápido y más fuerte con cada latido de placer, negándose a dejar que el orgasmo terminara y empujándome directamente a otro.

Julian se sacó la polla de mi boca y me levantó la barbilla, besándome con fuerza y rapidez mientras yo me desmoronaba de nuevo en el orgasmo más potente de mi vida.

A esto se refería con lo de hacer el amor. Ahora lo comprendía. Antes había sido feliz en su cama, más que satisfecha con nuestra vida sexual.

Había estado vacía durante mi estancia en Virginia. Mi corazón se había agrietado y había hecho todo lo posible por remendarlo, pero nada, absolutamente nada, arregló la ruptura que yo misma había provocado hasta que escuché sus confesiones de amor. Tener sus cuerpos junto al mío, sentir su placer aumentando en una lenta intimidad diferente a todo lo que habíamos compartido antes, nos unió más.

Dante se retiró y me pasó una mano por la columna vertebral. —Aún no hemos terminado. ¿Necesitas un descanso?

—No. —Me puse de lado e intenté recuperar el aliento—. Puede que no termine nunca. —Los querría el resto de mi vida. No importaba lo que pensara la sociedad, aunque la preocupación por la persona que nos amenazaba seguía presente en mi mente. Prometieron ayudarme, y solo saber que estaban conmigo, ayudándome a cargar con el peso, significaba el mundo para mí. Nadie aparte de Lila o mi padre se había preocupado tanto por mí.

Alexander se acercó al cabecero y se dio palmaditas en el regazo. —¿Qué me dices? ¿Te apetece dar un paseo?

—¿Has oído alguna vez la expresión "me gustaría subirme a él como a un árbol"? —Gateé hacia él.

—Nunca.

—Bueno, pues así es como me siento cada vez que te miro. Quiero trepar por esa polla tan gruesa y plantar mi culo ahí mismo. —Me senté a horcajadas sobre sus piernas y le levanté la polla, acariciando toda su longitud un par de veces antes de guiarla hacia mi húmedo calor—. Dios, me encanta esta polla.

—Me encanta verte sobre su polla. —Julian se estiró a nuestro lado, con los ojos clavados en los míos—. Eres preciosa, Harper. Verte feliz es lo único que necesito en la vida.

Pasamos las siguientes horas alternando entre sexo, siestas y pequeños tentempiés para alimentar nuestra siguiente ronda de pasión. Para cuando terminamos, mi cuerpo me dolía con esa delicia de estar profundamente satisfecha, y estaba, efectivamente, sin huesos. Nos duchamos, nos pusimos ropa cómoda y nos acomodamos para una tarde de hacer lo que nos diera la gana. Me desparramé en la cama, navegando por mis redes sociales y consultando los medios de comunicación en busca de noticias sobre

nosotros. Se había convertido en un hábito que no tenía intención de abandonar. Si se decía algo, tenía que saberlo.

Alexander asomó la cabeza por la habitación. —¿Necesitas algo?

—Nop. —Hice sonar la "p" y apoyé la barbilla en la mano mientras lo miraba—. Gracias por preguntar. —Sonriendo, arqueé las cejas—. ¿Necesitas *tú* algo?

Su sonrisa pícara me caldeó el corazón. —Necesito que estés a salvo, feliz y sana. Lo mismo para nuestro bebé.

—Oh. Vas a hacerme llorar, luego le echaré la culpa a las hormonas y diré que necesito chocolate. —Me deslicé por el borde de la cama y extendí los brazos—. Así que dame un abrazo antes de que eso pase y vuelve a lo que estuvieras haciendo.

—Entrenar. —Me abrazó fuerte, rodeándome los hombros con los brazos y levantándome del suelo—. Julian está trabajando y hablando con el investigador privado, y Dante está preparando la cena. Si necesitas cualquier cosa, grita.

—O, ya sabes, puedo entrar en una habitación y pedirlo educadamente. —Le di una palmadita en el culo, luego me detuve y le pellizqué una nalga—. Joder, Alex. ¿Estás tensando los músculos?

—Nop —una sonrisa pícara hizo que le salieran hoyuelos—. Nos vemos en un rato. —Me besó, una de esas exploraciones deliciosas que me hicieron palpitar el corazón, y luego dio un paso atrás—. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Era increíble lo fácil que resultaba decirles eso en voz alta—. Venga, vete a entrenar antes de que te arrastre otra vez a la cama.

—Oh, eso va a pasar seguro. Luego. —Se fue con un guiño y la promesa solemne, y yo me desplomé en la cama. Las sábanas suaves y la manta mullida me envolvieron por todos lados. Esto era

la vida. Loca, hermosa, casi demasiado buena para ser verdad, pero mía.

Dante y Julian mantenían una conversación en voz baja en la cocina, con sus voces demasiado apagadas para que pudiera oír mucho más que el tono. Relajado y casual. Nada de qué preocuparse.

Cerré los ojos y me dejé llevar. ¿Cuándo había sido la última vez que me había sentido así de tranquila? Una risita surgió de lo más profundo de mi vientre. Dante había prometido que había una habitación del sexo y quería encontrarla. Me imaginé abriendo la puerta y encontrando todo tipo de artículos de BDSM. Quizá había cadenas en las paredes para atarme. Tendríamos que asegurarnos de que el bebé no pudiera entrar una vez que empezara a gatear.

El pensamiento hizo que me llevara la mano al estómago. Tarareé y me froté alrededor del ombligo. —Te quieren tanto, pequeño. Y todavía ni siquiera estás aquí. No puedo esperar a ver sus caras cuando puedan abrazarte y hablarte. Quiero ver cómo se te ilumina la cara cuando te den un abrazo y te canten una nana.

Había tenido suerte hasta ahora en mi embarazo por no haber tenido ningún tipo de náuseas matutinas. A excepción de la diabetes gestacional, estábamos sanos, y nunca lo daba por sentado.

Mi teléfono pitó y golpeé la cama con la mano, intentando encontrarlo entre las mantas que había revuelto al acomodarme de nuevo en el lujoso confort.

Lila me había enviado un mensaje esta mañana para ver cómo estaba y le había prometido llamarla más tarde. Probablemente se habría cansado de esperarme.

Una sonrisa me tiró de las mejillas y solté un suspiro de felicidad. Tal vez por fin íbamos a tener el final feliz que nos merecíamos.

Todo lo que tenía que hacer era ayudar a Lila a encontrar al chico adecuado también, para que pudiera ser tan insoportablemente feliz como yo.

Desbloqueé el teléfono deslizándolo y se me heló la sangre.

Número desconocido: *Más vale que no estés donde creo que estás.*

34

JULIAN

—Julian. —El agudo miedo que crispaba la voz de Harper, sumado a la forma en que entró corriendo en la cocina y se detuvo en seco con el móvil extendido, hizo que se me saliera el corazón del pecho.

Me aparté bruscamente del ordenador y le tendí la mano. —¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Es el bebé? ¿Estás herida? —La sola idea de cualquiera de las dos cosas me hizo flaquear las piernas.

—He recibido otro mensaje. —Me puso el móvil delante, soltándolo en cuanto mis dedos lo rodearon. Sacudió la mano como si le hubiera quemado y dio un paso vacilante hacia el sofá.

La guié con una mano en el codo para que se sentara y le aparté los rizos de la cara. —Nos encargaremos de esto. Gracias por enseñármelo enseguida —dije. Crucé la mirada con Dante e incliné la cabeza hacia Harper, indicándole que él se ocupara—. Voy a llamar al detective privado.

—¿Cómo se llama? —preguntó Harper, llevándose una mano a la garganta mientras rodeaba su vientre con el otro brazo.

—Greg. ¿Por qué?

Ella se quedó mirando la pared de enfrente, con los ojos muy abiertos y la mirada perdida. —Solo necesitaba saberlo —dijo—. Necesitaba otra cosa en la que pensar.

Le apreté el hombro con fuerza. —Vamos a resolver esto. Los atraparemos.

Dante terminó de lavarse las manos y se apresuró a sentarse junto a Harper en el sofá. Le pasó el brazo por los hombros y la estrechó contra su costado, uniendo su mano a la de ella sobre su barriga. El gesto protector me provocó un estallido de furia. ¿Cómo se *atrevía* alguien a amenazar a Harper? Cómo se atrevían a asustarla y a amenazarnos a todos.

¿Por qué? ¿Cuál era el motivo? Si supiéramos eso, quizá podríamos resolver esto más rápido.

Marqué el número de Greg y esperé. Respondió al segundo tono. —Julian.

—Hola. Tenemos otro mensaje amenazante. ¿Estás listo para que te dé el número?

—Dispara. —Se oyó el tecleo y Greg me repitió el número—. Me sabe mal decirlo, pero probablemente sea un móvil de prepago. Dudo que consiga mucho. A menos que sean increíblemente ingenuos en su anonimato y no se den cuenta de lo fácil que es encontrar a alguien.

—A lo mejor tenemos suerte y es algún crío que se cree que puede salirse con la suya. —Me mordí el interior de la mejilla para evitar que la ira estallara y me sumiera en un ataque de rabia que destrozara la habitación. Debería haber aceptado la oferta de Alexander de entrenar juntos. Unas cuantas series de peso muerto podrían aliviar la frustración.

—Te llamaré en cuanto sepa algo. —Greg colgó con el chasquido de su teléfono analógico, dejando un pitido en mi oído mucho después de que yo dejara el móvil sobre la mesa.

Alexander había salido del gimnasio de Dante en algún momento y se había unido a ellos en el sofá. Me coloqué detrás de Harper y le masajeé los tensos músculos de los hombros y el cuello.

—No pueden alcanzarte. —Dante le besó la sien—. No dejaremos que se salgan con la suya.

—Dante tiene razón. Greg es increíble. Si hay alguien capaz de averiguar quién está detrás de esto, es él. Y en cuanto lo sepamos, acabaremos con esta mierda de una vez por todas.

El profundo suspiro de Harper mezclaba el alivio con un miedo persistente. —Espero que tengáis razón. Sé que me equivoqué ocultándooslo, así que es culpa mía el haber vivido con esto tanto tiempo. Solo quiero que se acabe. Estoy harta de sobresaltarme cada vez que suena mi móvil. De hecho, hoy ni me lo pensé cuando sonó; creía que era Lila, y verlo así, de repente, ha hecho que todo volviera de golpe.

Iba a hacer que pagaran por el trauma emocional por el que la estaban haciendo pasar. El impulso de encontrar a quienquiera que lo hubiera hecho y destruir su vida podría convertirme en un capullo mezquino, pero lo haría. Nadie tenía derecho a amenazar a alguien simplemente por vivir su vida. Yo no tenía ese derecho, pero la justicia de devolverles el favor ardía con más fuerza cada día que pasaba.

—Vamos a solucionarlo. —Dante le acarició el pelo.

Alexander se acurrucó contra ella por el otro lado. —¿Qué es lo peor que puede pasar, de todos modos? Pues que nuestras reputaciones se manchen. No es para tanto. ¿Sabías que tuvimos que hacer toda una campaña de relaciones públicas cuando metimos a Julian en la junta directiva?

—¿Ah, sí? —Ella echó la cabeza hacia atrás y me miró desde abajo, con un adorable ceño fruncido.

—¿Recuerdas lo que te dije de mis tatuajes? —Apoyé las manos a cada lado de su cabeza.

Ella se miró un brazo, luego el otro, y después levantó una mano para deslizar la palma desde mi antebrazo hasta el codo, y luego hacia abajo otra vez. —Me encantan tus tatuajes.

—Sí, bueno, eres de las pocas. Pensaban que me hacían parecer un incompetente. Pero esto no va de mí. Va de ti y de lo que vamos a hacer para asegurarnos de que no te pase nada malo. —Me incliné y le besé la punta de la nariz—. Nuestras reputaciones no nos definen. Nuestro amor por ti es más importante, y lo protegeremos con todo nuestro corazón.

Ella me plantó un beso en la parte interna de la muñeca. —Eso es muy dulce, y me alegra que penséis así. Pero me sentiré fatal si por mi culpa vuestra empresa sufre.

—No lo hagas. —Le besé el centro de la frente—. Averiguaremos quién te está acosando antes de que ocurra nada malo. —Era imprudente hacer esa clase de promesa, pero tenía que hacerlo. Tenía que borrar esa tensa línea de derrota que cruzaba su frente.

—Está bien, pero quiero que mañana los tres vayáis a trabajar. Me encanta teneros aquí conmigo, pero va a resultar sospechoso si seguís tomándoos días libres. —Se acomodó contra Dante y cerró los ojos—. Quiero que todo esto se acabe para que podamos seguir disfrutando de nuestra vida juntos.

—En eso sí que estoy de acuerdo. —Di un paso atrás—. Terminaré de hacer la cena.

—Gracias, Julian. Las instrucciones están en la encimera. —Dante me dirigió un asentimiento agradecido.

Caminé de espaldas hacia la cocina y retomé la tarea donde Dante la había dejado, siguiendo la receta al pie de la letra.

Dante, Harper y Alexander mantenían una conversación lo bastante alta como para que yo pudiera intervenir con mi opinión de vez en cuando.

Alexander argumentaba que nadie sabía que ella había vuelto a Nueva York, así que ¿qué importaba si se tomaban unos días libres?

Harper explicó que la persona que la amenazaba sí lo sabía, y que probablemente encontraría la forma de que se corriera la voz en Elevate, lo que podría causarnos más problemas.

Habíamos acallado los últimos rumores, pero si empezaban de nuevo sin que nosotros estuviéramos allí para ponerles fin, podrían extenderse demasiado rápido como para poder controlarlos cuando regresáramos.

—Tenemos el resto de nuestras vidas. Por mucho que os quiera aquí conmigo, quiero dejar esto atrás de una vez por todas. Id a trabajar, escuchad los cotilleos y averiguad quién nos está haciendo esto. —La tensión regresó a su voz y Harper se encogió como una bola.

Nuestra reticencia se desvaneció ante su argumento.

—Está bien. Volveremos. —Dante aceptó con una mirada sombría—. Pero puede que volvamos pronto a casa, o que te llamemos varias veces al día. Quiero que te haga ilusión cuando suene tu móvil.

Todos deseábamos eso para ella. La forma aterrorizada en que había entrado corriendo en la habitación habitaría en mis pesadillas por el resto de mi vida. No quería volver a ver esa mirada en su rostro nunca más.

35

DANTE

Habíamos hecho lo que Harper nos pidió y habíamos regresado al trabajo, dejándola sola en mi ático. Tenía seguridad de sobra, y cualquiera que intentara acercarse a ella se encontraría con una desagradable sorpresa esperándole. No solo había contratado seguridad adicional en el ático, sino que las cámaras de toda la propiedad y, especialmente, las que daban a mis puertas y ventanas, eran de última generación. Eso no evitaba el constante nudo que sentía en el estómago.

Le había comprado un teléfono nuevo y se lo había dejado, mientras que Julian se llevó el antiguo por si llegaban nuevas amenazas. El cambio en su actitud ha sido instantáneo esta mañana cuando le he enseñado el teléfono y le he prometido que Lila, y nosotros tres, ya teníamos guardado su nuevo número. Nadie debería poder contactar con ella excepto nosotros cuatro. Ella ha prometido no dar el número a nadie, salvo a su médico.

He cerrado ambos puños y los he apoyado en los muslos, respirando hondo varias veces para intentar encontrar ese lugar gélido y calmado en mi interior que me da fuerzas.

Se me ha escapado de las manos.

Joder.

Harper no solo me ha descolocado, ha cambiado mi propia naturaleza. Fingir que todo es normal se vuelve más difícil con cada segundo que pasa. He cerrado la puerta en cuanto he llegado, algo que siempre hago, pero me asfixia una aguda sensación de encierro. Las paredes oscuras y el reluciente mueble bar no han servido para calmar mis nervios de punta. He considerado tomar una copa, pero necesito mantener mis sentidos agudizados.

Alguien nos persigue, persigue a Harper, y yo tengo las manos atadas.

He pulsado unas cuantas teclas en el ordenador y he seguido leyendo sobre la diabetes gestacional y el embarazo en general. Nunca había tenido motivos para estudiarlo antes, y el progreso del embarazo me ha dado algo en lo que concentrarme. Estamos al final del primer trimestre, según mis cálculos. Pronto habrá ecografías y más pruebas. Más visitas al médico. ¿Querrá que los tres vayamos con ella? Podríamos turnarnos, pero eso podría confundir aún más al médico y al personal, especialmente dado que todos planeamos estar presentes en el parto.

Harper lleva a nuestro hijo. La sensación de asfixia se ha aliviado, reemplazada por un sentimiento de asombro. Voy a ser padre. No nos hemos molestado en hablar de pruebas de paternidad. Todos somos el padre del bebé. Así es como siempre debieron ser las cosas para nosotros. Poco convencional, desde luego, pero en algún momento del camino nos convertimos en una unidad. Lo prefiero así. Los cuatro formamos una familia completa. Cinco, contando con nuestro futuro rayito de sol. Hacemos falta todos nosotros para que esto funcione, y de todos modos a mí nunca me han gustado las relaciones convencionales.

Siempre me fallaron. Harper y mis mejores amigos nunca me han fallado.

Su afirmación de que su padre daría su aprobación ha sido la guinda del pastel.

Se me ha escapado una sonrisa y he recorrido con el dedo la línea de la mandíbula de un bebé que ha aparecido en la pantalla cuando he buscado imágenes para acompañar mis estudios. Pronto, tendré en brazos a nuestro hijo.

La puerta se ha abierto y Bethany ha entrado con otra de sus blusas escotadas y faldas demasiado cortas.

He reprimido un gemido de fastidio, pero he mantenido mi gélido ceño fruncido.

—Le he traído un café. Es su favorito. Granos recién molidos y un chorrito de crema, tal como le gusta. —Se ha inclinado sobre el escritorio, doblándose una vez más mucho más de lo necesario para dejar la taza junto a mi mano.

Me he apartado, con el rostro contraído por la ira y el asco. Su perfume anulaba el aroma del café recién hecho y me taponaba la nariz. He intentado disiparlo con la mano, pero su invasión de mi espacio personal lo empeoraba. —Quizá podrías vestir algo apropiado para el trabajo a partir de ahora. Especialmente si vas a insistir en inclinarte sobre mi escritorio cada cinco segundos. —Casi he amenazado con hablar con Recursos Humanos, pero eso recaería sobre nosotros tres, convirtiéndolo en una amenaza vacía.

Bethany ha retrocedido unos centímetros de golpe, pero se las ha apañado para seguir demasiado cerca para mi gusto. Ha puesto morritos y su expresión ha pasado de una sonrisa alegre a una mirada apagada e incrédula. En lugar de retirarse como de costumbre, ha cruzado los brazos y ha apoyado la cadera contra la esquina de la mesa. Ambos movimientos han provocado que se le realzara el pecho. Un mal movimiento y se le saldrían de la blusa. Lo cual era, muy probablemente, su objetivo.

——¿Por qué finge que no le intereso?

Pequeña insolente. —No estoy fingiendo. —Preferiría pasar el resto de mi vida solo que soportar una noche con alguien como ella, alguien que intentaba manipular su camino hasta mi cama usando su cuerpo.

Una mirada astuta ha aparecido en sus ojos y se ha lamido el labio inferior, dedicándome esa mirada lenta de arriba abajo que tanto desprecio. —Oh, no creo que eso sea cierto. Si ha sido capaz de ir tras alguien como Harper, estoy convencida de que estaría más que encantado de que alguien como yo le prestara un poco de atención.

—Pues te equivocas —dije, controlando la rabia gracias a años de fuerza de voluntad. Por mucho que me hubiera gustado ponerme en pie y cernirme sobre ella, ese juego de poder jugaría a su favor—. Y no vuelvas a hablar así de Harper nunca más. —Incluso ese pequeño discurso corría el riesgo de delatarme, pero defender a Harper era una reacción instintiva.

—Todos sabemos que se acostó con usted —dijo Bethany, levantando tres dedos—. Con usted. Con Alexander. Y con Julian. —La sonrisa se le volvió mezquina y altiva al mismo tiempo—. A pesar de que hay una estricta política de empresa que prohíbe ese tipo de comportamiento.

He tomado aire brevemente para recuperar el control y he entrelazado los dedos sobre el escritorio. —Si vuelves a hablar así, te despediré. Te doy este único aviso porque has trabajado bien hasta ahora. Pero puedo tener una nueva recepcionista, una que conozca su lugar, antes de que acabe el día. Me atrevería a decir que incluso podría hacer el trabajo mejor que tú.

—Ah, amenazas… Me imaginaba que intentaría algo así.

He levantado un dedo. —No he terminado. No vuelvas a soltar esa clase de cotilleos odiosos, ni sobre Harper ni sobre nadie más. Además —he dejado que mi propia sonrisa se volviera feroz—, Harper ya no trabaja para esta empresa, así que ¿qué importa si nos estamos viendo con ella?

La expresión de suficiencia ha desaparecido de su rostro más rápido que un helado al sol. Ha balbuceado, pero no ha llegado a articular palabra. El rojo le ha subido a las mejillas y ha apretado los brazos sobre el vientre. —¿Eso significa que seguís viéndola?

—Vaya, Bethany, parece una amante celosa. ¿Cómo se atreve a emplear ese tono conmigo? —esta vez sí me he puesto en pie. Apoyando ambas palmas en el escritorio, he mantenido nuestras miradas a la misma altura—. Lo que yo haga no es de tu puta incumbencia. Sal de mi despacho. Ahora.

Me han dicho antes que mi ira controlada y mi forma pausada de hablar son lo suficientemente aterradoras como para hacer temblar a hombres curtidos. Con Bethany ha funcionado igual de bien.

Se ha apartado de mi escritorio tragando saliva y ha salido apresuradamente por la puerta, dándole un portazo.

Si tuviera cualquier otro motivo para dejarla ir, lo usaría. A decir verdad, hasta estos últimos meses, había sido una empleada modelo. ¿Qué tenía el cotilleo en torno a Harper que hacía que tantas otras pensaran que caeríamos a sus pies con solo pestañear?

Tras esperar para asegurarme de que Bethany no daba media vuelta y volvía a entrar hecha una furia, me he sentado de nuevo, pero he resistido el impulso de apoyar la cabeza en las manos. La postura de derrota me tentaba, pero la he rechazado. ¿Hasta qué punto eran graves los rumores sobre Harper? ¿Estarían Alexander y Julian experimentando el mismo tipo de reacción por parte de nuestras empleadas? Había olvidado preguntarles, y ellos no lo habían mencionado.

36

ALEXANDER

Una tensión persistente flotaba en el ambiente. Cada vez que respiraba, se me quedaba atascada en la garganta y amenazaba con asfixiarme. Merodeé por mi despacho, pasando todo el tiempo que pude a solas antes de verme obligado a subir a la quinta planta. Ya me había pasado a ver a Julian, quien me envió al rincón del café para revisar el último cargamento, y luego subí corriendo las escaleras para aplacar el subidón de adrenalina que surgió de la nada.

Llegué al rellano de la cuarta planta y empujé la puerta, entrando directamente en el pasillo que conducía al departamento de contabilidad. El nombre de Harper llegó hasta mí, pasando de boca en boca en un susurro discreto.

Me detuve en la esquina e intenté localizar el lugar, a las personas responsables de hablar sobre la mujer a la que amaba. Ninguno de ellos tenía derecho a pronunciar su nombre. Era la segunda vez que oía esos susurros bajos e intensos sobre ella en la oficina, a pesar de que nadie había hablado de ella en meses.

Ya deberían haber superado cualquier mención sobre ella a estas alturas. ¿Alguien la había visto? ¿Pero cómo? Sí, habíamos tomado el

helicóptero de vuelta a Nueva York, pero nuestro piloto era digno de confianza, y habíamos pasado del helicóptero al coche, y de ahí al ático de Dante. ¿Cámaras? Habrían captado los pocos momentos en los que íbamos de un lugar a otro, pero Julian seleccionaba personalmente a nuestra seguridad. Si alguno de ellos nos había traicionado, teníamos problemas mayores de los que jamás hubiéramos imaginado.

La idea de que todo el mundo tiene un precio que compra su lealtad no se aplicaba a los hombres con los que trabajábamos a diario. La lealtad importaba, y nosotros los recompensábamos.

—Estoy seguro de que esa es Harper —una voz masculina y baja me arrancó de mis pensamientos.

Me quedé en la esquina, fuera de la vista pero escuchando.

Varias voces se unieron y cedí a toda la energía desbocada que chispeaba por mis venas. Era hora de hacer algo productivo. Mantuve un paso despreocupado, una postura relajada, y caminé hacia la mesa donde se sentaba nuestro mejor contable.

Otros cinco empleados abarrotaban el espacio, todos inclinados hacia delante mirando algo. Uno de los hombres se movió y apareció un teléfono a la vista.

Se me disparó el pulso con un salto tan rápido que me nubló la vista. Acorté la distancia antes de que se dieran cuenta de que siquiera había doblado la esquina.

Una mujer en la esquina del escritorio jadeó y se tapó la boca, luego le dio un manotazo al hombre que tenía al lado e intentó señalar en mi dirección.

El teléfono cayó al costado del hombre, todavía sujeto en su mano.

Extendí la mano.

—¿Qué es, se puede saber, tan importante como para usar el tiempo de la empresa para cotillear sobre ello?

—No es nada. Un meme gracioso que queríamos compartir —un hombre delgado al otro lado de la mujer tragó saliva de forma audible.

—Exacto. Nada, señor. No queríamos distraernos. Era divertido —la mujer intentó sonreír, pero desistió cuando me negué a devolverle el gesto.

Mantuve la mano extendida y moví los dedos.

—Entonces no les importará enseñármelo. Ahora.

Compartieron una mirada de pavor, y el hombre que sostenía el teléfono lo intentó una última vez.

—Lo siento, señor. No deberíamos haber estado mirando, pero la notificación llegó a todos los de la oficina y no podíamos creerlo, así que solo estábamos hablando de ello. Nunca deberíamos haber hecho esto en horario laboral.

—Tienen razón —cogí el teléfono y le di la vuelta. Cualquier otra cosa que pudiera haber dicho murió con el titular que me gritaba en una enorme fuente negra.

Los directivos de Elevate en la cama con su empleada más joven

A partir de ahí, comenzaba una larga lista de nuestras supuestas transgresiones, junto con fotos para romper los bloques de texto. La primera de Harper conmigo en la gala era bastante inocente.

Quiero decir, sí, la miraba con ojos de enamorado que denotaban muchísima tensión sexual. Pero se podía explicar.

Seguí bajando; el estómago se me revolvió tanto que estuve a punto de vomitar cuando la siguiente foto cargó a cámara lenta. La imagen de Harper totalmente vestida saliendo a hurtadillas de la suite del hotel la mañana después de la gala nos incriminaba más, pero de nuevo, no era demasiado condenatorio si inventábamos la historia adecuada. Arthur todavía no nos había vendido, porque no tenían declaraciones de testigos oculares sobre por qué estaba Harper en

nuestra habitación o qué habíamos estado haciendo. Nos había pillado desnudos y se le habían dado todas las oportunidades para traicionarnos. El chico se merecía un ascenso. O un lugar en nuestro equipo.

La bilis me subió a la parte posterior de la garganta cuando el siguiente grupo de imágenes explotó en la pantalla. Nuestro retiro en la cabaña no se había librado.

La intimidación de Dante había fallado, o alguien más tenía acceso a esas fotos. Estas eran ligeramente diferentes de las que Dante había destruido. No eran tan escandalosas, pero varias eran íntimas. Los cuatro en la cama, con las sábanas cubriendo partes de nuestros cuerpos pero dejando otras expuestas.

Nosotros besando a Harper y adorándola de la forma que mejor sabíamos. Teniendo en cuenta lo que podrían haber publicado, estas eran suaves. Condenatorias, pero suaves.

Me mordí el interior de la mejilla y obligué al pulgar a pasar a la siguiente imagen.

—Señor, realmente no es asunto nuestro —el hombre que me había entregado el teléfono interrumpió mi lectura. Una mano se acercó tímidamente hacia el móvil.

Le gruñí como un animal.

—Exacto. No es asunto suyo, pero en lugar de acudir a uno de nosotros con esta información, han decidido quedarse aquí parados hablando de ello.

Él palideció y retiró la mano.

El impulso de despedir a cada uno de ellos me invadió y apreté con más fuerza el teléfono. Obligué a mi cabeza a bajar y terminé el artículo, porque mi corazón me advertía de que había más.

Otro movimiento del pulgar y el corazón se me encogió. Por una vez, me gustaría equivocarme.

Una foto de Harper de pie en la acera del hospital, con expresión de pánico y una postura desolada, me golpeó de lleno. Esta era la mujer a la que había jurado proteger. Habíamos fallado.

Olvida nuestras reputaciones. Habíamos fallado en protegerla a *ella* de *esto*.

Otro titular más pequeño resaltaba en la parte superior de la foto.

Mujer joven embarazada del bebé de altos ejecutivos.

Continuaba hablando de la diferencia de edad, de cómo debíamos de haberla coaccionado de alguna manera o de cómo ella esperaba ganarse nuestro favor.

Ni una sola de las frases del artículo tenía fundamento o verdad. Excepto los titulares. Técnicamente eran ciertos, pero estaban sacados completamente de contexto porque eso es lo que vendía. La gente compraba titulares y escándalos. No compraban amor y romance. A menos que fuera ficción, entonces no había límites. Pero esto no era una novela. Esta era nuestra vida, y estábamos jodidos.

Harper podría huir de nuevo si veía esto antes de que tuviéramos oportunidad de hablar con ella. Se culparía a sí misma y se marcharía.

Control de daños. Ya. Le devolví el teléfono al hombre, que lo atrapó tras varios titubeos.

—Si tienen algún problema con algo de esto, ahora es su oportunidad para irse. Si no, cierren el pico y vuelvan al trabajo —mi ira se impuso a mi sentido común. Había una forma mejor de hablar con ellos y de lidiar con el problema, pero en este preciso momento, no podía pensar en nada excepto en mantener a Harper a salvo de las consecuencias que se le venían encima.

Los hombres en nuestra posición debían rendir cuentas. Lo entendía. Nos pintarían como los malos. Bien. Nosotros aguantaríamos el tirón.

Pero más les valía dejar a Harper tranquila de una puta vez. Corrí hacia el ascensor y salté dentro, golpeando con la palma de la mano el botón del despacho de Dante.

Los segundos pasaban con demasiada lentitud; el ascensor se movía en incrementos minúsculos que lo hacían todo peor.

Para cuando las puertas se abrieron, el sudor me humedecía las palmas de las manos y se acumulaba en mi nuca. Bethany estaba sentada a su mesa, con las piernas cruzadas mientras se limaba las uñas. Apenas la miré y entré de golpe en el despacho de Dante.

—¡Me cago en todo! —la ira resonó con el improperio, pero él me miró y el horror se apoderó de su expresión.

—¿Qué ha pasado?

Rodeé su escritorio y tecleé el nombre del periódico que había sacado a la luz nuestra historia.

—Eso ha pasado. Y tenemos que hacer algo ahora mismo. Control de daños. De inmediato. Tenemos que proteger a Harper.

La puerta se abrió de golpe y Julian la cerró de una patada antes de dirigirse hacia nosotros; una extraña sonrisa convertía su rostro en una máscara malévola.

—Greg ha rastreado el teléfono. Sabe quién ha estado amenazando a Harper, y nunca vais a creer quién es.

37

HARPER

El mando se me resbaló de los dedos y cayó haciendo estrépito sobre el suelo de madera.

No podía moverme. No podía respirar. No podía hacer nada más que mirar fijamente el enorme televisor colgado en la pared del salón de Dante. Mi cara llenaba la pantalla, con un titular en negrita estampado sobre mi frente.

Los directores ejecutivos de Elevate en la cama con su empleada más joven

El titular se me grabó en las retinas. Intenté apartar la mirada; necesitaba cerrar los ojos y fingir que todo era un sueño. Apagar la televisión. Le ordené a mi cuerpo que se agachara y recogiera el mando. Se negó a cooperar, con mis nervios y huesos bloqueados mientras la pesadilla de la que había estado huyendo se desplomaba sobre mí.

Había llegado el momento. Todo lo que había temido se reproducía con detalles horribles mientras la voz de la presentadora zumbaba con ese tono profesional y distante, como si no estuviera destruyendo nuestras vidas con cada palabra que salía de sus labios perfectamente pintados. —El escándalo que sacude hoy al mundo

empresarial implica a tres de los ejecutivos más destacados de Nueva York y a su antigua asistente.

Se equivocaba. Yo no era su asistente. Trabajaba en marketing. No se habían molestado en investigar, pero les había faltado tiempo para difundir la noticia a los cuatro vientos.

Continuó con una sonrisa socarrona asomando en los labios. Me entraron ganas de darle un puñetazo. Nunca había sido una persona violenta en mi vida, pero en este momento, le borraría esa expresión de la cara de un bofetón con mucho gusto. Solo que no era culpa suya. Ella se limitaba a informar de las noticias que le ordenaban dar.

—Fuentes fidedignas afirman que la relación comenzó poco después de que Harper Bloom fuera contratada en Elevate y culminó en un embarazo que ha planteado serias dudas sobre la ética laboral y el posible abuso de poder.

Me apreté el vientre con las manos temblorosas, protegiendo la pequeña vida que crecía allí de las palabras que cortaban con más fuerza a cada segundo que pasaba. —Vamos a estar bien —tuve que decirlo, aunque ni yo misma me lo creyera del todo.

La pantalla pasó a mostrar una serie de fotos. Dios. Cuántas fotos. La primera, la de la gala, no estaba tan mal, salvo que miraba a Alexander como si ya estuviera medio enamorada de él. La siguiente tanda pasó de golpe. Yo saliendo a hurtadillas de la habitación del hotel con un vestido arrugado y el pelo hecho un desastre. No era un delito, pero resultaba obvio lo que había estado haciendo.

El calor me inundó las mejillas y me mordí el interior de la boca mientras la vergüenza me retorcía las entrañas. No tenía por qué sentirme avergonzada.

A continuación aparecieron las fotos de la cabaña, muchas de ellas con partes pixeladas para que fueran aptas para la televisión. Aquellos momentos íntimos y privados que yo tanto atesoraba se

exhibían ahora para que el mundo entero nos juzgara. La última me dejó sin aliento al llenar la pantalla. Los cuatro estábamos juntos en la cama, con las sábanas revueltas entre nosotros. Dante me besaba el hombro y el brazo tatuado de Julian descansaba sobre mi cintura. Alexander me acunaba la cara con ambas manos, con ternura en los ojos y una sonrisa de felicidad absoluta.

Alguien nos había estado vigilando. Habían violado nuestra intimidad y robado nuestros momentos más vulnerables. Nadie tenía derecho a hacer eso. Nadie.

Las náuseas me revolvieron el estómago y me puse el dorso de la mano sobre la boca.

La presentadora continuó, implacable en su tono agradable. —Las acciones de Elevate han caído casi un quince por ciento en las últimas dos horas, ya que los inversores expresan su preocupación por la falta de juicio de la directiva y las posibles ramificaciones legales.

Mierda.

Un quince por ciento en dos horas. ¿Posibles ramificaciones legales? Éramos jodidos adultos en una relación consentida. Sí, Elevate tenía normas sobre esta situación, pero la ley no tenía nada que decir sobre lo ocurrido. Que les jodan. La ira empezó a sustituir a las náuseas y mi pie empezó a tamborilear contra el suelo; mi talón en calcetines no hacía ruido mientras marcaba un ritmo irritado.

Yo había enviado el mensaje que empezó todo esto. Por supuesto, no era mi intención enviárselo a *ellos*, pero seguía siendo la responsable. Yo había decidido meterme en la cama con ellos. Ellos me habían dado el poder y yo acepté acostarme con ellos. Me convencí de que podíamos mantenerlo en secreto.

Mirad lo que he hecho.

La televisión cambió a un panel de «expertos» que nunca me habían visto, que nunca habían conocido a mis hombres, pero que al

parecer lo sabían todo sobre nuestra relación. Una mujer con un severo traje gris se inclinó hacia delante con expresión grave. —Tenemos que considerar las dinámicas de poder que entran en juego aquí. Tres hombres ricos e influyentes en puestos de autoridad y una mujer joven recién salida de la universidad. El potencial de coacción es innegable.

—¿Coacción? —repetí la palabra, con la voz hueca en el salón vacío —. Ni de coña.

Nadie me oía. A nadie le importaba la verdad.

Un hombre con gafas de montura gruesa asentía a cada palabra que decía la mujer. —¿Y ahora un embarazo? Plantea serios interrogantes. ¿Fue esta joven coaccionada para mantener una relación sexual? O... —se detuvo y levantó las manos mientras hacía una mueca—, detesto incluso sugerirlo, ¿pero utilizó su sexualidad para manipular a estos hombres, solo para atraparlos con un hijo no deseado?

La habitación dio vueltas y se me nubló la vista. Manipular. Atrapar. No deseado.

Ninguna de esas palabras tenía lugar en lo que nosotros teníamos. Nuestro amor era real, honesto y hermoso. Probablemente más real que la mayoría de los matrimonios de hoy en día. Y lo estaban destrozando.

—Tú no eres alguien no deseado. —Me concentré en respirar profundamente para mitigar los dolorosos latidos de mi pecho—. Yo te quiero. Ellos te quieren. Serás uno de los niños más amados del planeta.

Mi teléfono vibró con una serie de pitidos cortos que indicaban múltiples notificaciones. Gemí y le di la vuelta, solo para comprobar la pantalla y asegurarme de que no fuera uno de mis hombres. Notificaciones de redes sociales. Mierda. Tenía que desactivar todas mis cuentas hasta que solucionáramos esto. No me atreví a mirar las

notificaciones; las borré y puse el teléfono boca abajo en el sofá. Le pediría a Julian que cerrara mis redes.

O...

O las usaría en nuestro beneficio. Podía defenderme. Nadie había dicho que tuviera que quedarme aquí sentada aguantando este abuso.

La televisión cambió de nuevo, volviendo a las acciones de Elevate y mostrando la cobertura en directo del declive y la puerta principal del edificio al mismo tiempo. Los reporteros pululaban por la entrada como buitres. Los empleados pasaban de largo con la cabeza gacha, negándose a hacer declaraciones. La cámara hizo zum sobre las acciones en la parte inferior de la pantalla. Otro dos por ciento abajo.

Intenté ponerme en pie, pero me flaquearon las rodillas y me derrumbé contra el respaldo del sofá con un quejido. ¿Cuánta gente trabajaba en Elevate? ¿Cientos? ¿Estaban todos sentados viendo cómo sus fondos de jubilación se reducían porque yo había cedido a la tentación y me había enamorado?

He sido una puñetera ingenua.

¿Qué he hecho?

Dante. Alexander. Julian. Tres hombres brillantes e increíbles que habían construido un imperio, y yo lo había echado abajo en cuestión de horas.

Habían dicho que no les importaba su reputación, que lo único que importaba era que estuviéramos juntos. Pero eso fue cuando pensábamos que podíamos controlar la narrativa.

¿Cómo se sentirían cuando vieran esto? ¿Lo sabían ya?

La idea de perderlos me abrió un agujero tan profundo en el pecho que perdí la capacidad de respirar.

El ascensor dio un aviso y levanté la cabeza de golpe. No. Todavía no. No estaba preparada para enfrentarme a ellos todavía.

Dante entró primero como un vendaval, con los ojos azules desorbitados mientras escaneaba la habitación. Julian entró tras él, con los tatuajes a la vista mientras se quitaba la chaqueta del traje. Alexander cerró la marcha, con los ojos grises clavados en mí con una intensidad que me hizo dar un vuelco al corazón.

Habían dejado el trabajo en medio de la tormenta. Por mí.

Por mi culpa.

—Harper. —Dante cruzó el salón en tres zancadas y cayó de rodillas frente a mí. Me acunó la cara entre las manos, apartándome las lágrimas con los pulgares—. Cariño, ¿estás bien?

Se me cerró la garganta, obligándome a negar con la cabeza.

Julian se sentó a mi lado, pasando un brazo por mis hombros para pegarme a su costado. —Lo hemos visto. Ya lo sabemos. Necesitábamos ver cómo estabas, pero sabíamos que no bastaba con llamar.

—Las acciones... —me atraganté con las lágrimas y me detuve.

—Que le den a las acciones. —Alexander se hundió en el sofá al otro lado y me cogió la mano. La apretó fuerte—. Eso no es lo que importa.

—Pero han caído un diecisiete por ciento por mi culpa. —Se me quebró la voz y volví a parar, obligándome a ser más fuerte.

—Basta —la orden de Dante cortó mi espiral de angustia—. Esto no es culpa tuya.

Me aparté, necesitando que lo entendieran. —¿Cómo podéis decir eso? Yo hice esto. Vosotros me disteis la opción y yo dije que sí. Todo esto es culpa mía. Yo tomé cada una de las decisiones que nos han traído hasta aquí, y ahora la empresa...

—Sobrevivirá. —Julian me interrumpió con una mirada y un apretón en el hombro—. Hemos superado cosas peores que una caída en bolsa. Esto es solo ruido. Un escándalo. Se pasará.

La habitación se tambaleó y tomé aire para estabilizarme. —Habéis visto lo que dicen de nosotros. De mí. Creen que me habéis obligado. O que os he tendido una trampa. Lo están destruyendo todo. —Mis ganas de dejar las cosas claras rugieron en mi interior.

—Se equivocan, y vamos a demostrarlo —Alexander me dedicó una sonrisa triste pero firme y me besó la sien—. No vamos a quedarnos de brazos cruzados.

La furia absoluta de su voz me hizo girar la cabeza para mirarlos a todos. Tenían expresiones idénticas de rabia apenas contenida.

—¿A qué te refieres?

Los labios de Dante se curvaron en esa sonrisa depredadora que había aprendido a apreciar. —El detective privado de Julian ha localizado el origen de los mensajes de texto. Ya sabemos quién los ha estado enviando.

—Y vamos a superar esto juntos. Mañana planearemos la estrategia, cuando hayamos tenido tiempo de despejar la cabeza y el estratega de relaciones públicas que hemos contratado tenga oportunidad de idear un plan —Julian me frotó el hombro—. Todo va a salir bien.

—En cuanto tengamos las pruebas que necesitamos, iremos a por todas. —Dante me ayudó a ponerme en pie—. Hasta entonces, tengo unas cuantas ideas sobre cómo podemos pasar el tiempo.

El tono grave y ronco de su voz me indicó exactamente lo que tenía planeado. Dante me besó, con los labios firmes pero amorosos y tan exigentes como siempre. Cuando se apartó, sus ojos echaban chispas. —No voy a perderte otra vez, Harper. No me importa si las acciones caen a cero. No me importa si todos los inversores se marchan. Tú y nuestro bebé valéis más que todo eso junto.

—Os quiero. —Luché contra otra oleada de lágrimas para decírselo —. A todos. Lo siento.

—Ni se te ocurra. —Julian me agarró la barbilla y me giró la cara hacia la suya—. No tienes por qué pedir perdón. Intentaste protegernos. Ahora nos toca a nosotros protegerte a ti. Vamos a solucionar esto.

El peso que me oprimía el pecho se alivió.

Dante me besó un lado del cuello y luego bajó hasta el punto donde latía el pulso bajo mi oreja. Julian me hundió una mano en el pelo, echándome la cabeza hacia atrás. Alexander trazó un dibujo en mi muslo, y su tacto me quemó a través de los finos leggings. El dolor y el miedo vivían dentro de mí, pero mi necesidad de ellos surgió para desafiarlos. —Os deseo. A todos.

Julian dejó un rastro de besos por mi hombro. —Mejor, porque nosotros también te necesitamos a ti.

Apenas llegamos al dormitorio, dejando un rastro de ropa desde el salón hasta el fondo del pasillo. Para cuando caímos en la cama, desnudos y ansiosos por tenerlos dentro de mí, casi pude olvidar la amenaza que se cernía sobre nosotros. Julian se situó entre mis muslos y me abrí para él. Se deslizó dentro con un movimiento fluido que lo hundió hasta el fondo y empezó a moverse. Había esperado sexo rudo pero apasionado. Julian me dio control y pasión con un orgasmo que fue creciendo de forma constante hasta desgarrar mi cuerpo y arrancar todas mis dudas.

38

HARPER

Pasaron días de estrategia y el estallido inicial de nuestro escándalo se había calmado. No lo suficiente como para que los beneficios subieran, pero el declive se ralentizó. Teníamos que hacer algo o Elevate se hundiría en menos de un año.

Aquí comienza la aventura de hoy. Erguí los hombros y clavé la mirada en mi reflejo en el espejo de Dante. Parecía el tipo de mujer que tiene el control de su vida. Un blazer negro hecho a medida de líneas marcadas, junto con una blusa de seda color crema y unos pantalones negros que realzaban mis curvas. Pasé las manos por mis caderas y sonreí.

Habían pasado cuatro días desde que estalló el escándalo y las acciones de Elevate empezaron a desplomarse. Cuatro días de un terror casi constante mantenido a raya por los cuatro hombres que no se habían separado de mi lado.

Habían hecho declaraciones y habían aparecido en canales de noticias financieras. Habían hecho todo lo que el estratega de relaciones públicas sugirió.

Nada funcionó.

No iba a permitir que perdieran su empresa por una narrativa ridícula que los pintaba con los trazos crueles de hombres mayores seduciendo a mujeres jóvenes. Éramos más que eso, y planeaba demostrárselo al mundo.

Hoy, me defendía y le contaba al mundo la verdad. Si no querían escucharla de boca de Dante, quizá me escucharan a mí.

Mi teléfono vibró y el nombre de Lila apareció en la pantalla con un mensaje.

Lila: *Tú puedes con esto. Enséñales lo que pasa cuando se meten con la jodida Harper Bloom.*

Sonreí a pesar de los nervios que amenazaban con asfixiarme. Ella había sido mi roca durante todo esto, atendiendo llamadas de reporteros, gestionando mi caótico perfil en las redes sociales y asegurándose de que me mantuviera centrada en la verdad.

La puerta se abrió detrás de mí y el reflejo de Dante se unió al mío en el espejo. —Estás increíble. ¿Estás lista?

—No, pero lo voy a hacer de todos modos.

Sus labios se curvaron contra mi cuello. —Esa es mi chica.

Julian entró, con los brazos desnudos cruzados y una amplia sonrisa que formaba hoyuelos en sus mejillas. —El coche espera abajo. Alexander está terminando una llamada con la junta. Se reunirá con nosotros en la oficina más tarde.

Después de que yo me sentara con una de las periodistas más respetadas de Nueva York y desnudara mi alma ante el público.

Casi nada de presión.

—No tienes por qué hacer esto —dijo Dante, apartándome un mechón de pelo de la cara.

Por supuesto que había notado mi vacilación. —Sí, tengo que hacerlo.

—Podemos encontrar otra forma —insistió él, pero se detuvo cuando posé un dedo sobre sus labios.

—Voy a hacerlo. Es lo que hay que hacer. Estoy lista. Os veo en la oficina —dije. Le besé a él, luego a Julian, y bajé hacia el coche y el chófer que me esperaba.

El conductor me saludó con un cortés asentimiento y sostuvo la puerta abierta, cerrándola tras de mí y rodeando el coche hasta el asiento del conductor.

Me recosté y miré por la ventana mientras repasaba mi historia una última vez. El trayecto pasó como un suspiro, y para cuando nos detuvimos, las mariposas de los nervios habían dado paso a una fría certeza que me hizo levantar la barbilla.

Pasara lo que pasara, le contaría al mundo nuestra verdad.

Alguien tenía que cambiar la narrativa. ¿Quién mejor que la mujer que había sido coaccionada por los estándares del público? Solo yo podía decirles la verdad.

El chófer se detuvo frente a un rascacielos elegante y moderno y aparcó.

Respiré hondo y me recompuse mientras él me abría la puerta y me ayudaba a salir de la parte trasera.

—Estaré aquí esperando cuando termine —dijo.

—Gracias —dije. Me alisé la chaqueta y entré en el edificio. El cromo y el cristal se extendían hasta donde alcanzaba la vista, con una vertiginosa exhibición de cristal en los ascensores que me hizo lagrimear los ojos.

Maggie Lately estaba en el centro del vestíbulo, con las manos entrelazadas a la altura de la cintura y una brillante sonrisa que arrugaba sus mejillas. Llevaba el pelo en un moño severo, su estilo característico. Su reputación como perseguidora incansable de la verdad, capaz de derribar corporaciones y políticos con el mismo

entusiasmo con el que defendía a los más débiles cuando la historia lo merecía, había sido la única razón por la que la había buscado.

Necesitaba que me viera como esto último, pero no iba a retorcer nuestra historia para que encajara en ninguna narrativa que no fuera la verdad.

—Señorita Bloom —dijo Maggie, tendiéndome la mano. Se la estreché, agradecida de que mi agarre se mantuviera firme a pesar de que me temblaban las piernas—. Gracias por aceptar hablar conmigo.

—Gracias a usted por darme la oportunidad de contar mi versión —respondí.

Su mirada pasó por encima de mi hombro. —¿Se unirán a nosotras?

«Ellos», refiriéndose a Julian, Dante y Alexander. Dejé las manos a los lados, manteniendo una expresión cuidadosamente neutral. —No —dije. Había sido clara al respecto desde el principio, pero no la culpaba por preguntar—. Esta es mi historia, y no quiero que el público los vea aquí y retuerza cada palabra porque tengan la falsa impresión de que ellos me controlan.

—Excelente —dijo Maggie, frotándose las manos y dándose la vuelta —. Por aquí.

La seguí a una sala de conferencias con paredes de cristal y equipo de grabación sobre la mesa. Se me encogió el estómago al verlo. Esto era lo que quería. Todo lo que dijera sería capturado, analizado y posiblemente usado en mi contra.

Di la verdad de todos modos. Me lo había estado repitiendo tanto tiempo que me vino a la mente en un instante.

Maggie se acomodó en su silla frente a mí, con el bolígrafo preparado sobre un bloc de notas a pesar de la grabadora. —Antes de empezar, quiero que sepa que le agradezco que confíe en mí para

esto. He cubierto muchos escándalos corporativos en mi carrera, pero este parece diferente.

—Me alegro. Porque lo es, y espero demostrarle a la gente que solo somos humanos.

Encendió la grabadora. —Cuénteme cómo empezó todo —dijo.

Inspiré y contuve el aliento, usándolo para estabilizar la voz. —Todo empezó con un mensaje de texto que les envié por error —comencé.

La historia fluyó de mí. Se lo conté todo, desde el mensaje hasta lo mortificada que me sentí y cómo ellos respondieron con humor en lugar de despedirme en el acto.

No me guardé nada sobre mi atracción por ellos ni evité admitir que yo había sido quien tomó la decisión final. Le dije claramente que las dinámicas de poder no eran complicadas porque nunca las habían usado contra mí.

—Esto es lo que la gente tiene que entender —me incliné hacia delante con las manos sobre la mesa—. Nunca les tuve miedo. Nunca me sentí presionada. En todo caso, se desvivieron por asegurarse de que yo tuviera todo el control. Me dieron a elegir, una y otra vez, y yo los elegí a ellos. Todas y cada una de las veces.

Hablamos durante más de una hora. Me hizo preguntas difíciles y yo le di respuestas honestas. Sí, la diferencia de edad era significativa. Sí, una relación con tres hombres era poco convencional. Sí, entendía por qué la gente estaba preocupada. Pero también dejé claro que nuestro amor no tenía por qué seguir reglas ni encajar en ningún molde perfecto. Dante, Alexander y Julian me trataban con más respeto y cuidado de lo que cualquier hombre de mi edad lo había hecho jamás. Nuestra relación se basaba en la confianza mutua, la comunicación honesta y el afecto genuino.

Cuando Maggie finalmente apagó su grabadora, se recostó en su silla y me estudió. Su expresión no revelaba nada. Este era el momento en el que decidía si me creía.

No me quedaba nada más que decir. Sostuve su mirada y esperé.

—Llevo veintitrés años haciendo esto. He entrevistado a cientos de personas. Políticos. CEOs. Famosos. He aprendido a distinguir cuándo alguien miente. Y creo que me está diciendo la verdad —dijo, y una sonrisa transformó sus severas facciones—. La creo y, lo que es más importante, creo que mis lectores también lo harán.

El aire que había estado reteniendo salió de golpe. —Gracias —musité.

—No me dé las gracias todavía. Voy a escribir lo que he oído, lo que significa que también incluiré las preocupaciones legítimas sobre las relaciones en el lugar de trabajo, pero me aseguraré de que su voz, su verdad, sea escuchada —aclaró ella.

Era todo lo que había esperado. Me levanté y le estreché la mano antes de volver por el vestíbulo hacia el coche que me esperaba.

Mis nervios chispeaban y vibraban con un ritmo delicioso mientras conducíamos hacia Elevate. Esta vez, cuando aparcamos, no tuve problemas para salir del coche y caminar con paso firme hacia el edificio en el que no había entrado en meses. El vestíbulo bullía con su actividad habitual. Gente de traje corría de un lado a otro. Sonaban los teléfonos y aún más gente se amontonaba en la zona del café.

Las conversaciones murieron a mitad de frase cuando entré. Las cabezas se giraron y decenas de pares de ojos siguieron mis movimientos. Levanté la barbilla y seguí caminando, directo al ascensor y al espacio cerrado. Sonreí al pulsar el botón y luego agité un poco los dedos mientras las puertas se cerraban.

Mi sonrisa crecía con cada piso que subía, de modo que para cuando las puertas se abrieron, apenas podía contener la risa.

Bethany estaba detrás del mostrador de recepción, con su cabello rubio perfecto y su maquillaje impecable como siempre. Sus ojos se

abrieron de par en par cuando salí, y luego se entrecerraron en algo que se parecía notablemente al odio.

Esperé que se atragantara con él.

Salió disparada de detrás del mostrador. —No puedes entrar ahí. Ya no trabajas aquí. Se te ha revocado el acceso.

Seguí adelante, dirigiéndome al despacho de Dante, donde me esperaban ellos junto con unos pocos invitados. Entré en su despacho y fui directa al lado de Dante con toda la confianza que poseía.

Ya estaba, el momento que todos habíamos estado esperando.

Bethany irrumpió tras de mí, sin aliento y con la cara roja. —¿Qué demonios hace ella aquí?

—Lo que le dé la puta gana —dijo Julian con una sonrisa de suficiencia.

Dos agentes de policía dieron un paso al frente, y el que estaba más cerca de mí tomó la iniciativa. —¿Bethany Whitacre?

Ella palideció y retrocedió un paso. —¿Sí?

—Queda arrestada por acoso, acecho y extorsión —dijo. Eso último era un poco exagerado, pero ya dejaríamos que los abogados y el juez lo aclararan. Echó mano a las esposas de su cinturón—. Tiene derecho a permanecer en silencio.

—¿Qué? —el chillido de Bethany interrumpió las palabras del agente —. Esto es una locura. No pueden arrestarme, no he hecho nada malo.

—Envió mensajes de texto amenazantes a la señorita Bloom. —El segundo agente dio un paso al frente para apoyar a su compañero —. Pagó a varios miembros del personal para colocar cámaras ocultas en una propiedad privada e ilegalmente en el hotel. Luego vendió las imágenes obtenidas de esas cámaras a la prensa.

Bethany dio un paso atrás, luego otro, como si pensara que si lograba llegar a la puerta estaría a salvo. —Eso es... yo no lo hice. —Su mirada recorrió la habitación—. No pueden probar eso.

—Acabas de hacerlo tú misma —dije, haciendo un gesto con la mano hacia ella.

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro. —No —negó.

Julian sacó su teléfono y mostró la pantalla. —Tenemos pruebas. Mi investigador privado es muy concienzudo. —No enumeró todo lo que habíamos encontrado. Dejó que se cociera en su propia salsa, sin saber qué podíamos o no imputarle.

Nunca había oído nada más satisfactorio que el chasquido de las esposas al cerrarse en sus muñecas.

Perdió los estribos. Gritando. Llorando. Suplicando. Forcejeó con los agentes que la sacaban de la habitación. —¡Esto no es justo! He amado a Dante durante años. Lo hice todo por usted. Trabajé hasta tarde. Le cubrí las espaldas. Le hice la vida más fácil y nunca me miró. Ni una sola vez.

Dante me pasó el brazo por los hombros. —Porque nunca me interesaste —replicó él—. Tienes que aceptar eso y pasar página.

—¿Pasar página? —Le escupió las palabras—. ¿A qué? ¿A verle tirar su vida por la borda por ella? No es nadie. ¿Cómo ha podido elegir a alguien como ella antes que a mí? No tiene nada de especial.

Los labios de Dante se curvaron en esa sonrisa depredadora que tanto me gustaba. Inclinó la cabeza, rozando mis labios con los suyos. —No hay comparación posible.

Alexander se acercó y me robó un beso. —Nunca la hubo.

Julian me reclamó a continuación. —Ni la habrá.

—¡Esto es una mierda! —el grito de Bethany resonó por el despacho mientras los agentes la sacaban a rastras de la habitación—. Os

arrepentiréis de esto, todos vosotros. Cuando Elevate se hunda y arda, no vengáis a llorarme.

—Será difícil hacerlo cuando esté entre rejas. —Disfruté demasiado al oírla maldecir y chillar. Lo habíamos logrado. El frenesí mediático no había terminado, pero la peor parte estaba resuelta y ya no tenía que preocuparme por las amenazas de Bethany.

Me apoyé en Dante. —Madre mía.

Julian se rió. —Madre mía, y que lo digas. Esto ha sido mucho más satisfactorio de lo que imaginaba.

Alexander me rodeó con sus brazos por detrás, dejándome atrapada entre él y Dante. —Has estado increíble.

—Me he sentido increíble. —Escondí la cara en el pecho de Dante, inhalando su aroma familiar y dejando que su corazón latiera contra mi oído. Todavía me sentía increíble.

Mis hombres. Mis amores. Los padres de mi hijo. Habíamos pasado por un infierno y habíamos salido fortalecidos. Odiaba que aún no hubiéramos terminado, pero permaneceríamos juntos sin importar qué.

39

HARPER

Mi móvil sonó a las seis de la mañana siguiente y el corazón se me subió a la garganta. Había llegado el momento. Maggie me había advertido de que se publicaría temprano y yo llevaba en vilo desde las cuatro de la madrugada. Me abalancé hacia la mesita de noche y cogí el teléfono, a punto de que se me cayera con las prisas por desbloquear la pantalla. Las notificaciones llegaban tan rápido que las vibraciones se fundían en un único y largo zumbido. Oh, mierda. Eso podía ser malo.

La historia de amor poco convencional de la ejecutiva de Elevate: Una mirada profunda a Harper Bloom

El titular de Maggie me devolvió la mirada y mi corazón dio un vuelco. El momento que tanto habíamos esperado había llegado y casi me acobardo. —Tú puedes hacerlo. —Me di una charla de ánimo en voz baja y pulsé en el titular, quedándome paralizada mientras recorría el artículo.

Maggie había cumplido su palabra. Cada cita, cada detalle que yo le había expuesto, pintaba nuestra relación como algo complicado pero auténtico. No evitó las complicaciones ni la idea poco convencional de amar a tres hombres, pero no lo hizo sensacionalista. Maggie

presentó los hechos y dejó que los lectores sacaran sus propias conclusiones.

Empezaron a aparecer comentarios al final del artículo. Me tapé la boca mientras leía.

Oh, mierda, en realidad estaban sacando las conclusiones correctas.

La mayoría de las secciones de comentarios eran un nido de juicios y crueldad, pero en el artículo de Maggie la situación había cambiado. No del todo. Seguía habiendo gilipollas soltando sus opiniones sobre mi moral y mi carácter, pero los demás los silenciaban.

No esperaba ganarme el apoyo del público, pero este llegaba a raudales a través de esos comentarios.

Me presioné la boca con la mano, con las lágrimas empañando las palabras en la pantalla. Lo habíamos conseguido. Habíamos contraatacado y cambiado la narrativa.

—¿Harper? —Dante pronunció mi nombre desde el pasillo. Sus pasos lentos se acercaron hacia mí y me besó el hombro—. ¿Qué pasa? —Me rodeó la cintura con ambos brazos y me pegó contra su pecho.

Le mostré el móvil. —Nada. Todo está saliendo bien.

El último rastro de sueño desapareció de su rostro y apretó más los brazos. Su expresión cambió mientras leía y, cuando levantó la vista del teléfono para mirarme, se le dibujó una sonrisa. —Lo has hecho. Nos has salvado.

—Lo hemos hecho juntos —le di unas palmaditas en las manos que descansaban sobre mi vientre y me apoyé en él—. Voy a comprobar las acciones. Puede que no haya servido de mucho, pero vamos a averiguarlo.

Entré en el sitio web y las cifras de Elevate aparecieron en pantalla. Un cinco por ciento arriba. El artículo no llevaba publicado ni media hora.

El último resto de tensión se esfumó y me desplomé en los brazos de Dante. La empresa se recuperaría.

Mi teléfono sonó; parpadeaba un número desconocido de Nueva York. El corazón se me puso en la garganta. Odiaba los números desconocidos, y me habían acosado demasiados reporteros intentando obtener más declaraciones como para cambiar de opinión pronto. Pero respondí de todos modos. Si era algo malo, le pasaría el teléfono a Dante.

—¿Diga?

—Señorita Bloom, habla Catherine Carl. Soy la directora de la Cumbre de Empoderamiento Femenino de este año, que se celebrará el mes que viene en Manhattan. La llamo para invitarla a ser nuestra ponente principal.

El entumecimiento hizo que relajara la mano que sostenía el teléfono. —Perdone, ¿qué?

Soltó una risa profunda que calmó mis nervios. —Nos encantaría que compartiera su historia. Cómo se defendió a sí misma y defendió su relación a pesar del escrutinio público es exactamente lo que estoy buscando. Usted tomó el control en lugar de esconderse y dejar que otros la definieran. Ese es exactamente el tipo de mensaje que queremos promover.

Vaya. Le dije la palabra sin voz a Dante, que me besó y nos balanceó de lado a lado.

—Sería un honor para mí.

Ultimamos los detalles y colgué, aferrándome a Dante y riendo tan fuerte que Julian y Alexander salieron a toda prisa del dormitorio, todavía despeinados y somnolientos con las marcas de las sábanas en las mejillas.

Julian se pasó una mano por el pelo. —¿Qué ha pasado?

—Harper es una fiera que ha salvado la compañía —dijo Dante pasándome a Julian, que me hizo dar vueltas en el aire en un abrazo de oso—. Y creo que esto merece una celebración. Estoy pensando en Marcel's.

—Sin duda —Julian me dio una palmadita en el culo y sonrió—. Hay vestidos nuevos en el armario.

—¿Puede venir Lila también? Quiero que lo celebre con nosotros. —Me apreté el teléfono contra el pecho, con la emoción burbujeando en mis venas como champán.

Alexander me hizo girar hacia él. —Por supuesto. Ella siempre es bienvenida.

Horas más tarde, entramos en Marcel's entre una fanfarria de sonrisas de bienvenida.

Lila se quedó detrás de mí con un impresionante vestido color vino, con los ojos marrones muy abiertos. —Vaya. Nunca he visto nada parecido.

—Ni yo —. Intenté que no se me abriera la boca, pero el restaurante con estrella Michelin estaba a la altura de su reputación. El ladrillo visto quedaba caldeado por el parpadeo de las velas. Una música suave sonaba de fondo y las copas de vino probablemente costaban más que mi alquiler.

Un hombre de esmoquin nos condujo a una mesa privada al fondo, lejos de miradas indiscretas y curiosas.

Dante se sentó a mi izquierda, Alexander a mi derecha y Julian frente a mí con Lila a su lado.

Recorrí el borde del menú con letras doradas y suspiré. —Todo es tan bonito.

—Tú eres bonita —Julian apoyó la barbilla en las manos y me guiñó un ojo—. El verde te sienta muy bien.

Me sonrojé y jugueteé con la falda verde esmeralda. Casi me había perdido en el armario; la cantidad de vestidos disponibles me había dejado el cerebro hecho papilla. Me había decidido por el verde por la falda vaporosa y me gustaba cómo se sentía el tejido contra mi piel.

Lila me miró y movió las cejas.

Alargué la mano hacia mi vaso de agua y pillé a Dante mirándome con esa expresión intensa que hacía que se me revolviera el estómago. —¿Qué?

—Nada —se encogió de hombros, pero una de sus manos buscó la mía bajo la mesa y entrelazó nuestros dedos—. Solo pensaba en la suerte que tenemos.

—Brindo por ello. —Julian bebió un sorbo de su vino y me sonrió por encima del borde.

Alexander se aclaró la garganta y miré hacia él justo a tiempo para ver cómo deslizaba una mano detrás de mí. Me agarró la nuca y pasó el pulgar por la piel expuesta, enviando un escalofrío de calor por mi columna vertebral.

—Harper —dijo Dante con ese tono imperioso que nunca fallaba en hacerme flaquear las piernas—. Estos últimos meses han sido los más duros de nuestras vidas. Perderte, volver a encontrarte y luchar por mantenerte nos ha obligado a reevaluar todo lo que creíamos saber sobre el amor.

—Y lo que estamos dispuestos a hacer por él —. Alexander tamborileó con los dedos en mi columna; el ritmo lento resultaba delicioso contra mi piel desnuda—. Pasé mi vida entera asegurándome de que cada decisión fuera la correcta. Entraste en nuestra oficina y lo pusiste todo patas arriba. Me hiciste darme cuenta de que estar a salvo no equivale a la felicidad.

Julian bajó las manos de su barbilla y me miró a los ojos desde el otro lado de la mesa. —Yo siempre he sido el temerario, pero tú eres

valiente de formas que nunca he conocido. Te enfrentaste al mundo por nosotros, por nuestra familia.

Nuestra familia. Me encantaba cómo sonaba aquello. Se me cerró la garganta, impidiéndome responder.

Se movieron como uno solo, acercando sus cuerpos cada vez más hasta que los tres se arrodillaron frente a mí. Tres hombres guapos y poderosos de rodillas ante mí mientras Lila gritaba de alegría y aplaudía.

Nunca había vivido nada más surrealista. Esto no podía estar pasando.

Dante buscó en su chaqueta y sacó una pequeña caja de terciopelo. La abrió frente a mí y se me olvidó cómo respirar. Tres anillos descansaban dentro de la caja, cada uno único pero diseñados como un conjunto. Un zafiro rodeado de diamantes se encontraba entre un anillo con una perla central en una intrincada montura de oro y otro con una esmeralda que captaba la luz de las velas y centelleaba.

—No somos tradicionales, así que decidimos seguir con esa línea y ofrecerte esto —dijo Dante, sosteniendo la caja en la palma de la mano.

Alexander inclinó la cabeza hacia la caja. —Queríamos que tuvieras algo de cada uno de nosotros que representara nuestro compromiso contigo.

—Te queremos, Harper. Más de lo que creíamos posible amar a nadie. Eres todo para nosotros —dijo Julian, poniendo una mano sobre mi rodilla.

Dante se movió y mi atención volvió a él. —¿Quieres casarte con nosotros? Permítenos pasar el resto de nuestras vidas demostrándote lo mucho que significas para nosotros. Déjanos ser los padres que nuestro hijo se merece y los compañeros que siempre has necesitado.

—Di que sí. Por favor. —Alexander me acarició la mejilla; su súplica sincera me arrancó un asentimiento.

—Quiero casarme con todos vosotros —dije, pasando el pulgar por el borde del anillo—. Lo deseo de todo corazón.

—Legalmente, puede que haya algunos obstáculos, pero en todo lo que importa, queremos ser tuyos. Para siempre. —Julian se inclinó por encima de Dante para besar mi mejilla.

Dante me deslizó los anillos en la mano; los tres quedaban juntos en una hermosa muestra de artesanía que podría haber parecido ostentosa pero que resultaba preciosa.

Me besaron uno tras otro, sus labios reclamando los míos con toques tiernos que me conmovían hasta el alma. Ellos eran míos y yo era suya.

El grito de Lila cortó el aire cuando todos volvieron a sentarse. —¡Dios mío, os vais a casar! ¡Esto es increíble! Lo sabía. Sabía que se lo pediríais esta noche.

Me reí entre lágrimas y la abracé. —No lo sabías.

—¡Sí que lo sabía, y siempre acierto con estas cosas! —Se apartó, agarrándome por los hombros—. Te mereces esto. Todo esto. Toda la felicidad, el amor, el ridículo final de cuento de hadas con tres príncipes azules.

—Y un bebé —. Julian sonrió—. No te olvides del bebé.

—Y el bebé —. Lila se rio y me abrazó de nuevo.

Cuando me soltó, me presioné la mano contra el estómago. Esta personita crecería rodeada de tanto amor y protegida por tres padres que moverían cielo y tierra por ella.

Nos habíamos enfrentado al escándalo, al juicio y al escrutinio público. Habíamos aguantado amenazas y chantajes y la posibilidad de perderlo todo.

Ahora teníamos el resto de nuestras vidas para construir algo hermoso.

Dante volvió a atraerme a sus brazos, apoyando su frente contra la mía. —Te quiero.

—Yo también os quiero. A todos. Tanto que duele. —Lo besé a él, luego a Alexander y después a Julian.

Alexander apoyó la mano en la parte baja de mi espalda y Julian rozó su pie contra el mío bajo la mesa.

Esta era mi familia. Poco convencional y absolutamente perfecta.

40

EPÍLOGO: HARPER

Pétalos de rosa cubrían cada superficie del ático de Dante. Rojos y rosas se esparcían por los suelos de mármol y flotaban en la enorme bañera donde había estado a punto de relajarme. Alguien se había pasado de la raya para nuestro primer San Valentín oficial juntos, y tenía una idea bastante clara de quién.

—Julian, ¿has comprado todas las floristerías de Manhattan? —Acomodé a Emily en mis brazos, sonriéndole—. Tu papá es un tonto.

Ella bostezó y resopló, agitando sus puñitos.

Julian asomó la cabeza desde la cocina—. Solo tres de ellas. —La harina cubría sus antebrazos tatuados y una mancha de chocolate marcaba su mandíbula—. Y antes de que preguntes, sí, estoy haciendo el postre desde cero.

—Parece que estés intentando convertirte tú mismo en el postre. Intenta no quemar la cocina. —Me toqué la mandíbula en el mismo lugar donde él tenía el chocolate.

Cruzó la habitación y me besó la sien, luego se inclinó para besar los rizos oscuros de Emily. Ella balbuceó y agitó los puños. La sonrisa de Julian se volvió pícara—. Dante está supervisando. ¿Quieres probar?

—Se quitó el chocolate de la mandíbula con el dedo y me lo extendió, desafiándome con la mirada.

Sosteniéndole la mirada, me metí su dedo en la boca y lo limpié lamiéndolo.

Sus ojos se oscurecieron y me rodeó la cintura con una mano, atrayéndome hacia él—. Sigue así y no habrá cena. Pasaremos directamente a la diversión.

—He oído eso. —La voz de Dante llegó desde la cocina, seguida del estrépito de metal—. Y no estoy supervisando. Estoy evitando desastres.

—Eso lo dice el hombre que está tirando todos los cuencos. —La carcajada de Julian provocó un sonido similar en Emily, lo que me incitó a unirme mientras me dirigía a la cocina. Ya me daría un baño más tarde. Este momento con Dante y Julian merecía ser disfrutado.

Alexander me recibió en el umbral con una copa de champán en la mano. Me la tendió e hicimos el cambio. Cogió a Emily y la acunó contra su pecho, arrullándola y hablándole como si hubiera nacido para ello.

—Feliz San Valentín. —Se inclinó para besarme, sonriendo contra mis labios.

—Igualmente. —Bebí un sorbo de champán y miré por encima de su hombro hacia la cocina—. ¿Debería preocuparme por lo que está pasando ahí dentro?

—Probablemente. —Le tocó la nariz a Emily—. Pero a nosotros no nos importa, ¿verdad? No, no nos importa. —Su expresión se dulcificó de una forma que rara vez veía pero que me robaba el aliento.

Hace un año estábamos luchando por mantener todo esto y ahora celebrábamos el primer San Valentín de nuestra hija en un ático lleno de pétalos de rosa… y olor a quemado.

—Mierda. —La palabrota de Julian me hizo darme la vuelta y me dirigí hacia la cocina.

—Ni hablar. —Alexander me pasó un brazo por la cintura y me trajo de vuelta—. Deja que se las apañe. Él ha querido jugar, así que ahora que apechugue.

—Eres malo. —Le di un manotazo en el hombro pero dejé que me guiara hasta el sofá.

Jugamos con Emily y seguimos ignorando las maldiciones en voz alta y los ruidos que venían de la cocina.

Media hora después, estábamos sentados en el suelo del salón, estilo picnic, con Emily sobre una manta entre nosotros. Ella miraba embelesada las lucecitas de colores que Julian había colgado por el techo.

Dante volvió a llenar mi copa y me la puso en la mano—. Por la familia.

—Por muchas más fiestas juntos. —Alexander chocó su copa con la mía y todos bebimos.

Las burbujas bailaron en mi lengua y saboreé la sensación, junto con la visión de mis hombres sonriéndome.

Míos. Todos míos.

El ascensor sonó.

Fruncí el ceño y me giré—. ¿Esperamos a alguien?

—No. —Julian se puso en pie y se movió para bloquear la puerta.

Lila entró de golpe antes de que él llegara, con los brazos llenos de bolsas de la compra y el rostro encendido—. ¡Feliz San Valentín!

—Lila. —Dejé mi copa y me levanté para ir a abrazarla—. ¿Qué haces aquí? ¿No tienes una cita a ciegas esta noche?

—En una hora. —Soltó las bolsas en el sofá y extendió los brazos hacia Emily. Alexander la levantó y se la entregó con evidente reticencia, y Lila le hizo mimos como si hubieran estado separadas meses en lugar de horas—. Tenía que pasarme primero a ver a mi ahijada. No puedo dejar que pase su primer San Valentín sin regalos.

—La mimas demasiado. —Terminé mi champán y le saqué la lengua a Lila.

Lila puso los ojos en blanco—. Ese es literalmente mi trabajo. —Se acomodó en el sofá con Emily y la hizo saltar suavemente—. Además, pensé que sería mejor pasarme a ver cómo estáis todos. A menos que estéis planeando que el bebé número dos llegue el año que viene. —Sus ojos se iluminaron mientras se reía y frotaba su nariz contra la de Emily—. Necesitas un hermanito, ¿verdad, cielo?

Uf. Todavía no.

Julian se atragantó con el champán y soltó un improperio demasiado bajo para que yo lo entendiera—. Quiero más hijos, pero ¿podemos esperar un poco más?

—Supongo que eso depende de vosotros. —Lila ladeó la cabeza de un lado a otro—. Este bultito de alegría sí que nos sorprendió a todos.

Cierto. Yo estaba tomando anticonceptivos cuando concebimos, y seguíamos sin tener ni idea de cuál de ellos era su padre biológico. Habíamos pensado que sería obvio cuando naciera, pero veía rasgos de todos nosotros en ella. Mi boca. La nariz de Dante. La barbilla testaruda de Julian. La frente de Alexander. Todos formábamos parte de ella.

—Yo no me opondría. —Los ojos de fuego líquido de Dante se encontraron con los míos.

Le lancé un cojín.

Él lo atrapó y sonrió, completamente impenitente.

Lila se quedó otros veinte minutos, enseñando todo lo que le había comprado a Emily. Vestiditos y peluches, junto con un pijama de una pieza que decía «La niña de papá» con un espacio para marcar a qué papá se refería. Había marcado las tres casillas.

Cuando finalmente se dirigió al ascensor, me dio un fuerte abrazo—. Me alegra verte así de feliz. Te lo mereces.

—Tú también. —Le devolví el abrazo—. Buena suerte esta noche.

Resopló, echándose su melena rubia ceniza sobre el hombro—. Por favor. No necesito suerte. Tengo unas tetas de infarto y una personalidad estupenda. —Me guiñó un ojo y entró de espaldas en el ascensor, dándose palmaditas en sus tetas de infarto mientras la puerta se cerraba.

El silencio me rodeó y me giré. Dante me observaba desde el otro lado de la sala, con Alexander a su lado y Julian caminando hacia mí desde los dormitorios.

—Emily se ha dormido. —Alexander hizo un gesto hacia mí—. Es hora de nuestro regalo de San Valentín.

Dante caminó hacia mí con pasos deliberados. Me tomó la cara entre las manos, acariciando mis pómulos con los pulgares—. Estás preciosa.

—Estoy cubierta de babas y ni siquiera he llegado a meterme en el baño que me has preparado.

—Preciosa. —Me besó en una caricia lenta y deliciosa que me hizo encoger los dedos de los pies.

El calor se acumuló en mi bajo vientre. Me habían dado el alta para tener relaciones sexuales hacía unas semanas, pero el agotamiento y el trabajo nos habían mantenido demasiado ocupados para tener tiempo de respirar, y mucho menos para tener intimidad. El deseo se

había ido acumulando, bullendo bajo la superficie cada vez que uno de ellos me tocaba.

Julian se apretó contra mí por detrás, con su pecho en mi espalda y sus labios cálidos en mi cuello—. Hemos sido muy pacientes.

Alexander se colocó a mi derecha—. Nos gustaría mostrarte cuánto te hemos echado de menos, si estás dispuesta.

Me flaquearon las rodillas y me hundí hacia el suelo.

Me sujetaron, sosteniéndome entre sus cuerpos. Tres pares de manos. Tres bocas. Un calor delicioso me consumía el alma y licuaba mis huesos mientras los tres hombres que conocían cada centímetro de mí empezaban a adorarme y yo me desmoronaba.

—El vigilabebés —jadeé cuando los dientes de Julian rozaron mi punto de pulso.

—Ya está encendido. —Dante señaló con la cabeza hacia el dormitorio, donde la pequeña pantalla brillaba sobre la mesita de noche.

Me llevaron de espaldas hacia el dormitorio, en un esfuerzo coordinado que me dejó sin aliento. Aquí también habían puesto pétalos de rosa, cubriendo la cama con ellos y esparciéndolos por el suelo. Las velas parpadeaban en cada superficie, proyectando sombras que danzaban con cada movimiento.

Apoyé las manos en el pecho de Dante—. Lo habéis planeado. —Extendiendo los dedos sobre su corazón, me apoyé en él.

—Siempre planeamos. —Alexander pasó las manos por mis caderas y mi culo, apretando mientras lo hacía.

Julian me hizo girar para quedar frente a él—. Es hora de hacerte gritar de nuevo, Harper. He echado de menos el sonido que haces cuando te deshaces por mi culpa.

Dante encontró la cremallera de mi vestido y la bajó con cuidado mientras Alexander me besaba la columna vertebral. La tela cayó a mis pies y Dante me ayudó a salir de ella—. Déjate los zapatos puestos.

Había dicho algo parecido la primera vez que estuvimos juntos. Por eso había elegido otro vestido rojo sexy y tacones para esta noche. Puede que no hubiera tenido mucho tiempo para prepararme, y que Emily hubiera decidido dejar parte de su cena sobre mí, pero sabía que ellos apreciarían la similitud con nuestra primera vez juntos.

Julian capturó mi boca, tragándose mi jadeo cuando Dante acarició mi pecho.

Me tumbaron en la cama; los pétalos de rosa rozaban mi piel y aumentaban cada sensación. Los tres convergieron sobre mi cuerpo con besos y caricias que me recordaron exactamente por qué pertenecíamos a ese lugar. juntos.

Me había enamorado de ellos, y mi cuerpo cobraba vida bajo su tacto, haciendo vibrar cada terminación nerviosa. Se tomaron su tiempo, alargando cada sensación hasta que jadeé y les supliqué que pusieran fin a mi tortura.

Alexander me puso boca abajo y acomodó su polla entre mis piernas —. ¿Es esto lo que quieres?

—Sí. —Apenas susurré la palabra mientras mi cuerpo reaccionaba a él—. Por favor, Alexander.

Él me dio lo que quería, pero lo hizo a su manera, tomándose su tiempo y provocándome durante lo que me parecieron horas. Teníamos toda la noche. Teníamos toda la eternidad.

Y yo planeaba devolverle la tortura lo antes posible.

Querida lectora:

Si has disfrutado con Harper y sus hombres, te encantará Ridden by Daddies.

Puedes leer del tirón toda la serie **Forbidden Fantasies Reverse Harem aquí.**
